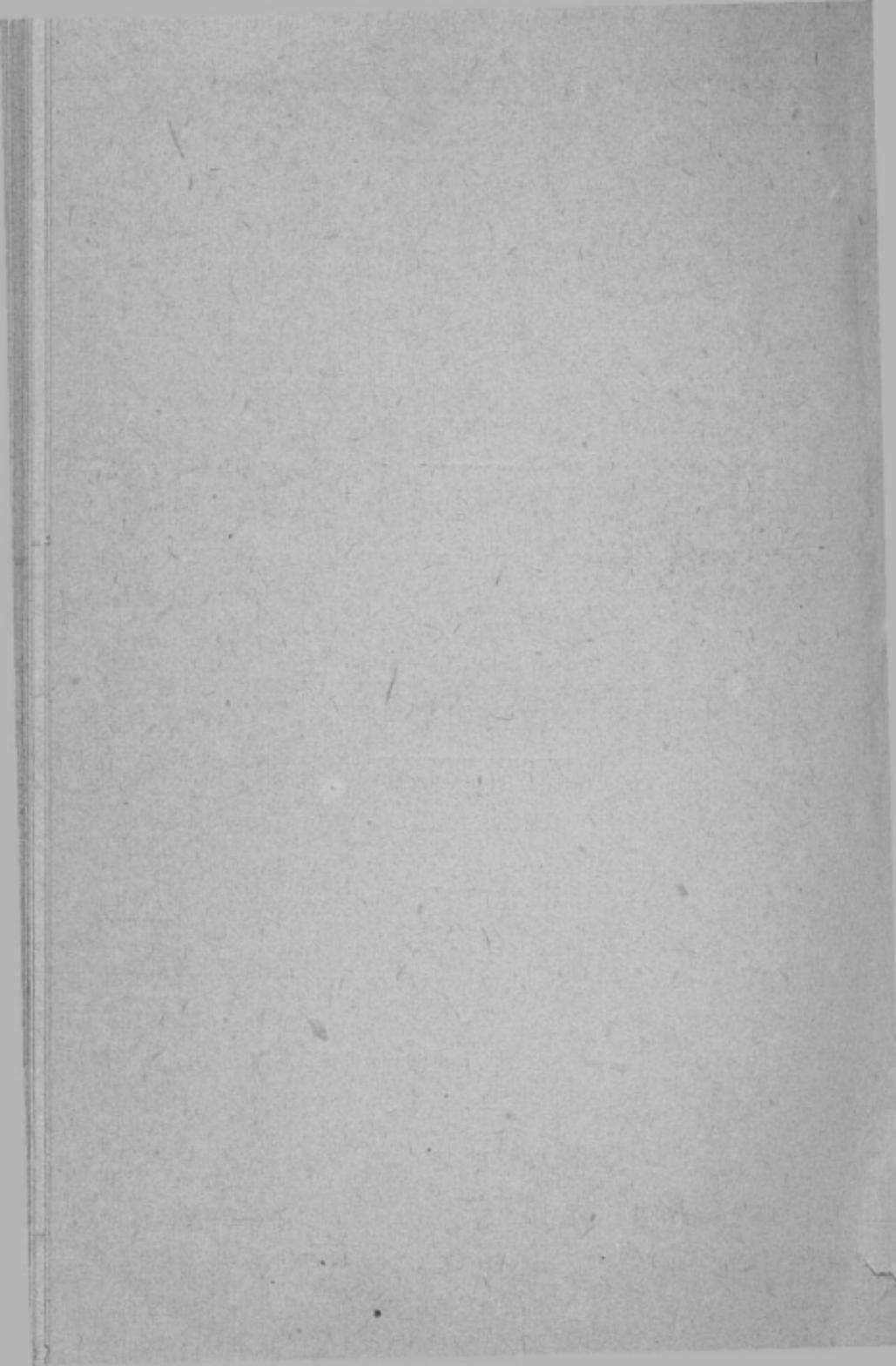


LAS TRES MUSAS ÚLTIMAS CASTELLANAS.

SEGUNDA CUMBRE
DEL
PARNASO ESPAÑOL.

III.



Biblioteca de publicaciones microscópicas.

EL PARNASO ESPAÑOL

Ó LAS

NUEVE MUSAS

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

TOMO III.

ZARAGOZA, 1886.

CARRANQUE, DELGADO Y C.^ª, EDITORES,

COSO, 87.

Tip. de Sucesores de Castro.

AL EMINENTISIMO SEÑOR

DON PASCUAL DE ARAGON,

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA,
DEL TÍTULO DE SANTA SABINA, ARZOBISPO
DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, CAN-
CILLER MAYOR DE CASTILLA, DEL CONSEJO
DE ESTADO DE SU MAJESTAD, Y GOBERNADOR
DE ESTOS REINOS, ETC.

«Todas las obras de DON FRANCISCO DE QUEVEDO, mi tío, así en verso como en prosa, sacras, sérias y burlescas, se dirigen á la reformation de costumbres, y contienen alta enseñanza; y así por esto, como por ser general á la noticia pública, que el celo de V. Em. desde los primeros dias de su juventud, ha sido sólo el reformar vicios, así con el ejemplo como con las obras, me ha parecido que á nadie se debe pedir la proteccion de estas últimas, por incluirse en ellas todo lo sacro que el autor escribió en verso, como á V. Em., de cuyas esclarecidas acciones, con particularidad soy testigo. Conocí á V. Em. en la insigne Universidad de Salamanca, siendo cursante, en donde parecia que olvidado de ser hijos de tan altos y soberanos reyes y príncipes, se daba al trabajo litera-

rio, como pudiera el más desvalido de fortuna, con que hacia á los doctores y maestros discipulos, juntando á esto el cúmulo de virtudes que desde aquella edad resplandecieron en V. Em., y habiendo yo vuelto á aquella Universidad el año de cuarenta y ocho, por haberme honrado aquellos Señores del Colegio mayor del Arzobispo mi Señor. en ocho de Febrero del mismo año, con Beca de Capellan de aquella Santa casa, alcancé á V. Em. en su Colegio mayor de San Bartolomé, siendo Maestro, y con indecible cuidado enseñándonos á todos con su doctrina y ejemplo. Y en esta córte, cuidando á un tiempo de lo más árduo del gobierno de esta Monarquía, asiste al bien y provecho de sus súbditos, y con la enseñanza de la doctrina y rocío celestial de tantos jubileos y misiones, como cada dia está solicitando para el bien y provecho de las almas, y las innumerables limosnas con que socorre las necesidades espirituales y corporales de todos. Guarde Dios á V. Em. en su grandeza, como deseo. Madrid primero de Enero de 1670.—Eminentísimo Señor. Besa la mano de V. Em., *Don Pedro Aldrete Quevedo y Villegas.*»

AL LECTOR.

«Deseando no defraudar á la pública aclamacion, que así propios como extraños, tan debidamente han hecho á todas las obras de aquel alto y nunca bien encarecido ingenio de DON FRANCISCO DE QUEVEDO, mi tio, he procurado se junten en este libro las que he podido conseguir, y que todas las poesías que comprende se impriman en la misma conformidad que las dejó, sin añadir ni quitar cosa alguna. Bien veo que les faltan muchos asuntos, y las que los tienen están defectuosos, y no tienen el lugar que les toca; la causa de esto ha sido no haber podido yo asistir á la correccion de la imprenta: enmendárase en la segunda impresion que se hiciere; y conociendo lo que sentirán los doctos el perder cualquier obra del autor, daré á la estampa algunas que tengo en prosa, no acabadas, juntándolas con otros originales que me han prometido; y aunque he sacado dos Paulinas para que no se pierda rasgo suyo, no he podido conseguir mi intento (espero con el tiempo se manifestará), pues el que tengo es sólo de asistir en esto á la utilidad pública, como lo fué el del autor en todas sus obras. Bien sé de algunas que están ocultas en poder de los que las han usurpado, entre las cuales es una cancion que el autor intituló: *la Oracion que Cristo N. S. hizo á su Padre en el Huerto*. Otras que no parecen se nombran en el libro de su vida, la cual se escribiera (siendo Dios servido) más por extenso y mejorada de noticias. Mucho pudiera decir en alabanza del autor, pero déjolo por no parecer apasionado en cosa propia; em-

pero me será lícito, ya que me ha llegado la ocasion á la mano, referir cómo supo juntar las prendas naturales en que Dios le adornó con las virtudes católicas, así en sus escritos como en sus obras personales; en lo escrito sacro y sério, se valió de la verdad Evangélica de la Sagrada Escritura, y de los Santos Padres de la Iglesia y autores de buenas letras, hallando los lugares tan á su intento, que causa admiracion, el cual fué solo de reformar costumbres en todas edades y oficios; en lo burlesco trató de lo mismo, rebozando lo agrio de la reprehension con lo dulcemente sazonado de la chanza, reprehendiendo en general los vicios, no las personas, y dando documentos para defendernos de la ambiciosa y vana mentira del mundo. De esto serán testigos cuantos lectores tuvieren sus libros, y por si ¡oh lector! fueres de los que en su vida lo persiguieron con la envidiosa murmuracion de sus lenguas, y te durase esta peste, aún despues de los hielos del sepulcro (todos los grandes han sido perseguidos de esta carcoma), el autor lo fué con particularidad. La envidia dura hasta la muerte; palabras suyas son en el Romulo, en la dedicatoria que hace á quien leyere: *La envidia es un veneno que no obra donde no hay calor; los cadáveres son alimento de cuervos ó gusanos, no de hombres solamente; la muerte tiene hielo bastante á apagar el fuego de la envidia, y dejar ceniza de compasion.* Y si se te olvidare la compasion, y sólo te acordares del fuego que te abrasa, no hallo con qué comparar tu bajeza, sino es con la de las moscas. Estas no solo persiguen los vivos, sino con más porfía y instancia los cuerpos muertos, y mientras más corruptos y hediondos, más. Si entran en alguna sala que esté adornada de alhajas de mucho valor, como son piedras pre-

ciosas, oro, plata y joyas de toda estimacion, si dentro de ella hubiere alguna cosa que estuviere sucia, ó que lo parezca, allí sentarán su vuelo, y fijarán su porfía. Así tu mormuracion envidiosa se fijará en lo que pareciere no está á tu gusto, y esto por la mayor parte será por tu mal entender, y no harás caso de lo precioso que desechas ó disimulas. (*S. Instin. Mart. contra Theoph.*) *Muscarum instar ad ulcera concurrunt, et imbolatis, nam si quis de rebus innumerabilibus præclare dicat; una autem parva vobis grata non sit, aut non intellecta multas præclaras contemnitis, unum autem verbum corregitis.* Y cuando haya alguna ó mal discurreda ó poco explicada, es cierto que no puede el hombre juntas explicar las cosas, dificultosas. (*Ecclesiastes, cap. I.*) *Cunctæ res difficiles non potest eas homo explicare sermone.* Las obras personales del autor no fueron inferiores á sus escritos, ni le engrandecieron ménos. No niego que en su juventud tuvo algunos verdores traviesos, que aquella edad facilita. Danlo á entender las poesías amorosas que entonces compuso. Otras burlescas de que no se saca moralidad, hizo para divertir el ingenio con la variedad.

»Su sabiduría fué conocida de todos, así ántes como despues de su muerte, y no sólo se valió de la luz, capacidad y ingenio que Dios le dió, sino de sumo trabajo. Tenia una mesa con ruedas para estudiar en la cama; para el camino libros muy pequeños; para mientras comia mesa con dos tornos, de lo cual son buenos testigos los mismos instrumentos que están hoy en mi casa en la villa de la Torre de Juan Abad. Su cuidado fué no perder el tiempo, que es la joya más preciosa que tenemos los mortales. Estudió sólo para saber y aprovechar á los demás. Acompañó la sabiduría con la virtud

evangélica de la humanidad, procurando esconder en su pecho lo que sabía. Nunca quiso imprimir sus obras, ni manifestarlas, sino es á ruego de hombres doctos y grandes, persuadido á que convenia á la utilidad pública. De esta manera se imprimieron en su vida algunas obras de prosa, no todas las de verso: jamás permitió se imprimiesen siendo tantas y tan grandes que harán crecer al más gigante. Los sabios esconden la sabiduria. (*De parabolis Salomonis, cap. 10.*) *Sapientee abscondunt scientiam.* Siempre que de palabra ó por escrito trató de sí, fué despreciándose: sabia muy bien que no puede ser verdaderamente sabio quien no fuere verdaderamente humilde.

» Grande fué su fortaleza. Las persecuciones, prisiones y trabajos que la envidia de sus enemigos le causaron, nadie lo ignora. En las prisiones primeras que tuvo en la Torre de Juan Abad, escribió las poesías más burlescas y de mayor chanza que hay en sus obras. En la última que tuvo en San Márcos de Leon, escribió otras del mismo asunto, de donde parece se alegraba con los trabajos que tan porfiadamente le siguieron toda su vida. Hermanó este heróico don de la fortaleza con la virtud evangélica de la paciencia. Examináronle tan grandes trabajos, en tan alto grado, que no parecía herian cosa sensible, sino alguna peña ó roca. Jamás se quejó aún con los más amigos y parientes, ni por esto se tuvo por poco afortunado. En su corazon no tuvo enemigos ni deseo de vengarse de ellos, aunque tuvo tantos contra su persona y reputacion. Conócese esto en que, aceptando algunos puestos que le fueron ofrecidos, pudiera hacerlo con mucha seguridad. Estuvo tan lejos de ejecutar este dictámen, que no solamente no buscó puestos ni

ocasion para lo dicho, sino que no los quiso. En la última enfermedad de que murió, ocasionada de dos postemas que se le abrieron en los pechos, estuvo largo tiempo en la cama, sin poderse menear, con grande alegría, causando admiracion á los que le veian.

Trató y habló siempre verdad; sus escritos están llenos de verdades desnudas y claras. Jamás quiso ni consintió cosa alguna que contradijese á ella, como se vió en los grandes negocios que pasaron por su mano en Italia. Junto la verdad con la inextimable virtud de la caridad. Jamás quiso fingir ó disimular en cosa que le pareció era útil suyo y daño ajeno; ántes intrépidamente se ofreció á los trabajos, corriendo por su mano lo más árduo del gobierno del reino de Nápoles. siendo su Virey el Duque de Osuna; y en particular en la averiguacion de los fraudes de la real Hacienda, le ofrecieron cincuenta mil ducados, porque disimulase ó diese larga á los negocios. pero no lo quiso hacer: consta por carta del Duque escrita á Su Majestad, cuyo original tengo en mi poder, su fecha en 20 de Mayo de 1617, y por esto padeció en su vida muchas persecuciones y granjeó muchos enemigos: mas su mira fué de dar ejemplo á los presentes y dejarle á la posteridad. Imitó en esto á aquel fuerte varon Eleazaro que nos refiere el libro II de los Macabeos, en el cap. 6, que quiso más perder la vida que disimular que comia las carnes vedadas. Cuando conoció que el fingir ó disimular convenia al bien comun, siempre lo hizo, aunque cediese en detrimento suyo. Habiéndosele ofrecido al Duque de Osuna el valerse de su persona para que fuese á Venecia, á tratar algunas cosas acerca de componer las disensiones que aquel reino tenia con venecianos, conociendo que esto ce-

día en utilidad del bien público, disfrazado hizo la diligencia, con gran trabajo y riesgo de su vida. Siguió en esto la doctrina que Cristo Nuestro Señor nos dió con su ejemplo, cuando despues de su gloriosísima Resurreccion se apareció á los dos discípulos en el camino del castillo de Emaus, y fingió que iba más lejos. (*San Lucas, cap. 24.*) *Finxit se longius ire;* y en su sacratísima vida, cuando los judíos le quisieron apedrear, se apartó. Refiérello S. Juan en el capítulo 10. Excusó entonces las piedras, porque no habia llegado el tiempo que su divina Majestad tenia señalado para su Sacratísima Pasion, y cuando llegó, se entregó en manos de los que le perseguian, que así todo convino á nuestro bien. (*San Athanasio in Apolog. de fuga sua.*) *Ideoque et ipsum Verbum propter nos homo factum, non indignum putavit. Cum quæreretur quemadmodum, et nos abscondere se, et cum persecutionem pateretur fugere, et insidias declinare, cum autem a se diffinitum tempus ipse adducisset, in quo corporaliter pro omnibus pati volebat ultro se ipsum tradidit insidientibus.* El cual ejemplo siguieron los apóstoles, y otros muchos mártires y santos.

•Premióle Dios en su muerte con tan larga mano, que parece imitó en ella á los mayores santos de la Iglesia. Habiendo despues de su última prision de Leon vuelto á la Torre de Juan Abad, ántes de irse á Villanueva de los Infantes á curar de las apostemas que desde la prision se le habian hecho en los pechos, ocho meses ántes de su muerte compuso la primera Cancion, que va impresa en este libro, en donde parece predice su muerte, publica su desengaño, y dá documentos para que todos le tengamos. Puede servirle de inscripcion sepulcral. Cuatro meses ántes de su muerte le mandaron

los médicos dar los Sacramentos: recibíolos, pero el de la Uncion dijo se difiriese para cuando avisase. Tres dias antes de su muerte dijo á un criado que le escribia las cartas, delante de otras muchas personas, que aquellas habian de ser las últimas que habia de firmar. El dia de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de Setiembre célebre por el nacimiento de la Reina de los Angeles, y muerte de Santo Tomás de Villanueva, de quienes habia sido muy devoto, envió á llamar el médico por la mañana, y le pidió le tomase el pulso, y le dijese cuánto le parecia podria vivir. Aunque lo rehusó el médico, respondió que tres dias, á que replicó que no habia de vivir tres horas. Pidió la Uncion, recibíola, murió ántes de cumplirse las tres horas. Quedó con mejor semblante que vivo. Despues de diez años desenterrado, se vió su cuerpo entero. Aquellos á quienes Dios les dá tan gran luz natural y prendas semejantes, mucho tienen adelantado para salvarse, y merecerán más con un acto fervoroso de dolor y amor, que otros con muchos, pues están más prontos a conocer la grandeza de Dios, la bajeza nuestra, la fealdad del pecado, porque en esto consiste lo más. David fué Profeta sabio, y por esto no sólo mereció con solas dos palabras perdon del adulterio y homicidio que habia cometido, sino que alcanzó ser gran siervo de Dios hasta la muerte, como nos lo enseña el libro II de los *Reyes*, en el cap. 12. ¡Oh varon nunca bastantemente alabado, vive eternidades, pues gozas el premio de tantos trabajos!>

1
1
s
a
P
j
s
l
n
s
f
q
se
ce
ss
u
ej
m

m
sa
úl
Ju
In
pr
m
Ca
de
ga
ga
Cu

EUTERPE.

MUSA SETIMA.

CANTA POESIAS AMOROSAS Y MORALES.

SONETOS.

1.

A Belisario.

Viéndote sobre el cerco de la luna
Triunfar de tanto bárbaro contrario,
Quién no temiera ¡oh noble Belisario!
¿Qué habías de dar envidia á la fortuna?
Estas lágrimas tristes, una á una,
Bien las debo al valor extraordinario,
Con que escondiste en alto olvido á Mario,
Que mandando nació desde la cuna.

Y agora entre los míseros mendigos
Te tiraniza el tiempo, y el sosiego,
La memoria de altísimos despojos.

Quisiéronte cegar tus enemigos,
Sin advertir que mal puede ser ciego
Quien tiene en tanta fama, tantos ojos.

2.

A la brevedad de la vida .

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
 ¡Oh, cómo te deslizas vida mía!

Que mudos pasos trae la muerte fría,
 Con pisar vanidad, soberbia y galas!

Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
 Y es su fuerza mayor mi cobardía;

Por nueva vida tengo cada día,
 ¡Que al tiempo cano nace entre las alas!

¡Oh mortal condicion! ¡oh dura suerte!
 ¡Que no puedo querer ver á mañana,
 Sin temor de si quiso ver mi muerte!

Cualquier instante de esta vida humana,
 Es un nuevo argumento que me advierte
 Cuán fragil es, cuán misera, y cuán vana.

3.

Muestra lo que es una mujer despreciada.

Disparado esteril, toro herido,
 Fuego, que libremente se ha soltado,
 Osa, que los hijuelos le han robado,
 Rayo, de pardas nubes escupido.

Serpiente ó áspid, con el pié oprimido;
 Leon, que las prisiones ha quebrado;
 Caballo volador desenfrenado;
 Aguila, que le tocan á su nido.

Espada, que la rige loca mano;
 Pedernal, sacudido del acero;
 Pólvora, á quien llegó encendida mecha.

Villano rico con poder tirano,
 Víbora, cocodrilo, caiman fiero,
 Es la mujer, si el hombre la deshecha.

À la muerte.

Aquí del rey, ¡Jesus! y ¿qué es aquesto?
 No le vale la Iglesia al desdichado,
 Que entró á matarle dentro de sagrado,
 Sin temer casa real ni santo puesto?

Favor á la justicia, alumbren presto;
 Corran tras de él, prendan al culpado;
 No quiere resistirse, que embozado
 De esperar á la ronda está dispuesto.

Llegaron á prendelle por codicia,
 No de la espada ser mayor de marca,
 Más visto que la trae de sangre llena.

Preguntóle quién era la justicia:
 Desembozóse y dijo: «soy la parca.»
 «¿La parca sois?» andad enhorabuena

CANCION.

Pinta la vanidad y locura mundana.

¡Oh, tú, que con dudosos pasos mides,
 Huésped fatal, del monte la alta frente,
 Cuyo silencio impides,
 No impedido jamás de humana gente!
 Ora confuso vayas
 Buscando el cielo, que las altas hayas
 Te esconden en su cumbre;
 O ya de alguna grave pesadumbre
 Te alivies, y consueles,
 Y con el suelto pensamiento vuelas,
 Delante de esta peña tosca y dura,
 Que de naturaleza aborrecida,

Envidia á aquellos prados la hermosura;
Deten los pies, y tu camino olvida.
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto, voces y razones.

En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa,
Dentro en su mismo cuerpo sepultado:
Y todos mis sentidos,
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de aqueste daño,
Duermen despiertos ya de largo sueño:
De bienes de la tierra,
Gozando blanda paz tras dura guerra:
Hurtando para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
A la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, y goza en vano.
Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues cuando muero vivo, vivo muerto.

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido más que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre,
Que nació en Manzanares,
Para cisne del Tajo y del Henares:
Llameme entonces Fabio;
Mudome el nombre el desengaño sabio,
Y llamome Escarmiento:
Muy célebre habité, con dulce acento,
De Pisuerga en la orilla; más agora
Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi señora,
El Lete cuyas aguas reverencio;
Y así le ofrezco al santo desengaño,
Mi voluntad por víctima cada año.

Estas mojadadas, mal enjutas ropas;
Estas no escarmentadas, ni desechas

Velas, proas y popas;
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de nudos,
A mi memoria y alma de verdugos:
Son venturosas prendas, aunque atroces.
Que mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me están al alma siempre dando voces,
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y del llanto y licor que el alma suda,
Hechas tragedia, de mis males, muda.

Aquí, con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas,
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas,
Razonando conmigo,
Y obedézcome á mí lo que me digo.
Aquí, en blandos afanes,
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos,
Descubriendo á sus velos nuevos mundos;
Y mi loca esperanza siempre verde,
Que con estar tullida vive ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana;
Aquí de primer hombre despojado,
Descanso ya de andar de mí cargado.

Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cría,
Aunque pobres, sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y día;
Sirvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes;
Así que en esta sierra,
Los agradecimientos de la tierra

A mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada:
Aquestos pajarillos en su canto
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto,
Ya los alegres, ya los tristes tonos;
A murmurar me ayudan estos ríos,
De la corte las pompas y atavíos.

No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al turco, la ambicion armada:
No, en larga centinela,
De acero nuestro ser como mi espada;
Ni el ánima vendida,
Soy por un pobre sueldo mi homicida:
Ni á fortuna me entrego
De pasion loco y de esperanzas ciego,
Por cavar diligente
Los peligros preciosos del Oriente:
No de mi gula amenazada vive
La Fénix en Arabia temerosa;
Ni ultrajes de mi arado en sí recibe
La tierra, por ganancia codiciosa;
No de envidioso lloro todo el año
Más el ajeno bien, que el propio daño.

Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada,
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate de estos niervos
La muerte, prevenida
El alma, que anudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo alcázar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado:

Aguardo que se esconda de esta guerra
 Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.

Tú, pues, ¡ oh caminante ! que me escuchas,
 Si quieres escapar con la vitoria
 Del mundo, con que luchas,
 Manda que salga léjos tu memoria
 A recibir la muerte,
 Que viene cada punto á deshacerte;
 No hagas de tí caso,
 Pues ves que huye la vida paso á paso,
 Y que los bienes de ella,
 Mejor los goza aquel que más los huella.
 Cánsate ya mortal de fatigarte
 En adquirir riquezas y tesoro,
 Que últimamente el tiempo á de heredarte,
 Y al fin te han de dejar la plata y oro,
 Vive para tí solo, si pudieres,
 Pues solo para tí, si mueres, mueres.

CANCION.

Pinta una monarquia estragada con pecados.

Tú, por la culpa ajena,
 ¡ Oh Roma! de tan gran castigo indina,
 Padecerás la pena
 Hasta que se repare la ruina
 De nuestros templos sacros,
 Y el humo de sus viejos simulacros.
 De darte al ministerio
 De los dioses inmensos, ha nacido
 Tu poderoso imperio,
 Y tambien de ponerlos en olvido
 Tu daño y tu miseria,
 Y el luto general de toda Iperia.
 Por verse despreciados
 A Maneses volvieron, y á Pachoro

De vitorias cargados,
Y de collares gruesos con el oro
Del romano despojo,
Dos veces descubriéndonos su enojo.

Cuando en cruel bullicio,
Y sedicion estabas ocupada,
El tudesco y egipcio
Bien cerca te tuvieron asolada;
Este en mar poderoso,
Aquél en tierra, fiero y espantoso.

Los tiempos ya mortales
De vicios, mancillaron lo primero
Los lechos conyugales,
Las casas y el linaje verdadero;
Y fué el origen este,
Que á la patria y al pueblo dió tal peste.

Ya la virgen madura
Los bailes de Latona deshonestos
Que la enseñen procura,
Tuerce todos sus miembros, y de incestos,
Amores se complace,
Desde que al pié la uñita tierna nace.

Despues busca los mozos
Adúlteros, en medio del convite;
Y para dar sus gozos,
No aguarda que la mesa ó luz se quite,
Que en público concede
Lo que secretamente dar no puede.

Y si la llama sola,
Sabiéndolo el marido, el merca lante,
O de navé española
El maestro, que es pródigo y amante,
Se levanta en presencia
De todos, y á su gusto dá licencia.

La juventud romana
No fué por tales padres engendrada,
Cuando de la africana
Gente dejó la mar ensangrentada,

A Antiocho vencido,
Al grande Pirro y Anibal temido.
 Más rústicos soldados
Que el campo con azadas revolviendo,
Y de leña cargados,
Cual sus madres severas lo pedian,
Volvian cuando Apolo
Dá sombras y descanso á nuestro polo.
 Las vueltas de los cielos
Todo lo disminuyen: muy mejores
Fueron nuestros abuelos
Que nuestros padres: somos hoy peores:
De nosotros se espera
Sucesion, que en maldades nos prefiera.

REDONDILLAS.

Un hombre desengañado.

Pasan mil casos por mi
Sin divertir mi deseo
Que no atiendo á lo que veo,
Sino sólo á lo que ví.

Ménos que el remo en el mar,
Menos que en el aire el ala,
En mi se imprime ó señala
Nuevo placer ó pesar.

Haga el miedo en la esperanza
En mi, no vista experiencia,
Que en tan clara diferencia
Imposible es la mudanza.

Que como mi gloria fundo
En lo más vecino al cielo,
Cuanto me promete el suelo,
Es infierno acá en el mundo.

Vivo en mi mal tan sujeto,
Y no en humanos despojos,

Aunque tampoco en los ojos
La envidia enmendó el objeto.

Mas en la parte suprema
Todo es tranquilo en extremo,
Donde ni accidentes temó,
Ni los hay aunque los tema.

Es igualdad sin igual
Todo cuanto el alma ve,
Y halla solo con la fe
No estar en su original.

Y no fuera fácil duda,
Pues en el bien que poseo,
Está colmado el deseo,
Y nuevas formas no muda.

Otras fuentes y otros ríos
En esta region se ofrecen,
Que ni en los inviernos crecen,
Ni menguan en los estios.

Y otros árboles amenos,
Que siempre en tiempo oportuno
Dan fruta para el ayuno,
Y flores para los senos.

Estos campos Eliseos,
De tan pocos habitados;
Producen antieipados
Los gustos á los deseos.

¡Oh codicia, cuánta risa
Causa aquí ver lo que mandas!
Aunque como lejos andas,
Poco de ello se divisa.

Lo que aquí se determina,
Con hombres no se consulta,
Ni lo que de ello resulta
En sus lenguas se examina,

Ni cosa alguna defiende
La vana opinion al gusto,
Porque en sabiendo que es justo,
A lo demás no se atiende.

Anda la crueldad desnuda
Descubriendo á su albedrío,
Que ni tiembla en el que es frío,
Ni en el que es caliente suda.

Porque con igual firmeza
No gobiernan sino dos,
O con su propia voz, Dios,
O por el, naturaleza.

SONETOS PASTORILES.

1.

A Lisida pidiéndole unas flores que tenia en la
mano y persuadiéndola imite á una fuente.

Ya que huyes de mí Lisida hermosa,
Imita las costumbres de esta fuente,
Que huye de la orilla eternamente,
Y siempre la fecunda generosa.

Huye de mí cortés y desdeñosa,
Sígate de mis ojos la corriente,
Y aunque de paso tanto fuego ardiente,
Merézcate una hierba y una rosa.

Pues mi pena ocasionas, pues te ries
Del congojoso llanto que derramo
En sacrificio al claustro de rubies.

Perdona lo que soy por lo que amo,
Y cuando desdeñosa te desvies,
Llévate allá la voz con que te llamo.

2.

A Lisis presentándole un perro que había quitado un cordero de los mismos dientes del lobo.

Este cordero, Lisis, que tus yerros
Sobre escribieron como al alma mía,
Estando ayer recién nacido el día,
De un lobo le cobraron mis dos perros.

En el denso teatro de estos cerros
Melampo aventajó su valentía;
Ya le viste otra vez, con osadía
Defender á tus voces los becerros.

Conoce que soy tuyo en tu ganado,
Pues por guardarle desamparo el mío,
Y en mi pérdida estimo su cuidado.

Pues te sirven sus dientes y su brío,
Recíbele, no pierda desdeñado
Lo que él merece, porque yo le envío.

3.

A Aminta, que imite al sol en dejarle consuelo cuando se ausenta.

Pues eres sol, aprende á ser ausente
Del sol, que aprende en tí luz y alegría;
¿No viste ayer agonizar el día
Y apagar en el mar el oro ardiente?

Luégo se ennegreció, mustio y doliente,
El aire adormecido en sombra fría;
Luégo la noche en cuanta luz ardia,
Tantos consuelos encendió al Oriente.

Naces, Aminta, á Silvio del ocaso
En que me dejás sepultado y ciego;
Sigote obscuro con dudoso paso.

Concédele á mi noche y á mi ruego,
Del fuego de tu sol, en que me abraso.
Estrellas, desperdicios de tu fuego.

4.

A una fuente en que salió á mirarse Lisida.

Fuente risueña y pura, que á ser río
De las dos urnas de mi vista aprendes,
Pues te precipitas y descienes
De los ojos que en lágrimas te envío.

Si en mentido cristal te prende el frío,
En mi llanto por Lisida te enciendes,
Y siempre ingrata á mi dolor atiendes,
Siendo el caudal con que te aumentas, mio.

Tú de su imágen eres siempre avara,
Yo pródigo de llanto á tus corrientes,
Y á Lisida de la alma y fe más rara.

Amargos, sordos, turbios, inclementes
Juzgué los mares, no la amena y clara
Agua risueña y dulce de las fuentes.

5.

**Con ejemplo del invierno imagina si será admitido
su fuego del hielo de Lisi.**

Pues ya tiene la encina en los tizones,
Más séquito que tuvo en hoja y fruto,
Y el nubloso Orion manchó con luto
Las (otro tiempo) cárdenas regiones:

Pues perezoso Arturo, y los triones
Dispensan breve el sol, y poco enjuto,
Y con imperio cano y absoluto,

Labrá el hielo las aguas en prisiones;
Hoy que se busca en el calor la vida,
Gracias al dueño invierno, amante ciego,
A quien desprecia amor, y Lisi olvida;

Al hielo hermoso de su pecho llevo
Mi corazón, por ver, si agradecida,
Se regala su nieve con mi fuego.

6.

Con la comparacion de dos toros celosos, pide á Lisi no se admire del sentimiento de sus celos.

Ves con el polvo de la lid sangrienta
 Crecer el suelo y acortarse el día,
 En la celosa y dura valentía
 De aquellos toros, que el amor violenta?

No ves la sangre, que el manchado alienta?
 El humo que de la ancha frente envía
 El toro negro, y la tenaz porfía
 En que el amante corazon ostenta?

Pues si lo ves ¡oh Lisi! por qué admiras
 Que, cuando amor enjuga mis entrañas
 Y mis venas, volcan reviente en iras?

Son los toros capaces de sus sañas,
 Y no permites, cuando á Bato miras,
 Que yo ensordezca en llanto las montañas?

7.

Culpa á Flor de injusta en el premio de su favor con el ejemplo de una vaca pretendida en el soto.

Ves gemir tus afrentas al vencido
 Toro, y que tiene ausente y afrentado,
 Méno pacido el soto que escarbado,
 Y de sus celos todo el monte herido?

Vesle ensayar venganzas con bramido,
 Y en el viento gastar ímpetu armado:
 Ves que sabe sentir ser desdeñado,
 Y que su vaca tenga otro marido?

Pues considera, Flor, la pena mia,
 Cuando por Coridon, pastor ausente,
 Desprecias en mi amor mi compañía.

Ofrecióse la vaca al mas valiente,
 Y con razon premió la valentía:
 Tú me desprecias, Flor, injustamente.

Aconseja al Amor que, para vencer el desden de Lisi, deje las flechas comunes y tome las con que hirió á Júpiter, para que se enamore de Europa.

Amor, preven el arco y la saeta,
Que enseñó á navegar y dar amante
Al rayo, cuando Jove, fulminante,
Bruta deidad bramó llama secreta.

La vulgar cuerda que tu mano aprieta
Para el pecho de Lisi, no es bastante:
Otra cosa más dura que el diamante
Dudo que la victoria te prometa.

Preven toda la fuerza al pecho helado,
Pues ménos gloria en ménos hermosura,
Te fué bajar al sol del cielo al prado.

Y pues de tí no supo estar segura
Tu madre, no permitas despreciado,
Que tu poder desmienta, Lisis dura.

Con el ejemplo del fuego enseña á Alexi, pastor,
cómo se ha de resistir al amor en su principio.

No ves piramidal y sin sosiego,
En esta vela arder inquieta llama,
Y cuán pequeño soplo la derrama
En cadáver de luz, en humo ciego?

No ves sonoro y animoso el fuego
Arder voraz una y otra rama,
A quien, ya poderoso, el soplo inflama,
Que á la centella dió la muerte luego?

Ansí pequeño amor recién nacido,
Muere Alexi, con poca resistencia,
Y le apaga una ausencia y un olvido:
Mas si crece en las venas su dolencia,
Vence con lo que pudo ser vencido,
Y vuelve en alimento la dolencia.

Dice que como el labrador teme el agua cuando viene con truenos, habiéndola deseado, así es la vista de su pastora.

Ya viste que acusaban los sembrados
Secos las nubes, y las lluvias; luego
Viste en la tempestad temer el riego
Los surcos, con el rayo amenazados.

Más quieren verse secos que abrasados,
Viendo que á la agua la acompaña el fuego,
Y él relampago, y trueno sordo y ciego,
Y mustio el campo teme los nublados.

No de otra suerte temen la hermosura
Que en los tuyos mis ojos codiciaron,
Anhelando la luz serena y pura.

Pues luego que se abrieron, fulminaron,
Y amedrentado el gozo á mi ventura,
Encendieron en mí cuanto miraron.

Significa el mal que entra á la alma por los ojos con
la fábula de Acteon.

Estábase la afesia cazadora
Dando en aljofar el sudor al baño,
Cuando en rabiosa luz se abrasa el año,
Y la vida en incendios se evapora.

De sí, Narciso y ninfa, se enamora;
Mas viendo, conducido de su engaño,
Que se acerca Acteon, temiendo el daño,
Fueron las ninfas velo á sus señora.

Con la arena intentaron el cegalle,
Mas luégo que de amor miró el trofeo,
Cegó mas noblemente con su talle.

Su frente endureció con arco feo,
Sus perros intentaron el matalle,
Y adelantóse á todos su deseo.

Dice que como el Nilo guarda su origen, encubre también él de su amor la causa, y crece así también su llanto con el fuego que le abrasa.

Dichoso tú, que nacés sin testigo,
Y de progenitores ignorados,
¡Oh Nilo, y nube, y río, al campo y prados,
Ya fertilizas troncos, y ya trigo!

El humor que sediento y enemigo,
Bebe el rabioso Can á los sagrados
Rios, le añade pródigo á tus vados,
Siendo Acuario el leon para contigo.

No de otra suerte, Lisis, acontece
A las undosas urnas de mis ojos.
Cuyo ignorado origen se enmudece.

Pues cuanto el sirio de tus lazos rojos
Arde en bochornos de oro crespo, crece
Más su raudal, tu hielo, y mis enojos.

Con la propiedad de Guadiana, de quien dice Plinio que *sapius nasci gaudet*, compara la disimulación de sus lágrimas,

O ya descansas, Guadiana, ociosas
Tus corrientes en lagos. que ennobleces;
O liquidas dilatas á los peces
Campañas, en las lluvias procelosas,

O en las grutas sedientas, tenebrosas,
Los raudales undosos desapareces,
Y de nacer á España muchas veces,
Te alegras en las tumbas cabernosas.

Emulos mis dos ojos á tus fuentes
Ya corren, ya se esconden, ya se paran,
Y nacen sin morir al llanto ardientes.

Ni mi prision ni lágrimas se aclaran,
Todo soy semejante á tus corrientes,
Que de su propio túmulo se amparan.

Habiendo llamado á su zagala Aurora, pide á la del cielo que se detenga, para ver en ella el retrato de su misma zagala.

Tú, princesa bellísima del día,
De las sombras nocturnas triunfadora,
Oro risueño y púrpura pintora,
Del aire melancólico alegría;

Pues del sol que te sigue y que te envía
Eres flagrante y rica embajadora;
Pues por ennoblecerte llamé Aurora
La hermosa sin igual, zagala mia:

Ya que la noche me privó de vella,
Y esquivá mis dos ojos, piadosa
Entretenme su imágen en su estrella.

Niégle al sol las horas; no invidiosa
Su llama, que tus luces atropella,
Esconda en tí su ardiente nieve, y rosa.

A Filis, que suelto el cabello lloraba ausencias de su pastor.

Ondea el oro en hembras proceloso,
Corre el humor en perlas hilo á hilo,
Juntó la pena el Tajo con el Nilo,
Este creciente, cuanto aquel precioso.

Tal el cabello, tal el rostro hermoso
Asiste en Fili al doloroso estilo,
Cuando por las ausencias de Batilo,
Uno derrama rico, otro lloroso.

Oyó gemir con músico lamento,
Y mustia y ronca voz, tórtola amante,
Amancillado querellosa el viento.

Dijo: «Si imitas mi dolor constante,
Eres lisonja dulce de mi acento.
Si le compites, no es tu mal bastante.»

A Lisi, que en su cabello rubio tenia sembrados
claveles carmesies, y por el cuello.

Rizas en ondas ricas del rey Midas,
Lisi, el tacto precioso cuanto avaro;
Arden claveles en tu cerco claro,
Flagrante sangre, espléndidas heridas.

Minas ardientes al jardin unidas
Son milagro de amor, portento raro:
Cuando Hibla matiza el mármol paró
Y en su dureza flores ve encendidas.

Esos, que en tu cabeza generosa,
Son cruenta hermosura, y son agravio,
A la melena rica y vitoriosa,

Dan al claustro de perlas en tu labio
Elocuente rubí, púrpura hermosa,
Ya sonoro clavel, ya coral sabio.

Ausente se lamenta mirando la fuente, donde solia
mirarse su pastora.

En este sitio donde Mayo cierra
Cuanto con más fecunda luz florece,
Tan parecido al cielo que parece
Parte que de su globo cayó en tierra;
Testigos son las peñas de esta sierra.
Hombros que al peso celestial ofrece
Del duro afán, que el corazón padece
En alta esclavitud injusta guerra.

Miré la fuente, donde ver solía
A Filida, que en ella se miraba,
Cuando por serla espejo no corría.
Por imitar mi envidia se abrasaba,
Cuando en sus aguas mi atención ardía,
Y en sus incendios Filida se helaba.

A una fuente, donde solia llorar los desdenes de Fili.

Esta fuente me habla, mas no entiendo
Su lenguaje, ni sé lo que razona:
Sé que habla de amor, y que blasona
De verme á su pesar por Flori ardiendo.

Mi llanto, con que crece, bien lo entiendo,
Pues mi dolor y mi pasion pregona;
Mis lágrimas, el prado las corona;
Vase con ellas el cristal riendo.

Poco mi corazon debe á mis ojos,
Pues dan agua al agua, y se la niegan
Al fuego, que consume mis despojos.

Si no lo ven, porque llorando ciegan,
Oigan, lo que no ven, á mis enojos,
Déjanme arder, y la agua misma anegan.

Compra á la yedra su amor, que causa parecidos
efectos, adornando el árbol por donde sube, y
destruyéndole.

Esta yedra anudada que camina,
Y en verde laberinto comprehende
La estatura del álamo, que ofende,
Pues cuanto le acaricia, le arruina.

Si es abrazo ó prision, no determina
La vista, que al famoso halago atiende:
El tronco solo, si es favor entiende,
O carcel que le esconde y que le inclina.

¿Ay Lisi! ¿quién me viere enriquecido
Con alta adoracion de tu hermosura,
Y de tan nobles penas asistido?

Pregunten á mi pasion y á mi ventura,
Y sabra, que es pasion de mi sentido,
Lo que juzga blason de mi locura.

Dice que el sol temple la nieve de los Alpes, y los
ojos de Lisi no templen el hielo de sus desdenes.

Miro este monte que envejece Enero,
Y cana miro caducar con nieve
Su cumbre, que aterido, oscuro y breve
La mira el sol, que la pintó primero.

Veo que en muchas partes lisonjero,
O regala sus hielos, ó los bebe;
Que agradecido á su piedad se mueve
El músico cristal, libre y parlero.

Mas en los Alpes de tu pecho airado
No miro, que tus ojos á los míos
Regalen, siendo fuego el hielo amado.

Mi propia llama multiplica frios,
Y en cenizas mismas ardo helado,
Invidiando la dicha de estos ríos.

A una dama hermosa, y tiradora del vuelo, que
mató un águila con un tiro.

Castigas en la águila el delito
De los celos de Juno vengadora,
Porque en velocidad, alta y sonora,
Llevó á Jove robado el catamito?

O juzgaste su osar por infinito
En atrever sus ojos á tu aurora,
Confiado en la vista vencedora,
Con que miran al sol de hito en hito?

O porque sepa Jove que en el cielo,
Cuando Venus fulminas, de tu rayo,
Ni el suyo está seguro, ni su vuelo?

O á Cesar amenazas con desmayo,
Derramando su emblema por el suelo,
Honrando los leones de Pelayo?

A Lisi cortando flores y rodeada de abejas.

Las rosas que no cortas te dan quejas,
Lisis, de las que escojes por mujeres;
Las que pisas, se quedan inferiores,
Por guardar la señal que del pié dejas.

Haces hermoso engaño á las abejas,
Que cortejan solícitas tus flores:
Llaman á su codicia tus colores.
Su instinto burlas, y su error festejas.

Ya que de mí su condicion no quiera
Compadecerse del enjambre hermoso
Tenga piedad tu eterna primavera.

El será fortunado, yo dichoso,
Si de tu pecho fabricase cera,
Y la miel de tu rostro milagroso.

**A Lisi, que cansada de cazar en el estío, se recostó
á la sombra de un laurel.**

Lisi, en la sombra no hallaras frescura
Tú, que con dos ardientes luminares
A la sombra la traes caniculares,
Que dieran á los Alpes calentura.

Del antiguo recato y compostura
Han olvidado á daphne estos lugares,
Pues de dos soles tuyos, singulares,
Quien huyó de uno solo se asegura.

Mas viéndole en tus ojos dividido,
Para poder estar en tí dos veces,
Otras tantas le mira en tí vencido.

Y siente, que como ella le aborreces,
Pues á su sombra y tronco has retraído
Los rayos, que le niegas y le ofreces.

POESÍAS AMOROSAS.

I.

En lo penoso de un amante ausente.

Embravecí llorando la corriente
De aqueste fértil cristalino río,
Y cantando amansé su curso y brío.
¡Tanto puede el dolor en un ausente!

Miréme en los cristales de esta fuente
Antes que los prendiese el hielo frío;
Y ví que no es tan fiero el rostro mio,
Que no merezca ver tu luz ardiente.

Dejé sus aguas ricas de despojos,
Cubrí, ¡oh mi Isbela! de incienso tus altares,
Coronélos de espigas á manojos.

Sequé y crecí, con agua y fuego, á Henares,
Y tornando en el agua á ver mis ojos,
En un arroyo pude ver dos mares.

II.

Desea conocer la causa de su desasosiego.

Si en el loco jamás hubo esperanza,
Ni desesperacion hubo en el cuerdo,
De qué accidentes hoy la vida pierdo?
Qué sentimiento mi razon alcanza?

Quién hace en mi memoria tal mudanza,
Que de aquello que busco no me acuerdo?
Velo soñando, y sin dormir recuerdo,
El mal pesa y el bien, igual balanza.

Escucho sordo, y reconozco ciego
Descanso trabajando, y hablo mudo,
Humilde aguardo, y con soberbia pido.

Si es amor mi gran desasosiego,
De conocer lo que me acaba dudo,
Que no hay de sí quien viva más rendido.

III.

Culpa lo cruel de su dama.

Hay en Sicilia una famosa fuente,
 Que en piedra torna cuanto moja y baña,
 De donde huye la ligera caña,
 El vil rigor del natural corriente.

Y desde el pié gallardo hasta la frente,
 Anajarte de dureza extraña,
 Convertida fué en piedra, y en España
 Pudiera dar ejemplo mas patente.

Mas donde vos estais es escusado
 Buscar ejemplo en todas las criaturas,
 Pues mis quejas jamás os ablandaron.

Y al fin estoy á creer determinado,
 Que algunos parió de monte entrañas duras,
 O que en aquesta fuente os bautizaron.

IV.

Quéjase de lo esquivo de su dama.

El amor conyugal de su marido.
 Su presencia en el pecho le revela;
 Teje de día en la curiosa tela,
 Lo mesmo que de noche ha destejido.

Danle combates, interés y olvido,
 Y de fe y esperanza se abroquela,
 Hasta que dando el tiempo en popa y vela,
 Le restituye el mal á su marido.

Ulises llega, goza á su querida,
 Que por gozarla un día, dió veinte años
 A la misma esperanza de un difunto.

Mas yo sé de una fiera embrabecida,
 Que veinte mil tejiera por mis daños,
 Y al fin mis daños son no verme en punto.

V.

Entre sueños se ve aún más combatido.

Cuando a más sueño el alba me convida,
El velador piloto Palinuro
A voces rompe al natural seguro,
Treguá del mal, esfuerzo de la vida.

Qué furia armada, ó qué legion vestida
Del miedo, ó manto de la noche oscuro,
Sin armas deja al escuadron seguro,
A mi despierto, a mi razon dormida?

Algunos enemigos pensamientos,
Cosarios en el mar de amor nacidos,
Mi dormido batel han asaltado.

El alma toca al arma á los sentidos;
Mas como amor los halla soñolientos,
Es cada sombra un enemigo armado.

VI.

Atórméntale el recuerdo de su amor.

Aguarda riguroso pensamiento,
No pierdas el respeto á cuyo eres:
Imagen, sol ó sombra, que me quieres?
Déjame sosegar en mi aposento.

Divina Tírsis, abrasarme sienta,
Sé blanda como hermosa entre mujeres:
Mira que ausente, como estas, me hieres,
Afloja ya las cuerdas al tormento.

Hablandote a mis solas me anochece,
Contigo anda cansada el alma mia,
Contigo razonando me amanece.

Tú la noche me ocupas, y tú el dia,
Sin tí todo me aflece y entristece,
Y en tí mi mismo mal me dá alegría.

VII.

En vano busca la tranquilidad.

A fugitivas sombras doy abrazos,
 En los sueños se cansa el alma mia;
 Paso luchando à solas noche y dia.
 Con un trasgo que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más ceñir con lazos,
 Y viendo mi sudor se me desvia,
 Vuelvo con nueva fuerza á mi porfia,
 Y temas con amor me hacen pedazos.

Vóime á vengar en una imagen vana,
 Que no se aparta de los ojos míos;
 Búrlame, y de burlarme corre ufana.

Empiézola á seguir, faltanme brios,
 Y como de alcanzarla tengo gana,
 Hago correr tras ella el llanto en ríos.

VIII.

No logra quietud ni descanso.

Más solitario pájaro en cual techo
 Se vió jamás que yo, ni fiero en monte ó prado
 Desierto estoy de mí, que me ha dejado
 Mi alma propia en lágrimas deshecho.

Lloraré siempre mi mayor provecho;
 Penas serán, y hiel cualquier bocado,
 La noche afán, y la quietud cuidado,
 Y duro campo de batalla el lecho.

El sueño, que es imagen de la muerte
 En mí, á la muerte vence en aspereza,
 Pues que me estorba el sumo bien de verte.

Que es tanto tu donaire y tu belleza,
 Que, pues, naturaleza pudo hacerte,
 Milagro puede hacer naturaleza.

IX.

La guerra del amor es causa de su desasosiego.

Amor me ocupa todos los sentidos,
 Absorto estoy en éxtasi amoroso,
 No me concede un rato de reposo
 Esta guerra civil de los nacidos.

¡Ay, cómo van mis pasos tan perdidos
 Tras dueño, si gallardo, riguroso:
 Quedaré por ejemplo lastimoso
 A todos cuantos fueren atrevidos!

Mi vida misma es causa de mi muerte,
 Y a manos de mi bien n. il males paso,
 Y cuando estoy rendido me hago fuerte.

Quiero encubrir el fuego en que me abraso,
 Por ver si puedo mejorar mi suerte,
 Y hallo en darme favor al cielo escaso.

X.

Que conozcan todos la constancia de su amor.

Dejad que á voces diga el bien que pierdo,
 Si con mi llanto á lástima os provoco,
 Y permitidme hacer cosas de loco,
 Que parezco muy mal, amante y cuerdo.

La red que rompo, y la prision que muerdo,
 Y el tirano rigor que adoro y toco,
 Para mostrar mi pena son muy poco,
 Si por mi mal de lo que fui me acuerdo.

Oiganme todos: consentid siquiera,
 Que harto de esperar y de quejarme,
 Pues sin premio viví, sin juicio muera.

De gritar solamente quiero hartarme;
 Sepa de mí á lo más os esta fiera,
 Que he podido morir, y no mudarme.

XI.

Desea que así como Petrarca hizo célebre á su Laura, pueda él transmitir á la posteridad la hermosura de su enamorada.

Petrarca celebró su Laura bella,
 Con ingenio, y estilo levantado,
 Y hizo al mundo eterno su cuidado,
 Y la rara belleza que vió en ella.

Viven hoy envidiosas muchas de ella,
 Porque es digno de ser muy envidiado
 Un bien tan alto, y tan dichoso estado,
 Que nunca pueda el tiempo contra ella.

Yo sólo á tí, gallarda Silvia, hermosa,
 A quien di el corazón en sacrificio,
 Querría dejarte de la misma suerte,

Que esta alma en adorarte venturosa
 Sólo te puede hacer este servicio,
 Que no te ofenda el tiempo ni la muerte.

XII.

Encarece el ánimo y la hermosura de Silvia.

Divina muestra del poder divino,
 Honra de nuestra edad, por vos dichosa,
 Nobleza sin igual, maravillosa,
 Aviso, ingenio, gusto peregrino.

Milagro de renombre eterno, digno,
 A pesar de la envidia venenosa,
 Rara beldad, cordura milagrosa,
 Gloria, que es de gozarla amor indigno.

Angel con mortal velo disfrazado,
 Regalo sin medida, que no tiene
 Igual en todo el bien del ser humano.

Tesoro celestial incomparado,
 Adonde mas el alma se entretiene
 Es Silvia, dueño y vida de Silvano.

XIII.

Las gracias de la que adora, son ocasion de que
viva y muera al tiempo.

Esa color de rosa y de azucena,
Y ese mirar sabroso, dulce, honesto,
Y ese hermoso cuello, blanco, inhiesto,
Y boca de rubis, y perlas llena.

La mano alabastrina, que encadena
Al que más contra amor esta dispuesto,
Y el más libre y tirano presupuesto
Destierra de las almas, y enajena.

Esa rica y hermosa primavera,
Cuyas flores de gracias y hermosura,
Ofendellas no puede el tiempo airado.

Son ocasion que viva yo, y que muera,
Y son de mi descanso y mi ventura,
Principio, y fin, y alivio del cuidado.

XIV.

No quiere dar lugar á desconfianzas.

Dejadme resollar, desconfianzas,
Que es de manera vuestro desconsue'o,
Que tiene derribado por el suelo,
El fundamento de mis esperanzas.

Por qué me asegurais tantas mudanzas
En la fe que sustenta mi consuelo?
Y á manos del temor, y del recelo,
Quereis hacer morir mis confianzas?

No me canseis con vanas invenciones,
Pues mi mal no le causan desengaños,
Sino deseo de amor cendrado y puro.

Porque da otras sospechas en mi daño,
Y sé hien, por diversas ocasiones,
Que de vosotras puedo estar seguro.

XV.

Pide al amor cese en la cruz guerra que le hace

A fuego y sangre, fiero pensamiento,
Has contra mí la guerra pregonado,
Y con verme rendido y acabado,
No quieres hacer treguas de un momento.

Qué has de ganar en este vencimiento,
Sino infamia de haberle procurado,
Contra quien vive tan desconfiado
Del ajeno favor, y propio aliento?

La cuerda del color afloja un poco,
Déjame respirar, duro enemigo,
Y goza del placer de atormentarme.

Multiplica mi daño poco á poco,
Y el airado rigor temple conmigo,
Pues que te has de acabar con acabarme.

XVI.

Nadie como él tiene tanta fe en el amor de Silvia

Silvia, ¿porqué os da gusto que padezca
Tan grave mal, como por vos padezco?
Si lo causa lo poco que merezco.

Ninguno tiene el mundo que os merezca.

Ni fe tan pura no hay quien os la ofrezca.
Como yo con esta alma vuestra ofrezco,
Y nadie agradeció, como agradezco
Pena, que tanto ofenda y entristezca.

Y aunque en valor estemos desiguales,
A tener compasion de mis dolores,
Bien os pueden mover extremos tales.

Pues cuantos piden que les deis favores,
En bien amaros no me son iguales,
Ni os han sufrido tantos desfavores.

XVII.

Le dice á Silvia no se muestre tan esquivá.

Cifra de cuanta gloria y bien espera
Por premio de su fe y de su tormento,
El que, para adorar tu pensamiento,
De sí se olvidara hasta que muera.

Reforma tu aspereza brava y fiera,
A oír lo menos del dolor que siento:
Dale, señora, al tierno sentimiento
En ese pecho ya lugar cualquiera.

Pues mi remedie está solo en tu mano,
Antes que del dolor la fuerza fuerte
Del aiento vital prive á Silvano,

Intento muda, porque de otra suerte
Llegara tarde, y procurarse há en vano
A tanto mal remedio sin la muerte.

XVIII.

No es posible vivir sin amar á Silvia, aunque su
amor es causa de la mayor desventura.

Espíritu gentil, rara belleza,
Valor inmenso, afable cortesía,
Discrecion admirable, y gallardía,
La mayor que se vió, y demás firmeza.

Centrada lengua, angélica presteza,
Deslen esquivo, suma bizarría,
Como vos á ninguna, Silvia mía,
Jamás lo quiso dar naturaleza.

Solo el que no ha sabido conoceros
Podrá vivir, señora, sin amaros,
Y mayor desventura no es posible.

Mas yo, que merecí gozar de veros,
Y hallo tanta gloria en contemplaros,
Dejaros de adorar es imposible.

XIX.

No es posible alabar tanta belleza.

Quando con atencion miro, y contemplo
La soberana traza, y compostura
De esa divina y celestial figura,
Que de su Hacedor es vivo ejemplo

La prima con razon bajo, y contemplo
Del indigno instrumento, que procura
Tocar los puntos de mayor altura,
Que la madre de amor oyó en su templo.

Pues no es bien ofenderos y agraviaros,
Cortamente alabando la riqueza,
De los ratos extremos que en vos veo.

Sólo se ocupe el alma en contemplaros
Y estos ojos en ver esa belleza,
Que es último sujeto del deseo.

XX.

Ruega al rio Henares que le acompañe en sus
sufrimientos.

Deten tu curso, Henares, tan crecido,
De aquesta soledad músico amado,
En tanto que contento mi ganado,
Goza del bien que pierde este afligido.

Y en tanto que en el ramo más florido,
Endechas canta el ruiseñor; y el prado
Tiene de sí al verano enamorado,
Tomando á Mayo su mejor vestido:

No cantes mas, pues ves que nunca aflora
La rienda al llanto en míseras porfías,
Sin menguárseme parte del enojo.

Que mal parece si tus aguas frias
Son lagrimas las más, que triste arrojó
Que canten, cuando lloro, siendo más.

XXI.

No halla sosiego en parte alguna.

Por la cumbre de un monte levantado,
 Mis temerosos pasos triste guío
 Por norte llevo solo mi albedrío,
 Y por mantenimiento mi cuidado.

Llega la noche y hállome engañado,
 Y sólo en la esperanza me confío;
 Llego al corriente mar de un hondo río,
 Ni hallo barca ni puente, ni hallo vado.

Por la ribera arriba el paso arrojo
 Dame contento el agua con su ruido,
 Mas en verme perdido me congojo.

Hallo pisadas de otro que ha subido;
 Párome á verlas, pienso con enojo,
 Si són de otro, como yo, perdido.

XXII.

A un retrato de una dama.

Tan vivo está el retrato y la belleza,
 Que amor tiene en el mundo por escudo,
 Que, con mirarle tan de cerca, dudo
 Cual de los dos formó naturaleza.

Teniéndole por Filis, con presteza
 Mi alma se apartó del cuerpo rudo,
 Y viendo que era su retrato mudo,
 En mí volví, corrido con tristeza.

En el llevar tras sí mi fe y deseo,
 Es Filis viva, pues su ser incluye,
 Con cuyo disfavor siempre peleo.

Mas su rigor aquesto lo destruye,
 Y que no es Filis al momento creo,
 Pues que de mí, mirandome, no huye.

XXIII.

Solo en sueños ha podido creerse venturoso.

Embarazada el alma y el sentido
 Con un sueño burlon, aunque dichoso,
 Aumentan lo reposo a mi reposo,
 Me hallé toda una noche entretenido.
 Tu rostro ví en mis llamas encendido,
 Que dora lo cruel con lo hermoso,
 Enlazando tu cuello presuroso,
 Con nudo de los brazos, bien tejido.
 Túvele por verdad el bien pequeño,
 Llegué, luego a soñar que te gozaba,
 Hecho de tanta gentileza dueño:
 Y en esto conocí que me engañaba,
 Y que todo mi bien fué breve sueño,
 Pues yo, tan sin ventura, le alcanzaba.

XXIV.

Aun en sueños le sirve de pesadumbre su amor

Soñé que el brazo del rigor armado,
 Fílis, alzabas contra el ama mia,
 Diciendo: «Este será el postrero día,
 Que ponga fin á tu vivir cansado.»
 Y que luego, con golpe acelerado,
 Me dabas muerte en sombra de alegría,
 Y yo triste al infierno me partía,
 Viéndome ya del cielo desterrado.
 Partí sin ver el rostro amado y bello,
 Mas despertóme de este sueño un llanto,
 Ronca la voz, y crespo mi cabello.
 Y lo que más en esto me dió espanto,
 Es ver que fuese sueño algo de aquello,
 Que me pudiera dar tormento tanto.

XXV.

Logra fama quien celebra tan famosa hermosura.

Clarinda, vuestra musa sonora
Es célebre por docta y levantada;
Pero mi musa humilde y desgraciada,
Por celebrar la vuestra, es mas famosa.

La vuestra dulce, alegre y deleitosa,
Es tan perfecta, rica y acabada,
Que única viené á ser por envidiada,
Y es única la mia de envidiosa.

Juntos á Apolo y á su Dafne veo,
Clarinda, en vuestra noble compostura,
Gozando en vos altísimo trofeo.

Que en vos, Dafne, de Apolo está segura,
Pues de su amor olvida ya el deseo
Por el nuevo de amar vuestra hermosura.

XXVI.

Contraposiciones y tormentos de su amor.

Osar, temer, amar y aborrecerse,
Alegre con la gloria, atormentarse,
De olvidar los trabajos olvidarse,
Entre llamas arder, sin encenderse;

Con soledad entre las gentes verse,
Y de la soledad acompañarse;

Morir continuamente, no acabarse,
Perderse por hallar con qué perderse.

Ser Fúcar de esperanzas sin ventura,
Gastar todo el caudal en sufrimiento,
Con cera conquistar la piedra dura,

Son efectos de amor en mis tormentos,
Nadie le llama dios, que es grañ locura,
Que más son de verdugo sus tormentos.

XXVII.

La constancia en el amor no teme el tráscurso de los años.

Siete años de pastor Jacob servia
Al padre de Raquel, serrana bella:
Mas no servia á él, servia á ella,
Que á ella sólo en premio pretendia.

Los dias en memoria de aquel día,
Pasaba contentándose con vella;
Mas Laban, cauteloso, en lugar de ella,
Ingrato á su lealtad, le diera á Lia.

Viendo el triste pastor que con engaños
Le quitan á Raquel, y el bien que espera,
Por tiempo, amor y fe le merecia;

Volvió á servir de nuevo otros siete años,
Y mil sirviera más, si no tuviera
Para tan largo amor tan corta vida.

XXVIII.

Rocéanle mil fantasmas engañosas.

¿Qué imágen de la muerte rigurosa,
Qué sombra del infierno me maltrata?

¿Qué tirano cruel me sigue, y mata,
Con vengativa mano, licenciada?

¿Qué fantasma en la noche temerosa
El corazón del sueño me desata?

¿Quién te venga de mí, divina ingrata,
Más por mi mal que por tu bien hermosa?

¿Quién, cuando con dudoso pié, y incierto,
Piso la soledad de aquesta arena,
Me puebla de cuidados el desierto?

¿Quién el antiguo son de mi cadena
A mis orejas vuelve, si es tan cierto,
Que aun no te acuerdas tú de darme pena?

XXIX.

Explica la variedad enojosa de sus cuidados.

Del sol huyendo el mismo sol buscaba,
Y al fuego ardiente cuando el fuego ardía,
Alegre iba siguiendo mi alegría,
Y fatigado mi descanso hallaba.

Fué tras su libertad mi vida esclava,
Y corrió tras tu vida el alma mía;
Buscaron mis tinieblas á su día,
Que dando luz al mismo sol andaba.

Fuí salamandra en sustentarme ciego
En las llamas del sol con mi cuidado,
Y de mi amor en el ardiente fuego.

Pero en camaleon fuí transformado
Por la que tiraniza mi sosiego,
Pues fui con aire de ella sustentado

XXX.

Compara su amor con la hermosura de una flor
que nunca perece.

Artificiosa flor, rica y hermosa,
Que adornas á la misma primavera,
No temas que el color que tienes muera,
Estando en una parte tan dichosa.

Siempre verde serás, siempre olorosa,
Aunque despoje el cielo la ribera,
Triunfarás del invierno y de la esfera,
Envidia de mí por venturosa.

Cuando caíste de su frente bella,
No te tuve por flor, que, como es cielo,
No esperaba yo de él sino una estrella.

Mas cuando se cae la flor al suelo,
Muestra que el fruto viene ya tras ella.
Ver que te ví caer, me dá consuelo.

XXXI.

Preso en los laberintos del amor, no puede ya
lograr ventura.

Tras arder siempre, nunca consumirse,
Y tras siempre llorar, nunca acosarme,
Tras tanto caminar, nunca cansarme,
Y tras siempre vivir, jamás morirme.

Despues de tanto mal no arrepentirme,
Tras tanto engaño, no desengañarme,
Despues de tantas penas, no alegrarme,
Y tras tanto dolor, nunca reirme.

En tantos laberintos, no perderme,
Ni haber tras tanto olvido recordado,
Qué fin alegre puede prometerme?

Antes muerto estaré, que escarmentado:
Ya no pienso tratar de defenderme,
Sino de ser de veras desdichado.

XXXII.

Pasa su vida constantemente llorando

Lloro mientras el sol alumbra, y cuando
Descansan en silencio los mortales
Torno á llorar renuévanse mis males,
Y así paso mi tiempo sollozando.

En triste humor los ojos voy gastando,
Y el corazon en penas desiguales:
Sólo á mi, entre los otros animales,
No me concede paz de amor el bando.

Desde el un sol al otro hay fe perdida,
Y de una sombra á otra siempre lloro:
En esta muerte que llamamos vida.

Perdí mi libertad y mi tesoro,
Perdióse mi esperanza de atrevida,
;Triste de mí, que mi verdugo adoro!

XXXIII.

El tiempo va siempre adelantando, pero él lo pierde
lastimosamente llorando.

Llevó tras sí los pampanos Octubre,
Y con las muchas lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes, ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y al sol apenas vemos en Oriente
Cuando la dura tierra nos le encubre.

Del monte baja ya con nueva saña
El Aquilon, y cierra su bramido
Gente en el mar, y gente en la montaña.

Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

XXXIV.

Quéjese de los desdenes é ingraticudes de Silvia.

De tantas bien nacidas esperanzas
Del doméstico amor, y dulce vida,
Burlas, ingrata Silvia, fementida,
Con desdenes, con celos, con tardanzas.

No arroje más tu brazo airadas lanzas
Del pecho á la pirámide escondida,
Que ya no dan lugar á nueva herida
Las que en ella te rinden alabanzas.

Confieso que dí incienso en tus altares,
Con sacrílega mano al fuego ardiente,
Del no prudente dios preso con grillo.

Si me castigas dándome esos males,
No me mates que un muerto no siente,
Dame vida, y así podrás sentillo.

XXXV.

El continuado movimiento de las aguas del río se
meja la inconstancia de Celia.

¡Oh, dulces, frescas aguas transparentes,
Que vuestra claridad á Celia hurtastes,
Cuando otra vez mis glorias murmurastes,
Haciéndome dichoso entre las gentes!

Si acaso, río ufano, acaso sientes
Mi mal, y vos, ¡oh flores! escuchastes
Mis quejas, y algún tiempo acompañastes
Vergonzosas mi fe con las corrientes;

Decid, pues sois testigos, ¿este río,
A mí y á Celia, todo en un momento,
No representa con dibujo raro?

Murmurando decís en favor mío,
Que á ella se parece en movimiento,
Y á mí tan solamente en el ser claro.

XXXVI.

Pregunta al Amor dónde tiene los bienes que en él
ponderan.

Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu cielo?
Si señor, ¿de qué renta y de qué estados?
Adónde están tus siervos y criados?
Dónde tienes tu asiento en este suelo?

Si te disfrazas nuestro mortal velo,
Cuáles son tus desiertos, y apartados?
Si rico, ¿dó tus bienes vinculados?
Cómo te veo desnudo al sol y al hielo?

Sabés qué me parece, Amor, de aquesto?
Que el pintarte con alas y vendado,
Es que de tí el pintor y el mundo juega.

Y yo tambien, pues sólo el rostro honesto
Dé mi Lisis, así te ha acobardado,
Que pareces, Amor, gallina ciega.

XXXVII.

La gloria no consiste en la realidad, sino en el
recuerdo de su amor.

Solo sin vos, y mi dolor presente,
Mi pecho rompo con mortal suspiro;
Sólo vivo aquel tiempo cuando os miro.
Mas poco mi destino lo consiente.

Mi mal es propio, el bien es accidente,
Pues cuando en verme en vos presente aspiro,
No falta causa al mal porque suspiro,
Aunque con vos estoy estando ausente.

Aquí os hablo, aquí os tengo y aquí suelo
Gozando de este bien en mi memoria,
Mientras que el bien que espero amor dilata,

Mirar como me trata mi deseo
Que he venido á tener sólo por gloria,
Vivir contento es lo que más me mata.

XXXVIII.

Definiendo el amor.

Es hielo abrasador, es fuego helado.
Es herida, que duele y no se siente.
Es un soñado bien, un mal presente,
Es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido, que nos da cuidado,
Un cobarde, con nombre de valiente,
Un andar solitario, entre la gente,
Un amar solamente ser armado.

Es una libertad encarcelada,
Que dura hasta el postrero parasismo,
Enfermedad, que crece si es curada.

Este es el niño, Amor, este es tu abismo:
Mirad cual amistad tendrá con nada,
El que en todo es contrario de sí mismo.



OCTAVAS.

GLOSANDO.

Que todo tiene fin, si no es mi pena.

Yo vi todas las galas del verano,
Y engastadas las perlas de la aurora
En el oro del sol sobre este llano;
Vi de esmeralda el campo, más agora
La blanca nieve del invierno cano,
De todo le desnuda y le desdora:
Todo lo acaba el tiempo, y lo enajena,
Que todo tiene fin, si no es mi pena,

Yo vi presa del hielo la corriente,
Que, en líquidos cristales derretida,
Despide alegre la parlera fuente:
De nubes pardas y de horror vestida,
Vi la cara del sol resplandeciente:
La mar, que agora temo embravecida,
Vi mansa en otro tiempo, vi serena;
Que todo tiene fin, si no es mi pena.

En el oro del sol, sobre este llano,
Vi engastadas las perlas del aurora,
Y las más ricas joyas del verano;
Vi vestir de esmeralda el campo á Flora,
Mas ya la nieve del invierno cano
Le desnuda, le roba y le enajena;
Que todo tiene fin, si no es mi pena.

De verdes hojas, lenguas ví que hacía
Por murmurar un rato el manso viento,
De mi Tirsis cruel la tiranía;
Mas el invierno enmudeció su acento.
De lazos de oro el cielo ciñó el día;
Vino tras él con tardo movimiento
La muda noche, de tinieblas llena;
Que todo tiene fin, si no es mi pena.

CANCION PRIMERA.

Mostrando su pasion amorosa.

En estos versos de mi amor dictados,
Tan bien nacidos, quanto mal premiados,
Es, señora, mi intento
Mostrar más voluntad que entendimiento;
Pues mi pasion ordena
Que no iguale mi ingenio con mi pena.
Fué gran ventura veros,
Despues de vista amaros,
Y es ya tan imposible el olvidaros,
Como poder llegar á mereceros;
Y así reconocido,
Piedad, no premio pido,
Ni laurel, pues por vos le despreciara .
Si en la primera Dafne se tornara.
Sed atenta á los versos lastimeros,
Del que desde que os vió lo está á quereros;
Y obligareis á tanto un tierno amante,
Que os daba todo el tiempo que no os cante.
Saliste, Doris bella, y florecieron
Los campos secos, que tus pies pisaron:
Las fuentes y las aves te cantaron,
Que por la blanca Aurora te tuvieron:
Cuantas cosas mirastes se encendieron;
Cuantas peñas tocaste se ablandaron;
Las aguas de Pisuerga se pararon,
Y aprendieron á amar cuando te vieron:
El sol dorado, que tus ojos via,
Dudaba si su luz, ó la luz de ellos,
Prestaba el resplandor al claro día;
Venciéronle sus rayos tus cabellos,
Pues con mirarlos solamente ardia,
Y de envidia y de amor, muere por vellos.
Aunque qualquiera lugar donde estuvieras,

Templo, pues yo te adoro, le tornarás:
 Idolo hermoso, en cuyas nobles aras
 No fuera justo que otra ofrenda vieras.
 Templo fué del señor de las esferas
 Donde sentí las dos primeras jaras,
 Que afiló Amor en esas luces raras,
 Bastantes á que más valor vencieras.
 Volví la adoracion idolatría;
 Troqué por alta mar seguro puerto,
 Vi en la iglesia mi muerte en tu hermosura,
 Que entonces á los dos nos convenía,
 Por retraida á tí, que me habías muerto,
 Y como muerto á mi, ¡or sepultura.

II.

Muestra el poder del amor.

Quien quisiere nueva arte
 Oír, oiga la nueva, y docta mía
 Nueva filosofía.
 No vaya á Atenas, que en ninguna parte
 Enseña autor ninguno, ni hombre diestro.
 Lo que me enseña amor, que es mi maestro.
 No mata, según siento,
 Al fuego el agua blanda, Anarda bella:
 Pues sola una centella
 De aquel fuego de amor, que en mi sustento
 No he muerto, no he deshecho, no he apagado
 Con el diluvio de agua que he llorado.
 Al sol resplandeciente
 No se derrite el cristalino hielo,
 Ni deshace del cielo
 La nieve blanca y pura el fuego ardiente,
 Pues que siéndolo tú no te han deshecho,
 Sol de tus ojos, nieve de mi pecho.

En dos lugares puede,
Sin dividirse nunca ni apartarse,
Un cuerpo sólo hallarse,
Cuya experiencia á mi se me concede
En la divina ingrata que yo adoro,
Pues de ella ausente en mí, en ella moro.

No es verdad que partida
Del cuerpo vil el alma, el hombre muera,
Pues ya la mía está fuera,
Y á Anarda busca, que es su misma vida,
Mostrando amor en mi con brazo altivo,
Que sin el alma en él, muriendo vivo.

No es verdad que apartada
La causa no hay efecto, en mi sospecha,
Pues que no me aprovecha,
Que ausente esté de mí mi diosa airada,
Y de cerca y de lejos en mi, ingrata,
La misma causa me persigue y mata.

Entre los animales
Solo sus semejantes todos aman,
Y no la muerte aman
Por su naturaleza los mortales;
Yo soy humano, y amo por mi suerte
Una fiera cruel, que me da muerte.

Bien pueden dos contrarios
Estar juntos, pues ya en mi pensamiento
El placer y el tórmento,
El mal y el bien están, siendo adversarios,
Y en tanto que mi bien y gloria miro,
Riendo lloro, canto si suspiro.

Bien puede en mi cadena
El ser con el no ser á un mismo punto
Estar por mi mal junto,
Pues muerto el gusto, estoy vivo á la pena:
Y así es verdad, Anarda, cuanto escribo,
Que yo soy y no soy, y muero y vivo.

Es doctrina engañosa
Decir ningún mortal de aquí adelante,

Que de sí semejante
 Engendra la obra suya cualquier cosa,
 Pues Anarda en mi amor y desconsuelo,
 Fuego produjo, siendo toda hielo.

No ya á naturaleza
 Se vuelve el uso á la costumbre amada,
 Ni ya la pena usada
 Pierde su rigor y su aspereza;
 Pues cuanto más me dura mi tormento,
 Más su dureza, más su pena siento.

No es ya verdad que el todo
 Es mayor que la parte que en sí sella,
 Pues por extraño modo
 Yo estoy todo en Anarda, y toda ella
 Está en mi corazón, dándome guerra,
 Y así en mí cierro á quien en sí me cierra.

Cancion de penas mias,
 Huye del hombre bruto que no ama;
 Pero si Anarda llama,
 Tus argumentos son sofisterías;
 Dila que el arte que publicas nueva,
 No se puede entender si no se prueba.

III.

Decir puede este rio
 Si hay quien diga en favor de un desdichado,
 El tierno llanto mío
 Decirlo puede el prado,

Aminta rigurosa,
 Más por mi mal que por tu bien, hermosa.

Oyendo estos cerros
 Tu injusto agravio y mis querellas justas,
 Dulcísimos destierros;
 Pues de mis penas gustas,

Acabaráme olvido,
Y antes muerto estaré que arrepentido.
Dulce imposible adoro:
¡Ay del que sin ventura quiere tanto!
Pierdo el tiempo si lloro,
Las palabras si canto,
Y la vida si quiero,
Piérdome en todo, y por perderme muero.

¡Qué de veces previne
Quejas para decirte, y al instante,
Que á ver tu rostro vine,
Propio temor de amante,
Un mover de tus labios
Me trujo olvido á infinidad de agravios!

¡Qué de veces tus ojos,
De tanta voluntad dueños injustos,
Me trajeron enojos,
Y me robaron gustos,
Trayendo con sus rayos,
Al alma julios y á la orilla mayos!

Flacas van mis manadas,
Que sienten el dolor que tú no sientes;
Buscando van cansadas,
Buscan agua en las fuentes,
Sin ver que están secretas
Agua en mis ojos, hierba en tus saetas.

Vieronme estas arenas
En otro tiempo, cuando Dios queria,
Libre de las cadenas
Que tienen en prision el alma mía,
¡Oh libertad sagrada!
Quien te perdió no tema perder nada.

IV.

Dulce señora mía,
Norte de mi afligido pensamiento
Luz de mi fantasía,
Principio, medio y fin de mi tormento:
Pues es tuya mi vida,
No seas con desdenes su homicida.

Sol que á mis ciegos ojos
Das la luz que Cupido me ha quitado,
Llenando por despojos
Un vivo corazón enamorado;
Pues me tienen rendido,
No me des por amor eterno olvido.

Helada roca fuerte,
Que en el mar amoroso de mis años,
Para darme la muerte,
Te puso el ciego autor de mis engaños;
Mata mi confianza,
O cúmpleme del todo la esperanza.

Si tú que eres mi diosa,
A quien ofrezco el alma en sacrificio
Te muestras desdeñosa,
Dándome tal rigor por beneficio,
Quién sentirá mi pena,
Si quien es causa de ella me condena?

El eco está cansado
De responder al mal que no merezco;
Con quejas, desmayado,
A las peñas más duras enternezco;
De ti sola me espanto,
Cómo no te enterneces con mi llanto.

¡Qué mayores enojos
Me pudo dar amor, ¡oh desventura!

Que buscar entre abrojos
 El descanso, y la vida en sepultura,
 Donde con triste llanto
 Imito al cisne, pues muriendo canto!

V.

Besando mis prisiones,
 De alegre soledad dulces despojos,
 Te escribo estos renglones,
 Amarilis, al tiempo que mis ojos
 Para mayor trofeo
 Matan la sed con llanto á mi desseo.

Escucha mi tormento,
 Si quieres estimar tu alegre estado,
 Si no es que tu contento
 Temes que le entristezca mi cuidado,
 Pues con mis males puedo
 A la misma ventura poner miedo.

Oye mis soledades,
 Qué aun de la soledad me siento solo,
 Y las muchas verdades,
 Que ha llorado conmigo el santo Apolo,
 Que aquella misma suerte,
 Que el juez escucha al que condena á muerte.

Mas aunque condenado
 A infierno de rigor, señora mía,
 En este despoblado,
 Donde ni alumbra el sol, ni sale el día,
 Jamás con tanta pena
 Te maldigo por juez que me condena.

Es agravio notable,
 Que siendo tú la parte me condenes
 A muerte miserable,
 Aunque por bien perdidos doy mis bienes,

Pues al amor le plugo,
 Siendo mi juez, que fueses mi verdugo.
 Y pues te son debidos,
 Como á ministro hermoso de mi muerte,
 Recibe mis vestidos,
 Que para más dolor quiso mi suerte,
 Que a á mi verdugo fiero
 En pago de matarme haga heredero.
 Y como aquel que espira,
 Vecina la mortaja y sepultura,
 Tristes visiones mira;
 En mi muerte, así ordena tu hermosura
 Que vea tu enojo eterno
 En vez de las visiones del infierno.
 Solo estoy temeroso
 De que no he de morir eternamente,
 Hasta que sea dichoso;
 Pues mientras mi dolor esté presente,
 Porque en tristeza viva,
 Eterno me ha de hacer fortuna esquivá.

VI.

Aunque, señora, creo
 Que insisto en mi esperanza vanamente,
 A fuerza del deseo
 Se humana mi dolor y lo consiente,
 Y presumo que os veo
 Para engañar la soledad presente;
 Mas luego echo de ver que ausente os miro.
 ¿En qué me quejo al fin, y en qué suspiro,
 Y dejo de buscaros?
 ¡Ay! ¡qué injusto rigor! ¡qué amor tan justo!
 Porque esto no es dejaros,
 Sino seguir ausente vuestro gusto;

Mas vos por no obligaros
Mirais esta mudanza con disgusto.
Perdonadme, señora, si os entiendo,
Que así por enmendarme no me enmiendo.
Perdon tambien os pido
Del tiempo que he tardado en no entenderos.
Y de haberos querido
No pudiendo llegar á mereceros:
Que todo error ha sido,
Pues nada en mí ha dejado de ofenderos,
Y perdonad si holgais que esté culpado,
Que ofenderos jamás he procurado:
Bien puede ser testigo
Este destierro fiero y necesario,
En que soy mi enemigo
Por excusar de ser vuestro contrario,
Que en nada os contradigo;
Y este acto en mí es forzoso y voluntario,
Si enamorado está mi entendimiento,
Y es vuestra voluntad su fundamento,
Pero darne licencia,
Pues no lo ha de querer la suerte mia,
Que si vuestra presencia
Tal vez interrumpiere la porfía
De esta importuna ausencia,
Reciba yo de veros alegría,
Porque de andar tan lejos de alegrarme
Con la licencia pienso consolarme.
Bien quisiera deciros
Lo que está mi silencio publicando,
Despues que por serviros
Me voy de mal en mal peregrinando:
Mas quieren mis suspiros
Que los refiera sólo suspirando;
Y dice más, si con piedad se mira,
El que dice que calla, y que suspira.

VII.

Exento del amor pisé la hierba
Que retrata el color de mis martirios;
Vestí mis sienes de morados lirios;
Más ya como la cierva
Que por la herida sangre y vida pierde,
Busco el remedio por el campo verde.

Hoy ceñí mi cabeza con laureles,
Tejiendo á mi placer una guirnalda;
Por calles de jacinto y esmeralda,
Envuelto en pobres pieles,
Sin yugo de dolor, con pasos tardos,
Cortaba flores y arrancaba cardos.

Y á la sombra sentado de estos pinos,
Que parecen copetes de este cerro,
Dejando el cetro del ganado al perro,
Miraba los molinos,
Cómo con fuerzas de artificio raras,
Vuelven harina hasta las aguas claras.

Listones de cristal por verdes lazos,
Y calles hermosísimas de vidro,
Entre los campos que pisaba Isidro,
Enturbié con mis brazos;
Mas ya quejoso del amor desnudo,
Doy lenguas con mi voz al valle mudo.

Miraba de los árboles las hojas
Entenderse por señas y meneos:
Escuchaba del ave los deseos,
Y las dulces congojas,
Quejándose del río en las orillas,
Porque no se paraba para oillas.

En las hojas de hierbas y de flores
Miraba como en salvas ofrecidas

Del aurora las lágrimas vertidas,
Al sol en sus colores,
Como si todas juntas le dijeran,
Que á tardar más, en llanto se volvieran.

Tan libre de pasiones enemigas
Pasé mi juventud entre los mozos,
Que me andaba á buscar los calabozos
De las pobres hormigas;
Y viéndolas tan sábias, esperaba
Que me habian de hablar si las hablaba.

Eran todos mis gustos y cuidados
Tirar un canto con ventaja mucha;
Vencer nadando al pez y al hombre en lucha,
Tener en mis ganados
El más valiente y animoso perro,
Y el mejor manso con mejor cencerro.

Ansí que, amor, en esta prision mia
Sólo te la agradece y te la alaba
El temeroso grillo que cazaba,
El ave que cogia,
Lavaba con sus boces en el lago,
Y el mundo pez en sus corrientes vago.

Si acaso de las manos me sacáras
La máquina del mundo y su grandeza;
Si dejáras desnuda mi cabeza
De famosas tiaras,
Hazaña fuera de perpétua gloria:
Mas quitarme un cayado no es victoria.

Perdí mi libertad, y hallé razones
De perder los deseos de buscalla;
Perdí la paz, y halléme en la batalla
Con mil obligaciones
De no pesarme de mi mal primero:
¡Triste de aquel que muere como muero!

DÉCIMAS.

Bien pensará quien me oyere,
Viendo que he llorado tanto,
Que me alegro agora, y canto
Como el cisne cuando muere:
Créame quien mal me quiere,
Y sepa quien se lastima,
De que el fiero amor me oprima:
Que con este mismo son
Pude romper la prision,
Y disimular la lima.

Que como las esperanzas
Me dejaron ya salida,
Aunque hermosura lo impida
Rompió por sus asechanzas:
Las plantas hacen mudanzas,
Como las influye el cielo,
No dan flor en medio el hielo,
Y aquella que dan se pierde,
Y á la region, que está verde,
Hacen las aves su vuelo.

En dulce correspondencia,
Crece el amor cada dia,
Mas en la descortesía
Mengua to la su potencia:
Ya se acabó mi paciencia,
Ya el tiempo me desengaña,
Ya la razon me acompaña.
Que siempre un hombre no debe
Contemplar un corcho leve,
Como pescador de caña.

Negarme lo que no es mio,
Señora, no es caso injusto,

Que no tiene ley el gusto,
 Ni es cautivo el alvedrío:
 Mas teniendo el pecho frío,
 Dar á entender que se arde,
 Para que, llegando tarde,
 Traiga el desengaño furia;
 Venganza pide esta injuria
 En el pecho mas cobarde.

Ya de la memoria borro
 Todas las obligaciones,
 Porque vuestras sinrazones
 Me han dado carta de horro:
 Desengañado me corro
 De que tengais prendas mias;
 Mas por no mover porfia
 En vuestras manos las dejo,
 Cual la culebra el pellejo,
 Para renovar sus dias.

REDONDILLAS.

Muestra lo enamorado en lo ausente.

Despues de gozar la gloria
 De tu amable compañía,
 No hay tan dichosa alegría,
 Como estar con tu memoria.

En la mayor soledad
 Hallo escondido el contento.
 Pues descubre el pensamiento
 Un rastro de tu beldad.

No hay tal gloria como amarte,
 Que quien te ama tiernamente,
 Viviendo ausente, y presente,
 Jamas deja de gozarte.

Porque no hay lugar ajeno
De tu beldad peregrina,
Que está, como eres divina,
Todo de tu gloria lleno.

Pues de qué me quedo agora,
Si gozo siempre de ti,
Teniendo dentro de mí
Todo el bien que mi alma adora?

Qué puede causarme enojos,
Si en cualquier parte del suelo,
Me alumbran desde ese cielo,
Los dos soles de tus ojos?

Mas en todo se parecen
Tus luces á las de Apolo,
Que abrasan de lejos solo,
Y en su esfera resplandecen.

Y con sus rayos lucientes,
Se levantan de la tierra
Las nubes, que el aire encierra,
La nieve y rayos ardientes.

Que los sutiles vapores
Suben al fuego y se encienden,
Y en rayos vueltos descienden
De las partes superiores.

Pues tu beldad peregrina;
Si es en presencia gozada,
De gloria el alma adornada
Deja con luz tan divina.

Mas de lejos contemplada,
En el alma enciende luego,
Vivas centellas de fuego,
Que la dejan inflamada.

Y al cuerpo, que es inferior,
Vueltas en rayos descienden
Las pasiones, que se encienden
En la parte superior.

Engéndrase en ella celos,
Memorias de bien perdido,

Llamas de amor encendido
De las luces de tus cielos.

Y si tengo en esta ausencia,
Para tormento tan fuerte,
Más favor que esperar verte,
Muera sin ver tu presencia.

Que más quiero por tí pena,
Ausencia, celos, temor,
Fuego vivo de tu amor,
Que gloria de mano ajena.

Y pues estimo el tormento
Contemplando en tu memoria,
Si está presente tu gloria,
No cabrá en el pensamiento.

Que no hay mayor diferencia
De gozar gloria en el cielo,
A contemplalla en el suelo,
Que de tu vista á la ausencia.

Muestra lo enamorado.

Cautivo y sin rescatarme,
Belisa, y amando firme;
Más bago yo en no morirme
Que tú harás en matarme.

Mas muerto estoy con dolores,
Y aqueste ser me condena,
Que me muriera de pena
De no haber muerto de amores.

Muerto estoy, no hay que dudar,
Que, aunque así me ven vivir,
Es que el gusto de morir
Me vuelve á resucitar.

Pero yo callo contento,
De que en todo el mundo veo,

Para gozarte deseo,
Y en nadie merecimiento.

Mas solo temo, señora,
Que no tienes de ser fiel,
Que ser hermosa y cruel
Te profetizan traidora.

Mas sé traidora á mis cosas,
Que yo me alegraré así,
Por ver dos caras en tí
Que serán por fuerza hermosas.

Podrá ser que á mis pasiones
No sean ambas avaras,
Que quien te diera dos caras
Te dará dos corazones.

Mas, traidora, es cosa rara
Que temo lo pueda ser,
Porque es imposible haber
Otra tan hermosa cara.

En lo penoso de estar enamorado.

¡Qué verdadero dolor,
Y qué apurado sufrir!
¡Qué mentiroso vivir!
¡Qué puro morir de amor!
¡Qué cuidados á millares!
¡Qué encuentros de pareceres!
¡Qué limitados placeres,
Y qué colmados pesares!
¡Qué amor y qué desamor!
¡Qué ofensa! ¡qué resistir!
¡Qué mentiroso vivir,
Que pudo morir de amor!
¡Qué admitidos devaneos!
¡Qué amados desabrimientos!

¡Qué atrevidos pensamientos,
 Y qué cobardes descos!
 ¡Qué adorado disfavor!
 ¡Qué enmudecido sufrir!
 ¡Qué mentiroso vivir!
 ¡Qué puro morir de amor!
 ¡Qué negociados engaños
 Y qué forzosos tormentos!
 ¡Qué aborrecidos alientos
 Y qué apetecidos daños!
 ¡Y qué esfuerzo y qué temor!
 ¡Qué no ver! ¡qué prevenir!
 ¡Qué mentiroso vivir!
 ¡Qué puro morir de amor!
 ¡Qué enredos, ansias, asaltos!
 ¡Y qué conformes contrarios!
 ¡Qué cuerdos! ¡qué temerarios!
 ¡Qué vida de sobresaltos!
 Y que no hay muerte mayor,
 Que el tenella y no morir,
 ¡Qué mentiroso vivir!
 ¡Qué puro morir de amor!

ROMANCE.

Quejas de un amante.

Dorisa, fiera, cruel,
 Circe bella, aleve, ingrata,
 Diosa de mi pensamiento,
 Incendio de mis entrañas.

Vívora para mi pecho,
 Relicario de mi alma,
 Dragon, que en sola la vista
 Trae el veneno que mata.

Mujer, que te cuadra el nombre
 En seguir tantas mudanzas,
 Veloz y mudable al fin,
 Como la veleta ó caña.

Porqué razon, dí, cruel,
 Con tal sin razon me tratas?
 Y á un pecho constante y firme,
 Con ingratitud le pagas?

Qué tiene tu nuevo amante,
 Que así en extremo te agrada?
 O qué servicios te ha hecho
 A los tuyos ó á tu casa?

Mas eres, al fin, mujer,
 Que solo el nombre te basta,
 La firmeza de vosotras
 Es como el aire que pasa.

Aquesto dijo Menandro
 Por dar alivio á sus ansias
 Y por tomar de Dorisa
 Con el quejarse, venganza.

ROMANCE.

Mirando como Pisuerga
 Con líquido cristal baña
 El pié de un álamo negro,
 Que ufano se vé en sus aguas.

Sentado sobre una peña,
 Que con sus quejas se ablanda,
 Fabio le daba en tributo
 Deshecha en llantos el alma.

En el agua entrambos ojos,
 Y en entrambos ojos agua,
 Soledades de Belisa,
 Así las llora y las canta.

De qué sirve tener, Belisa amada,
Negra ventura, y verdes esperanzas?

Estoy tan solo sin verte,
Divina fiera gallarda,
Que aun por estarse contigo,
Me deja á solas el alma.

En la soledad desierta,
Que á los solos acompaña,
Me niega su compañía,
Medrosa de mis desgracias.

El sol aguija su curso,
Huye la luna de plata,
El día me deja presto,
Presto la noche se pasa.

De qué sirve tener, Belisa amada,
Negra ventura, y verdes esperanzas?

No hallo rosas ni flores,
Cuando no miro tu cara,
Que como en ella están todas,
Con ella todas me faltan.

Los arroyos de cristal
Con sus guijuelas no cantan,
Porque las lágrimas mías
Hacen que lloren mis ansias.

El sol se enluta con nubes,
Y a mis tristezas dá causa,
Negándome en su hermosura
Tu belleza retratada.

De qué sirve tener, Belisa amada,
Negra ventura, y verdes esperanzas?

ROMANCE BURLESCO.

Ya sueltan (Juanilla) presos
Las cárceles y las nalgas;
Ya están compuestos de puntos
El canto lleno y las calzas.

Alguaciles y alfileres
Prenden todo cuanto agarran;
Levántanse solamente
Los testimonios y faldas.

Los necios y las cortinas
Se corren en nuestra España;
El doblon y los traidores,
Son los que tienen dos caras.

Los jubones y las cruces,
Y las guerras tienen mangas;
Y tan solo tienen cielos
Los ángeles y las camas.

Tienen cámaras agora
Los señores, y posadas;
Y tienen nueces sin cuento
Los nogales y gargantas.

Los melones y estrñidos
Suelen siempre estar con calas;
El limbo y ojos, con niñas,
El hombre y cabron, con barbas.

Los árboles y justicia
Son los que tienen las varas;
Los ricos y los que mueren
Son los que en el mundo mandan.

Desdichas y maldiciones
Solamente agora alcanzan;
Y ya los que quieren solo,
Y no los que deben pagan.

El pan y los pies sustentan,
 Higos y tiempo se pasan,
 Corren monedas y ríos,
 Músicos y potras cantan.

El codo y la lezna son
 Agudos, que es cosa brava;
 Y las llaves y los reyes
 Tienen de contino guardas.

ROMANCE SAYAGUES BURLESCO.

Al salir los reyes.—Es en tiempo de Felipe III.

Cantaba una labradora
 A un alcalde de su aldea,
 De la suerte que vió al rey,
 A las damas y á la reina.

En mi vida me holgué más,
 Señor alcalde, me crea,
 Que lo ví con estos ojos,
 Que han de comér la tierra.

Iba la del rey de verde,
 Como Dios hizo unas hierbas,
 Más hermosa que el buen pan,
 Más rubia que unas candelas.

Como yo tiene la cara,
 Y el cabello en la cabeza,
 Aunque era todo de oro,
 Como sus dientes de perlas.

Miróme á mí con los ojos
 Su sagrada reverencia;
 Yo dije la confesion,
 Y besé despues la tierra.

Digame, ¿qué denifica
 El mirarme su Excelencia?

Porque yo ya me enquillotro
Con achaques de condesa.

Alrededor de su coche
(Volviendo á nuestra materia)
Iban muchos rapagones
Sin caperuzas tras ella.

Delante, que me olvidaba,
En dos diversas hileras,
Con vestidos de ajedrez,
Llenos de giras y vetas.

A modo de viñaderos,
Con chuzos y lanzas viejas,
Unos dellos dicen: «plaza»,
Y otros no hay quien los entienda.

Encomendadores mozos
Iban allí como arena;
Y unos de unos •orderillos,
Que sobre el pecho les cuelga.

Los grandes dicen que son,
Y es mentira manifiesta,
Que es mayor nuestro barbero
Que todos, en mi conciencia.

Detras un coche venía
Con tres mocetonas bellas,
Y entre ella una fulana
Del Cabello, ó de la Cerda.

Chapada, no hay que decir,
De lindo talle y presencia,
Más celebrada de todos
Que lo son los días de fiesta;

Hechos van unos bausanes,
Sólo por ver su belleza,
Más de mil, y con razon,
Que es como unas azucenas.

En seguimiento de aqueste
Ótro se llegó con priesa,
Con seis muchachas garridas,
De galas y cintas llenas.

Es el apellido de una,
 Que casi no se me acuerda,
 Marica tal de Velasco,
 Más linda que la lindeza:

Poca edad, mucha hermosura,
 Y diz que mayor nobleza;
 ¡Mera el demoño! la sirve
 El que han echado á galeras.

Fulana Portocarrero
 Iba haciendo competencia
 Al sol, en rayos y luz,
 Y en gala á la primavera.

Y una que, como conjuro,
 El nombre que tiene empieza,
 Irredre se llama, y relumbrá
 Mucho más que las estrellas.

De esas partes dicen que es,
 Y que la quiere la reina:
 Merécelo bien su cara.
 Pardiez, no hay quien la merezca.

Una Villena que ví,
 Quiero decir que ví llena
 De gracia y de hermosura,
 De galas y de riquezas.

¡Oh, qué lindas que eran todas!
 Que á no ser ruda mi lengua,
 Pardiez, que durara, alcalde,
 La relacion tres cuaresmas.

Tras todo aqueste rosario,
 Por cruz y por calavera,
 Pues lo son para las mozas,
 Vino un sepulcro de viejas.

Urracas y dominicas
 Son por ir blancas y negras,
 Con roquetes, como obispos,
 Con manteles, como mesas

El rey que á mí me amosaron,
 De carne y de gueso era:

Debiéronme de engañar,
Que el rey dicen que es de seda.

Una rueda de cuchillas
Iba tras su indulgencia;
Que él y Santa Catalina
Diz que andan en esta rueda.

Detras, en un rocin blanco,
Iba el buen Duque de Lerma:
Más bendiciones le eché,
Que cabrán en una cesta

A todos quita el sombrero,
De hablar con todos se alegra;
Los pobres le llaman padre,
Los soldados su defensa.

Dos calles me fui tras él
Con toda mi boca abierta,
Y Pardiez que es hombre honrado,
Séase duque, ó lo que sea.

Alcalde, de hoy adelante
Ved que ha de haber diferencia
De mí, que he visto á los reyes,
A los demás de Alcobendas.

ROMANCE BURLESCO.

Vejámen á una dama.

Pues ya los años caducos,
Que tejen edades largas,
Por adorno de cabeza
Me dan cabellos de plata.

Pues al rigor de su invierno
Tengo la cumbre nevada,
O por no tañer en cifra,
Pues ya me envejecen canas.

Quiero dar sanos consejos
A cierta Marifulana,
Que al són de un amor trompero,
Me baila dos mil mudanzas.

Escúcheme la suplico,
Que tiene mi pluma gana
De dejar cuatro verdades
Sobre escritas en su cara.

Y si la supieren mal,
Que al fin verdades amargan,
Podrá tomar piedra azufre,
Y con ella vomitarlas.

Que pues yo sufrí mentiras
Envueltas en sus marañas,
Bien es que verdades sufra
Quien tan sin ellas me trata.

Digame Cari-Cuaresma,
Ansi tenga buenas pascuas,
Y tan buenas cuarentenas
Que se le tornen cuartanas.

Ansi la de Dios cabellos
Mas rubios que lana blanca,
Y por prendas de su dicha
Treinta verrugas la nazcan.

Ansi la den en concejo
Sus votos para tarasca,
Los sotácoles del tiempo,
Y los galanes de la ampa.

Ansi coma caperuzas
Si mi bonete la enfada,
Y engorde más que una nútria,
Si tiene gusto en ser flaca.

Ansi dos mil servidores
Viertan en ella sus ansias,
Y en el altar de su olfato
Con humo la ofrezcan pastas.

Ansi la despierten pulgas
De la noche a la mañana,

Como a mi cuidados necios,
 Cuando por ella lo estaba.

Así las niñas de á treinta
 En el portal de su casa,
 La den silla de costillas
 Y la levanten por maya.

Así buesos y arlequines,
 Peranzules y botargas,
 A vista de las estrellas
 La bailen danzas de espadas.

¿Pensó que era yo Macias,
 O cual que Amadis de Gaula,
 Amartelado á lo fénix,
 De los que anidan en brasas?

¿Mintióle acaso su antojo,
 Que por verme ea su desgracia,
 Me fuera á la peña pobre
 A convertirme en estatua?

Venga acá, paloma duenda,
 Catalnica, aunque sin jaula,
 En el cumplir ave muda,
 Y en el prometer urraca.

Hermosa de dos de queso,
 Sota, y no de mi sotana,
 Negra dama de ajedrez,
 Si la bautizan por dama.

¿No sabe qué fué ese tiempo
 Aquel de Mari Castaña,
 Cuando los hombres pacian
 Y los jumentos hablaban?

Sepan que los condes Clarcs,
 Que de amor no reposaban,
 De los amantes del uso
 Se han pasado á las guitarras.

Las ternuras portuguesas
 Ya se han vuelto castellanas;
 No hay pecantes que se finen
 Por Anaxartes ingratas.

Ya no hay ojos azacanes,
Con oficio de echar agua,
A fuerza de ardientes fuegos,
Como nariz de alquitara.

Los Adónis en azúcar
A quien amor alcorzaba,
Derretidos en la boca
Con sola la paz de Francia,
Pasáronse á Badajoz,
Que es de badajos la patria,
Y á caballo en sus babiecas,
Festejan Celias y Zaidas.

Los de acá, como discretos,
Son jinetes de ventaja,
Que en pelo corren parejas,
Muy cerquita de las ancas,

Despues que han dado en usar
Sin Dios nos libre, las calzas,
En no jugando al parar
No hay Filis que gane blanca.

Ya todos son bolsicuerdos,
Y estiman tanto sus almas,
Que si falta precio de obras,
No le dan al de palabras,

Nadie se paga de letras
Sobre el cambio de esperanzas,
Que son dineros de duende
Los que no están en el arca.

Al juego de daca y toma
Se juega ya con las damas,
Que á la dama sin recibo,
Nadie le alquila sus casas.

Dígame, por vida suya,
Injundia de mis entrañas,
Tanto la miente su espejo,
Que aspire á venderse cara?

Tan soberbia me la tienen
Cuatro mudas y seis pasas

Del gran turco Soliman,
Con artificio preñadas?

Quedito mana fachica
Corte el toldo que le arrastra;
Mire no le nazcan lodos
De esos polvos que levanta.

Hagamos aquí un concierto,
Salga á venderse á la plaza,
Y si á medio real la dieren,
Pespúntenme las espaldas.

No trato de lo jarifo,
Que no es la Cava de España,
Sino Corral de Medina,
Y muy mal corral de vacas,

Y no me culpe, mi reina,
Porque digo que no es Cava,
Pues la Cava pide cerca,
Y ella para cerca es mala.

Porque tiene las almenas,
Que son en otras de nácar,
Sobre ser azabachinas,
Como soldados quintadas.

Por eso no más conmigo,
No procure darme caza,
Que es torzuelo de Muley,
Pico negro y uñas blancas.

Por Dios que estaba de temple
Mi furiosa Durindaina,
Si no llegara un amigo
A tirarme de la capa.

Agradezcáselo á él,
Que si no me lo rogara,
No parara hasta ponerla
De las tres efes la marca.

ROMANCE.

Sátira á los coches,

Tocóse á cuatro de Enero
La trompeta del juicio,
A que parezcan los coches
En el valle del registro.

Treinta dias dan de plazo
Para ser vistos y oidos,
Para dar premio á los buenos,
Como á los malos castigo.

Fueron pareciendo todos
Dentro del término dicho
A juicio, aunque final,
Tal el sentimiento ha sido.

El primero que llegó
Al tribunal contenido,
Fué un coche de dos caballos,
Uno blanco, otro tordillo,
Acúsome en alta voz

Dijo que há un año que sirvo
De usurpar á las terceras
Sus derechos y su oficio.

Que he sido caballo griego,
En cuyo vientre se han visto
Diversos hombres armados
Contra Elenas, que han rendido.

Que aunque fembras y varones,
He llevado y he traído,
De día por los jarales,
De noche por los caminos.

Que he visto quitar la pluma
A mil yernos palominos,

Y sin que lleguen al sexto
Penallos en tercio y quinto.

Calló este coche y llegó
Otro en extremo afligido,
Quejándose de su suerte,
Y a estas razones dijo:

«Los que privais con los reyes
Tomad ejemplo en mí, que he sido
Coche excelencia, y agora
Soy como esclavo vendido.

Comprárame un pretendiente
Que me trae desvanecido,
Desde su casa á palacio
Y de ministro en ministro.

Tiéneme en una cochera,
Adonde el agua y el frío,
Se entran á conversacion,
Todas las noches conmigo.

Tráese destrozado á sí
Y sus cabellos mohinos,
Y de ayunar á san coche
Está en los huesos el mismo.

Más dijera á no atajarle,
Cinco vizcoches, movidos,
Que del susto del pregon
Cocheril aborto han sido.

Que se dispense con ellos
Piden, y fué respondido
Que se estén en sus cocheras,
Que es condenallos al limbo.

Tras éstos se quejó un coche,
De que había persuadido
A una doncella, á casarse
Con un viejo de ella indigno.

Era niña y era hermosa,
Y agora pierde el juicio,
Viendo que el coche le falta,
Y que le sobra el marido.»

Un coche pidió licencia,
Atento, que había servido
Todo lo más de su tiempo
En bodas y en cristianismos.

A este coche interrumpieron,
Cinco ó seis coches mínimos,
Que por menores de edad
Preteinden ser eximidos.

A éstos les condenaron,
Por favor, y por ser niños,
A que sirvan de literas,
O que se esten suspendidos.

Tras aquestos llegó al puesto
Un coche verde, que ha sido
El sujeto á quien más debe
Cierta mujer, y marido.

Desde el alba hasta la noche
Le sirve de albergue y nido,
Y aunque duermen dentro de él,
Ha dicho un contemplativo:

Aqueste es coche imprestable,
Porque ambos han prometido
No desamparar su popa
Por cosa de aqueste siglo.

Fueron llegando otros coches,
Pero no fueron oídos,
Porque tocaron las once,
Y se dió punto al juicio.

Dejando para otro día
Los que aquí no han parecido;
Las quejas de los cocheros,
De las damas los suspiros.

ROMANCE BURLESCO.

A la sarna.

Ya que descansan las uñas
De aquel veloz movimiento,
Con que á tí, dulce enemiga,
Regalaron y sirvieron,

 Escriba un poco la pluma,
Que tanto escarbó aquel tiempo,
En que de gorda y lozana
Reventaste en el pellejo.

 No quiera Dios que yo olvide
A quien me dió ratos buenos,
Que de desagradecidos
Dicen se puebla el infierno.

 Quiero, deleitosa sarna,
Cantar tu valor inmenso,
Si pudieren alcanzar
Tanto el arte y el ingenio.

 Que si algun necio dijere
Te reverencio por miedo,
Como aquel que á la quartana
Hizo altar, y labró templo,

 Tú, responderás por mí
Y dirás que no te temo,
Que soy fuerte como España,
Por la falta del sustento.

 Y que hay tan poco en mi casa,
Que saliste de ella huyendo,
Por no hallar en qué ocupar
Tus insaciabiles alientos.

 Oigan tus apasionados,
Porque den gracias al cielo,

Que tanta grandeza junta
En este apacible dueño.

Y tú, que todo lo rindes
Y á nadie guardas respeto,
Contra quien no hay casa fuerte,
Ni cerrado monasterio.

A quien rinden vasallaje
Pobres, ricos, mozos, viejos,
Papás, reyes, cardenales,
Oficiales y hombres buenos.

Del calor que les infundes
Envía un rayo, y sea de lejos,
Porque de lejos que venga,
Bastará á dejarme ardiendo.

Diré de tus muchas partes
Las pocas que comprendo,
Y pues todo es empezar,
En tu servicio comienzo.

Cuando me nieguen algunas,
No podran negarme al menos
Que eres de sangre de reyes,
Y aun ellos te pagan pecho.

No naciste de pastores
Entre lanudos pellejos,
Ni de pecheros villanos
En pobres y humildes techos.

Sino en camas regaladas,
Entre delicados lienzos,
De el regalo y la abundancia,
Tu padre y madre, vivieron.*

De que con reyes casaste
Testimonio hay verdadero,
Contra quien no hay que alegar
El antiguo privilegio.

De que adonde estás te den
Como á su reina aposento,
Y no sólo media cama,
Sino la mitad del cuerpo.

Y aunque eres mal recibida,
Si te ves una vez dentro,
No aciertan á despedirte,
Tal es tu buen tratamiento.

Quién no teme un año caro,
Sino tú, que aun mesmo precio
Comes en cualquier lugar
En año abundante y seco?

Si el de benigno en un rey
Es el más notable epitecto,
Quién da al mundo como tú,
Benignos de ciento en ciento?

Si el bien dicen que ha de ser
Deleitabile, util y honesto,
En quién como en tí se junta
Todo bien con tanto extremo?

Que deleitas, es muy llano
Que eres util, es muy cierto,
Pues á quien te tiene, excusas
Mil achaques y mil duelos.

Quién da, cual tú, honestidad
Aun á los más deshonestos,
Haciendo que no descubran
Aun las puntas de los dedos?

Si ha de ser comunicable,
Qué cosa hay en este suelo,
Que se comunique más,
Y se ensoberbezca menos?

El hombre, que entre animales
Es el más noble y perfecto,
Tuviera superfluidad
A no estar tú de por medio.

Pues cuándo naturaleza,
Que nada crió imperfecto,
Les dió para defenderse
Uñas, pies, conchas y cuernos?

Al hombre, á quien dió por armas
La razon y entendimiento,

Aunque despues la malicia
Le dió acero, plomo y hierro.

En vano le hubiera dado
Las uñas, si demás de esto
No tuviera que rascar
Y tuviera algo supérfluo.

Tú veniste á remediarlo,
Y viendo que contra el hielo
Nace sin defensa alguna
De plumas, conchas y pelos,

Tú le cubrirás de escamas,
Con que en mitad del invierno
Se contraponga y resista
Al más escabroso cierzo.

Tú das á los holgazanes
Sabroso entretenimiento,
Y apacibles alboradas
A los que coges despiertos.

Quién jamás corrió parejas
Con el hijuelo de Venus,
Sino tú, que eres su igual,
Y aún que le excedas sospecho?

Que si él va en cueros ó en carnes,
Por uno y otro emisferio,
Tú corres éste y aquél,
Y andas entre carne y cuero.

Eres cual la dulce llaga,
Eres gustoso veneno.
Eres un fuego escondido.
Eres aguado contento.

Eres congoja apacible,
Sabroso desabrimiento,
Eres alegre dolor,
Eres gozoso tormento,

Enfermedad regalada,
Pena sufrible, mal bueno,
Que le aumenta y hace más
Lo que parece remedio.

Eres enferma salud,
 Eres descanso inquieto,
 Eres daño provechoso,
 Eres dañoso provecho.

Eres, en fin, un retrato
 De amor y de sus efectos,
 De tan presto como el gusto
 Llega el arrepentimiento.

Bien nacida, noble, ilustre,
 Reina, huésped de aposento,
 Privilegiada señora,
 Igualadora de precios.

Bien util y deleitable,
 Comunicable y honesto,
 Suple faltas de natura,
 Retrato del dios flechero.

Dulce, gustosa, escondida,
 Regalo, alegría, contento,
 Apacible, regalada,
 Salud, descanso, provecho.

Otro mas sabio té alabe,
 Que ya he dicho lo que siento.
 Aunque de tí es lo mejor
 Decir más, y sentir menos.

ROMANCE BURLESCO.

Al pasarse la corte á Valladolid.

De Valladolid la rica
 Arrepentido de verla,
 La más sonada del mundo
 Por romadizos que engendra.

De aquellas riberas calvas
 Adonde corre Pisnerga,

Entre langarutas plantas
Por éticas alamedas.

De aquellas buenas salidas
Que por salir dél son buenas,
Do á ser búcaros los barros,
Fuera sin fin la riqueza.

De aquel que es agora prado
De la Santa Magdalena
Que podía ser desierto
Cuando hizo penitencia.

Alegre, madre dichosa,
Llegó á besar tus arenas,
Arrojado de la mar,
Y de sus olas soberbias.

Traigo arrastrando los grillos
A colgarlos en tus puertas,
Donde sirvan de escarmiento,
A los demás que navegan.

Tres años há que no miro
Estos valles, ni estas cuevas,
Enterneciendo con llanto
Otros montes y otras peñas.

Tocas se ha puesto mi alma
Viuda de estas riberas,
Y mi ventura, mulata,
Se ha vuelto del todo negra.

Mas despues que ví tus prados
Con verde felpa de hierbas,
Y ví tus campos con flores,
Y tus mujeres sin ellas;

Y despues que á Manzanares
Vi correr por sus arenas
Y que aún murmurar no osa
Por ver que castigan lenguas;

Considerada tu puente,
Cuyos ojos claros muestran,
Que aún no les basta su río
Para llorar esta ausencia;

• Despues que miré tus aves
Puestas en ramas diversas,
Alegrar como truanes
Con música tu tristeza;

Vista la Casa del Campo,
Donde es tan buena la tierra,
Que aún sin tener esperanza
Produce verdes las hierbas;

Consideradas las fuentes
Que el umbroso Prado riegan
Y por no salirse de él
Se entretienen con mil vueltas;

Vistos los álamos altos,
Que celosos de sus hierbas,
Estorban al sol la vista,
Juntándose las cabezas;

Bien paseadas tus calles
Dónde no han quedado piedras,
Que la lástima de verse
Las ha convertido en cera;

Mirados los edificios,
En cuya suma belleza,
Tuvo fianzas el mundo,
De hacer su máquina eterna;

Consideradas las torres
Que adornaban tu presencia,
Que han parecido de viento,
Siendo de mármoles hechas;

Y despues de haber mirado,
Como en todas tus iglesias,
Siempre de la soledad
Halla imagen el que reza;

Visto el insigne Palacio
Cuya majestad inmensa,
Al tiempo le prometia,
Por excepcion de sus reglas;

Miradas de tu Armeria
Las armas de tu defensa,

Hechas á prueba de golpes,
Mas no de fortuna á prueba;
Despues de consideradas,
Del Pardo insigne las fieras,
Que hacen ventaja á los hombres
En no dejar sus cavernas;

Tantas lagrimas derramo,
Que temo si más se aumentan,
Que ha de acabar con diluvio
Lo que la fortuna empieza.

En medio me ví de ti,
Y aún no te hallaba á tí mesma,
Jerusalen asolada,
Troya por el suelo puesta
Babilonia destruida
Por confusion de las lenguas,
Levantada por humilde,
Derribada por soberbia.

Eres lástima del mundo,
Desengaño de grandezas,
Cadáver sin alma frío,
Sombra fugitiva y negra.

Aviso de presunciones,
Amenaza de soberbias,
Desconfianza de humanos,
Eco de tus mismas quejas.

Si algo pudieren mis versos,
Puedes estar, Madrid, cierta,
Que has de vivir en mis plumas,
Ya que en las del tiempo mueras.

ROMAECE BURLESCO.

Salió trocada en menudos
La luna en su negro coche,
Y diónos su luz en cuartos,
Que parecieron chanflones,

Estrellada como huevo
Salió la morena noche;
Estaba Pisuerga mudo,
Eco dormida en los montes.

Las hojas no se bullian,
Guardando el sueño conformes
A las aves, que en sus nidos
Tomaban descanso entonces.

Ya estaba cansado el grillo
De enfadar el cielo á voces,
Y ya no soplan los aires,
Si no solo los soplones.

Cuando Dios, y enhorabuena
Por uná calle, á las once,
Ví venir unas figuras
Desfiguradas, de pobres,

Pareciéronme mujeres,
Y aunque de gestos feroces,
Hice de la hambre salsa,
Hablé á la una, y hablóme.

A mi casa me llevé
Aquestos dos postillones,
Cuyo color era oscuro,
Entre alazan y corete.

Entrambas eran más largas
Del copete á los talones,
Que pagas de hombre tramposo,
Que esperanzas de la corte.

En lo delgado y lo flaco,
Me parecieron punzones,
De medio arriba almaradas,
De medio abajo gorrotes.

Mostráronme unos cabellos
Tan ásperos y disformes,
Que pudieran ser silicio
Del cuerpo de San Onofre.

Cuatro mohosos ojuelos
Moradores del cogote,

Cuyas niñas eran viejas,
 Y cuyo llanto era arroyo.
 Sendas narices buidas
 A la manera de estoques,
 Que habían menester conteras
 Para no picar los hombres.

Sus dos bocazas por grandes
 Pudieran, entre señores,
 Delante del rey cubrirse.
 Que eran de tiros de bronce.

Al aceite de sus mantos,
 Que eran hechos de anascote,
 Vinieron tantas lechuzas,
 Que estorbaron mis amores.

Sus dos ropas, de picadas,
 Parecieron de jigote,
 Tocadas más de la peste,
 Que de tocas y listones.

Parecíéronme entremeses
 Con sus dos bobos, las pobres,
 Y así con desdén y asco
 Les dije, yéndome, á voces:

«De qué cimiterio
 Salen tan flacas,
 Doña Lezna junta
 Con doña Jara?»

ROMANCE SATÍRICO.

Pues me haceis casamentero,
 Ángela de Mondragon,
 Escuchad de vuestro esposo,
 Las grandezas y el valor.

El es un médico honrado,
 Por la gracia del Señor,

Que tiene muy buenas letras
En el cambio, y el bolson.

Quien os lo pintó cobarde
No lo conoce, y mintió,
Que ha muerto más hombres vivos
Que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa
Tiene tal reputacion,
Que luego dicen los niños:
Dios perdone al que murió.

Y con ser todos mortales
Los médicos, pienso yo
Que son todos veniales
Comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos
Se le pide informacion,
Tiemiéndole más que á peste,
De si le conoce, ó no.

De médicos semejantes
Hace el rey, nuestro señor,
Bombardas á sus castillos
Mosquetes á su escuadron.

Si á alguno cura y no muere,
Piensa que resucitó,
Y por milagro le ofrece
La mortaja, y el cordon.

Si acaso estando en su casa
Oye dar algun clamor,
Tomando papel y tinta,
Escribe: «ante mí pasó.»

No se le ha muerto ninguno
De los que cura hasta hoy,
Porque antes que se mueran
Los mata sin confesion.

De envidia de los verdugos
Maldice al corregidor,
Que sobre los ahorcados
No le quiere dar pension.

Piensan que es la muerte algunos;
Otros, viendo su rigor,
Le llaman el día del juicio,
Pues es total perdicion.

No come por engordar,
Ni por el dulce sabor,
Sino por matar la hambre,
Que es matar su inclinacion.

Por matar mata las luces,
Y si no le alumbra el sol,
Como murciélago vive,
A la sombra de un rincon.

Su mula, aunque no está muerta,
No penseis que se escapó
Que está matada de suerte,
Que le viene á ser peor.

El que se vé tan famoso,
Y en tan buena estimacion,
Atento á vuestra belleza
Se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote
De ver que mateis de amor,
Que en matando de algun modo,
Para en uno sois los dos.

Casaos con él, y jamás
Viuda tendreis pasion,
Que nunca la misma muerte
Se oyó decir que murió.

Si lo haceis, á Dios le ruego
Que goceis con bendicion;
Pero si no, que nos libre
De conocer al doctor.

ROMANCES AMOROSOS.

I.

Dile, papel, de mi parte
A la hermosa Belisa,
Si te atreves á hablar
En su presencia divina.

Que viste llorando á Delio
Tan solo en estas orillas,
Que hasta su alma le deja
Por hacerla compañía.

Dirás cómo está mudado
Del hombre que ser solía;
Más cano con los trabajos
Que con la nieve estas cimas.

Y dila, así te goces, que se admira,
Que le quiera matar siendo su vida.

Que le viste suspirar
Dirás, y que no suspiro
Tanto por ver que se muere,
Como por ver que le olvida.

Dí que le viste llorando
Dar agua á las fuentes frías,
Y negársela a su fuego,
Porque en sus entrañas viva.

Que si busca los claveles
Es porque sus labios pintan;
Y que si huele las rosas,
Es porque su aliento aspiran.

Y dila, así te goces, que se admira,
Que le quiera matar siendo su vida.

Que ha llegado á aborrecer
La clara lumbre del día,

Y que no mirara al sol
A no retratar su vista.

Dí, que vive entre las peñas,
Porque en lo duro la imitan,
Y que por esto las besa
Más veces que otros las pisan.

Dirás, que todas las noches
Al blando sueño las quita,
Por imaginar á solas
Quien la habla, ó quien la mira.

Y dila, así te goces, que se admira,
Que le quiera matar siendo su vida.

Que se atormenta pensando,
Que á otros gustos se aplica,
Hablando con otro amante,
Y que le hace caricias.

Dirasle que no hay momento,
Que con lágrimas no diga:
Es posible que otro dueño
Ha de gozar mi Belisa?

Dila, papel, cuando estés
En su presencia divina,
Que vas con mucho temor
Ante su hermosa vista.

Y dila, así te goces, que se admira,
Que le quiera matar siendo su vida.

II.

Los espejos fugitivos,
En que se miran soberbias
Las murallas, que coronan
La antigua y noble Palencia.

De un forastero pastor
Las lágrimas, y las quejas
Aumentan, y hacen pararse,
Tales son su llanto y penas.

Cristalinas ondas, dice,
Bien podeis correr, risueñas.
Pues que llevais certidumbre
Del descanso que os espera

No importa os salgan al paso
Altos montes, peñas yertas,
Por dilataros el día
De vuestra quietud eterna.

Qué una esperanza segura
Imposibles atropella,
Duros peñascos quebranta,
Altas montañas rodea.

Dichoso aquel que trabaja
Con infalible certeza,
De que cuanto más se cansa,
Más al descanso se acerca.

Y triste del que rendido
A unas celestiales prendas,
Ausente las idolatra,
Y sin esperar las desea.

Que el que presente espera,
Miente si dice, que esperando pena.

Qué importa que cuatro días
Ansí os haga resistencia
El invierno, y en sus hielos
Os escarcele y detenga?

Si llegará el sol mañana,
Y con paternal clemencia,
Desbaratará los grillos,
Y romperá las cadenas?

¡Ay de aquel para quien jamás,
Vendrá alegre primavera,
Que dé nuevo ser, y vida
A sus esperanzas muertas!

Cuitado el que si del sol,
Que le ofusca y le calienta,
Se ausenta, muere de frío
Y se abrasa, si se llega.

Si una esperanza tardía
Desesperacion engendra,
Qué engendrarán en mi alma
Desesperacion y ausencia?

Permita el cielo piadoso
Llegué á ver, ántes que muera,
Al forzoso dueño mío,
Bello imposible á mis fuerzas.

Adonde considerando
El bien de amar en presencia,
Memorias del bien pasado
Podrán decir con más véras.

Que el que presente espera,
Miente si dice, que esperando pena.

III.

Campo inútil de pizarras,
Riber agostada y seca,
Que per la falta del río
Desculres islas de arena.

Pueste excedo en mis desdichas,
Y á veces mis ojos prueban
A suplir, con llanto eterno,
Las corrientes que deseas.

Yo sé del hombre más solo
Que tiene el mundo, las quejas;
Que pus las paredes oyen,
No es mucho, que oigan las piedras.

¡Oh claro Tormes! mi dolor te mueva;
Y pues vas á mi bien, mi mal le llevas.

Pare tu curso en llegando
A la antigua y noble cerca
De la ciudad, que en España
Es la más insigne en letras.

Y pues no las llevas mías,
Sino lágrimas por ellas,
Estas con sangre te envío,
Que en el agua bien se muestran

¡Oh claro Tormes! mi dolor te mueva;
Y pues vas á mi bien, mi mal le llevas.

Hermosísima Amarilis,
Gloria y honor de esta selva,
Para quien te mira, diosa,
Y á quien te escucha, sirena.

Divino imposible mío,
Escucha la vez postrera,
Que la manda del que muere
Obliga con mucha fuerza.

Y si tus hermosos ojos
Piedad tan justa desprecian,
Solo las piedras me escuchen,
Quizá me oirás entre ellas.

¡Oh claro Tormes! mi dolor te mueva;
Y pues vas á mi bien, mi mal le llevas.

IV.

Quien le aborrece en el alma,
Y olvidó quien bien le quier,
Tan solamente en los labios
Porque amor le olvida y verce;

Un pastorcillo del Tajo,
 A quien tienen los desdenes,
 De su Amarilis ingrata,
 Triste y solo en sus corrientes.

A sus pensamientos dice:
 Pensamientos, que otras veces
 Tan diferentes os vistas,
 En los tiempos más alegres.

¡Oh, quien pudiera hacer,
 O quien hiciese,
 Que en no queriendo amar
 Aborreciese!

Si Amarilis Angel era,
 Cómo pudo atrás volverse?
 Y si yo soy hombre, ¿cómo
 Adoro mis yerros siempre?

Algunos con desengaños,
 Dicen que mirar se suelen;
 Mas quien con ellos se mira
 Poco mal le cupo en suerte.

Dónde estais hierbas de olvido?
 Qué valle escondido os tiene?
 Pero debió de arrancaros
 Amor, porque os aborrece.

¡Oh, quien pudiera hacer,
 O quien hiciese,
 Que en no queriendo amar,
 Aborreciese!

Quién me lo dijera un tiempo
 Riberas frescas, y verdes,
 A quien fugitivas hago
 Semejanza de mis bienes?

Es mayorazgo el amor?
 Es vínculo que no puede
 Venderle un alma ofendida?
 Qué nudo encantado es éste?

Quién como el grande Alejandro,
 Que tanto importó el romperle,

Con el hacero de agravios
 Rompiera el nudo rebelde?
 ¡Oh, quién pudiera hacer,
 O quién hiciese,
 Que en no queriendo amar
 Aborreciese!

V.

Tornad á escuchar mis voces
 Serenas lumbres del cielo,
 Que, desde el manto bordado,
 Prestais hermosura al tiempo.

Vosotras, duras paredes,
 Enseñadas á mis ruegos,
 Que agora sois relicarios
 Guardando mi dulce dueño.

Oidme, que vengo á daros
 Mil parabienes contento,
 Pues soleis hacer orejas
 Las ventanas, si me quejo.

Y tú, hermosa Amarilis,
 Deja, si duermes, el sueño,
 Que no es justo que dos almas
 Le guarden el sueño á un cuerpo.

Si no conoces mis voces,
 Que ardiendo salen del pecho,
 Conoce el alma, que sale
 A recibirte viviendo.

Levántate para oirme,
 Y olvida solo un momento,
 Pues que yo por tí olvido
 Los gustos de mi deseo.

Si acaso temes el frio,
Sal, que en suspiros le templo,
Y en el verano de amor,
Canicular es mi ruego.

Si recelas los testigos,
Nadie lo es sino el cielo.
Que alegre de ver tu cara,
Viste de oro el manto negro.

Y si las estrellas temes,
Sal con tu sol, pues que luego
En saliendo huyen todas,
Y esconde el rostro el lucero.

Sal para alegrarlo todo,
Que á verte sale corriendo,
Desde el balcon del Oriente,
El hermosísimo Febo.

Mas no salgas, mi señora,
Que si te ve el cielo, temo
Tan hermosa le parezcas.
Que venga yo á tener celos.

Goza tú de el de la cama,
Abrazada con el sueño,
Entanto que en las estrellas,
Tus bellos ojos contemplo.

VI.

Levantad, amada Musa,
De mi pluma el bajo vuelo
Hasta el cielo, donde vive
Mi amoroso pensamiento.
Prestadle del humor sabio
De aquel caballo soberbio,

Porque es soberbio el retrato
De quien es pincel pequeño.

Y si acaso porque estais
En el rigor del invierno,
Por no helaros, no quereis
Dejar vuestro monte excelso,

Pedidles, Musa divina
Aquellos dulces ojuelos,
Que son de mis ojos niñas,
Pues sin su vista estoy ciego:

Que para que los alabe
Me presten gracia, que en ellos
Tiene el amor su tesoro
De más importancia y precio.

Pero advertid, Musa mía,
Que los mireis con respeto,
Que los ojos de Belisa
No todos merecen verlos.

Porque es amor guarda suya,
Y al que tiené atrevimiento
De ver sus cristales puros,
Cuando menos rompe el pecho.

Y aunque os parezca que amor
No os verá porque está ciego,
Sabed, que ha infinitos dias,
Que es lince del pensamiento.

Y tiene sobre estos ojos
Dos arcos de ébano negros,
Con que dispara mil flechas,
Que le prestan sus cabellos.

Aquesto os doy por aviso,
Temed algun mal suceso,
Que cabellos de Belisa,
Aunque dorados, son hierros.

Mas despedid el temor.
Llegad ante ella sin miedo,
Que mi aficion os dará
Ocasión, ventura y tiempo.

Llegad vereis de hermosura
El más milagroso extremo,
O el retrato más al vivo
De la hermosura del cielo.

Llegad y veréis milagros,
Que aunque es en fin de Enero,
Podréis coger sobre nieve,
Rosas y claveles frescos.

Veréis de la niebla obscura
De este horizonte deshecho,
Con su resplandor gracioso,
El helado y negro velo.

Veréis una boca de oro,
Envidia del mismo cielo,
Que la boca de Belisa
Es Indias de mis deseos.

Y decilde de mi parte
Que como á cruel, la temo,
Como á mi diosa, la adoro,
Y como amante, pretendo.

Y que es el ángel hermoso,
Después del ángel que tengo,
Que me guarda, á quien suplico
Guarde la fé que la ofrezco.

Que esté alegre y que esté ufana,
Con el divino Laurencio,
Santo de su devocion,
Desde el dia de año nuevo.

Y que el dársele mi mano,
Tenga por aviso cierto,
De que me abraso en su amor,
Como él hizo en el del cielo.

Decilde, si os escuchare,
Que, con el santo que tengo
De su hermosísima mano,
Estoy alegre en extremo.

Decilde, que á su hermosura
Consagro mi pensamiento,

Mi gusto á su voluntad,
 Y á sus pies mi humilde cuello:
 A sus favores mi gusto,
 Y que mi esperanza tengo
 En el abril de su gracia,
 Cuyos despojos pretendo.

Que pida, que ordene y mande,
 Que, como el alma le ofrezco,
 Será de su gusto esclava
 La voluntad que poseo.

Y yo seré esclavo suyo
 Mientras á la muerte llego,
 Que ser negro de Belisa,
 No es poco merecimiento.

VII.

Con uno y otro desmayo,
 Una pastora ensayaba
 La figura de la muerte.
 Que quiere representalla.

En la tragedia de celos.
 Tragedia desesperada,
 Do la memoria atormenta,
 Con impacencias el alma.

A las orillas de Esgueva,
 Creciendo sus ojos la agua,
 A su mudable pastor
 Dice, en la arena sentada:
 «Arena que se endurece
 Quanto más de agua se baña,
 Tal eres, ingrato mio,
 Con la que mis ojos manan.

»Arenas tus sinrazones,
Que no pueden ser contadas,
Que las exceden agravios,
Deslealtades y mudanzas.

»Mar, que en amargor conviertes
Dulces aguas tributarias
De los rios de mi fé,
Que amor á tus ondas paga.

»Nube, que el sol de aficion
La engendra, cria y levanta,
Y en pago va á escurecerle,
Y su resplandor le tapa.

»Yedra, que despues destruye
La amiga obediente planta,
Que sirviéndola sostuvo
Su verde apariencia falsa.

»Salid, lágrimas celosas,
Del amor injusta paga:
Aunque no salgais ahogadme
Si el llorar alivio causa.

»Mas no me importa, salid,
Que ya no sois de agua clara
Si no el vital alimento,
Que por los ojos exhala.»

Esto dice, contemplando
Las reliquias asolada,
Del que quiere más que á sí;
Y él su fé no la estimaba.

VIII.

De amorosa calentura,
En cama de disfavor.
Cómo me muero de amores,
Hermosa Filis, por vos.

Y mirando lo que os debo,
Quiero, mi señora, hoy,
Ordenar mi testamento,
Y última resolución.

Y agora, que mis sentidos
Están libres del dolor,
Mando al tiempo mi escribano
Escriba en este tenor.

Yo, el triste Delio afligido,
A cuyo nombre faltó
Una letra para alegre,
Y á triste sobra un millon.

Pues que me faltan los bienes
Que la fortuna me dió,
Quiero testar de mis males,
Aunque tan sin cuenta son.

En el nombre de Cupido,
Niño ciego, pobre, y dios,
Cuya voluntad divina,
Me tiene en esta ocasion;

Mando mi cuerpo á las llamas,
Y á la tierra no le doy,
Que no es mucho que él se abrase,
Pues su alma se abrasó.

Y á ella, por ser eterna,
A vuestro cielo la doy,

Donde en gloria, cara á cara,
Pueda mirar vuestro sol.

Y mando, que mis cenizas
Las den al viento feroz,
Que, pues tiene mis suspiros,
En él descansaré yo.

Pido que nadie me llore,
Ni me tenga compasion,
Qué, pues que por vos me muero,
Más digno de envidia soy.

Ninguno se ponga luto
Por ser de triste color,
Que fué la negra ventura,
Que desventura me dió.

Lo negro de vuestros ojos,
Que Dios en ellos pintó,
Quiero por luto en mis honras,
Pues que ya mi fin llegó.

Y por tener la mortaja
Más rica que otro señor,
La haré de vuestros cabellos
Que de oro precioso son.

Un censo tengo de celos
Que me lo paga el amor,
Por tercios en cada un año,
Conforme se concertó.

De innumerables deseos
Os entreguen juro dos,
Que, sobre el gusto del mundo,
Mi esperanza me compró.

Mándoos un rico tesoro,
Que mi gusto me guardó,
Que por ser de amor, que ese fuego,
Se ha de volver en carbon.

Dos montes de desventuras,
Altos sin comparacion,
Que exceden en el alteza
A la torre de Nembrot.

Iten de mi llanto un rio
Os mando, señora, y doy,
Y de lagrimas un valle,
Y un campo en guerras de amor.

Mándoos una colgadura
De seda en hierbas, y flor,
Que la tejió la esperanza,
Y el alma se la pintó.

Mis espadas, y armería,
Señora, os las mando á vos,
Pues las armas del rendido
Propias son del vencedor.

Tres docenas de sonetos,
En que os dije mi pasion,
Mando rasgue vuestra mano,
Que mi corazon rasgó.

Un espejo, que yo tengo,
Mando quebrar, porque no
Mirándovos vuestra cara
Os enamoreis de vos.

Y al fin, de mis bienes todos
Os hago yo donacion,
Sin dejar otra memoria
Que la vuestra en mi favor.

Sólo, señora, os suplico,
Por las entrañas de Dios,
Que no piseis mi sepulcro,
A donde á descansar voy.

Que si vuestro pie le toca,
Bien cierto, Filis, estoy,
Resucitaré por veros,
Y de la muerte, y su horror.

Y porque me van faltando
Los sentidos y la voz,
Hoy martes de mis desdichas
Y viérnes de mi pasion,

Lo firmo yo de mi nombre,
Porque tenga más valor;

Y porque mis albaceas
Cumplan mi disposicion,
Firmáronlo los testigos,
Y el escribano firmó;
El se llamaba Desdicha;
Y ellos Tristeza y Dolor.
Acetó la herencia Filis,
Y alegre el triste murió,
En las pesadas caderas
De su prolija prision.

ENDECBAS.

Estaba Amarilis,
Pastora discreta,
Guardando ganado
De su hermana Aleja.
Sentada á la sombra
De una parda peña,
Haciendo guirnaldas
Para su cabeza,
Cortaba las flores
Que topaba cerca,
Venianse á sus manos
Las que estaban léjas.
Las que se ceñia
Siempre estaban frescas,
Mas las que dejaba,
De envidiosas, secas.
El aire jugaba
Con sus rubias trenzas,
Por mostrar al cielo
Soles en la tierra.
Cantábale el río
Con voz tan serena,

Como enamorado
Que su dama alegra.

El sol, que la mira
Tan hermosa, piensa
Que tiene dos caras,
O que el sol es ella.

Su ganado ufano
Anda por las cuevas,
Con tanta hermosura,
Sin temor de fieras.

Gordo, mas no es mucho
Que lo estén ovejas,
Que de la sal gozan
Solo con el verla.

A mirar se puso
Unas ramas tiernas
Que arrojaba el aire
Dentro de Pisuerga.

Mira como el tronco
Al agravio venga,
Azotando el viento
Con la verde cresta.

Dióla un sueño blando,
Ambos ojos cierra,
Dando noche á todos
En que tristes duerman.

Quedó reclinada
Sobre verdes hierbas,
A la dulce sombra
De una haya gruesa.

Cuando por un lado
Vi venir ligeras,
A su bello rostro
Nueve ó diez abejas,

Que buscando flores
Enseñadas piensan,
Que son sus meillas
Rosas y azucenas.

Sus labios claveles,
Jazmin y violetas;
El aliento dulce,
Y ella primavera.
Alegres llegaron,
Y en su cara mesma
Hicieron asiento
Cuatro ó cinco de ellas.

Las alas pulieron
Para hurtar belleza,
Y hacer de sus flores
Dulce, miel y cera.

Yo las daba voces,
Y las dije: «Necias,
Qué, quereis de un mármol
Sacar cera tierna?»

»Venis engadas.
Que son flores éstas,
Que aún no le dan fruto
A quien os las muestra.

»Si quereis fiaros
De mis experiencias,
No hagais miel de flores.
Que el veneno engendran.

»Dulces son sin duda,
Mas amor, que vuela
Cual zángano, goza
Todas sus colmenas.»

Ella en este punto
Del sueño dispierta,
Abrió entrambos ojos
Con belleza inmensa.

Y las avecillas,
Con dos soles ciegas,
Por no tener vista
De águilas soberbias,
Murmurando huyen,
Y cobardes piensan,

Que luz que ha cegado
Sus ojuelos, quema.

La miel que buscaban
En sus bellas prendas,
De sólo mirarla
La llevaron hecha.

SÁTIRA Á UNA DAMA.

TERCETOS.

• Pues más me quieres cuervo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi neva la pluma en sucia tizne.

Ya mi Belisa, ya rabiando aullo
Tu ingrata sinrazon y mi cuidado,
Y del yugo y maromas, me escabullo.

Mas ¿cómo puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado:

Que en tu nombre escribió tan dulcemente,
El levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?

La causa yo la sufro y tú la sabes,
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes ó me alabes.

Escucha, pues, en son altivo ó tierno
Mis quejas, y comienza el noviciado
Que las damas haceis para el infierno.

¡Cómo se hecha de ver que me he enojado!
La culpa tiene aquesta lengua mia:
Perdóname, que corro desvocado,

Perdóname mi bien y mi alegría,
Que aquesta mala inclinacion me lleva,
Aunque un agravio sin razon la guía.

No tengas pena, no, que yo me atreva
A cosa que vergüenza pueda darte,
Que no podré yo hacer cosa tan nueva.

Ya parece que empiezas á mudarte,
Que pierdes la color y el movimiento,
Que no acabas todo hoy de persignarte.

¡Oh, lo que gritarás mi atrevimiento!
Diciendo: ¿Este mordaz (y aquí te entonas)
Se atreve á una mujer de mi talento?

Pero volviendo en tí, mi lengua abonas,
Y viendo que no puedes desmentirme,
Por encubrir la cara me perdonas.

No dejaré, Belisa, de reírme,
Imaginando cuántas maldiciones
Arrojarás en mí por destruirme.

Ya me ordenas la muerte en pescozones,
Ya con el soliman de un favor tuyo,
Ya en tu mucho rigor, ya en tus razones.

Diciendo: «Yo á este bárbaro destruyo,
Con él enterraré mis liviandades,
Y alegre gozaré mi dulce cuyo.»

Tú te dices, Belisa, las verdades;
Quién te pregunta si eres, ni si has sido
Liviana por tus dulces mocedades?

Si te has holgado y te has antretenido,
A mí no se me da un ardite solo;
Désele, pues es justo, á tu marido.

Ponga en tu vida quien quisiere dolo,
Que yo pienso dejarla eternizada
En estos versos, aunque pese á Apolo.

Pues eres á mis ojos tan provada,
Y no es malicia, en penas y trabajos,
Que estás pura de puro acrisolada.

Rebujada naciste en dos andrajos,
De una hija de Adan por gran ventura,
Cuya comadre fueron cuatro grajos.

Allí tu cuna fué tu sepultura,
Y cual pequeña planta de la tierra

Te levantaste en tan sublime altura.

Con la belleza hiciste al mundo guerra,
Siempre para vencer, fuiste vencida:
¡Misterio grande que tu vida encierra!

Amaste la humildad tanto en tu vida,
Que debajo de todos siempre andabas,
Solamente en dar gusto entretenida.

A Dios eterno tanto amor mostrabas,
Que viendo que es el hombre imagen suya,
Con este celo á todos los buscabas.

Pues cual sin alma puede haber que arguya
De vil pecado tan devoto celo,
Y que en su lengua tanto honor destruya?

Un rayo de las bóvedas del cielo
En ceniza le vuelva, lengua y boca,
Si justicia faltare acá en el suelo.

A lástima y á llanto me provoca
Tan dura suerte, y rigurosa estrella,
Bastante á enternecer un monte ó roca.

Nunca nacieras tan hermosa y bella,
Quizá no fueras perseguida tanto,
Con solo aventurarte á ser doncella.

Pero yo, mi Belisa, no me espanto,
Que siempre en este mundo, y siglo rudo
Pasan los buenos penas, y quebranto.

Pregúntalo al hermano Cogolludo,
Que él declarará el misterio, cuando
Verdad desnuda te dirá desnudo.*

No te andes encubriendo y recatando,
Después, que no hace el médico provecho
Al enfermo, que pasa el mal callando.

Y pues te ves agora en tal estrecho,
Un dedo más ó menos, no seas corta,
Mi Belisa, descúbrele hasta el pecho.

Yo te digo á la fe, lo que te importa,
Que soy hombre de bien á las derechas
Y no amiguito de banquete, y torta.

Vosotras las mujeres estais hechas

A oír aduladores: no soy de esos,
Amigo de dulzuras y de endechas.

Nunca mi alma busca esos excesos,
Que es muy de mancebitos de la hoja:
Cuajada tengo la cabeza en sesos.

Paréceme que oirme te congoja,
En ver cómo mis tachas disimulo,
De nuevo agora, y sin razon te enoja.

Sólo en considerarte me atribulo,
Echando mis simplezas á malicia,
Y por aquesto lo demás regulo.

Pues así del poder de la justicia
Mis cosas libre Dios, y así me vea
Oficial reformado en tu milicia.

Que soy quien solamente te desea
Servir, aficionado de tu cara,
Que en su servicio tanta gente emplea.

Aficionóme á tí tu fama clara,
Y verte una mujer de tomo y lomo,
Que áun de tu cuerpo nunca fuiste avara.

¡Oh virtud excelente! de quien tomo
Ejemplo singular, en la largueza,
Mis carnes venzo, mis pasiones domo.

Es tanta de tu vida la estrechez,
Que siempre andas cayendo y levantando:
De penitencia es grande tu flaqueza.

Contino estás escrúpulos llorando.
Que en tu buena conciencia, los testigos
De la culpa venial están ladrando.

No lloras que aborreces enemigos,
Pues es tu mayor culpa, mujer santa,
Queremos bien á todos por amigos.

Quién de esta vida y hechos no se espanta?
Quién á imitar tus pasos no dispone
La dura voluntad, la tarda planta?

Quién hay, Belisa, quién que no pregone
Tu milagrosa vida tan austera,
Y la suya por tí no perficione?

Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres,
Por alcanzar la gloria venidera,

Que viendo que á los hombres y mujeres,
Los manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.

Yo, pues, que en el infierno hasta los codos
Sumido estoy, y de pecados lleno,
Me voy aniquilando de mil modos.

De fuerza propia y de favor ajeno
Mi alma te encomiendo, ya que fieras
Culpas la tienen con mortal veneno.

Mas porque puede ser que no la quieras
Sin cuerpo y todo, todo te lo ofrezco
Con sana voluntad y eternas veras.

Ampárame, que bien te lo merezco,
Por esta voluntad, que en las entrañas
Con nueva obligacion conservo y crezco.

No quieras parecer á las arañas
En convertir los flores en ponzoña,
Ya que simiente engendrará para cañas.

Apostaré un ducado, que mi roña
Acabas de entender en este verso,
Al fuego condenando mi zampona

Quiero, pues ya me tienes por perverso,
Darte, Belisa, una espantosa zurria;
Pues así lo permite el hado adverso.

Tomado me há sin remision la murria:
Ya quiero desnudar mi durindaina,
Ya le ha dado á mi lengua la estrangurria.

Amaina, pues, desventurada, amaina,
Que por darte de presto, y a lo zaino,
Te quiero dar el golpe con la vaina.

Mas asco tengo en ver que desenvaino
Contra la ninfa Bel de una zaurda,
Y del primero pensamiento amaino.

Pero bien me mereces que te aturda
Y que ninguna falta te la calle,

Y que un diluvio de sátiras te urda;
Pues tanto mal has dicho de mi talle,
Y que me fuerzas (esme Dios testigo)
En este tu billete y divulgalle.

No mi disculpa en la pintura sigo,
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.

No es como mi vida tu estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello,
Bien larga has menester la sepultura.

Es como tu linaje mi cabello,
Escuro y negro, y tanta su limpieza,
Que parece que no has llegado a vello.

Es como tu conciencia mi cabeza,
Ancha, bien repartida, suficiente
Para mostrar por señas mi agudeza.
No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca, con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.

Son como tus espaldas mis dos cejas,
En arco, con los pelos algo rojos,
De la color de las tostadas tejas.

Son como tu vestido mis dos ojos,
Rasgados, aunque turbios, (como dices),
Serenos, aunque tengan mil enojos.

Son como tus mentiras mis narices,
Grandes y gruesas: mira como escarbas
Contra tí, mi Belisa: no me atices.

Como tus faldas tengo yo las barbas,
Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas que hago con la caspa parvas.

Es como tu, para aceptar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia, y loca.

Como son tus pecados, son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.

Es como tu marido mi gaznate,

Estirado, mayor que tres cohombros,
Que el llamalle gloton es disparate.

Como son los soberbios son mis hombros,
Derribados, robustos á pedazos,
Que causá el verme al más valiente asombro

Como tus apetitos son tus brazos,
Flacos, aunque bien hechos, y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.

Traigo como tus piernas, yo las manos.
Abiertas, largas, negras, satisfecho,
Que dan envidia á muchos cortesanos.

Como tu pensamiento tengo el pecho,
Alto, y en generosa compostura,
Donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura,
Estrecha, sin barranco, ni caverna,
Que parezco costal en la figura.

Como tu alma tengo la una pierna,
Mala y dañada; mas, Belisa ingrata,
Tengo otra buena, que mi ser gobierna.

Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida por el mal, y he prevenido
Que le sirva á la otra de reata.

Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho, y acabado, que un poeta
Jura de no ser limpio, ni pulido.

Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida, y esto basta, aunque imagino
Que guardas, por si pinto, alguna trela.

Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de tí, tengo recato,
No digan, que á la cólera me inclino.

Esta mi imagen es, y mi retrató,
Adonde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garabato.

Aquestos versos sólo los escribo,
Para desengañar al que creyere,
Que soy (como tú dices) bruto, y chivo.

Pues quien este retrato propio viere,
Sacará por mi cara tus costumbres,
y te conocerá si lo creyere.

Paréceme que á puras pesadumbres,
Si más versos escribo, haré que viertas,
Las destiladas lágrimas á azumbrés.

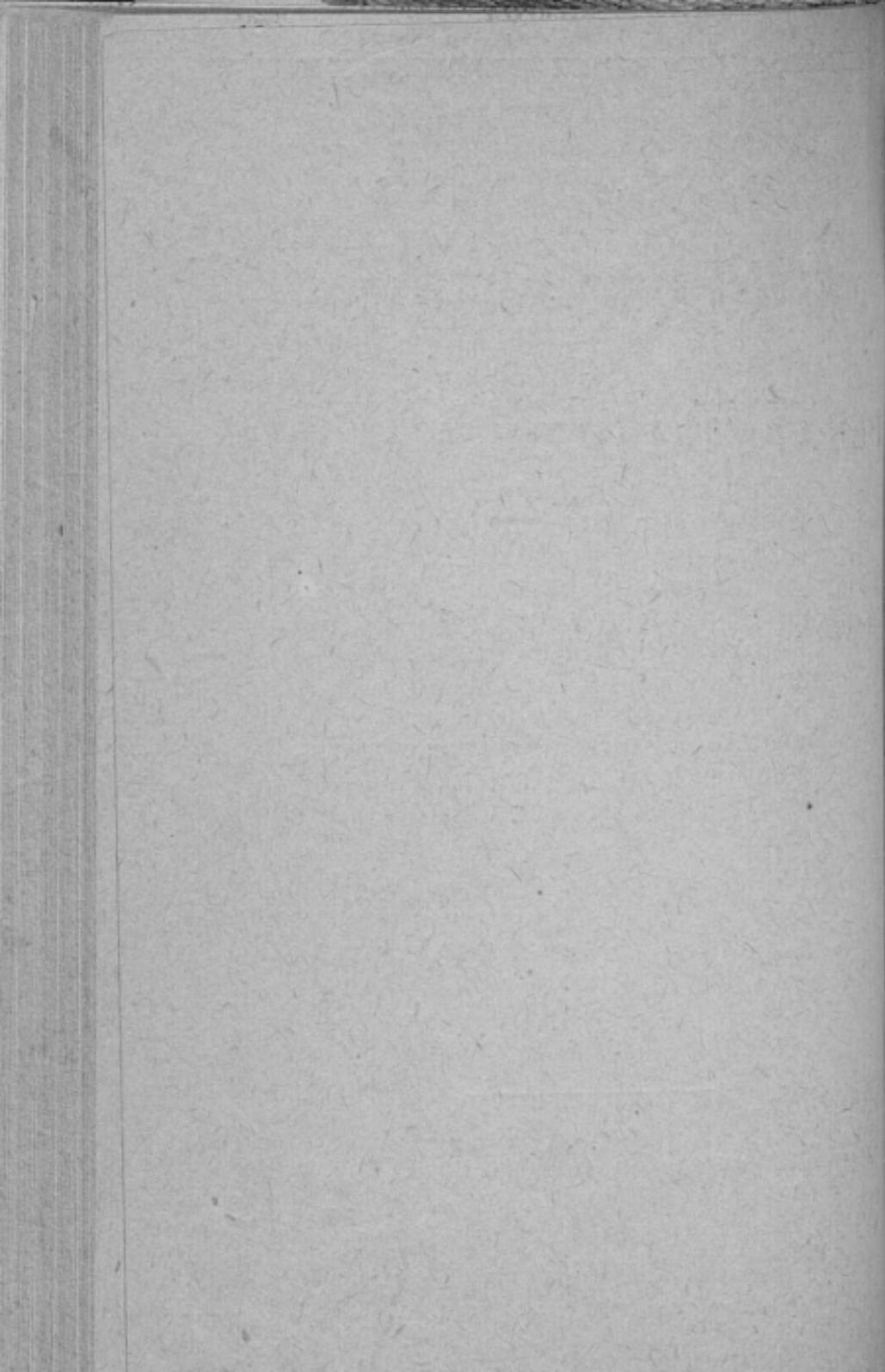
Paréceme, Belisa, que despiertas
De noche con soñarme tan medrosa,
Que le das al vecino francas puertas.

Dirás: si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua, pues sabia
Su condicion, viviera venturosa.

¡Ojalá, cuando yo te lo decia,
Ablandáras el sér con que enamoras,
No vieras en tu casa aqueste dia!

Mas ya que aquestas libertades lloras,
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.

No pediré más cartas á Lutero
Del favor para tí, ú al vil Pelagio;
Y harás por ellos la amistad que espero:
Sucederá bonanza á tu naufragio.



ENTREMES DEL NIÑO

Y

PERALVILLO DE MADRID.

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Madre.

Niño.

Juan, francés.

Alonso.

Diego.

Cosme.

Antonio.

Manuela.

Ana.

Maria.

Salen la MADRE y el NIÑO.

MADRE.

Angelito, mis ojos,
No vayas á la corte, así yo viva,
Y te daré confites.

NIÑO.

No cheriba.

MADRE.

Qué gracia, y qué cheriva, y qué menuras?
A Madrid quieres irte solo agora,
Y dejar á tu madre?

NIÑO.

Si, tenora;
Y ya que de ir estoy determinado,
Mama, no vaya el nene descuidado:
El rodete, que llevo
En la cabeza puesto
Por no descalabrarme, si cayere,
Póngasele á mi bolsa y mi dinero,
Que en la corte de obra y de palabra,
El dinero es quien más se escalabra.

MADRE.

Y aunque en Madrid es llano,
La moneda, Perico, como corre,
Tropieza hasta en la palma de la mano;
Y es lugar tan enfermo de talego,
Que bolsa, que parece que vendia
Salud, de lindo talle, y de jarrete,
La he visto yo morirse de un piquete.
Y porque el mal de ojo
Tu hermosura, Perico, no persiga,
Un perro muerto llevarás por higa.

NIÑO.

Porque algun melindrico no me empache
Llevaré dos, no quiero, de azabache.

MADRE.

De la cartilla no te digo nada:

Porque allá hay gentecilla,
 Que leerá á los diablos la cartilla;
 Sólo quiero advertirte,
 Que si á rondar alguna niña fueres,
 Y algun valiente amigo,
 Como sucede á todos, se te ofrece
 Para ir á guardarte las espaldas,
 Le digas: caballero.
 Déje la espalda, y guárdeme el dinero.

NIÑO.

Si, mama, que ya he oido
 Que en visita de tocas y de faldas
 Peligran faltriqueras y no espaldas:
 Mas para qué chero yo esta campanilla?

MADRE.

El dix que llevas tú más importante
 Es, si se considera,
 Que en la corte, Perico, de cualquiera
 Gustan de tocar algo las mujeres.

NIÑO.

Y ya que han de tocar hechas lagartos,
 Toquen mi campanilla, y no mis cuartos.
 Déme su bendicion.

MADRE.

Dios te bendiga;

Y mira, mi Perico,
 Que cuando te pidieren
 Las doncellas de uña,
 Como sortija, gente de la carda,
 Que te acuerdes del angel de tu guarda.

NIÑO.

Nene chiquito, y solo
 Contra niñas arpías,
 Por devoto tendré Abar y Matías.

*Vase la MADRE, y queda el NIÑO, y sale JUAN
 francés, de amolador, con su carreton.*

JUAN.

¡Amolar tijeras y cuchillos! ¡vive Cristo!
 Que ha hecho Juan francés más daño a España.
 Con este carreton y ruedecilla,
 Que la Cava y los moños en Castilla!

NIÑO.

Cheriva yo saber cómo has podido
 Destruir la corte con aquesas ruedas,
 Que hueles a gabacho.

JUAN.

Válate los demonios por muchacho;
 Vive Dios, niño, que con este carro,
 Que como babador traigo vestido,
 He hecho yo mas daños, que hizo el día
 Que amolando tijeras á los sastres,
 Amolando cuchillos de escribanías,
 Con que taján las plumas
 Los escribanos; pues en este tajo
 Todo hombre se condena.
 Cerca del Tajo en soledad amena,
 Yo gano de comer, como sobrina
 Con tía y con agüela:
 Chorrillo, y vueltas, rueda, y una muela.

NIÑO.

Las muelas de unas viejas hechiceras,
 Todas son muelas de amolar tijeras:
 Que amolar niñas contra los chiquillos,
 Es amolar navajas y cuchillos.

JUAN.

Lástima me da el verte
 Ir á Madrid, muchacho, de esta suerte.
 Mas para que escarmientes,
 Quiero enseñarte donde está primero,
 Porque te sirva al navegar de norte,
 El triste Peralvillo de la corte,
 Que hacen cuartos aquí al ajusticiado;
 Que el deshacelle cuartos,
 Al mozo de más linda cara y talle,
 Eso es ajusticialle.

NIÑO.

Y de ese Peralvillo que ahora lloras,
 Los cuadrilleros son estas señoras.
 Que con dacas buidos,
 Y tomas penetrantes
 Si no los asaetean,
 Los ajoyan, ya piden, ya tiendean.

*Sale atravesado de varas de medir, medidas de
 sastre, y tijeras, ALFONSO.*

JUAN.

Este que vareteado
 Diciendo está tijeretas,
 Pasado de parte á parte
 De varas y de tijeras.

ALONSO.

lanzada de sastre izquierdo
El corazón me atraviesa.

JUAN.

Mercader enarbolado
Se ha pasado á puras sesmas:
En las agujas el sastre
Buso á sus retazos hierba.

N.ÑO.

Lebones son de las bolsas
Los mercaderitos, nenas,
Que vorean el dinero
Y nos hozan la moneda.

ALONSO.

Se un pujamiento de enaguas,
Se un flujo de saya entera,
Yo Alonso Alvillo he quedado
En Peralvillo de cuenta.

NIÑO.

Las que privais con los sastres,
Mirad bien por vuestra seda.

parécese rodeado de ollas y pucheros, y asadores. DIEGO.

JUAN.

Este pobre Diego Alvillo,
Que atenaceado se muestra

De ollas y de pucheros,
 Y de comidas y cenas,
 Ha sido Marqués del gasto
 De unas tarascas morenas:
 Hoy es conde de sin arcas,
 De sin blancas, de sin negras,

DIEGO.

Las ollas de cada día
 Me sorbieron las haciendas

NIÑO.

Nene, no gasten sus ollas
 Con sus propias coberteras.

*Aparécese lleno de procesos, escribanías, y pluma
 en el cabello y las manos, COSME.*

JUAN.

Este pobre Cosme Alvilló,
 Que ajusticiado se muestra,
 Vertiendo tinta por sangre,
 Pasado de pluma, y sepan
 Los que le hicieron la causa,
 Le deshicieron la venta.
 La letra le entendió a él.
 Mas él no entendió la letra.

COSME.

La desdicha de mi pluma
 No hay demonio que la entienda,
 Escribanos me la ponen,
 Y mujeres me la pelan.

NIÑO.

El tragar las plumas da
 Muermo de todas maneras,
 Si es de escribano a las bolsas,
 Si es de gallina á las bestias;
 Sean las niñas bien prendidas,
 Mas no los que las sustentan,
 Que el soplido de los mantos
 Se ha pasado á las Audiencias.

Aparécese lleno de carteles de comedias, y papelones de confitura, ANTONIO.

JUAN.

El pobre de Antonio Alvillo
 Fué galan de extraña tema,
 Asaeteado de dulces,
 De aposentos y comedias.
 La nunca vista le saja,
 Astillas le hace la nueva,
 Si escribe Mira de Mosca,
 Si escribe Lope de Vegas.

ANTONIO.

Si vuelan los ante cristos,
 Con mi dinero se vuelan;
 Si baja Luisa de Robles,
 Mis pobres cuartos me cuesta;
 No quiere subir Vallejo,
 Y por ver cómo se queda.
 De miedo de las tramoyas
 Antecrista barbinegra;
 Pago aposento y confites
 Si la silban por las fiestas:

Si hay hedor, pago al hedor,
Que aun no aprovecha que hiedan.

NIÑO .

Eso es andar el dinero
Del pobrete que os celebra,
Cual Herodes á Pilatos,
De arrendadores y puertas,
Pero ya dicen que agora
Los valencianos se sueltan
Con todo el juicio final,
Resurreccion y trompeta;
Pues para los dos hermanos
Dos juicios habrá por fuerza,
Y los juicios parecidos
Se llamará la comedia.

Descúbrense dos palos vacios.

JUAN .

Estos dos palos que miras
Sin algun gastado á cuestras,
Estaban para los hombres,
Que dan aguinaldo y ferias.
Ha seis años que se vieron,
Sin que de ellos haya nuevas,
Ni mercaderes la saben,
Ni joyeros la sospechán.
Tras ellos han despachado
Dos muchachas ojinegras
Que con cuidado los busquen;
Y si los topan los prendan.

NIÑO .

Para dueñas y escuderos

Aun no les valdrá la Iglesia:
Suelten tías por el aire,
Selten madres por la tierra.

*Descúbrese una bolsa vacía, encima de dos huesos
de muerto.*

JUAN.

Esta que miras al cabo
Triste bolsicalavera,
Notomía de las lindas,
Esqueleto de las feas;
Es la bolsa condenada,
Que cercada de culebras
Está en los eternos dacas,
Ardiendo en uñas eternas.

NIÑO.

Nenes, mirad lo que somos.
Quien bien guarda solo medra:
Veis allí las sepulturas
Que la dejaron tan seca.
Esos gusanos con moño,
Ataúdes con guedejas,
La comieron lo de dentro,
La rayeron lo de fuera:
En esto habeis de parar
Las más ricas faltriqueras
Miradla, mirad con miedo
A quien chuparon con fuerzas.
A voces esta diciendo
Con aquella boca abierta,
Desdentada de doblones,
Al talegon que está cerca:
Tú que me miras á mí
Tan triste mortal y feo,

Mira, talegon, á tí,
Que como te ves me ví,
Y veraste cual me veo.

Salen MANUELA, ANA *y* MARIA

MANUELA.

¡Ay que linda criatura!

MARIA.

¡Ay como llora!

Los dientes deben de salirle agora.
Dame la bolsa, y quitarete el moco

NIÑO.

¿Dame la bolsa? Coco, coco, coco.

MANUELA.

Mil sales tienes; eres lindo, daca.

NIÑO.

¿Daca tras lindo? Caca, caca, caca.

MANUELA.

¡Oh que mal niño eres!
No veo que a darme nada te acomodes.
Lastima fué no dar contigo Herodes.

NIÑO.

Yo soy, aves diabolicas con manto,
El niño de la *guarda* sin ser santo;

Y seré, si porfian
 Y anda el enredo listo,
 El niño de la *pedra*, vive Cristo.

ANA.

Cantemos al muchacho.

NIÑO.

Si me cantan, darcelas.

MARÍA.

¿Qué darás?

NIÑO.

Atencion a las vihuelas.

CANTAN.

Pues que da en no darnos
 Este muchacho
 Bien será que le demos
 Todas al diablo.

Niño de mis ojos,
 Haz cuando lloras,
 Para ti pucheros,
 Para mi ollas.

Dar en vuesastedes
 Yo vengo en ello,
 Pero dar a vustedes
 Yo lo condeno.

Todos den, y nadie amague:
 Quien tal hace, que tal pague,

ENTREMES

DE LA

ROPAVEJERA.

FIGURAS QUE SE INTRODUCEN.

Rastrojo.

Ropavejera.

Doña Sancha.

Don Crisóstomo.

Godines.

Ortega.

Doña Ana.

Músicos.

Mujeres y bailarines.

Sale RASTROJO y la ROPAVEJERA.

RASTROJO.

¡Valgame Dios, que extraordinaria cosa!
¿Que oficio dice vuesarced que tiene?

ROPAVEJERA.

Muy presto se le olvida;
Yo soy ropavejera de la vida.

RASTROJO.

De solamente oillo pierdo el seso,
¿Y tiene tienda?

ROPAVEJERA.

Tengo.

RASTROJO.

¿Y vende?

ROPAVEJERA.

Y vende.

RASTROJO.

Estoime entre mí propio consumiendo.

ROPAVEJERA.

Soy calcetera yo del mundo junto,
Pues los cuerpos humanos son de punto,
Como calza de aguja.
Cuando se sueltan en algunas barbas
Puntos de canas, porque estén secretas,
Les hecho de fustan unas soletas:
¿Veis aquella cazuela?

RASTROJO.

Muy bien.

ROPAVEJERA.

Y á mano izquierda veis una mozuela?

Pues ayer me compró todo aquel lado:
 á aquella agüela, que habla con muletas,
 vendí ante enoche aquellas manos nietas:
 o vendo retacillos de personas,
 o vendo tarazonas de mujeres,
 o trastejo cabezas y copetes,
 o guiso con almíbar los bigotes.
 Desde aquí veo una mujer y un hombre;
 nadie tema que nombre,
 que no há catorce dias que estuvieron
 en mi percha colgados.
 Y están por doce partes remendados.

Sale doña SANCHA tapada con manto.

DOÑA SANCHA.

Oye vuested una palabra aparte.

RASTROJO.

Vive el señor, que llegan por recado.

ROPAVEJERA.

En conciencia que pierdo,
 y que me cuesta mas de lo que pido.

RASTROJO.

No temo, que he de ser aquí vendido.

DOÑA SANCHA.

Una y tres muelas dejaré pagadas.

ROPAVEJERA.

Yo es descabalar una quijada.

RASTROJO.

Quijada, vive Dios, quijada diój.

ROPAVEJERA.

Está la dentadura como nueva,
Que no ha servido sino en una boda.
Déjese gobernar, llévela toda:

DOÑA SANCHA.

Esto es señal. *(Dále, dineros, y vase.)*

ROPAVEJERA.

Más há de cuatro dias,
Que calza usted en casa las encias.

RASTROJO.

Mancebitos, creed en bocas falsas.
Con dientes de alquiler como las mulas,
El dinero y el gusto me atribulas.

(Asómase don Crisóstomo calado el sombrero.)

DON CRISÓSTOMO.

¿Qué digo, reina, hay gambas?

ROPAVEJERA.

¿Cuántas ha menester vuesarced?

DON CRISÓSTOMO.

Ambas.

ROPAVEJERA.

De casa son aquesas.

DON CRISÓSTOMO.

Hanme salido aviesas.

¿Hay mogili?

ROPAVEJERA.

Ya entiendo: *(Vase don Crisóstomo.)*

Una caldera estoy embarneciendo.
Estas barbas de leche por las canas
Vienen á casa en hábito de ovejas
A ordenarse de pelo y de guedejas.

Entra GODINEZ de dueña con manto de anasco-
te, y vense las tocas por debajo.

GODINEZ.

Ce, ce.

ROPAVEJERA.

Ya entiendo la seña.

RASTROJO.

Que me quemén á mí si ésta no és dueña.

GODINEZ.

Yo estoy un tris agora de casarme,
Y tiénenme disgustos arrugada.

ROPAVEJERA.

Los años no tendrán culpa de nada.

RASTROJO.

De cáscara de nuez tiene el pellejo,
Y la boca de concha con trenales,
Los labios y los dientes desiguales.

ROPAVEJERA.

Yo la daré niñez por ocho días.
Mas ha de hervir la cara en dos leñas.

GODINEZ.

Herviré, por ser moza, un día entero
En la caldera de Pero Botero. (*Vase Godinez.*)

RASTROJO.

Y habrá parabieneros tan picaños,
Que digan, que se gocen muchos años

Sale ORTEGA arrebozado.

ORTEGA.

Señora, ¿habrá recado?

ROPAVEJERA.

Ya conozco la voz sin criadillas.

ORTEGA.

Habrá un clavillo negro de melindez,
Y dos dedos de bozo,
Con que mi cara rasa
Pueda engañar de hombre en una casa?

ROPAVEJERA.

Yo mandaré buscarlos,
Entrese al vestuario de los gallos. (*Vase Orlega*)

Sale DOÑA ANA tapada con abanico.

DOÑA ANA.

¿Conóceme vusted?

ROPAVEJERA.

De ningún modo.

DOÑA ANA.

Señora, yo quisiera,
Que ninguna persona nos oyera.

RASTROJO.

¡Hase visto en el mundo tal despacho!

ROPAVEJERA.

Diga vusted sus culpas sin empacho

DOÑA ANA.

Digo, señora mía,
Que así me salve Dios, que no he cumplido
Veinte y dos años.

ROPAVEJERA.

Muéstreme el semblante;
(Descúbrese doña Ana.)

Veinte y dos años: no pase adelante.

DOÑA ANA.

Y de melancolias
Tengo ya mordiscadas las facciones,
Y masco con raigones.

ROPAVEJERA.

¿Y es de melancolias, no de años,
Desmuelo semejante?

DOÑA ANA.

Años no hay que tratar.

ROPAVEJERA.

Pase adelante.

DOÑA ANA.

Tambien me ha perseguido un corrimiento,
Y me tienen sumidos los carrillos
Unas ciertas cosillas como arrugas.

ROPAVEJERA.

¿Pero no son arrugas?

DOÑA ANA.

Soy muy moza
Para tener desdicha semejante.

ROPAVEJERA.

Corrimientos, al fin: pase adelante.
Tiene más que decir?

DOÑA ANA.

Tenia las manos
 Mas blancas que los ampos de la nieve.
 Téngolas rancias ya con algun paño,
 Que me las aojáron habrá un año,
 Teniendo veinte y dos áun no cumplidos,
 Y secáronse entrambas al instante.

ROPAVEJERA.

Y áun sé son veinte y dos: pase adelante.
 En las mujeres siempre son los años
 Buenos, justos, y santos inocentes:
 Pues en cana, ni arruga, ni quijada,
 No tuvieron jamás culpa de nada.
 Y qué se ofrece ahora?

DOÑA ANA.

Quisiera que vusted me remediara.

ROPAVEJERA.

Yo la daré como remude cara:
 (*Vase doña Ana.*)

Ya en el mundo no hay años,
 Pues aunque el tiempo á averiguallos venga.
 No hallará en todo el mundo quien los tenga.

RASTROJO.

Las damas de la corte
 Siempre se estan, y aquesto me enloquece,
 En porfias y en años en sus trece:

(*Suenan guitarras.*)

Guitarras vienen, músicos espero.
 Para que te alboroces,
 O remiendes los tonos y las voces:
 Que las guitarras no serán tan lerdas,
 Que en casa de las locas busquen cuerdas.

Salen MÚSICOS.

MÚSICOS.

Adoba cuerpos como adoba sillas,
 Botica de ojos, bocas, pantorrillas,
 Nuestro baile del Rastro está tan viejo,
 Que no le queda ya sino el pellejo:
 Queremos, si es posible, remendalle
 Con los bailes pasados.

ROPAVEJERA.

Remendaréle por entrambos lados,
 Que no se le conozcan las puntadas,
 Las bailas aquí están todas guardadas.

*(Descubre las mujeres, y los bailarines, cada uno
 con su instrumento.)*

Zaravanda, Pironda, la Chacona,
 Corruja y Baquería;
 Y los bailes aquí corretería,
 ¡Ay, ay! Rastrojo, Escarraman, Santurde.

RASTROJO.

Este remiendo es lo que más me aturde:
 Zampado estoy en medio del remiendo.

ROPAVEJERA.

Vaya de bailes un alaque horrendo.

MÚSICOS.

¡Que acciones tan extrañas!
Estaban ya con polvo y telarañas.

(Va limpiando con un paño las caras á todos, como á retablos, y cantan y bailan lo siguiente.)

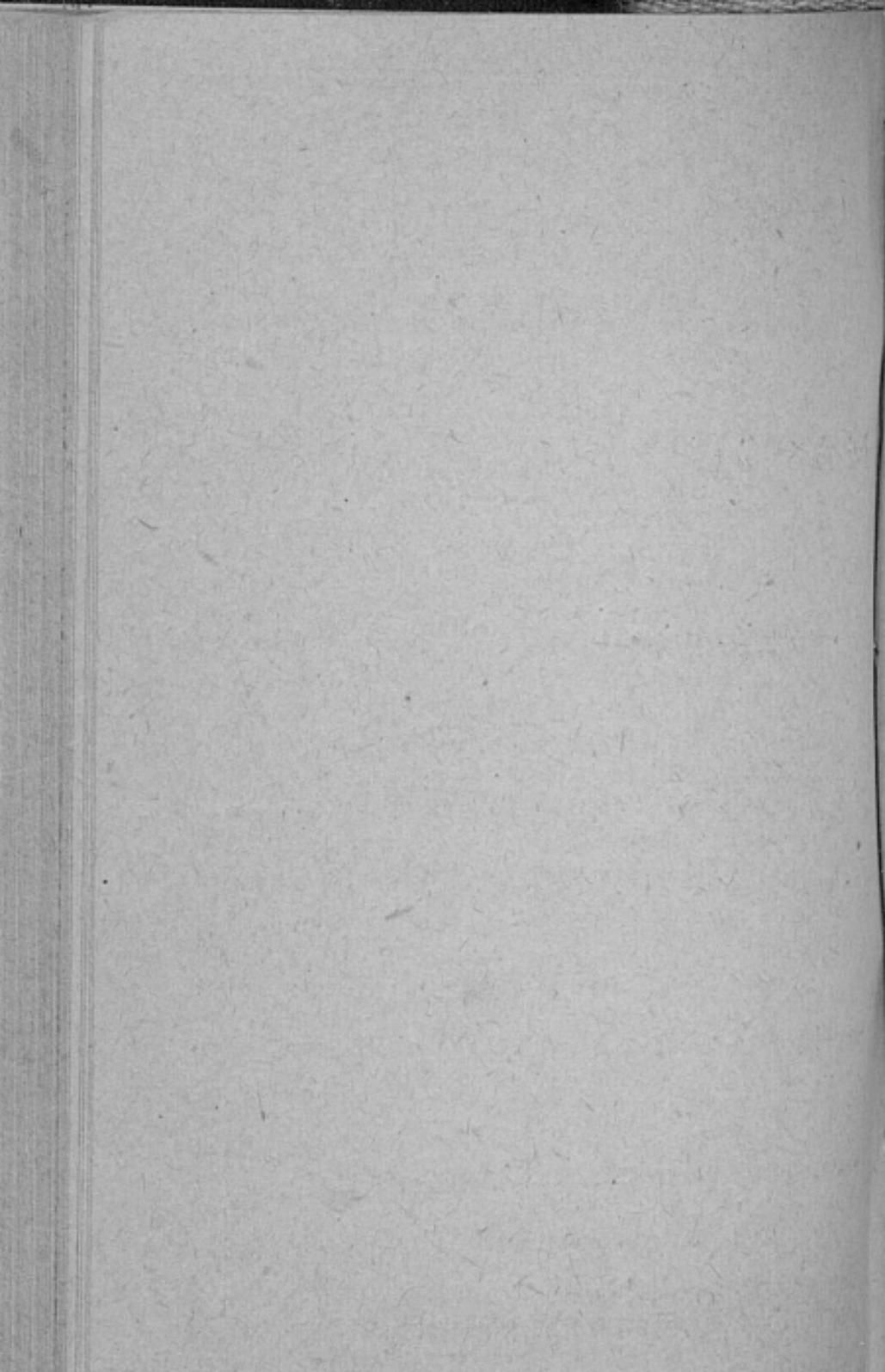
CANTAN.

Una fiesta de toros
Es mi morena,
Pícaros, y ventana,
Ruido y merienda.

Usanse unas tías
De mala data,
Que echan los sobrinas
Más que las habas.

Trátannos los hombres
Como al ganado,
Pues á puros perros
Guardan el hato.

Quéjase que le pido,
Quien no me ha dado,
Deme, y quéjese luego,
Pese al bellaco.



ENTREMES
DEL
MARIDO FANTASMA.

FIGURAS QUE SE INTRODUCEN.

Muñoz.
Mendoza.
Lobon.

Doña Oromasia.
Tres mujeres.
Los músicos.

Salen MUÑOZ Y MENDOZA ; Muñoz de navio galan.

MENDOZA.

Sea el señor Muñoz bien venido.

MUÑOZ.

Sea el señor Mendoza bien halla lo.

MENDOZA.

Qué intento le ha traído
Con tan bien guarnecido frontispicio?

MUÑOZ.

Vengo á ponerme á oficio;
 Vengo (señor Mendoza)
 A ponerme marido en una moza.

MENDOZA.

Señor Muñoz, poniéndolo por obra,
 El Mu le basta y todo el ñoz le sobra.
 Tiene lindas facciones de casado.

MUÑOZ.

Yo estoy enmaridado,
 Mas la mujer que quiero
 No ha de tener linajes ni parientes;
 Quiero mujer sin madres y sin tías,
 Sin amigas y espías,
 Sin viejas, sin vecinas,
 Sin visitas, sin coches y sin prado,
 Y sin lugarteniente de casado;
 Que hay doncella que vende de su esposo
 (A raiz de las propias bendiciones)
 A pares las futuras sucesiones.

MENDOZA.

Mujer sin madre, ¿dónde podrá hallarse?

MUÑOZ.

Ella es invencion nueva.

MENDOZA.

Vusted perdió linda ocasion en Eva;
 Mas ya que no tenía madre, suegra ni tía,
 Tuyo culebra.

MUÑCZ.

Tenga norabuena
Cuantas cosas enebrias;
No tengas madre, y llueva Dios culebras;
Que una mamá de estrado,
Es chupa y sorbe, y masca de un casado:
A si propia se arrastra la culebra,
Mas la madre, mirad si es diferente,
Arrastra al que la tiene yernalmente.
Item más, la culebra se hace roscas.
Mas de cualquiera moscatel que asome,
La madre se las pide y se las come,
Item más, la culebra de manzana.
La madre pide toda fruta humana.
Item más, que da silbos la culebra,
Y la madre. (me corro de decillo).
Hace silbar al triste yernecillo.
Muda el pellejo propio la culebra,
Y la madraza llena de veneno,
Se arrugó el propio, desolló el ajeno,
Item más, la culebra sabe mucho,
Y las madres y viejas que celebras,
Dicen que saben más que las culebras,
No ha de haber una huérfana en el mundo?
Para mí se acabaron las expósitas?
La mujer del gran turco tenga madre,
Y la expósita mía
Tenga culebras, y sierpes, y no tía,
No me tenga parientas ni allegadas,
Amigas y criadas,
Y tenga tiña y sarna, y sabañones,
Y corcovas y peste, y tabardillos,
Que estos son males que se tiene ella;
Y el parentesco es peste en cuarto grado,
Que le padece el misero casado.

MENDOZA.

Con el discurso mi tristeza alegras;
 Que conjuren langostas y no suegras.
 Como hay *flagellum dæmonum*, quisiera
 Que un *flagellum suegrorum* se imprimiera
 Y como hay abrenuncio no habria
 Aber madre, aber suegra y aber tia.

MUÑOZ.

Eso no puede ser, Mendoza, amigo,
 La cabeza te quiebras:
 No quiero madre, y llueva Dios culebras.

MENDOZA.

Aqui hay una mujer, que no se sabe
 Quién es, ni se conoce
 Padre, ni madre, ni pariente suyo;
 Que no trata con nadie, y tiene hacienda.
 Y no hay en este pueblo quien la entienda,
 Y todo lo trabuca.

MUÑOZ.

Eso me ha dado en medio de la nuca.

MENDOZA.

Pues no hay sino al momento
 Efectuar, Muñoz, el casamiento.

MUÑOZ.

No me puedo casar súpitamente,
 Porque yo y otro amigo

Que nos vamos casando por el mundo,
 Nos dimos la palabra, que primero
 Se había de casar él, y al momento
 Me avisaría de todo
 Lo que padece y pasa
 El hombre que se casá;
 Y así será forzoso
 El cumplir mi palabra, y aguardallo.

MENDOZA.

Yo por mi cuenta hallo,
 Segun está vusted endurecido,
 Que ha de madurar tarde de marido;
 Mujer que tuvo madre y habrá año
 Que murió, ¿será buena?

MUÑOZ.

Un año es poco

MENDOZA.

Pues no hallaremos cosa que le cuadre. *(Vase.)*

MUÑOZ.

Diez años dura el tufo de una madre.
 Señor, tú que libraste
 A Susana inocente de los viejos,
 Pues escuchas mis quejas,
 Líbrame de las madres, suegras, tías,
 Que es chilindron legítimo de viejas;
 Y como defendiste
 Del lago de los leones al Profeta,
 En las miserias mías,
 Defiéndeme del lago de las tías.

(Echase á dormir.)

Sueño me ha dado, ¡válgame los cielos!
 No puedo resistirme:
 Fuerza será dormirme,
 Que al entremes ninguna ley le quita,
 Lo de sueño me ha dado, y visioncita.

Dentro á voces LOBON.

LOBON.

Muñoz, Muñoz, Muñoz, contigo hablo,
 Cachimarido como cachidiablo.

MUÑOZ.

Quién eres, que me llamas
 Con voz triste y temblando?
 Ó estás en penas, ó te estás casando:
 A fantasma le sueñas al oído.

LOBON.

Poco es fantasma, soy hombre marido.
 A Lobon no conoces?

MUÑOZ.

Suegras tienes las bocas.
 Luégo ya te casaste?

LOBON.

Caséme (¡ay Dios, ay dote,
 Ay, ay, casamentero!)
 Con mujer tan ardiente y abrasada,
 Que en medio del invierno está templada.
 Engañóme la entrada del invierno.

MUÑOZ.

Encalabrinas con hedor de yerno.

LOBON.

Mírame arder agora,

(Aparécese á su lado suegro y suegra, y casamentero y una dueña.)

Aqui entre mi señor y mi señora.

Este que está á mi oreja

Es el casamentero,

Que por darme mujer pide dinero.

Ella, que nunca calla,

Dice no merecisteis descalzalla.

El dice cada instante:

Pude casar mi hija

Con un hombre que ha estado

Para un juego de cañas convidado;

Y en el tiempo de calzas atacadas

Entró en encamisadas.

Atravesada tengo en las entrañas

Esta dueña que miras:

Las barandillas son flechas y viras,

Y por tormento sumo,

Me dan dueña á narices, como humo.

MUÑOZ.

Muera rabiando el ánima bellaca,

Que vió una vieja, y nó tomó triaca.

LOBON

Este es dote al diablo,

Dado en expectativas,

Y me piden, Muñoz, las naguas vivas;
 Y de día y de noche,
 Oye cómo me están pidiendo coche.

DENTRO.

Coche, marido.

OTRO.

Yerno, coche,

LOBON.

Y para que conozcas
 Lo que padece quien se casa al uso:
 Mujer, suegra, criadas,
 ¿Cuál quereis más, perdices y conejos,
 Galas, joyas, dineros,
 Y que duren diez años fiestas y bodas?

DENTRO.

A coche y agua ayunaremos todas.

LOBON.

Muñoz, en los maridos de este talle,
 El gasto principal es coche y calle.
 Si hallares cuenta de perdon de yernos,
 Pues has sido mi amigo.....

MUÑOZ.

De oírte me enternezco.

LOBON.

Sacame de la suegra que padezco,

MUÑOZ.

Haré lo que me ordenas.

LOBON.

Sacar de suegras es sacar de penas.

(Desaparécese Lobon y levántase Muñoz.)

MUÑOZ.

Tras el sueño y la vision
Se sigue el há de mi guarda;
Dónde vas, sombra enemiga?
Adónde, amigo fantasma?
A casamiento, á suegro, á suegra, á rabia,
Tenedla, cielos, que me yerna el alma.

Entra una mujer tapada, que se llama

DOÑA OROMASIA.

DOÑA OROMASIA.

¿Es vuesarced Muñoz?

MUÑOZ.

¿Quien lo pregunta?

DOÑA OROMASIA.

Yo soy doña Oromasia de Brimbronques.

MUÑOZ.

Merece el apellido una alabarda.
Brimbronques suena á cosa de la guarda.

DOÑA OROMASIA.

No es eso á lo que vengo:
 Yo me quiero casar sin resistencia,
 Y tengo hambre canina de marido,
 Y me casára luego
 Con una sarta de ellos, si los hallo.
 Yo soy una mujer mocha de tias,
 Yo soy muy ahusada de linaje,
 Yo soy calva de amigas y parientas,
 No tengo madre, ni conozco padre,
 Ni en mi vida he tenido mal de madre,
 Y sé que el buen Muñoz me va buscando,
 Y en mí tiene la esposa que desea;
 Soy echada en la piedra qué mas quiere,
 Y no soy melindrosa
 Como algunas mirladas:
 Dós ratones traeré por arracadas;
 No grito, ni porfio,
 Siempre trato de entierros:
 Tengo arañas de estrado como perros;
 Y soy tan recogida,
 Que no ando por la villa, y ántes quiero
 Que ande por mí la villa al retortero.

MUÑOZ.

¡Extrañas propiedades me repites!

DOÑA OROMASIA.

En mi vida pedí para confites.
 Más quiero oro potable que una polla.

MUÑOZ.

Y es mejor dar á censo que á la olla.
 ¿Eres doncella, ó eres ya viuda?

(Saca doña Oromasia muchos memoriales.)

DOÑA OROMASIA.

Todo lo soy, y en todo tengo dula.

MUÑOZ.

¿Son recetas?

DOÑA OROMASIA.

Son maridos en letra que he tenido,
Cédulas son de casamiento todas.
A las comedias puedo prestar bodas:
Diez y siete maridos he amagado,
Pero ningun marido he madurado.

MUÑOZ.

Doña Oromasia, tú llegaste tarde,
Que estoy desengañado de mollera
Y he visto la vision descasadera;
Soy cofrade del gusto y del contento,
No soy capaz de tanto sacramento.
Yo me casara de prestado un poco,
Si como hay redentores de cautivos,
Fundáran los que están escarmentados
Orden de redimir malos casados.
Casese el rico, el virtuoso, el bueno,
Que yo no quiero entrar en matrimonio,
Que si quien lo construye bien lo alaba,
Empieza en matri, y en el monio acaba.

Dentro LOBON.

LOBON.

Deten el paso, soltero:
(*Aparécese lleno de luto.*)
Aguarda, amigo Muñoz,

Verás en negro descanso
A tu querido Lobon.
El dulcísimo capuz,
El bendito sombreron,
La bienvenida bayeta,
El bien fingido dolor.
En siendo un hombre viudo
(A los más los oiga Dios!)
Tiene el clamor armonía,
Y el responso linda voz;
Unas pocas de tercianas
Con ayuda de un doctor,
Me quitaron á navaja
La esposa persecucion.
Cásate, Muñoz, amigo,
Cásate luégo de choz,
Que todo puede pasarse
Por venir en procesion,
Kiriada de los niños
La mujer que nos cansó.

MUÑOZ.

Tomar quiero tu consejo.

DOÑA OROMASIA.

Pues tomémosle los dos,
Que más tocas que capuces
Salen á tomar el sol.

MUÑOZ.

Aun no durará esta esposa
Un año, segun yo soy.

DOÑA OROMASIA.

Para un mes tiene marido,
En este, mi condicion,

LOBON.

A mi salida y entrada
 Mis músicos hagan són,
 Que pésame y castañeta
 Sólo las sé templar yo.

Sale MENDOZA con otras mujeres. y cantan y bailan.

MÚSICOS.

Señoras, alto á casar,
 Alto á casar, caballeros.
 Tercianas hay para todos.
 Para todas hay entierros.
 Capuz tengo prevenido,
 Guardadas las tocas tengo:
 Heredera pienso ser,
 Sin duda seré heredero
 Del gusto del enviudar.
 ¿Quién es, Lobon, el testigo?

LOBON.

Yo, que lo sé, que lo ví, que lo digo:
 Yo, que lo vi, que lo digo, y lo sé.

MÚSICOS.

Al fin, ¿el desmujerar,
 Aseguras que es quitar
 Al apetito el castigo?

LOBON.

Sí, que lo sé, que lo ví, que lo digo:
 Sí, que lo vi, que lo digo, y lo sé.

MÚSICOS.

Quien sabe que es mejor vella
Con los responsos de ella,
Que con enaguas en pié.

LOBON.

Yo, que lo sé, que lo vi, que lo digo:
Yo, que lo vi, que lo digo, y lo sé.

ENTREMES FAMOSO.

LA VENTA.

(Representóle Avendaño.)

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Grajal, moza de la venta Un mozo de mulas.
Corneja, ventero. Una mujer.
Un estudiante. Guevara y su compañía
Músicos que cantan.

Sale CORNEJA, vejete, con un rosario, y canta dentro GRAJAL.

CORNEJA.

Mas libranos de mal, amén Jesus.

CANTA GRAJAL.

¿Es ventero Corneja?
Todos se guarden,

Que hasta el nombre le tiene
De malas aves.

¿Qué harán las ollas
Adonde las lechuzas
Pasan por pollas?

CORNEJA.

Linda letra me canta mi criada.
No sé cómo la sufro, ¡vive Cristo!
Ella se baila toda cada día,
Y siempre está cantando estos motetes;
Y sisa, y es traviesa y habladora,
Moza de venta no ha de ser canora:

GRAJAL *dentro*.

GRAJAL.

Señor.

CORNEJA.

El tono con que chilla.

Sale GRAJAL cantando.

Quien temiere ratones,
Venga á esta casa,
Donde el huésped los guisa
Como los caza.
Zape aquí, zape allí, zapé allá.
Que en la venta está, que en la venta está.

CORNEJA.

¡Válgate los demonios por cantora!
Ya que cantas de chanza,
¿Es bueno el villancico en mi alabanza?

GRAJAL.

Capítulo segundo, en que se trata
En cómo se responde en esta venta.

CORNEJA.

¿Coronista te haces?

GRAJAL.

Tenga cuenta.

CANTA.

Dicen, señor huésped,
Responde el gato;
Y en diciéndole zape,
Se va mi amo.

CORNEJA.

Jesus, qué cosa tan extraña.
Bueno es para mi punto lo que dice.
¿Has compuesto las camas?
¿Has echado en la olla lo que sabes?

GRAJAL.

Y lo que sabe mal á quien lo come.

CORNEJA.

No te pregunto nada,
Vé á barrer y regar.

CRAJAL.

Ya lo he entendido,

Tú mandas de contino
Barrer las bolsas, y regar el vino.

CORNEJA.

¡Grajal!

GRAJAL.

Temple la cholla,
Que oyó Grajal, y respondió la olla.

CANTAN.

Ventero murió mi padre,
Satanás se le llevó,
Porque no piense el infierno
Que hubo sólo un mal ladrón. (*Vase Grajal*).

CORNEJA.

En malos potros de verdugo cantes.

Vuelve á salir GRAJAL.

A tí te lo digo, padre,
Oyelo tú, mi señor,
Que á pura paja y cebada
Piensas tu condenacion.

Vase GRAJAL *y sale* UN ESTUDIANTE.

ESTUDIANTE.

Sea bendito
Quien echó á cada cuba un taponcito.

CORNEJA.

El señor bachiller no peca en berro.

ESTUDIANTE.

Ni el señor licenciado zape en perro.

CORNEJA.

¿Oye, señor bribon? ménos parola,
Coma y calle, que yo así lo hago,
Que le costará caro.

ESTUDIANTE.

Si lo pago.

CORNEJA.

¿Qué hay que contar de nuevo en el camino?

ESTUDIANTE.

De nuevo, sólo cuentan vuestro vino.

CORNEJA.

¡Qué mal fundada queja!
¿Había de dar á amigos cosa vieja?

ESTUDIANTE.

¿Cómo está la veleta del guisado?

CORNEJA.

¿Qué diablo, ó qué veleta?

ESTUDIANTE.

Veleta llamo á aquesa monterilla,

Y en su postura sólo
 Conozco luego qué avechucho corre,
 Estando encasquetada, corre oveja;
 En estando de lado, corre cabra;
 En estando abollada, corre gato;
 En coronilla, como agora, corre
 Picaza ó grajo, para el mediodía,
 En borrasca de col ó navería.

CORNEJA.

¡Oh plega á Dios que otro discurso hagas
 Puesto en tierra de moros!

ESTUDIANTE.

¿Eso pasa?
 Yo vendré á discurrir á aquesta casa. (Vase.)

CORNEJA.

Grajal.

Sale GRAJAL.

Señor.

CORNEJA.

Tanto ojo con el tal licenciado,
 Porque hay estudiantillo
 Que se lleva un colchon en un bolsillo.

GRAJAL.

No hay que temer, Corneja,
 Que hay en casa colchon que, en dos instantes
 Pasa á chinche una escuadra de estudiantes.

CORNEJA.

¿Diste á los arrieros y á los carros de cenar?

GRAJAL.

Ya encajé toda la historia;
Comiendo estan á tiento sabandijas.

CORNEJA.

Cuéntame aquea lucha.

GRAJAL.

Oye la comenzon.

CORNEJA.

Empieza.

GRAJAL.

Escucha:

Luego que por manteles,
Les puse, con perdon, los árambeles,
Y la sal en un plato,
Un cuchillo sin cabo, un pan mulato;
Un jarro desbocado,
Tan sucio y sin adorno,
Que pudo tener vino de retorno;
Y en el vidrio volviése
Vinagre de la esponja:
Es buenò? preguntaron, yo á lo monja
Respondi, muy fruncida de apariencia;
Por bueno se lo dan, en mi conciencia.
Sentáronse en arpon en un banquillo,
Tocaron á colmillo,
Arremangaron todos los bigotes
Por no los enrramar con almodrotos.
Metiles la vianda,
Templaron las quijadas los cuitados,

Para hacer consonancia á los bocados:
La mesa parecia matadura.
Con tanta urraca, y tanta desventura.
Hubo unos mascadores de montante.
Que, tirando á dos manos de un pedazo,
Devanaban las tripas en oveja.
Hay comedor con pujo que se queja,
Y los puños cerrados
Oye crujir los dientes.
Otro mascujador contemplativo,
Con dedos clericales,
Del cabritillo de diez y seis años,
Harto de hacer las barbas en el hato,
A puros estirones se hizo chato.
Mas nada se compara con aquellos
A quien les cupo en suerte la morcilla,
Pues cuando vieron, entre el pan y el vino,
Por morcilla una bota de camino,
Todos, con un Deogracias, se abajaron
A olerla, y con los dedos la tocaron.
Esta es tripa, ó maleta?
Dijo un mozo bermejó:
Mas parece baul que no pellejo;
Metiéronle el cuchillo: aquí fué Troya,
Que se dividió en ruedas,
Con algunas colores sospechosas.
No entiendo esta morcilla, dijo el uno;
Otro santiguador de los mondongos,
Decia: «A cieno sabe, si es de estanque»;
Y dijo otro, con boca derrengada:
«Busquen su descendencia á la morcilla,
Y darán con un mulo de reata.
Que es menester saber de quien descende,
De rocin ó de oveja,
Bástele ser morcilla de Corneja.»
Y yo, como criada muy severa,
Pluguiera á Dios que de sus tripas fuera.

CORNEJA.

Cosas de gentecilla del camino,
Y palabras ociosas,
De que hemos de dar cuenta.

Sale UM MOZO DE MULAS con un jarro.

MOZO.

¡Ah, señor prebendado de la venta!
Éche un azumbre.

CORNEJA.

De dos mil amores.

(Vase Corneja.)

MOZO.

¡Qué lindo torbellino de mozona!
Tempestad de hermosura es esa cara.
No hay aguardar los rayos que acredita,
Sin decir Santa Bárbara bendita.
Voto al cielo, que son arma vedada
Tus ojos, y que miras buido y penetrante;
Y en esta pobre vida que despachas,
Me has llevádo la vista hasta las cachas.

GRAJAL.

Poca hazaña me cuenta
Para destrozo de hermosura andante;
Tarde llegó el pobrete,
No cabe una alma más en mi cabello
Y un mocito de mulas,
Que es gentil hombre al trote.

No es cosa competente
Para este campanario de la gala,
Y para este tallazo de lo caro,
Que, con dos miraduras delincuentes,
Pasó á pestaña infinidad de gentes,
Y no hay para alfileres
En cuatro eternidades de alquileres.

MOZO.

Las mulas les daré por matadores
A tus ojos, que en esto son doctores:
Muerto estoy.

GRAJAL.

Pues no sepa
El huésped que estás muerto, porque al punto,
Si acaso nos escucha,
Os venderá á los huéspedes por trucha.

Sale CORNEJA con el jarro.

CORNEJA.

Ahí lleva un azumbre bien medida.

MOZO.

Muy de profundis veo
El zabuco del jarro y el meneo.

Vase el MOZO y sale el ESTUDIANTE.

ESTUDIANTE.

En esta santa casa, Deo gracias,
Las azumbres, que bebo,
Son siempre azumbres sobre su palabra.

CORNEJA.

No son.

ESTUDIANTE.

Si son.

CORNEJA.

No son.

ESTUDIANTE.

Si son, y acorte de razones,
 Que no ha de restañarme los sisones.
 Por cuatro albondiguillas como nueces,
 Me pide veinte cuartos,
 Y ayer hizo ocho dias,
 Por cuatro albondigones como el puño,
 Me llevó tres cuartillos.

GRAJAL.

Si haria,
 Mas no se muere un asno cada dia.

ESTUDIANTE.

No se disimulaban,
 Que despues de comidas rebuznaban.

DENTRO.

Para, rucia rodada,
 Qué, aún no quieres llegar á la posada?

DENTRO.

Descuelga las guitarras,
 El verdugado y caja de valonas.

Sale GUEVARA y toda su compañía.

CORNEJA.

¡Qué linda bocanada de personas!
¡Oh, mi señor Guevara!

GUEVARA.

¡Oh; señor huésped!

CORNEJA.

¿Dónde lleva vusted la compañía?

GUEVARA.

A representar vamos á Granada.

CORNEJA.

Fiesta hemos de tener aquesta noche.

GRAJAL.

Todos hemos de andar de venta en monte;
Aguce vuestas los bailarines.

GUEVARA.

En cenando, mi reina.

GRAJAL.

Seor Corneja,

Al seor Guevara démosle la cena,
Y será calidad, si se repara,
Pues serémos Ladrones de Guevara.

ESTUDIANTE.

En esta pobre choza
 Todos somos Hurtados sin Mendoza.

CORNEJA.

Miente el picaño.

ESTUDIANTE.

Ladron, protoladron,
 Archiladrillo, y tátara Pilatos,
 Casamentero infame
 De estómagos y gatos.

CORNEJA.

Infame, espera, calla, calla,
 Que quien no mata con morcilla rabo,
 Méenos me matará con una bala.

GUEVARA.

Sean amigos.

GRAJAL.

Acabese este ruido.

ESTUDIANTE.

¿Sabe vuestasted lo que he comido?

GUEVARA.

Toquen esas guitarras.

GRAJAL.

Acompañ en cantando.
Que yo lo quietaré sólo bailando.

GUEVARA.

¿Sólo? aquí estamos todos.

GRAJAL.

Cuenta con los chapines y los codos.

(Aquí cantan y bailan.)

MÚSICOS.

Todo se sabe, Lampuga,
Que ha dado en el mismo el diablo,
Y entre jayanes y marcas
Nunca ha habido secretario.

POEMA HERÓICO,
DE LAS NECEDADES Y LOCURAS DE ORLANDO
EL ENAMORADO.

Dirigido al hombre más maldito del mundo.

CANTO PRIMERO.

Canto los disparates, las locuras,
Los furores de Orlando enamorado,
Cuando el seso y razón le dejó á escuras
El Dios engerto en diablo y en pecado:
Y las desventuradas aventuras
De Ferragut, guerrero endemoniado;
Los embustes de Angélica y su amante,
Niña buscona y doncellita andante.
Hembra, por quien pasó tanta borrasca,
El rey Grandonio, de testuz arisco,
A quien llamaba Angélica la Chasca,
Andando á trochimochi y abarrisco:

Tambien diré las ansias y la basca
 De aquel maldito infame basilisco
 Galafón de Maganza, par de Judas,
 Mas traidor que las tocas de las viudas.

Diré de aqui el cabron desventurado,
 Que llamaron Medoro los poetas,
 Que á la hermosa consorte de su lado,
 Siempre la tuvo hirviendo de alcahuetas:
 Por quien tanto gabacho abirragado
 Vende peines, rosarios, y agujetas,
 Y amoladores de tijeras, juntos
 Anduvieron á caza de difuntos.

Vosotras, nueve hermanas de Helicon,
 Virgos monteses, musas sempiternas,
 Tejed á mi cabeza una corona
 Toda de verdes ramos de taberna:
 Inspirad tarariras y chaconas;
 Dejad las litras y tomad linternas;
 No me infundais, que no soy almohadas,
 Embocadas os quiero, no invocadas.

A tí postema de la humana vida,
 Afrenta de la infamia y de la afrenta,
 Peste de la verdad introducida,
 Conciencia desechada de una venta,
 Anima condenada, entretenida
 En dar á Satanás almas de renta;
 Judísimo malsin Escariote,
 Houra entre bofetones y garrotes.

Doctor, á quien por borla dió cencerro
 Borceguillas y el grado de marrano;
 Tú que cualquiera padre sacas perro,
 Tocandole á tu padre con tu mano;
 Casado, (por no comer) con un entierro
 Conque pudiste ser vieja cristiano,
 Que por faltarte en cristiandad anejo,
 Fuiste cristiano vieja, mas no viejo,

El alma renegada de tu abuelo
 Salga de los infiernos con un grillo,

Con la descomulgada greña y pelo
Y pues que por hereje contra el cielo
Fué en el brasero chicharron cuchillo,
Venga agora el cabron, más afrentado
De ser su abuelo, que de ser quemado.

Derrama aquí con unas salvaderas,
Pues está en polvos, todo tu linaje;
Salgan progenitores vendesteras,
Y aquel rabi con fondo abencerraje:
Los bojes, los cerotes, las tijeras,
De quien bufon descienes, y bardaje,
Pues eres el plus-ultra desvaríos,
El non plus-ultra perros y judíos.

Atiende, que no es misa lo que digo,
Y son todos enredos y invenciones,
Y vuelve á mi cantar falso testigo
En tus dos ojos cuatro mil sayones:
Perro, con no decir verdad te obligo,
Recibe estas maldades y traiciones
Con la benignidad que urdirías sueles
Al bueno que á sesenta leguas hueles.

Cuenta Turpin, maldiga Dios sus huesos,
Pues tan oscura nos dejó la historia,
Que es menester buscar con dos sabuesos
Una cabeza en tanta pepitoria:
Digo, que cuenta ovillos de sucesos,
Conque nos dió confusa la memoria,
Que en las ochas que veis desarrebujo
Con verso suelto y con estilo brujo.

En la barriga de la blanca aurora,
En el solar antiguo de los días;
Donde hace pucheros donde llora
El alba aljofaradas perlesías:
En la parte del cielo más pintora,
Donde bebe la luz sus niñerías,
En el nido del sol, adonde el suelo
Entre si es, no es, le ve en mal pelo.

En poderoso principe reinaba,

De grande tarazon, del mundo dueño,
 Donde la india empieza, y donde acaba
 La murria el sol, y la tricara el ceño:
 Gradaso, el rey que digo, se llamaba,
 Rey que tiene mas cara que un barreño,
 Y juega, (ved que fuerza tan ignota
 Con peñascos de plomo a la pelota.

Dábase á los demonios cada instante
 Que era más presuroso que vigarido,
 Por adquirir el duro rey gigante,
 La fuerte Durindana y á Bayardo:
 Ciñe la espada el mas feroz vergante,
 Y el caballo por fuerte, y por gallardo,
 Le tiene otro bribon, que hará tajadas
 A quien los pide, á coces y estocadas.

Recobrar el rocín juró Gradoso
 Y á Durindana en un escuerzo de oro,
 Y así mando venir paso entre paso
 Al indio cisco, tapeta lo y loro:
 Por adquirirlas dejará el ocaso
 Manchado en sangre y anegado en lloro,
 A Franciá marcha con cien mil legiones,
 Y más de la mitad con lamparones.

Más lleva de ochocientos mil guerreros
 Escogidos á mocos de mandiles;
 Por el calor los más vienen en cueros,
 Tapados de medio ojo con candiles:
 Más de los treinta mil son viñaderos,
 Con hondas en lugar de cenojiles,
 Seis mil con porras, nueve mil con trancas,
 Las demas con trapajos y palancas.

Solo para vencer á Carlo-Magno
 Con tal matracalada á París baja,
 Todo el pueblo católico cristiano
 Ha propuesto raparsele á navaja,
 Pero dejémos este rey pagano,
 Que el mar para venir de naves cuaja.
 Y volvamos á Carlos el torrente,

Que en Paris ha juntado mucha gente.

Para Pascuas de Flores determina
Hacer una gran justa, y ha llamado
La gente más remota y más vecina:
Mucho del rey potente y coronado:
Vino también inmensa bahorrina,
Y mucho picaron desarrapado.
Que, como era la fiesta en Picardía,
Ningun picaronazo se excluía.

No quedó paladin que no viniese
A puto el postre á celebrar el día,
Ni moró que ambicion no le trujese
De mostrar con su valor valentía:
Fué cosa extraña que en Paris cupiese
Tanta canalla y tanta picardía,
Que todo andante vino asegurado,
Si no fuese traidor ó renegado.

De España vienen hombres y deidades,
Pródigos de la vida, de tal suerte,
Que cuentan por afrenta las edades,
Y el no morir sin aguardar la muerte:
Hombres que cuantas hace habilidades
El hielo inmenso, y el calor más fuerte
Las desprecian, con rábanos y queso,
Preciados de llevar la corte en peso.

Vinieron con sus amigas los manchegos,
Que á puros torniscones de guijarros,
Tienen los turcos y los moros ciegos,
Sin suelo y vino, cántaros y jarros:
Con varapalos vienen los gallegos
Mal espulgados, llenos de catarros.
Matándose á docenas y á palmadas
Moscas, en las pernanzas afelpadas.

Vinieron extremeños en cuadrillas,
Bien cerrados de barba y de mollera,
Los unos van diciendo Algarrobillas,
Los otros apellidan á la Vera:
En los sombreros llevan por toquillas

Cordones de chorizos, que es cimera
De más pompa y sabor, que los penachos.
Para quien se relame los mostachos.

Portugueses hirviendo de guitarras,
Arrastrando capuces vienen listos,
Compitiendo la solfa á las chicharras,
Y todos con las botas muy bien quistos.
Vinieron muy preciados de sus garras
Los castellanos con sus voto á Cristos,
Los andaluces de valientes feos,
Cargados de patatas, y ceceos.

Vinieron italianos como hormigas,
Más preciados de Eneas, que Posones,
Llenas de macarrones las barrigas,
Iban jurando á fe de macarrones:
Los alemanes rubios como espigas,
Haciendo de sus barbas sus jergones,
Y haciendo cabeceras los capotes,
Mullen, para acostarse, sus bigotes.

El rey Grandonio, cara de serpiente,
Barba de mal ladron, cruel y pia,
El primero rey zurdo que en poniente
Se ha visto por honrar la zurderia:
Ferragut el soberbio, el insolente,
El de superlativa valentia,
El de los ojos fieros por lo vizco,
Pues se afeitaba con cerote y cisco.

Vino el rey Balugante poderoso,
De Carlos ilustrísimo pariente,
Recien convalecido de sarnoso,
Hediendo al alcrebite y al unguento:
Serpentin máspreciado de pecoso
Que un tabardillo, y Soler valiente,
Y otros muchos gentilis y cristianos
Que son en los etcéteras, fulanos.

Sorda París, á pura trompa estaba,
Y todas trompas de París serían;
Aquí el tambor en cueros atronaba;

Allí las gaitas rígidas gruñían:
 A bofetadas por sonar ladraban
 El pandero; las calles parecían
 Hablar en varias lenguas; cada esquina
 Era pandorga de don Juan de Espina.

Pintado está palacio de libreas,
 La ciudad es jardín con las colores;
 Ruedan los vocacíes y las creas,
 Y en oropel chillados resplandores:
 Sobre vestes de frisa y carifeas,
 Con muchos culcusidos y labores;
 De enanos y de pajes hubo parvas,
 Cocheros y lacayos como barbas.

Llegóse, pues, el señalado día
 De la justa de Carlos; y á su mesa
 Inmensa se embutió caballería
 Con sumo gasto y abundante expensa:
 Fueron los mascadores á porfía,
 Segun Turpin, en su verdad confiesa,
 Mas de cuarenta mil en una sala,
 Que llegó de Paris hasta Bengala.

Los hijos portugueses le gastaron
 En solamente tablas de mantelès,
 Y de tocas de dueñas fabricaron
 Tohallas con ayuda de arambeles:
 Siete mil reposteros se ocuparon
 En colgar los caminos de doseles:
 Hubo escaños, banquetas, bancos, sillas,
 Posones y silletas de costillas.

Siete leguas de montes Pirineos
 Para las cantimploras arrancaron,
 Que con sas remolinos y meneos
 A zorra, como á fiesta repicaron:
 En los aparadores los trofeos
 De la sed y la hambre colocaron;
 Y cuatro mil vendimias repartidas
 Temblando estaban ya de ser bebidas.

Hubo sin cuenta canjilones de oro,
 Tinajas de cristal y balsopetos

De vidrio en que bebiese el bando moro,
 Jarro de grande corpachon discretos;
 De talegas de plata, gran tesoro,
 Que las tazas penadas echan retos,
 Simas de preciosísimos metales
 Para beber saludes imperiales.

Aparadores hubo femeninos
 Para todas las damas convidadas,
 Salpicados de búcaros muy finos,
 Y de lales de vidro y arracadas;
 Brincos de sorbo, y medio cristalinos,
 Que las mujeres sin more son aguadas,
 Y los gustos, que al alma nos despachan,
 Con ser fan aguados emborrachan.

Como corito en piernas el tocino,
 Azuza todo honrado tragadero,
 Cocos le hace desde el plato al vino
 El pernil en figura de romero,
 Y aquel ante vilísimo melqueño
 De las pasas y almendras, que primero
 Se usó con martingalas y con gorras,
 Junto á los orejones hechos zorras.

De natas mil barreños y artesones,
 Tan hondos, que las sacan con calderos
 Con sogas de tejidos salchichones,
 Los brindis con el parte de los cueros
 Llevan, con su corteza y postillones
 Correos diligentes y ligeros;
 Resuenan juntos en París mezclados
 Los chasquidos del sorbo y los bocados.

Las damas á pellizcos repelaban
 Y resquicio de bocas sólo abrian:
 Los barbados las jetas desgarraban,
 Y á cachetes los ántes embutían:
 Los moros las narices se tapaban
 Del miedo del tocino, y engullian
 En higo y pasa, y en almendra tiesa,
 Solamente los tantos de la mesa.

Dábanse muy aprisa en los broqueles
 Los torreznos y jarros; tan espesos
 Fueron estos combates y crueles,
 Que el tocino dejaron en los huesos;
 Ochocientas hornadas de pasteles
 Soltaron; de pechugas de sabuesos,
 Tan colmados de moscas, que fué llano
 Que no dejaron moscas al verano.

Reinaldos, que por falta de botones
 Prende con alfileres la ropilla,
 Cerniendo el cuerpo en puros desgarrones,
 El sombrero con mugre, sin toquilla;
 A quien por entre piernas los calzones
 Permiten descubrir muslo y rodilla,
 Dejándola lugar por donde salga
 (Requiebro de los putos) á la nalga.

Viéndose entre los otros hecho añicos
 Y devanado en pringüe y telaraña,
 Mirando está los maganceses ricos,
 Y al conde Galalon ardiendo en saña;
 Guiñaba el magancés con los hocicos,
 Advirtiéronlo bien Francia y España:
 El paladin, que es gloria de las lises,
 Se estaban resumando de mentises.

Dos manadas de suegras no gruñeran
 Tanto como él con la pasión gruñía;
 Si tantas majestades no lo vieran
 (Hecho un Bermejo) el paladin decía
 Presto los convidados todos vieran
 Mi valor y tu infame cobardía:
 Comiera magancesas carnes crudas,
 Porque me dieran cámaras de Júdas.

A las espaldas de Reinaldo estaba,
 Más infame que azote de verdugo,
 Un maestro de esgrima, que enseñaba
 Nueva destreza á huevo y á mendrugo:
 Don Hez, por su vileza se llamaba,
 Descendiente de carda y de tarugo,

A quien por lo casado y por lo vario,
Llamó el emperador, Cucu Canario.

Era embelecador de geometría,
Y estaba pobre, aunque le daban todos,
Ser maestro de Carlos pretendía;
Pero, por ser cornudo hasta los codos,
Su testa ángulos corvos esgrimía,
Teniendo las vacadas por apodos,
Este, oyendo á Reinaldos, al instante
Lo dijo al rey famoso, Balugante.

Dijole Balugante al maestrillo
(Pasándole la mano por la cara),
«Dile al señor de Montalban (Cuquillo)
Que mi grandeza su inquietud repara:
Que pretendo saber para decillo,
Si en esta mesa soberana y clara
Se sientan por valor, ó por dinero,
Por dar su honor á todo caballero.»

Reinaldos respondió: «Perro judió,
Dirás al rey que en esta ilustre mesa
El grande emperador, glorioso y pío,
Honrar todos los huéspedes profesa:
Que, despues la batalla y desafío,
Quién es el caballero lo confiesa;
Que, á no tener respeto, las cazuelas
Y platos le rompiera yo en las muelas.»

El falso esgrimidor que le escuchaba
En Galalon, su natural vileza,
De mala gana la respuesta daba,
Viendo que en su maldad misma tropieza:
Galalon, que los chismes acechaba,
No levanta del plato la cabeza,
Y el desdichado plato se retira,
Y á los diablos le da de que le mira.

Echaban las conteras al banquete,
Los platos de aceitunas y los quesos;
Los tragos se asomaban al gollete,
Las damas á los jarros piden besos:

Muchos están heridos del luquete,
El sorbo al retortero tras los sesos:
La comida que huye del bochorno,
En los vómitos vuelve de retorno.

Ferraguto agarrando de una cuba,
Que tiene una vendimia en la barriga,
Mirando á Galalon hecho una uva,
Le hizo un brindis dándole una higa:
No tengas miedo (dijo) que se suba
A cabeza tan falsa y enemiga
El vino, que sin duda estará quedo
Por no mezclarse allá con tanto enredo
Bebe, conde traidor, ó de un cubazo
Desgalalonaré los paladines;
Y si Roldan no le detiene el brazo,
Acaba en él la casta á los malsines:
A todos tiene ya cargado el bazo,
Y si no suenan cajas y clarines,
Y rumores de guerra no esperados,
Allí quedan sus huesos derramados.

El son alborotó la guriullada,
En pié se ponen micos, lobos, zorros,
Unos con la cabeza trastornada,
Otros desviñan la cabeza á chorros;
En los alegres anda carcajada,
En los furiosos árdense los morros,
La voz bebida, las palabras erres,
Y hasta los moros se volvieron Pierres.

Galalon, que en su casa come poco,
Y acosta ajena el corpachon ahita,
Por vomitar haciendo estaba el coco,
Las agujetas y pretina quita;
En la nariz se le columpia un moco,
La boca en las horrúras tiene frita,
Hablando con las bragas infelices
En muy sucio lenguaje á las narices.

Danle los Doce Pares de cachetes,
Tambien las damas en lugar de motes;

Mas él dispara ya contra pebetes,
Y los hace adargar con los cogotes:
Cuando por entre sillas y bufetes
Se vió venir un bosque de bigotes
Tan grandes y tan largos, que se veía
La pelamesa y no quien la traía.

Y luego se asomaron cuatro patas,
Que dejan legua y media los zancajos,
Y cuatro picos de narices chatas,
A quien los altos techos vienen bajos:
Despues por no caber entran a gatas,
Haciendo las portadas mil andrajos,
Cuatro gigantes, que, aunque estaba abierta,
Sin calzador no caben por la puerta.

Levantáronse en pié cuatro montañas,
Y en cueros vivos cuatro humanos cerros,
No se les ven las fieras guadramañas,
Que las traen embutidas en cencerros;
En los sobacos crian telarañas,
Entre las piernas espadaña y berros,
Por ojos en las caras carcabuezos,
Y simas tenebrosas por bostezos.

Puédense hacer de cada pantorrilla
Nalgas á cuatrocientos pasteleros,
Y dar moños de negra sabadilla
A novecientos magros escuderos:
Cubren, en vez de bello, la tetilla,
Escaramujos, zarzas y tinteros,
Y en tiros de maromas embreadas,
Cuelgan postes de mármol por espadas.

Rascabanse de lobos y de osos,
Como de piojos, los demás humanos,
Pues criaban por liendres de bellosos,
Erizos, lagartos y marranos:
Embutióse la sala de colosos,
Con un olor á cieno de pantanos,
Cuando detras inmensa luz se via,
Tal al nacer le apunta el bozo al dia.

Empezó a chorrear amaneceres,
 Y prólogos de luz, que el cielo dora;
 En doña Alda ajustó los alfileres
 Ver un flujo de sol tan á deshora:
 Los que tienen mejores pareceres,
 A cintarazos de la nueva aurora,
 Con arrepentimientos de tocados,
 Parecieron un coro de letrados.

Clarice enderezó con prisa el moño,
 Rizó los aladares Galerana,
 Afilóse Armelina de madroño
 Contra el rubí, que teme la mañana:
 Púsose en armas en ellas el otoño
 Contra primavera soberana;
 Acicalan las manos y los labios,
 Temblando los bellisimos agravios.

Y ya que su venida dispusieron
 Tantos caniculares y buchornos,
 Almas y corazones previnieron
 Para ser mariposas en sus tornos:
 En ascuas todos juntos se volvieron
 Antes que los mirasen los dos hornos,
 Que en las propias estrellas hacen riza
 Y chamuscan las nieves en ceniza.

Entraron las dos Indias en su cara,
 Y el ahito de Midas en su pelo;
 Ties Tibar por vellon se confesara
 Con el que cubre doctamente el velo:
 Con premio por su plata se trocara
 La mas cendrada que copela el cielo,
 Y por venirles cortos el nombre de ellos,
 Esta se llamó tez, aquél cabellos.

Relámpagos de perias fulminaba,
 Cuando el clavel, donde la guarda abría,
 Y a los que con la riza aprisionaba,
 Con la propia prision enriquecía:
 Su vista por sus manos la pasaba,
 Porque llegue templada, si no fría;

Deja, con solo su mirar travieso,
A Carlos sin vasallos y sin seso.

Incendio son las canas imperiales,
La sala y el palacio sin hogueras;
Los ojos dos monarcas celestiales,
A quien viene muy corto ser esferas:
Pasa con movimientos desiguales,
Ya mirando de burlas, ya de veras;
Ahorrando tal vez para abrasarlos,
Con dejar que la miren, el mirarlos.

Con triste y estudiada hipocresia,
De sus dos llamas esprimió rocío,
Que en los asombros lágrimas mentía,
Tal es de invencionero su albedrío:
Por otra parte el llanto se reía,
Obediente al hermoso desvarío;
Dulce veneno lleva de rebozó,
Disculpa al viejo, y ocasion al mozo.

Por todos se reparte sediciosa,
Con turbacion aleve y hazañera;
Va, cuanto más humilde, belicosa;
Huye la furia y el temor espera:
Y con simplicidad facinerosa,
Usurpando vergüenza forastera,
Mezclando reverencias con desmayos,
En la tierra postró cielos y rayos.

Rechina Ferragut por los hijares;
Humo y ceniza escupe el Conde Orlando:
Oliveros la quiere hacer altares:
Reinaldos de robarla está trazando:
Y en tanto que se están los Doce Pares
Y cristianos y moros chicharrando,
El Conde Galalon sólo se mete,
Por venderla, en servirla de alcahuete.

Detrás de la doncella, de fodillas
Se mostró bien armado un caballero
De buen semblante para entrambas sillas,
Con promesas de fuerte y de ligero:

Los reyes se levantan de las sillas,
 Suspenso está el palacio todo entero;
 Cuando apartando de rubí dos venas,
 Estas circes habló, y estas sirenas,

El grito, que la trompa de su fama
 Pronuncia por el orbe de la tierra,
 Sagrado emperador, á verte llama,
 Cuantos anhelan premios de la guerra;
 La que trocó ser ninfa por ser rama,
 Y en siempre verde tronco el cuerpo cierra,
 Los abrazos guardó para tu frente,
 Que negó descortés al sol ardiente.

No despreció tu nombre los retiros
 Donde nací (á llantos destinada),
 Con él se consolaron mis suspiros,
 Y mi temor se prometió tu espada:
 Deje ricos palacios de zafiros,
 Destiné mi remedio en mi jornada;
 Pago á tus piés las lágrimas que lloro,
 Y calzarelos con melenas de oro.

Uberto de Leon, mi pobre hermano,
 Es éste que me sigue sin ventura,
 El reino le quitó duro tirano,
 Que darnos muerte sin piedad procura:
 Su castigo y mi bien está en tu mano,
 Dame remedio ó dame sepultura,
 Que tambien es remedio, si se advierte,
 Hacer que el desdichado alcance muerte.

Mas alla de la Tana diez jornadas,
 Oí decir las fiestas que previenes,
 Adonde juntas miro, y convocadas
 Tantas excelsas coronadas sienes;
 Donde tantas victorias como espadas,
 Y tantos triunfos como lanzas tienes,
 Asegurando el premio al que venciere,
 De cualquiera nacion y ley que fuere.

Mi hermano, á quien enciende ardor glorioso
 De dar á conocer su valentia,

Viene á tu corte, emperador famoso,
 A tomar buena parte de este día:
 Al moro y al cristiano belicoso,
 Que de justar con él tendrá osadía,
 Señala campo en el Padron del Pino,
 Junto al sepulcro de Merlin divino.

Mas ha de ser con tales condiciones
 Aprobadas por todos, una á una,
 Que en perdiendo la silla y los arzones,
 Quien los perdió no pruebe más fortuna:
 El que cayere quedará en prisiones
 Sin poder alegar excusa alguna,
 Y el que á mi hermano derribare en tierra
 Me ganará por premio de la guerra.

Hacer podrá mi hermano libremente
 Su camino, si alguno le venciere,
 Con cuatro gigante y la gentes
 Que en su cuartel y pabellon tuviere:
 Yo, escándalo y fatiga del Oriente,
 Pagaré la vitoria que perdiere,
 Y Angélica será por Carlo Magno
 Premio del enemigo de su hermano.

Premio seré, señor de mi enemigo;
 «No serás (dijo) Ferragut rabiando,
 Sino de aqueste brazo, yo lo digo
 Y sobra y basta, y mienten aun callando:
 No se me dá de Satanás un higo,
 A tu hermano estoy ya depedazando;
 Y vamos al Padron desafiados,
 Que áun á Merlin me comeré á bocados.»

Uberto dijo: «En el Padron te espero,
 Que no temo amenazas arrogantes;
 Ya estoy allá, responde, darte quiero,
 Mancebo, de barato tus gigantes.»
 Orlando dijo, yo saldré primero;
 Y Galalon, quitándose los guantes,
 No ha de ser esto (dijo) zacápella,
 Yo quiero responder por la doncella.

«No es este tu lugar, dijo Reinaldos,
 La cocina te toca y no la sala,
 Pues es tu inclinacion revolver caldos;
 Vete, conde embustero, noramála,
 Y pues los chismes son tus aguinaldos,
 Tu medra enredos, la traicion tu gala;
 Ponte en aquesta boca dos corchetes,
 O haré tu saca muelas mis cachetes.»

Cárlos que vió la grita y tabahola,
 Y que Oliveros agarró una tranca,
 Revestida la cara en amapola,
 Y extendiendo una mano y una zanca,
 Mandó escurrir á Galalon la bola,
 Que á toda furia por la puerta arranca,
 Manda que nadie chiste, y con severa
 Voz, á todos habló de esta manera:

«Cuando la compasion y la hermosura
 Tienen audiencia de tan altas gentes,
 El furor descompuesto y la locura
 Infama, no acredita los valientes:
 La suerte ha de ordenar esta aventura,
 Y no los desatinos insolentes;
 Quéjese de las suertes el postrero,
 Y no me lo agradezca á mí el primero.

»Merecida ha de ser, no arrebatada,
 Angélica, en mi tierra, paladines;
 Y no es del todo báculo mi espada,
 Ni olvida la batalla en los festines:
 Tambien tienen mi sangre alborotada,
 Las sospechas del pié por los chapines;
 Y no es esto envidiar vuestros trofeos,
 Que aún caben en mi edad verdes deseos.

»Y tu motin de Francia soberano,
 Tu disension, hermosa de mi imperio,
 Puedes estar segura con tu hermano
 No yo de tu divino captiverio:»
 Y olvidando los años y lo cano,
 En quienes es el requiebro vituperio,

En lo que está diciendo á la doncella,
Se detiene por solo detenella.

Ella, con hermosura divertida,
Y con una humildad ocasionada,
En cada paso arrastra alguna vida,
En cada hebra embota alguna espada:
Si mira, cada vista es una herida,
Y cada herida muerte si es mirada:
Entró en la sala á lágrimas y ruego,
Y salió de la sala á sangre y fuego.

Uberto dijo: «En el Padron aguardo.
Con lanza en ristre de mi arnes cubierto.
Responde Ferragut: «Nunca me tardo,
Date por calavera ya, y por muerto:
Si ha de salir primero el más gallardo,
El primero seré, yo te lo advierto,
Y guárdese la suerte de burlarme,
Que abrasaré la suerte por vengarme.

Quedaron atronados de belleza.
Quedó lleno de noche oscura el día;
De esclavitud adoleció la alteza,
De yermo y soledad la compañía;
Vasalla fué de un ceño la grandeza,
Vencióla de un mirar la valentía,
Conformáronse moros y cristianos
A idolatrar la nieve de dos manos.

Naimó, aunque tenía quebrantada
Del largo paso de la edad la vida,
Sintió la sangre anciana recordada
De la ferviente juventud perdida:
Fué á requerir con la pasión la espada,
No se acordó que no la trae ceñida,
Y en el primero impulso, de travieso,
Echó menos la espada con el seso.

No bien la Reina del Catáy famosa
Había dejado el gran palacio, cuando
Malgesi, con la lengua venenosa,
Todo el inferne está claviculando

Todo demonichucho y diabliposa
 En torno de su libro está volando:
 Hasta los cachidiablos llamó a gritos,
 Con todo el arrabal de los precitos.

De ver tan prodigioso desconcierto
 En su librilla, á cántaros lloraba:
 A Carlos vió despedazado y muerto,
 La corte sola, y a París esclava.
 Fuele por los demonios descubierto
 Que la falsa doncella, que lloraba,
 Es del rey Galafron hija heredera,
 Como el padre, maldita y embustera.

Que por su gusto y su consejo viene
 A repartir cizaña en Picardía,
 Que á su hermano nombró (maldad solemne)
 Uberto de León, siendo Argalia:
 Que el padre Galafron, que tras él viene,
 Le dió el mejor caballo que tenía,
 Llamado Rabican, no por el brío,
 Mas por ser de un rubi, perro judío.

Una endrina parece con guedejas,
 Tiene por piés y manos bolatines,
 De barba de letrado las cernejas,
 De cola de canónigo las crines;
 Pico de gorrion son las orejas.
 Los relinchos se meten á clarines.
 Breve de cuello, el ojo alegre y negro,
 Más revuelto que yerno con su suegro.

Dióle un arnés forjado de manera,
 Que está más conjurado que las habas;
 Y todo por de dentro y por de fuera
 Se enlaza con demonios por aldabas;
 Y porque á todos venza en la carrera,
 Aunque se amarren al arzon con travas,
 Una lanza le dió, que cuando choca
 Derriba las montañas, si lastoca.

Galafron le envió de aquesta suerte,
 Porque en todo lugar fuese invencible,

Dióle un anillo de virtud tan fuerte,
Que le hace valiente y invisible:
A tú por tú se pone con la muerte,
Y no hay encantamento tan terrible,
Que si le ve, no haga que le sueñe,
Y que se desendiable y desendueñe
Y para que provoque la aventura,
Con él envía á Angélica su hermana,
Que ofreciendo por premio su hermosura,
La justa es cierta, la vitoria llana:
Enseñándola hechizos la asegura,
Y toda la arte mágica profana
Con órden, que en venciendo los guerreros,
Se los remita todos prisioneros.

Visto el engaño, Malgesi tenía
Urdida su venganza extrañamente;
Mas dejémosle, y vamos á Argalía,
Que ya está en el Padron junto á la fuente;
En el gran llano un pabellon se via,
Defensa á la estacion del sol ardiente;
Por defuera á la lluvias muestra ceño,
Y por de dentro primavera al sueño.

Hácese fuerte mayo en estos llanos,
Levántase el verano con la tierra:
Repártense los árboles lozanos
En copete y guedejas de la sierra;
No se vieron jamás con nieve canos,
Vejez que á los verdores hace guerra,
Y en tan bien ordenada praderia,
Siempre está mozo el año, y niño el día.

Con lágrimas sonoras Filomena,
Citara de dolor, á los sentidos
Derrama el epitafio de su pena
En traje de cancion por los oidos:
Narciso con el agua entre la arena,
A tierna flor los miembros reducidos,
Muestra el favor del cielo que recibe,
Pues con lo que murió florece, y vive.

Corvo el peral, su fruta está temiendo
Blason piramidada para el verano;
Y en su pomo el limon contrahaciendo
Los pechos virginales en el llano
Está el nogal robusto produciendo
Aradas nueces; y el granado ufano
Desabrochado, su familia tiende,
Y á la avarienta piña reprehende.

En tronco de esmeralda ramos bellos
Con fruto de oro, con la flor de plata,
Al sol el rostro á Daphne los cabellos,
Siempre verde el naranjo los retrata;
Nevados y encondidos puedes vellos,
Que la fruta y la flor al cielo ingrata
Es á su juventud flagrante nieve,
En que Favonio sus perfumes bebe.

Aquí la vid al olmo agradecido
Celosa esconde en pámpanos y lazos,
Y el tronco ya galan, y ya marido,
Con las hojas requiebra sus abrazos:
De su corteza amor está vestido,
Los sarmientos dan flechas á sus brazos,
Y los racimos llenos y pendientes,
Dan á la sed desprecio de las fuentes.

En pié se alza en medio de los llanos,
Grande jayan de bronce bedejudo,
De espigas coronado, en cuyas manos
Se muestra corvo arado cortezudo:
El semicapro Pan entre villanos,
Le nombra religioso pueblo rudo,
De cuya boca negra se deriva
Un arroyuelo de agua por saliva.

Desciende por el pecho murmurando
Lengua de plata artificiosamente,
Y las duras vedijas remojando
Desperdicia en aljófara el corriente:
Llega á los piés de cabra resbalando,
Con ronco son de citara doliente,

Y líquido pintor de blanca plata,
En los piés la cabeza le retrata.

Razona el agua entre las guijas bellas,
Con céfiro conservan ramos bellos,
Cantan los pajarillos sus querellas,
Las hojas callan cuando cantan ellos;
Ellos y el agua cuando cantan ellas;
Y el pajarero parece al respondellos
Músico, que fiado en su garganta,
Con tres diversos instrumentos canta.

Con atrevida espalda un monte suena
Herido de las ondas, y fiado
En la ley, que está escrita con arena,
Canas iras desprecia al mar turbado:
Al nacimiento de alta y fértil vena,
Dura cuna le dá por el un lado,
Tan vecino del mar, que un propio acento,
Llora su muerte y ríe su nacimiento.

A la tumba sonora de los ríos,
Líquido monumento de las fuentes,
Lleva con ronco son sus vados fríos,
Y agonizando en perlas sus corrientes:
Descanso de la sed de los estíos,
Que descienden con polvo las crecientes,
Donde por atender á su lamento,
Le hizo orilla grande alojamiento.

Magnífico domina la llanura,
Arbitro de los mares y la tierra,
Y con más fortaleza que hermosura,
Menos previene el ocio que la guerra:
Docta igualmente y rica arquitectura
Le corona de almenas y le cierra;
Con él descuida todo el valle el sueño,
Sin recatar de algún collado el ceño.

Es crédito común, que dentro habita
De este palacio, ó fuente, ó monumento,
La mente de Merlin, á quien prescrita
Cárcel, fabrica eterno encantamento:

Para quien la pregunta resucita,
Y vive en las cenizas un acento,
Que siendo lengua del sepulcro obscuro
Pronuncia las perezas del futuro.

Tal es el sitio, tal la gran llanura
Donde su pabellon puso Argalia,
Y tanta de sú bosque la espesura
Que el sol distila en él pálido el día;
Descolorido con la sombra obscura
Escasas señas ve de luna fría,
Parece lo demás que el campo cierra,
Parte del cielo, que cayó en la tierra.

Angélica enseñaba a ser hermosas
A las plantas más raras y más bellas,
Dé sus ojos las flores y las rosas
Aprenden en el suelo á ser estrellas;
Y con las trenzas de oro victoriosas
Que libró Jove, no se atreve á vellas,
El sol esfuerza el tiro de su coche,
Y se puebla de sol la propia noche.

Al sueño blando se entregó Argalia,
Durmiendo estaba Angélica en el prado,
A hurto de sus ojos, campa el día,
Que abiertos le tuvieron congojado;
Los gigantes la guardan á porfía
Que los tiene la justa con cuidado:
Arden amantes, peñas y corrientes,
Y son requiebros de cristal las fuentes.

Tiene en el dedo el encantado anillo,
Donde ligado está todo planeta,
Cuándo con su nefando cuadernillo,
Sobre un demonio vayo á la jineta,
Con las crines de cabo de cuchillo,
Malguesi con barbaza de cometa
Apareció, mirando desde el viento
Al sol dormido, al fuego soñoliento.

Vió sobre un tronco á Angélica dormida,
Y que en su guarda están cuatro gigantes,

Y dijoles: canalla malnacida,
 Vosotros morireis como vergantes;
 Y esta embustera de la humana vida,
 Cárcel, delito y juez de los amantes,
 Acabará en los filos de esta espada
 El intento fatal de su jornada.

Dijo, y entre pentágonos y cercos
 Murmuró invocaciones y conjuros,
 Con la misma tonada que los puercos
 Sofaldan cieno en muladares duros:
 A los demogorgones y á los guercos
 De los retiramientos más oscuros
 Trujo, para que el sueño le socorra,
 Y á los cuatro gigantes dé modorra.

El hermanillo de la muerte luego
 Se apoderó de todos sus sentidos
 Y soñoliento y plácido sosiego
 Los dejó sepultados y tendidos:
 No de otra suerte el embustero griego,
 A poder de los brindis repetidos,
 Acostó la estatura del ciclope
 En las estratajemas del arroje.

Vase para triunfar de sus despojos
 Malgesi con la espada á la doncella,
 Mas en llegando á tiro de sus ojos,
 Se le cae de la mano y se le mella:
 En suspiros se vuelven los enojos,
 Todo su encanto se aturdió con vella,
 Con su hermosura enamorado habla,
 Y al fin no sabe ya lo que se diabla.

Encantados se quedan los encantos,
 Hechizados se quedan los hechizos;
 Son los tesoros que contempla tantos,
 Como las minas crespas de sus rizos:
 Están unos sobre otros los espantos,
 Y los rayos del sol parecen tizos,
 Los demonios se daban á sí mismos,
 Viendo de la belleza los abismos,

Ni alzar los ojos, ni bajar la espada,
En éxtasi de amor Malgesi pudo;
La lengua á su pasion tiene amarrada,
Más parece que está muerto, que mudo:
Prueba á dejarla en sueños encantada;
Mas el anillo le sirvió de escudo;
Revocóle el infierno los poderes,
Y todo se encendió de arremeteres.

La espada arroja en tierra por cobarde,
Por inútil con ella el libro arroja;
Viendo que no hay gigante que la guarde,
El no embestir con ella le congoja:
Y porque el luego le parece tarde,
Del manto que le cubre se despoja,
Y sediento de estrellas y de luces,
Se arrojó sobre Angélica de bruces.

Engarrafóse de ella, que del sueño
Despierta con el golpe dando voces;
Argalia á los gritos con un leño
Salió, y á Malgesi machacó á coces:
Ella le araña, y él la llama dueño;
Mas andan los trancazos tan atroces,
Y le muelen el bulto de manera
Que le vuelven los huesos en cibera.

Luégo que le vió Angélica en el llano
Despatarrado, conoció quién era;
Este es el nigromante y el tirano
Malgesi, dijo, no es razon que muera:
Sino que atado por mi propia mano,
Por la mejor hazaña, y la primera,
A poder de mi padre vaya preso,
Donde le quemarán hueso por hueso.

Para poder echarle las prisiones,
A los gigantes por sus nombres llama,
Mas ellos á manera de lirones,
Roncando están tendidos en la grama;
Tanta fuerza tuvieron las razones,
Tal sueño por sus miembros se derrama,

Que viendo como están vivos, apenas
Los dos le devanaron en cadenas.

Liado está de pies y colodrillo,
Sin poder rebullirse ni quejarse:
Al pié de un robré columbró el cuchillo,
Angélica tomóle por vengarse;
Y viendo al otro lado el cuadernillo
(En que sólo pudiera restaurarse),
Le tomó, y en abriéndole, al momento
Se granizó de diablos todo el viento.

En demonios la tierra se escondia,
El propio mar en diablos se anegaba;
Y demonios á cántaros llovía,
Y demonios el aire resollaba:
Uno brama, otro chilla y otro pia,
Y en medio del rumor que se mezclaba,
Dijo una voz que andaba entre los ramos:
«A tu obediencia cuantos ves estamos.

«Escoge, pues que puedes, como en peras
Diablos, y manda.—Lo que mando y quiero
(Respondió con palabras muy severas)
Es que con vuelo altísimo y ligero,
Y en volandas, cortando las esferas,
Lleveis este nefando prisionero,
Y por más que afligido gruña y ladre,
Se le entregueis á Galafron mi padre.

—Llevaremosle así como lo mandas,
Un diablísimo dijo, en dos vaivenes,
Y como tú lo ordenas, en volandas,
Para el fin y el efecto que previenes:
Colas y garras han de ser sus andas,
Perdona, que no va en dos santiamentes,
Porque como son cabos de oraciones,
No admiten semejantes postillones.

En este encantador, diréis, le envío
Juntos los embelecos de la corte;
Que preso el endiablado mago impio,
No hay espada, ni fuerza que me importe:

Que en el anillo que me dió confío,
 Y en mi hermano y su lanza, que es mi norte,
 Que todos Doce Pares he de atarlos
 Y á cargas remitírselos con Carlos.»

Dijo: y dando crujidos, al instante,
 Malgesi por el aire desaparece:
 Llegó al Catay, y viéndole delante
 Galafron, le recibe y agradece:
 Con el librillo Angélica al gigante,
 Que más dormido está, desadormece;
 Ya deshecho el encanto, ya despiertos,
 Se desperezan con los cuellos tuertos.

CANTO SEGUNDO.

Sobre el echar las suertes en palacio,
 Andan los paladines á la morra;
 En células se gasta un cartapacio
 Con los nombres, y dentro de una gorra
 Se mezclan; y en un cofre de topacio,
 Que bien labrada plancha de oro aforra,
 Los derramó, revueltos con su mano
 La excelsa magestad de Carlo-Mano.

Añusga Ferragut, atisba Orlando;
 Estáse haciendo trizas Oliveros;
 Montesinos se está desgañitando,
 Y todos juntos quieren ser primeros:
 A la fortuna están amenazando,
 Si los saca segundos ó terceros,
 Cuando un niño inocente de mantillas,
 A sacar empezó las cedulillas.

El primer nombre que el muchacho aferra,
 Astolfo fué, el inglés magro y enjuto:
 «Yo soy Astolfo, y soy de Inglaterra»,
 Dijo dándose al diablo Ferraguto:

«Miente la cedulilla si lo yerra,
 Este muchacho es hijo de algun puto.
 Que yo he de ser Astolfo en todo el mundo,
 Mas el muchacho le sacó el segundo.

»Ser él primero, y yo segundo ha sido,
 Dijo, ser yo primero: que el cuitado
 Es un cabillo de hombre bien vestido,
 Y es un chisgarabis pintiparado,
 Perfeto embestidor, nunca embestido,
 Grande persona de pedir prestado,
 Y en llegando dará de colodrillo,
 Porque no es el justar ser maridillo.»

Tercero fué Reinaldo el mendicante;
 El cuarto fué Dudon, noble guerrero;
 Tras él Brandonio, desigual gigante
 A quien siguen Othon y Berlingiero:
 Luégo el invicto emperador triunfante;
 Despues de treinta Orlando fué postrero;
 El cual de rabia de tan mal despacho,
 Quiso comerse el cofre y el muchacho.

Ya el madrugon del cielo amodorrado
 Daba en el Occidente cabezadas,
 Y pide el tocador medio dormido
 A Thetis, un jergon y dos frazadas:
 El mundo está mandinga anochecido,
 De medio ojo las cumbres atapadas:
 Cuando acabaron de sacar las suertes,
 Los paladines regoldando muertes.

Era Astolfo soror por lo monjoso,,
 Poco jayan y mucho tique mique,
 Y más cotorrerito que hazañoso:
 Con ménos de varon que de alfeñique:
 Vistióse blanco arnés, fuerte y precioso,
 Que no habrá cañaheja que le achique,
 Por ser el pobrecito tan delgado
 Que parecia un alfiler armado.

En las nalgas llevaba por empresa
 Una muerte pintada en campo rojo:

El mote, su mortal cerote expresa,
 Y dice así: «La muerte llevo al ojo.»
 En el yelmo, que cuatro libras pesa,
 Lleva en vez de penacho un trampantojo,
 Un basilisco, un médico y un trueno,
 Como quien dice: Aténgome á Galeno.

Y como si supiera gobernallos
 U tenerse en alguna de las sillas,
 Siempre tuvo la flor de los caballos
 Que Betis apacienta en sus orillas;
 Y ni sabe correllos ni parallos,
 Agora juegue cañas ó canillas,
 Al fin con voz de títere indispueta,
 El caballo mejor que tiene apresta.

Era morcillo, que á la vista ofrece
 Con lumbré de los ojos noche negra,
 Que igualmente le adorna y lobreguece,
 Cuyos relinchos son truenos en Flegra;
 Blanca estrella la frente le amanece,
 Que torvas iras de su ceño alegra,
 Prolija crin y ondosa, de tal arte,
 Que la introduce el viento en estandarte.

Anhela fuego, cuando nieve vierte
 En copos de la espuma, y generoso
 Solicita los plazos de la muerte,
 Igualmente galan y belicoso;
 Tan recio sienta en pié, hierre tan fuerte
 El campo, que parece que animoso
 Rubrica en las arenas el castigo,
 O que cava el sepulcro al enemigo.

Como en torre muy alta y descollada
 Se columbra un cernicalo y un tordo,
 O sobre alto cipres la cogujada,
 O lobanillo en cholla de hombre gordo:
 Así se divisaba la nonada,
 Bazucada en los troncos del bohordo;
 Corre el caballo, el garabis se enrosca,
 Y parece que corre con la mosca.

Triste se parte el justador mezquino,
 Si bien la mancebita le provoca,
 Y en su copete el colcos vellocino,
 Pues atropella al sol, si con él ehoca.
 Por otra parte en el Padron del Pino
 La calavera de Meriin le coca,
 En cruces va su cuerpo devanando,
 Y tales cosas entre si pensando.

Yo soy tamarizquito y hombre astilla,
 Valdréme contra Uberto de la Chanza,
 Y entre los dos arzones de la silla,
 No ha de saber hallarme su pujanza;
 Sin duda ha de causarme maravilla
 El ver sólo el caballo con la lanza,
 Y ha de pensar de cosa tan extraña,
 Que es un caballo pescador de caña.

Yo en tanto que se admira, presuroso
 Daré con él en tierra en un instante;
 La mozuela verá mi rostro hermoso
 Y me querrá por dueño y por amante;
 De cualquier suerte yo seré dichoso,
 Solamente poniéndome delante;
 Del encuentro no tengo que guardarme,
 Pues hará más en verme que en matarme.

De monte en monte va, de llano en llano,
 En estos pensamientos divertido,
 Deja la sierra á la siniestra mano,
 Y sigue el bosque en robles escondido:
 Maligna luz del astro soberano
 Mas espanta que alumbra, y el ruido
 Que confunde en rumor el horizonte,
 Con los cristales que despeña un monte.

Cansadas de caminos retorcidos
 Del río sonoro las corrientes
 En pacíficos lagos extendidos
 Descansan las jornadas de sus fuentes;
 Coronados están como ceñidos
 De sauces y de hayas eminentes:

Tienen por baño y por espejo el lago,
La luna errante, el sol errante y vago,

Nada enjuta la luz del firmamento,
El ocioso cristal de la laguna
Arde en trémulo y vario movimiento,
Y en el fondo se ve más oportuna:
Riza espumoso el lago fresco viento
Que en los golfos pudiera ser fortuna:
Tambien las ondas, y en doblez de plata,
La luna ya se encoge y se dilata.

Mas él, que fia en sola su hermosura,
Y antes quiere afilarla que la espada,
Se paró para verse la figura
Y si va la guedeja bien rizada;
Mas no lo consintió la noche oscura,
Y así con presuncion desconsolada
Prosiguió en los golpes y los trotes,
Amoldándose á tiento los bigotes.

Ya las chafarrinadas de la aurora
Burrajeaban nubes y collados,
Y el platero del mundo, que le dora,
Asomaba buriles esmáltados;
Cuando Astolfo, que todo lo enamora,
Llegó al Padron, y puestos señalados:
Los gigantes que vieron que venia,
A cornadas llamaron á Argalía.

Sale, y por verle cierra los dos ojos,
Puesto encima la mano en tejadillo,
Como quien mira moscas ó gorgojos,
U desde lejos encaracha ó grillo;
Y valiéndose al fin de los antojos
De un cascabel, armado vió un bultillo;
Enfadose de velle, y á encontrallo,
A media rienda enderezó el caballo.

Astolfo hecho invisible se dispara,
Mas diciendo: «Ox aquí», de un garrotazo
Despatarrado en tierra dió de cara
Con él, que á toda Francia segó el brazo:

Los gigantes, que ven que no declara
Si vive, ni con pierna ni con brazo,
Para cogerle andaban por los llanos,
Como quien busca pulga con las manos.

Llevaronle a la tienda de Argalia,
Donde en prision Angélica le encaja;
Miraba sus lindezas y decía:

«De qué puede servir lindo en migaja?
Pizca y hermoso, es todo frusleria;
Mi fuego no se atiza bien con paja»:
Cuando Ferragut oyó en el cuerno
Todas las carrasperas del infierno.

Espeluznóse el monte encina á encina,
El sol dicen que dio diente con diente,
Y al duro retumbar de la bocina,
Angélica las manos en la frente,
Apuntalo la máquina divina;
Demudóse el gigante más valiente;
Afirmóse Argalia en los estribos,
Y apercibió los trastos vengativos.

Cuando sobre un caballo más manchado
Qué biznieto de moros y judíos,
Rucio, á quien no consienten ser rodado
Los brazos de su dueño, ni sus brios,
Se mostró Ferragut, escollo armado,
Bufando en torbellinos desafíos,
Y con ladrido de mastín prolijo,
Estas palabras renegando dijo:

«Daca tu hermana ú daca la asadura,
Escoge el que más quieras de estos dacas:
Tu cuñado he de ser ú sepultura,
Y los gigantes he de hacer piltracas.»
Uberto respondió: Mi lanza dura
Castigará tus brutas alharacas;
Pues bien te puedes dar por alma en pena,
Replicó Ferragut, y alzó una entena.

Muy poco es lo de un toro contra un toro
Para comparacion de aquesta guerra;

Mas no bien le tocó la lanza de oro
 A Ferragut, cuando cayó por tierra;
 No le quitó la fuerza su decoro,
 Sino el encanto que la lanza cierra;
 Cual pelota de viento dió caída,
 Para saltar con fuerza más crecida.

Un salto dió que vió la coronilla
 Del promontorio del mayor gigante,
 Y desnudas diez varas de cuchilla,
 Para Argalia parte fulminante;
 El cual, viendo su cólera amarilla.
 Le dijo: «Diablo ú caballero andante,
 Segun capituló Carlos severo,

Pues que caiste, quedas prisionero

—¿Qué es prisionero, picaño alcahuete?
 Carlo-Magno es mi mano y hojarasca,
 Cumple el emperador lo que promete,
 Y tú preven tu vida á mi borrasca,»
 Y a los cuatro gigantes arremete
 Como á las caperuzas de Tarasca,
 Diciendo: «Malandrines y protervos,
 Yo os haré albondiguillas de los cuervos.»

Mas los gigantes dieron tal aullido
 Viéndose condenar á albondiguillas
 Que dejaron el campo ensordecido,
 Alzando mazas, troncos y cuchillas,
 Angélica el abril descolorido
 Y palido el jardin de sus mejillas
 Dice: «¿Cómo ha de atarse de algun modo,
 Este que es diablo desatado en todo?»

Argesto, el más robusto y más membrudo,
 El primero le embiste denodado;
 Luego Lampordo, gigantón belludo,
 Todo de cerdas negras afelpado;
 Despues Urgano, el narigon tetudo,
 El último Turlon desmesurado,
 Más grueso y abultado que un coloso,
 Y mas largo que paga de tramposo.

Lampordo le arrojó primero un dardo,
 Y á no ser encantado Ferraguto,
 Le saca el unto, y le derrama el caldo;
 Mas él, que es tan valiente como astuto,
 Tal brinco dió, con ánimo gallardo
 Y tal reves en el gigante bruto,
 Que le achicó dejándole en el llano,
 Sin piernas, de gigante, medio enano.

Sin parar ni decir oste ni moste,
 Tal cuchillada dió en la panza á Urgano,
 Que aunque la reparó con todo un poste,
 Todo el mondongo le vertió en el llano;
 No hay lobo que en la carne se regoste
 De las ovejas que perdió el villano.
 Cómo el sangriento Ferragut se hincha
 En los gigantes, que descose y trincha.

Mas en tanto que á Urgano despachurra,
 Con un nogal entero enarbolado,
 Lampordo sobre el yelmo le dá zurra
 Tal, que á no ser de cascos encantado,
 Allí le desmenuza y le chuchurra;
 Saltó el yelmo dos leguas destrizado,
 Quedó con la cabeza descubierta,
 Y un bosque apareció de greña yerta.

La boca como olla que se sale
 Hirviendo, espumas derramó rabiosas,
 Y como el rayo de la nube sale
 En culebras de fuego sinuosas;
 Embiste fiero con Lampordo, y dale
 Por medio de las sienés espaciasas
 Tal golpe, que partiéndole la jeta,
 Quedó el medio testúz hecho naveta.

Turlon, que ve los suyos en carnaza
 Hechos tantos, fiado en ser forzudo,
 Por las espaldas á traicion le abraza.
 Mas Ferragut, que siente fuerte el ñudo
 Su cuerpo de un tiron desembaraza;
 Saca baston errado el monstruo crudo,

Y le enarbola en ángulo mazada,
Mas Ferragut le opone recta espada.

Turlon, que sabe poco de destreza,
Con descomunal golpe se avalanza
A romperle la espada y la cabeza;
Mas Ferragut, que en sueños vió á Carranza,
La espada le libró con ligereza
Y los perfiles de un compas le avanza,
Dándole una estocada por los pechos,
Que los livianos le dejó deshechos.

Si tienes más gigantes (le decia)
Vengan ú resucita, infame, aquestos,
Volverlos há á matar mi valentía,
Que mis brazos á más están dispuestos.
Contra toda razon, dijo Argalia,
Quebrantas los capítulos honestos;
Date á prision, pues el concierto ha sido
Que quede prisionero el que ha caido.

¿Qué prision, qué concierto, ni qué nada?

Replicó Ferragut con voz de gallo;
Cúmplalo Carlo-Magno si le agrada,
Que yo sólo del cielo soy vasallo.
Astolfo, á quien la grito alborotada
Pudo del sueño en su razon tornallo,
Por ver si puede componerlos sale,
Mas poco en esto, como en todo, vele.

Dame (le dijo Ferragut) tu hermana,
Que la quiero sorber con miraduras,
Y ha de ser mi mujer, ú esta mañana
Te desabrocharé las coyunturas:
No me gastes arenga cortesana,
Ni me hagas medallas y figuras;
Tu muerte en mis palabras te lo avisa,
No quiero dote, dácala en camisa.

Argalia que ve que le desprecia
Y que su honor y su razon ofende,
Que le pide la cosa que más precia,
Que mónstruo del templo del amor pretende,

Con cuerpo formidable y alma necia,
 En tal coraje el corazon enciende,
 Que olvidan lo la lanza de mohino,
 Junto al Padron se la dejó en el Pino.

Y viendo su cabeza desarmada,
 Le dijo: «Toma un yelmo, que no quiero
 Ni he menester llevar ventaja en nada,
 Que sé guardar la ley de caballero;
 A casco raso aguardaré tu espada,
 Dijo el descomunal aventurero:
 No quiero yelmo, casco ni casquillo,
 Por yelmo traigo yo mi colodrillo.

»Si tuviera lugar me chamorrara
 Este pelo que traigo jazerino,
 Y si fuera posible, me calvara
 Y te aguarlara como perro chino.
 Yelmo me ofreces? Mirame á la cara,
 Caballerito del Padron del Pino,
 Que imagino tan muelle tu braveza,
 Que aún estoy por quitarme la cabeza.»

Y diciendo y haciendo, y en volandas,
 Salta sobre el caballo, y arremete
 Con acciones furiosas y nefandas,
 Y como espiritado matasiete:

«Yo quiero concederme mis demandas,
 Remítome á mi puño y mi cachete!
 Tu hermana, á quien yo miro y que me mira,
 Enciende los volcanes de mi ira.»

Ni demonios que van con espigones
 Huyendo de reliquias conjurados,
 Ni en la sopa revueltos los bribones,
 Ni cañones de bronce disparados,
 Ni pleito en procesion por los pendones,
 Ni pelamesa de los mal casaños,
 Ni gallegos en bulla, ni calderas
 En choque de basares y espeteras;

Se pueden comparar con el estruendo
 Que resonó del choque y cuchilladas,

Con que los dos se estaban deshaciendo
 A puro torniscon de las espadas;
 Las armas con el sol están ardiendo,
 Y arrojando centellas fulminadas.
 A poder de los tajos y reveses,
 En fraguas se volvieron los arneses.

Se majan, se machucan, se martillan,
 Se acriban, y se pünzan y se sajan,
 Se desmigajan, muelen y acrebillan,
 Se despizcan, se hunden y se rajan,
 Se carduzan, se abruñan y se trillan,
 Se hienden y se parten, y desgajan:
 Tan cabal, y tan justamente obran,
 Que las mismas heridas que dan cobran.

Nube de polvo los esconde ciega,
 Que, acortando nublosa el sol y el dia,
 Hace crecer el suelo con la brega,
 Que ardor de los caballos esparcia,
 Cólera los ahoga, y los anega.
 Sudor humoso, blanca espuma fria;
 Son, ardiendo en los golpes de su mano,
 Dos Etnas que martillan dos Vulcanos.

Argalia le asienta en la mollera
 Golpe descomunál: pero la espada
 Del pelo resurtió como pudiera
 Resurtir de una peña adiamantada:
 Vióla sin sangre, y vió la cabellera,
 No sólo sana, sino mas rizada,
 Y dijo con espanto, alzando el hierro:
 «Este por coronilla trae un cerro.»

Cuando con las dos manos levantado
 Sobre los dos estribos Ferraguto,
 Para acabar de un lance lo empezadó,
 Con intento dañado y resolutó,
 Sobre el yelmo descarga tal nublado,
 Que Angélica previno llanto y luto;
 Mas viendo que no deja en él rasguño,
 Un gesto hizo al sol, al cielo un zuño.

Apártase Argalía con espanto,
 Y Ferragut, confuso en su fiereza,
 Dijo Argalía. «Si es de cal y canto
 Tu greña, hago saber á tu braveza,
 Que estas armas que ves templó el encanto:
 —Tambien templó mi cuerpo y mi cabeza»,
 Respondió Ferragut, «y sólo un lado
 Encomendó el encanto á mi cuidado.

«Tu hermana me darás, y sahumada,
 Por si el temor ha hecho de las tuyas.
 Que no respeta encantos esta espada,
 Ni te valdrá que charles ni que huyas.»
 «Dártela (dijo) por mujer me agrada,
 Mas debes conocer que han de ser tuyas
 Estas resoluciones: si ella gusta,
 Por mí tu boda acabará la justa.

—Pues ve respailando, y á tu hermana
 Dirás que yo la quiero por esposa,
 Y que tengo razón y tengo gana,
 Y dirás que tambien tengo otra cosa.»
 Argalía, con maña cortesana,
 Dice al pagano: «Mientras voy, reposa,
 Que presto volveré con la respuesta»,
 Y partió como jara de ballesta.

En un daca las pajas á la tienda
 Llegó, dijo á su hermana lo que pasa;
 Ella que ve la catadura horrenda
 De aquel vestiglo, testa de argamasa;
 La figura rabiosa y estupenda;
 Un demonio con gestos de ganasa,
 Que la dan por marido un cuerpo broma,
 Anima zancarron por lo Mahoma.

Hilo á hilo con llanto costurero,
 Lloraba maldiciéndose, y decía:
 «Cómo siendo mi hermano, y caballero,
 Siendo Angélica yo, siendo Argalía,
 Una fantasma fondos en tintero,
 Por marido me ofreces este dia,

Un hombre tentacion, carantamaula,
Que no puede enseñarse sino en jaula?
No ves aquellas manos, cuyos dedos,
Manojos son de abutagados sapos?
Aquellos ojos enguizgando niegos?
Los miembros ganapanes y guiñapos?
Blancos los labios son, negros y acedos;
Los dientes entoldados con harapos
De pan mascado, y la color, que espanta,
Con sombras de Estantigua y Marimanta.

Este habia de emboscar en mis cabellos
El jabalí, que miras herizado?
Este con sus ronquidos y resuellos
Mi sueño bramará puesto á mi lado?
Han de pringarse aquestos brazos bellos
En la cochambre de este endemoniado?
Esta postema de soberbia y saña,
En mí descansará su guadramaña?

Antes con alto rayo sacudido
De la diestra de Júpiter Tonante,
En las voraces llamas encendido,
Caiga el cuerpo en incendios relumbrante:
Y el espíritu eterno desceñido,
Descienda puro y cástamente amante:
Descienda, y enemigo siempre á Febo
Palpe las sombras del noturno Herebo.

Las sombras palpe, pues arder clavado
Constelacion amante no merece,
Ni ser familia al sol, que el estrellado
Pueblo con hacha espléndida enriquece.
Solamente me niega mi cuidado
La muerte, que mi pena le merece,
Porque pueda mejor sentir mi suerte,
Mas en tanto dolor no falta muerte.

No falta muerte, no, que esta ventura
Tengo, y en esta fé de morir vivo;
¡Oh, qué recibimiento, muerte dura,
Si vienes, presurosa te apercibo!

Vén, cerrarás en honda sepultura
 El fuego más discreto y más altivo
 Que ardió humanas médulas: vén y ciera
 Mucho imperio de amor en poca tierra.

Cúbrame poca tierra, si espiráre,
 Pues me será más leve si muriere,
 La que de esta desdicha me apartáre
 Que la que en esta arena me cubriere;
 Tú, cielo, contarás al que pasáre
 El grave caso que tus astros hiere;
 Oblígueos el dolor en que me hallo,
 A tí á decillo, al huésped á llorallo.

La risa de la aurora en sus dos ojos,
 En más preciosas perlas era llanto:
 Mas sintiendo Argalía sus enojos,
 Y viendo su dolor, la dijo: «En tanto
 Que yo viere del sol los rayos rojos,
 No temas fuerza, ni poder de encanto:
 Yo moriré, yo, Angélica primero
 Que el oro de tus trenzas dé á su acero.»

Restituyóse al alma la afligida
 Doncella, y dijo: «Lo que puede el arte
 Disponer con prudencia prevenida,
 No es bien dejarlo al impetu de Marte:
 Si mueres, qué más muerte que mi vida,
 Sola, y mujer, y en tan remota parte?
 Mejor es defenderos con la maña
 Que con promesas de dudosa hazaña.»

«Vuelve y dirás al bárbaro tirano,
 Que ántes quiero la muerte que admitillo:
 Yo, en tanto que combates al pagano,
 En su furor, usando de mi anillo,
 Me desapareceré dejando el llano:
 De Malgesi me llevo el cuadernillo,
 Y á la selva de Ardeña conducidla,
 Aguardaré segura tu venida.

«Presto podrás perlerle de su vista,
 Si al caballo que riges le das rienda;

Irémos al Cátay, adonde alista
 Sus gentes nuestro padre, porque entienda
 Cuanta dificultad en su conquista
 Pone esta casta cantumaz y horrenda:»
 Dijo, y viendo la traza bien dispuesta,
 Argalia volvió con la respuesta.

Llega y daca tu hermana lo primero,
 Le dijo Ferragut, todo casado;
 No quiere, respondió, pues ya la quiero,
 Que ya la tengo un hijo aparejado:
 En cuanto dices mientes todo entero,
 Tú serás muerto, y yo seré cuñado;
 Su marido he de ser, quiera ó no quiera,
 Y su dote será tú calavera.»

Tal tirria le tomó, que se abalanza
 Para despedazarle á toda furia;
 Argalia se opone á su pujanza,
 Por defenderse, y por vengar su injuria.
 Angélica, se vale de su chanza
 Dejando á buena noches su lujuria,
 Vuélvele las espaldas Argalia,
 Y volando le deja y se desvia.

Si huyes, gozaré de la chicota.
 Ferragut dijo, y al volver la cara,
 No vió de ella ni rastro ni chichota,
 Que va embolsada en una nube clara:
 Hornos ardientes por los ojos brota,
 Furioso a todas partes se dispara,
 Brama, gime, rechina, ladra, aulla,
 Y en estallidos su congoja arrulla.

«Si al cielo con Mahoma te has subido,
 Dijo, yo bajaré á la tierra el cielo;
 Si acaso en los infiernos te has sumido,
 No se le cubrirá al infierno pelo:
 Si en el profundo mar te has zambullido,
 ¿Con el fuego que exhalo enjugarelo.
 Si los diablos te llevan en cadena,
 Tras ellos andaré, marido en pena.

Marido en pena y boda perdurable,
 Te seguiré sin admitir reposo,
 Hasta que tu persona desendiable
 Berriondo los ímpetus de esposo:
 Si en la guerra parezco formidable,
 Debajo de las mantas soy donoso;
 Si vas volando por los campos verdes,
 Buenos diez pares de preñados pierdes.

Tales cosas, corriendo por los cerros,
 Iba gritando, y de uno en otro prado:
 Tras él en varias tropas corren perros,
 Iba de todas suertes emperrado;
 Y con son de pandorga de cencerros,
 Bate al caballo el uno y otro lado,
 Le pica y le atolondra á mojicones,
 Y el pescuezo le masca á mordiscones.

Montes, por donde corre ese alcahuete,
 Dijo (que no es posible son hermanos)
 Sed coraza á su testa y su copete,
 Y á los pies de ella os extended en llanos:
 Ninguna seña de ellos me promete
 La tierra, ni los cielos soberanos,
 Pues no puede alcanzarle en este lance,
 Mi maldicion y la de Dios le ancance.

Déjame en paz y métesme la guerra
 Dentro del corazon con sus tramoyas;
 Ningun paso que das el golpe yerra
 En mis entrañas nuevamente Troyas;
 Pues los engaños de Sinon encierra,
 Como el Paladion, tu rostro en joyas;
 Tras tí revolveré con fe prolija
 El mundo polvo á polvo, y guija á guija.

Y allá van con los diablos sin camino,
 Y pues él va dejado de la mano
 De Dios, siga su loco desatino,
 Y volvamos á Astolfo, que en el llano,
 Viéndose solo en el Padron del Pino,
 Arrastrando á manera de gusano,

saca el hocico y todo el campo espía:
Ni á Ferragut atisba, ni á Argalia.

Hállase solo y sale como zorra,
Que hambrienta á husmo de los grillos anda;
Aquí tuerce la oreja, allí la morra,
Por si rumor alguno se desmanda.
Mas viendo su persona libre, y horra
De prision y batalla tan nefanda,
Su yelmo enlaza, saca de la estala
Su caballo, y le ensilla y le regala.

Y viendo acaso que la lanza de oro
De cierto al Pino se quedó arrimada,
Sin saber el encanto, por decoro,
Por compañera se la dá á su esposa:
Mirala, y dice: «Aquí llevo un tesoro,
De molde me vendrá para empeñada;
No la pienso probar en los guerreros,
Antes pienso romperla en los plateros.»

Monta á caballo, mas tan poco monta,
Que le tiene el caballo y no le siente,
Y con temor del bosque se reinonta
Por la campaña á paso diligente.
Lo que ha pasado y lo que vió le atonta,
Cuando al pasar los vados de un corriente,
Un caballero armado se aparece,
Que todo le espeluzna y le estremece.

Era el señor de Montalban Reinaldo,
Que, como era tercero á Ferraguto,
Tras él desde París sudando caldo,
Se vino con intento disoluto.
Que amor no estudia á Bartulo ni á Baldo,
Por ser monarca eterno y absoluto,
Ni escucha textos, ni obedece leyes,
Ni respeta las almas de los reyes.

A Astolfo reconoce en la estatura,
De Ferragut pregunta los sucesos;
Cuéntale del pagano la aventura,
Y el molimiento de sus pobres huesos,

Como Angélica puso su hermosura
 En cobro, y que, temiendo los excesos
 De Ferragut, huyendo va Argalía,
 Y Ferragut siguiéndole á porfia.

Oyele, y sin hacer de Astolfo caso,
 Ni responder, la rienda dió á Bayardo.
 Diciendo: «Para el fuego en que me abraso
 Poco es correr, pues áun volando tardo.
 Matalote juzgara yo á Pegaso
 Para seguir al justador gallardo;
 Si yo la alcanzo al paso que la sigo,
 A Montalvan la llevaré conmigo.»

Como con la nariz bebe el sabueso
 Aliento de las huellas del venado,
 Y desvolviendo el monte más espeso,
 Las matas solícita, y el sembrado:
 Así Reinaldo, con mirar travieso,
 Registra el campo de uno y otro lado.
 Angélica sospecha que es cualquiera
 Engañoso rumor de la ribera.

Ya llamado de sombra, que está lejos,
 Se precipita con ardientes sañas;
 Déjase persuadir de los reflejos
 Del sol, porque retratan sus pestañas,
 La desesperacion le dá consejos,
 Examina lo opaco á las montañas;
 No hay tronco ni caverna que no inquiera,
 Y entre fieras la busca como fiera.

Dejémosle siguiendo su deseo
 Y volvamos á Astolfo, que camina,
 Y que á París (aunque por gran rodeo)
 Hecho un títere armado se avecina,
 En la ciudad entró con el trofeo
 De la lanza de oro peregrina,
 Encontró con Orlando, que á la puerta
 Guarda del suceso nueva cierta.

Contó como Argalía y la doncella,
 Sin saber dónde y cómo, van huyendo,

Y cómo Ferraguto va tras ella!
 Y que á los tres Reinaldos va siguiendo.
 Maldice rayo á rayo, estrella á estrella,
 Al sol y al cielo, con suspiro horrendo,
 Orlando, y dijo en cólera encendido:
 «¿Dónde estoy yo, si Angélica se ha ido?»

Quitáteme muñeco de delante,
 Que te haré baturrillo de un cachete:
 El malhadado caballero andante,
 Sin replicar partió como un cohete.
 A Durindana empuña fulminante,
 Y con el viento liquido arremete,
 Diciendo: «Si yo gozo tus despojos,
 Por Durindana ceñiré tus ojos.»

Cayó muda la noche sobre el suelo,
 Sobrada de ojos y de lenguas falta:
 Sin voz estaba el mar, sin voz el cielo,
 La luna con azules ruedas alta,
 Hierde con mustio rayo el negro velo,
 Maligna luz que la campaña esmalta;
 Yace dormido entre la hierba el viento,
 Preso con grillos de ocio soñoliento.

Cuando para aguardar á que se ria
 De sus locuras ó con él la aurora,
 Con su cuidado por dormir porfia,
 Mas no se lo consiente el bien que adora:
 El seso, desde Angélica á Argalía,
 Desconcertado, no reposa un hora:
 Porque en ansias y penas semejantes,
 No sabe el sueño hallar ojos amantes.

Más lucha que descansa con el lecho,
 Vuélvele duro campo de batalla;
 Con el desvelo ardiente de su pecho,
 A si mismo se busca y no se halla,
 Y dice: «¿El sol y el dia qué se han hecho?
 Quiéren dejar el mundo de la agalla?
 Háseles desarrollado algun caballo.
 Que no relinchan á la voz del gallo?»

Mas viendo que la tez de la mañana
 Ensancha los resquicios diligente,
 La cruz besa devoto en Durindana,
 Luego del lado la dejó pendiente:
 Las armas viste, y de color de grana
 Banda en púrpura y oro, y plata ardiente;
 La sobreseña del escudo quita,
 Y el no ser conocido solicita.

Monta á coballo, y ajustado el freno,
 Dijo, mirando al cielo: «Claustro santo,
 De misterios de luz escrito y lleno,
 Argos de oro y estrellado manto,
 Favorece las ansias en que peno,
 Que yo te ofrezco, si consigo tanto,
 Humos preciosos que de mí recibas,
 Y en voces muertas intenciones vivas.

Dijo y á todo caminar se arroja
 A buscar el camino sin camino,
 Adestrado de sola su congoja,
 Y arrastrado de amante desatino:
 Registra hierba á hierba y hoja á hoja
 El campo, obedeciendo á su destino;
 Y sigue, á persuasion de sus cuidados,
 Los otros dos, que van descaminados.

CANTO TERCERO.

Llegóse el plazo que á la justa habia
 Señalado el gran Carlos, y á su gente
 El Indo le lavó la cara al dia,
 Y en perlas nevó el oro de su frente:
 Con más joyas el cielo se reia,
 Ardió en piropos el balcon de Oriente,
 Por verle las estrellas embobadas,
 Detuvieron al sueño las jornadas.

CALIOPE

MUSA OCTAVA.

CANTA VIRTUDES Y REPRENDE VICIOS.

QUINTILLAS.

Juicio moral de los cometas.

Ningun cometa es culpado,
Ni hay signo de mala ley,
Pues para morir penado,
La envidia basta al privado,
Y el cuidado sobra al rey.
De las cosas inferiores
Siempre poco caso hicieron
Los celestes resplandores:
Y mueren, porque nacieron,
Todos los emperadores.

Sin prodigios, ni planetas,
 He visto muchos desastres,
 Y sin estrellas profetas,
 Mueren reyes sin cometas,
 Y mueren con ellas sastres.

De tierra se creen extraños
 Los príncipes de este suelo;
 Sin mirar que, los más años,
 Aborta tambien el cielo
 Cometa por los picaños.

El cometa que más brava
 Muestra crinada cabeza.
 Rey, para tu vida esclava
 Es la desorden que empieza
 El mal, que el médico acaba.

LETRILLAS BURLESCAS.

I.

Despues que me vi en Madrid,
 Yo os diré lo que vi.

Vi una alameda excelentre,
 Que á Madrid el tiempo airado
 De sus bienes le ha dejado
 Las raíces solamente:
 Vi los ojos de una puente
 Ciegos a puro llorar,
 Los pájaros vi cantar,
 Laz gentes llorar oír:
 Yo os diré lo que vi.

Médicos vi en el lugar,
 Que sus desdichas rematan,
 Que sus desdichas rematan,
 Y la hambre no la matan

Por no haber ya que matar;
Vi á los barberos jurar
Que en sus casas en seis dias
Por, sobrar tantas vacias,
No entraba maravedí;
Yo os diré lo que vi.

Vi de pobres tal enjambre,
Y una hambre tan cruel,
Que la propia sarna en él
Se está muriendo de hambre:
Vi, por conservar la estambre,
Pedir hidalgos honrados
Al reloj cuartos prestados,
Y áun quizá yo los pedí:
Yo os diré lo que vi.

Vi mil fuentes celebradas,
Que son, aunque agua les sobre,
Fuentes en cuerpo de pobre,
Que dan lástima miradas:
Vi muchas puertas cerradas,
Y un pueblo echado por puertas:
De sed vi lámparas muertas
En los templos que corri;
Yo os diré lo que vi.

Vi un lugar, á quien su norte
Arrojó de las estrellas,
Que, aunque agora está con mellas,
Yo le conocí con corte;
No hay quien sus males soporte,
Pues por no le ver su rio,
Huyendo corre con brío,
Y es arroyo valadí:
Yo os diré lo que vi,
Despues que me vi en Madrid.

II.

Hemos venido á llegar,
 A tiempo que en damas claras
 Son de soliman las caras,
 Las almas de rejalgar:
 Piénsanse ya remózar,
 Y volver al color nuevo,
 Haciendo Jordan un huevo
 Que le remoce los años:
 Quiero callar desengaños,
 Y pues á todos les loca,
 Punto en boca.

Hónranse de tantos modos
 Las mujeres por la fama,
 Que casta mujer se llama
 La que la hace con todos:
 Los dineros son los golos,
 Y vencen deudos presentes,
 Que son sangre los parientes:
 Y el dinero del galan
 Es sangre, es carne y es pan
 Es Alaejos y Coca:

Punto en boca.

Persigue al pobre ladron
 El alguacil con testigos,
 Que siempre son enemigos
 Los que de un oficio son.
 Los dos van contra el bolsón:
 Húrtale el ladron sutil,
 Y al ladron el alguacil,
 Y así gana los perdones
 Siendo ladron de ladrones,
 Que los castiga y convoca:

Punto en boca.

En la casa del tribuno
 Tanta justicia se halla,
 Que aun su mujer por guardalla
 Da lo suyo a cada uno:
 No le enfada el importuno,
 A quien en fiera cadena
 Su marido da la pena,
 Pues ella le da la gloria,
 Y para darle vitoria
 El primer auto revoca:
 Punto en boca.

LETRILLAS SATÍRICAS.

I.

Que no tenga por molesto
 En doña Luisa don Juan,
 Ver que, á puro soliman,
 Traiga medio turco el gesto,
 Porque piensa que con esto
 Ha de agradar á la gente:
 Malhaya quien lo consiente.
 Que adore á Belisa un bruto,
 Y que ella olvide sus leyes,
 Si no es cual la de los reyes
 Adoracion con tributo:
 Que a todos les venda el fruto
 Cuya flor llevó el ausente:
 Malhaya quien lo consiente.
 Que el mercader dé en robar
 Con avaricia crecida;
 Que hurte con la medida
 Sin tenerla en el hurtar;
 Que pudiendo maullar,
 Prender al ladron intenten:
 Malhaya quien lo consiente.

Que su limpieza exagere
 Porque anda el mundo al revés,
 Quien, de puro limpio que es,
 Comer el puerco no quiere:
 Y que aventajarse espere
 Al Conde de Benavente;

Malhaya quien lo consiente.

Que el letrado venga á ser
 Rico por su mujer, bella,
 Más por su parecer de ella,
 Que por su bien parecer;
 Y que no pueda creer
 Que esto su casa alimente:

Malhaya quien lo consiente.

Que de rico tenga fama
 El médico desdichado,
 Y piense que no le ha dado
 Mas su mujer en la cama,
 Curando de amor la llama,
 Que no en la cama el doliente:

Malhaya quien lo consiente.

Y que la viuda enlutada
 Les jure á todos por cierto,
 Que de miedo de su muerto
 Siempre duerme acompañada:
 Que de noche esté abrazada
 Por esto de algun valiente:

Malhaya quien lo consiente.

Que pida una y otra vez,
 Fingiendo virgen el alma,
 La tierna doncella palma,
 Si es dátil su doncellez;
 Y que dejándola en Fez,
 La haga siempre presente:

Malhaya quien lo consiente.

Que el escribano en las alas
 Quiera encubrirnos su tiña,
 Siendo ave de rapiña

Con las plumas de sus alas ;
 Que echen sus cañones balas
 A la bolsa del potente:

Mallhaya quien la consiente.

Que el que escribe sus razones,
 Algo de razon se aleje
 Y que escribiendo se deje
 La verdad entre renglones:
 Que por un par de doblones .
 Canoniche al delincuente:

Malliaya quien lo consiente.

II.

Es tu firmeza tan poca,
 Que juzgo de tu rigor,
 Que de andar al rededor
 Te hes vuelto, fortuna, loca,
 Mas si mi bien te provoca,
 Párate por mi consuelo,
 Si no, direlo.

Llamarte virgen condeno;
 Y así, por cierto concluyo,
 Que mal guardará lo suyo,
 Quien hurta todo lo ajeno;
 Pues ves el mal en que peno,
 Para, fortuna, en el suelo;
 Si no, direlo.

En tu rueda arrebatada
 Andas siempre de pelea;
 Mujer que á tantos volteá,
 Más querrá ser volteada;
 Deja á mi vida cansada
 Gozar un poco de cielo;
 Si no, direlo.

Para puta, según veo,
 Vales muy larga moneda,
 Pues por no estar nunca queda,
 Tendrás ligero meneo.
 Cúmpleme a questo deseo,
 Qúitate a mi bien el velo;
 Si no, dírelo.

Mas harasme cargo estrecho,
 Diciendo con artificio,
 Que has rodado en mi servicio,
 Y ese es el mal que me has hecho.
 Párate, porque deshecho
 Me ves en tormento y duelo,
 Si no, dírelo.

Ya no tengo que perder,
 Que soy poeta en efeto,
 Y por decir un conceto,
 Deshonraré una mujer.
 Si te paras, podrá ser
 Que calle a questo libelo;
 Si no, dírelo.

III.

Que le preste el ginovés
 Al casado su hacienda:
 Que al dar su mujer por prenda,
 Preste él paciencia despues:
 Que la cabeza y los pies
 Le vista el dinero ajeno,
 Bueno.

Mas que venga á suceder
 Que sus reales y ducados
 Se los vuelvan en cornados
 Los cuartos de su mujer;

Que se venga rico á ver
 Con semejante regalo,
 Malo.

Que el mancebo principal
 Aplique por la pobreza
 A ser ladron su nobleza
 Por ser arte liberal:
 Que sea podenco del real
 Más escondido en el seno,
 Bueno.

Mas que en tales desatinos
 Venga el pobre desdichado,
 De puro descaminado,
 A parar por los caminos:
 Que conozca los teatinos
 Por intercesion de un palo,
 Malo.

Que el hidalgo por grandeza
 Muestre cuando riñe a solas,
 En lá multitud de olas,
 Tormentos en la cabeza:
 Que disfrace su pobreza
 Con rostro grave y sereno,
 Bueno.

Mas que haciendo tanta estima
 De sus deudos principales,
 Como las ollas navales,
 Como batalla marina;
 Que la haga cristalina
 A su capa el pelo ralo,
 Malo.

IV.

Yo he hecho lo que he podido;
 Fortuna, lo que ha querido.
 Los casos dificultosos,

Tan justamente enviados,
 Empréndenlos los honrados,
 Y acábanlos los dichosos;
 Y aunque no están envidiosos
 En lo que me ha sucedido,
 Yo he hecho lo que he podido:
 Fortuna, lo que ha querido.

Yo no condeno quejosos,
 Ni quiero ensalzar quejidos,
 De bienes no merecidos
 No sé cómo hay envidiosos;
 Si no soy de los dichosos
 Por haberlo merecido,

Yo he hecho lo que he podido;
 Fortuna, lo que ha querido.

Lásida, siempre acontece.
 Y es firme ley sin mudanza,
 Que el bien es del que le alcanza,
 Y no del que le merece;
 Y en vano me desvanece
 Ver, que en cuanto se ha ofrecido,

Yo he hecho lo que he podido;
 Fortuna, lo que ha querido.

Más honra al que es desdichado
 Que no se sepa razon,
 Que puede dar presuncion
 Gran lugar mal empleado;
 No me culpa mi cuidado,
 Porque en cuanto yo he vivido

Yo he hecho lo que he podido:
 Fortuna, lo que ha querido.

Méritos son desperdicios
 Que ofenden todas orejas:
 Para realzar las quejas
 Son buenos ya los servicios
 Y aunque el sembrar beneficios
 Produzca agravios y olvido,

Yo he hecho lo que he podido;
Fortuna, lo que ha querido.

De mi desdicha me fio,
De fortuna nada espero,
Si no es algun mal postrero,
Que será el primer bien mio:
No corra más tras desvío.

Y por no quedar corrido,
Yo he hecho lo que he podido;
Fortuna, lo que ha querido.

SILVAS.

I.

La Soberbia.

Esta que veis delante,
Fulminada de Dios y fulminante,
Que en precipicios crece y se adelanta,
Y para deribarse se levanta:
Esta que, con desprecio, el mundo mira,
Blason de la ignorancia y la mentira,
Es la soberbia, que, en eternas vidas,
Inventó en la privanza las caidas.
Las plumas de sus galas,
Más sirven de traspies que no de alas:
Con la presencia esclarecida engaña,
Pues su lumbré enemiga
Es de fuego, que ardiente la castiga
No de luz, que gloriosa la acompaña.
Es un cielo mentido
A las inadvertencias del sentido;
A aunque de estrellas coronada viene,
Las que ella derribó son las que tiene.
Esta, en el reino de la paz eterno,

Con máquinas de viento, con escalas,
Fué el primer tropezon de plumas y alas.
Primera fundadora del infierno.
En ella resbalaron
Los que por más dolor mejor volaron,
Y á fuerza de traiciones,
De los rayos del sol hizo carbones.
Es tan aleve y dura esta señora
Con los más confiados,
Que quien por dominar grandes estados,
Una vez la creyó, siempre la llora.
Cuantos subió á la cumbre
Ciegos, y no guiados de su lumbre,
Cayendo conocieron
Que á padecer y no á gozar subieron.
Suben favorecidos y engañados,
Y vuelven á bajar ajusticiados.
Delante sube amiga mal segura
Con cautelosas plantas,
Y en llegando sus brazos al altura,
Son lazo y son cuchillo á las gargantas.
Y con tanta desdicha y tanta afrenta,
Donde se disfamó tanto tirano,
No sin mengua y dolor del sexo humano,
Escandaliza, pero no escarmienta.
Está en los presumidos chapiteles,
Menos ricos que vanos, con doseles;
Y en los montes osados,
De pinos y altas hayas coronado,
Sale, por ostentar su desatino,
A recibir los rayos al camino.
Tan alta piensa que es, tan ancha y grave,
Que ella se alaba de que en Dios no cabe,
Vosotros, ambiciosos pretensores,
Vulgo de ignorancia y del engaño,
Sedientos de la muerte todo el año,
Polyo, ruido y afan de los señores,
Con qué esperanza ciega y porfiada,

No dais crédito á tantos escarmientos?
 Por qué no recatais los pensamientos
 De fiera hasta en los ángeles cebada?
 Disponed medios á mejores fines,
 Dad crédito á tan altos testimonios,
 Que quien hizo de arcánjeles demonios,
 Mal hará de demonios serafines.

II.

El sueño.

Con qué culpa tan grave,
 Sueño blando y suave,
 Pude en largo destierro merecerte
 Que se aparte de mí tu olvido manso?
 Pues no te busco yo por ser descanso
 Si no por muda imagen de la muerte.
 Cuidados veladores
 Hacen inobedientes mis dos ojos
 A la ley de las horas:
 No han podido vencer á mis dolores
 Las noches, ni dar paz á mis enojos.
 Madrugan más en mí que en las auroras
 Lágrimas á este llano
 Que amanece á mi mal siempre temprano;
 Y tanto, que persuadé la tristeza
 A mis dos ojos, que nacieron antes
 Para llorar, que para verse sueño,
 De sosiego los tienes ignorantes,
 De tal manera, que al morir el día
 Con luz enferma vi que permitía
 El sol que le mirasen en Poniente.
 Con pies torpes al punto, ciega y fría,

Cayó de las estrellas blandamente
La noche, tras las pardas sombras mudas,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados,
Estas laderas y sus peñas solas:
Duermen ya entre sus montes recostados
Los mares y las olas.
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es que entre sueños dan al cielo quejas
Del yerto lecho y duro acogimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el río.
Con sosiego agradable
Se dejan poseer de tí las flores:
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido.
Tan solo mi gendío
Pierde el respeto á tu silencio santo:
Yo tu quietud molesto con mi llanto;
Y te desacredito
El nombre de callado, con mi grito,
Dame, cortés mancebo, algun reposo:
No seas digno del nombre de avariento,
En el mas desdichado y firme amante,
Que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento;
Gózante en las cabañas,
Y debajo del cielo
Los ásperos villanos:
Hállate en el rigor de los pantanos,
Y encuéntrate en las nieves y en el hielo
El soldado valiente,

Y yo no puedo hallarte aunque lo intente,
Entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo
Que eres más riguroso que la tierra,
Más duro que la roca.
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra:
Y en ella mi alma
Por jamás te toca.
Mira que es gran rigor: dame siquiera
Lo que de tí desprecia tanto avaro,
Por el oro en que alegre considera,
Hasta que da la vuelta el tiempo claro.
Lo que habia de dormir en blando lecho,
Y dá el enamorado á su señora,
Y á tí se te debia de derecho.
Dame lo que desprecia de tí agora
Por robar el ladron: lo que deshecha
El que invidiosos celos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
Tócame con él cuento de tu vara.
Oirán siquiera el ruido de tus plumas
Mis desventuras sumas;
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas más caso
De mí, que hasta pasar por mí de paso:
O que á tu sombra negra por lo menos,
Si fueres á otra parte peregrino,
Se le haga camino
Por estos ojos de sosiego ajenos.
Quítame blando sueño este desvelo,
Y de él alguna parte,
Y te prometo, mientras viere el cielo,
De desvalarme sólo en celebrarte.

III.

La mina de oro contra la codicia.

Diste crédito á un pino.
A quien del ocio rudó avara mano
Trujo del monte al agua peregrino,
¡Oh Loiba! ciego de tu paz tirano.
Viste, amigo, tu vida
Por la codicia á tanto mal vendida:
Arrojó violento
Adonde quiso el albedrío del viento.
Qué condición del Euro y Noto ignoras?
Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no se bien si despreciado
Del agua, ó perdonado,
Cuántas veces los monstros que el mar cierra.
Y tuviste en la tierra
Por sustento, en la nave mal segura,
Los llegastes á temer por su pultura?
Qué tierra tan extraña
No te forzó á besar del mal la saña?
Cuál alarbe, cual scita, turco ó moro,
Cuándo al agua y al viento obedecías,
Por señor no temías?
Mucho te debe al oro,
Si despues que saliste
Pobre reliquia de naufragio triste.
En vez de descansar del mal seguro,
A tu codicia hidrópica obediente,
Con villano azadon en cerro duro,
Sangras las venas al metal luciente.
Porqué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?

Deja oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el cielo.
Qué fatigas la tierra?
Deja en paz los secretos de esta sierra.
Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
Las escondidas y ásperas entrañas
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira que á un mismo tiempo estás abriendo
Al metal puerta, á ti la sepultura.
Piensa, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo;
Oro le llamas, y es dulce desvelo,
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada,
Y ponzoña dorada.
¡Ay! no llevés contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima;
Y por más escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Sus caminos borró con altos mares.
Doy que á tu patria vuelvas al instante
Que el Occidente dejas saqueado,
Y que el mar sosegado
Con amigo semblante
Debajo del precioso peso gima,
Cuando sus fuerzas liquida soprima
La soberbia y el peso del dinero.
Doy que te sirva el viento lisonjero,
Si su furor recelas:
Doy que respeta el cañamo á sus velas;
Y si temes del mar el desconcierto
(Bien que imposible sea),
Doy que te sale á recibir el puerto.
Si pobre casa tienes, que te vea
Rico; dime si acaso

En tus montones de oro
 Tropezará la muerte ó tendrá el paso,
 O añadirá á tu vida tu tesoro
 Un año, un mes, un día, un hora, un punto?
 No le podrá hacer ni el mundo junto:
 Esto, pues, si no puede, ¿á qué esperanza
 Truecas segura paz en tal tardanza?
 Deja, no cabe más el metal fiero,
 Ve que sacas consuelo á tu heredero,
 Y que juntas tesoro, si te advierte,
 Para comprar deseos de tu muerte.
 En cada grano sacas dos millones
 De invidiosos, cuidados y ladrones:
 Sacas, ¡ay! un tirano de tu sueño,
 Y un polvo que despues será tu dueño.
 Déjale, ¡oh Loiba! si es que te aconsejas
 Con la santa verdad sincera y pura:
 Pues él te ha de dejar si no le dejas,
 O te le ha de quitar la muerte dura.

IV.

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma agora,
 Huésped, fué hierba, fué collado:
 Primero apacentó pobre ganado,
 Ya del mundo la ves dueña y señora
 Fueron en estos atrios Lamia y Flora,
 De unos admiracion, de otros cuidado,
 Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
 Deidad preciosa, en alto templo adora:
 Jove tronó sobre desnuda peña,
 Donde se ven subir los chapiteles

A sacarle los rayos de la mano:
Lo que primero fué, rica desdena,
Senado rudo que vistieron pielés.
Da ley al mundo y peso al Océano.
Cuando nació la dieron
Muro un atado, reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si éste mata y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
Del dano fuego la piedad troyana,
Fueron aquí hospedados
Con fácil pompa en devocion villana.
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon, los dioses varas:
Y pobre y comun fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirvió: despues los cónsules, los reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los reinos que un tiempo aprisionaron,
Fué triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Hebrós y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma y rojo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin imbidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad, que no pudiera armada:
El que por siete bocas derramado,
Y de plata y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante.
Sirviendo en el invierno y el estio
Y Egipto, ya de nube, ya de rio,
Cuando en fertil licencia

Le trae disimulada competencia
Anudaron al Tibre, cuello y frente,
Puentes en lazos de alabastro puros,
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aún parecen en campo de esmeralda
Las puentes argos y pavon la espalda,
Donde muestran las fábricas, que lloras,
La fuerza que en los pies llevan las horas;
Pues vencidos del tiempo, y mal seguros
Peligros son los que antes fueron muros.
Que en siete montes círculo formaron,
Donde la libertad de las naciones
Cárcel dura cerraron.
Trofeos y blasones,
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si envidiar é las más de ellas.
¡Oh Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Como en espejo, los arcos
En la corriente oncosa,
Tan envidiosos ados te siguieron;
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Nos da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que ó sobraron al tiempo ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay hierba, que dé sombra á las arenas,
Que primero adornó tanto tirano.
Donde antes hubo oráculos hay fieras:
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas:
Los que fueron palacios son ejemplos.

Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas;
Que parece que fueron
Por Deucalion tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos;
Sólo en el Capitolio perdonaste
Las estatuas y bultos, que hallaste:
Y fué en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal majestad se le debía.
Allí del arte vi el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado,
El laurél en las sienes añudado,
Osa pisar el viento,
Y en el delgado camino y sendas puras,
Hallan donde afirmar sus herraduras.
De Mario vi y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Vi en las piedras guardados
Los reyes, y los cónsules pasados,
Vi los emperadores,
Dueños del poco espacio que ocupaban
Donde sólo por señas acordaban,
Que donde sirven hoy fueron señores.
O coronas ó cetros imperiales,
Que fuisteis en monarcas diferentes,
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulacion en los metales:
¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama,
¿Dónde se fué lo que sobró á la llama?
El fuego examinó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias,
Y visten ¡ved la edad cuánto ha podido!
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,

Te dejas poseer, Roma gloriosa,
De la invidiosa mano de la muerte:
Escalóte feroz gente animosa,
Cuando del ánsar de oro las parteras
Alas, y los proféticos graznidos,
Siendo más admirados que creídos,
Advirtieron de Francia las banderas:
Y en la guerra civil, en donde fuiste
De tí misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente que perdiste.
Pródiga tú y el Tibre caudaloso:
Entónces disfaman lo tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el yerro que vengar pudiera
La grande alma de Craso, que indignada
Fué en tu desprecio triunfo á genté fiera,
Y ni está satisfecha ni llorada.
Despues cuando invidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego:
Y tu dolor fué tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto,
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio:
Pero de las cenizas que derramas,
Fénix renaces, partó de las llamas,
Haciendo tu fortuna,
Tu muerte vida y tu sepulcro cuna,
Miéntras con negras manos atrevidas
Osó desañudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes:
Hurtó el imperio que nació contigo,
Y dióle al enemigo:
Mas tú, ó fuese estrella enamorada,
O deidad celestial apasionada,
O en tu principio fuera de la hora,
Naciste para ser reina y señora
De todás las ciudades.

En tu niñez te vieron las edades
 Con rústico senado,
 Luégo con justos y piadosos reyes,
 Dueña del mundo dar á todos leyes.
 Y cuando pareció que habia acabado
 Tan grande monarquía,
 Con los sumos Pontífices, gobierno
 De la Iglesia, te viste en solo un día
 Reina del mundo y cielo, y del infierno
 Las águilas trocaste por la llave,
 Y el nombre de ciudad por el de nave:
 Los que fueron Neronos insolentes,
 Son Pios y Clementes.
 Tú dispensas la gloria, tú la pena.
 A esotra parte de la muerte alcanza,
 Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
 Tú das aliento y premio á la esperanza,
 Siendo en tan dura guerra
 Gloriosa córte de la fé en la tierra.

V.

Exhortacion á una nave nueva al entrar en el agua

Dónde vas, ignorante navecilla,
 Que olvidando que fuiste un tiempo haya,
 Aborreces la arena de esta orilla,
 Donde te vió con ramos esta playa?
 ¿Y el mar tambien que amenazarla osa,
 Si no más rica, ménos peligrosa?
 Si fiada en el aire con él vuelas,
 Y á las iras del piélagos te arrojas,
 Temo que desconozca por las velas
 Que fuiste tú la que movió con hojas;

Que es diferente ser estorbo al viento,
De servirle en la selva de instrumento.
¿Qué codicia te da reino inconstante,
Siendo mejor ser árbol que madero,
A dar sombra en el monte al caminante,
Que escarmiento en el agua al marinero?
Mira que á cuantas olas hoy te entregas,
Les das sobre tí imperio, si navegas.
¿No ves lo que te dicen esos leños,
Vistiendo de escarmiento las arenas,
Y áun en ellas, los huesos de los dueños,
Qué muertos alcanzaron tierra apénas?
¿Por qué truecas las aves en pilotos,
Y el canto de ellas en sus roncos votos?
¿Oh qué de miedos te apareja airado
Con su espada Orion! y en sus centellas,
Más veces te dará el cielo nublado
Temores, que no luz con las estrellas.
Aprenderás á arrepentirte en vano,
Hecha juego en el mar furioso y cano,
¿Qué pesos te previene tan extraños
La codicia del bárbaro avariento!
¿Cuánto sudor te queda en largos años!
¿Cuánto que obedecer al agua y viento!
Y al fin te verá tal la tierra luégo,
Que te desprecie por sustento el fuego.
Tú, cuando mucho á robos de un milano
En tiernos pollos hecha, peregrina,
Y esclava de un pirata ó de un tirano,
Te harás del rayo de Sicilia dina,
Y más presto que piensas, si te alejas,
El puerto buscarás. que ahora dejas.
¿Oh qué de veces rota en las honduras
Del alto mar, ajena de firmeza,
Has de echar ménos tus raíces duras,
Y del monte la rústica aspereza!
Y con la lluvia te veras de suerte,
Que en la que te dió vida, temas muerte.

No invidies á los peces sus moradas;
 Mira el seno del mar enriquecido
 De tesoros y joyas, heredadas
 Del codicioso mercader perdido.
 Más vale ser sagaz de temerosa,
 Que verte arrepentida de animosa.
 Agradécele a Dios con retirarse,
 Que aprisionó los golfos y el tridente
 Para que no saliesén a buscarte:
 No seas quien le obligue inobediente
 A que nos encarcele en sus extremos,
 Porque, pues, no nos buscan, los dejemos.
 No aguardes que naufragios acrediten,
 A costa de tus jarcias, mis razones.
 Deja que en paz sus campos los habiten
 Los nadadores mudos, los tritones;
 Mas si de navegar estás resuelta,
 Ya le prevengo llantos á tu vuelta.

VI.

Farmaceutria ó medicamentos enamorados.

¿Qué de robos han visto del invierno,
 Qué de restituciones del verano,
 Este torcido roble y mirto tierno?
 ¿Y qué de veces, Calafron hermano,
 De duro hielo en este claro río
 Cristal artificioso labró el frío?
 Embargó con carambanos invierno
 Su tributo á Pisuerga en varias fuentes:
 Salió de entre las nubes Abril tierno,
 Dándole libertad á las corrientes:
 Pasaronse las breves horas frias,

Y trujeron la sed los largos días.
Quiero á mi solas, Galafron amigo,
Pues es sujeta á amor la primavera,
Usar de mis conjuros: sea testigo
El monte, el valle, el llano y la ribera.
Aprovecharme quiero del encanto,
Pues no aprovecha con Aminta el llanto.
Aquella fuente clara te avecina:
Y saludando el genio sacro de ella,
Lávate en su corriente cristalina,
Mirando siempre á Vénus en su estrella.
Que no turbes las aguas te aconsejo,
Respétale á la luna el blanco espejo.
Traeme de aquellos mirtos verdes ramas,
Arranca á Daphne sin piedad los brazos:
Que al pedernal, que es cárcel de las llamas,
Ya con duro eslabon hago pedazos,
Ansí de Aminta ingrata el amor ciego,
Como yo de ésta piedra saqué fuego,
Ansi como en el fuego esta verbena.
Y esta raiz donde escupió la luna,
Por resistirse al duro fuego suena,
Vencida del calor sin fuerza alguna:
Ansi se queje ardiendo mi señora.
Hasta que adore al triste que la adora.
Y ansi como derramo al fresco viento
Estas cenizas palidas y frias,
Ansi se esparza luégo mi tormento,
Ansi las penas y las ansias mias,
Y del modo que inclino á mí esta oliva,
Ansi se incline á mí mi fugitiva.
Con tres coronas de jazmin y rosa,
Tus aras, santo simulacro, adorno,
Y tres veces con mano licenciosa
Cercó tu templo de verbena en torno:
Tres veces con afecto y celo pio
A tus narices humo sacro envío.
Ves que de incienso y arabes olores

Preciosa nube esconde tu figura,
Ves ante ti esparcidas estas flores,
Que ojos fueron del prado, y su hermosura:
¿No ves estos pavones, cuyas galas
Desdoblan un verano en las dos alas?
Poco me favoreces: llamar qujero
A Ecate del pueblo de las sombras;
Y si nó viene, al pálido barquero,
De quien negra deidad tu rey no nombras,
Pienso dejar la barca en sucia arena,
Beber el lethe, y olvidar mi pena.
Mas no quiero llamarla; á tí señora
Vénus, á tí me vuelvo: vuelve y mira,
Tan ciego de pasión al que te adora,
Que se arma contra tí de enojo y ira:
Vuelve, risa del cielo; advierte blanda,
Que obedezco á tu hijo que me manda.
Recibe, pues, no sea mi ruego vano,
Honra del mar, al claro sol vecina,
Este farro, este humilde dón villano,
Y nadando en la leche blanda harina:
Recibe el alma de este toro blanco,
Que á su pesar del corazón arranco.
No me pesa de dártelo, aunque veo,
Que es el mejor de toda mi manada:
Mira con las guirnaldas que rodeo
Su frente, de ira y de ceño armada.
Amante le herí, que no celoso;
No sé si de devoto ó de invidioso.
Dóite estas golondrinas, tiernas aves,
Estas simples palomas voladoras,
Que cortando los vientos ya suaves,
Que al pistado verano dan las horas,
Con sus brazos y cuellos variados
Vistieron estos aires de mil prados.
Esta viuda tórtola doliente,
Que perdió sus arrullos con su amante,
Cogila haciendo ultrajes á una fuente:

Por no ver sin su dueño su semblante:
Siempre vivió sin él en árbol seco,
Y nunca alegre voz la volvió el eco.
Mira la vid, que á Baco soberano
La boca regaló, y honró las sienas,
Cómo sirve de grillos en el llano
A los piés de los olmos que mantienes.
¡Ay cómo los enlaza! ¡Ay si biciese
Amor, que así mi Aminta me ciñese!
Toma, pues, Galafron, estas guirnaldas
De adelfa y valerianas olorosas,
Y vueltas al arroyo las espaldas,
Dáselas á las aguas presurosas.
No vuelvas á mirarlas; mira, amigo,
Que estorbarán los versos que las digo.
Id en paz (las dirás) ¡oh prendas caras!
Cuando en la orilla con la izquierda mano,
Las encomiendas á las aguas claras.
Id en paz caminando al Oceano;
Y estas urnas de plata darás luégo
Al alma de la fuente por mi ruego.
Y yo en tanto, por hacer que me responda
Ecate, sorda siempre á mis gemidos,
Quiero traer el rombo á la redonda.
Varios lazos en él tengo tejidos;
Y con flores de aprojo, hierba fuerte,
Me quiero hurtar yo mismo de la muerte.
Quiero con esta hierba derribar del cielo
Entre espumas nevadas á la luna,
Que forastera habita nuestro suelo,
Y que encante sus plantas una á una,
Que ya cuantas Thesalia ha producido,
Circunscribe en un cerco mi gemido.
Vén á mis ruegos fácil, reina dura,
Pues sabes lo que pido en este punto.
Si ayer ántes de darle sepultura,
Mordiéndole los labios á un difunto,
Antes que el postrer hielo le cubriese,

Le murmuré un recado que te diese;
No son indignos de Pluton mis ruegos,
Ni de aquel que el infierno tiene encima,
A cuyo nombre en los palacios ciegos
No hay collado ni mente que no gima;
Bastantemente con nefanda boca
Mi corazon sus furias las invoca.
No estoy ayuno, no, de sangre humana,
Que este cuchillo negro en este vaso
La llora, ó por mejor decir, la mana;
Dudoso y mal seguro traigo el paso;
Que Baco del cerebro dulce peso,
Cuanto la vista aumenta, mengua el seso.
Da fuerza ¡oh luna! á las ofrendas mías,
Así te ayude el son de las calderas
En negras noches y en los blancos días;
Rebelde á los conjuros de hechiceras,
Sin nube pases por el cielo errante,
Dicha buena te alcance siendo amante.
Mas ¡ay! que en el silencio alto profundo
Por ciegas nubes en el carro helado,
Y el ruiñen al canto ha despertado!
Ninguna voz doliente me ha ofendido;
Dichoso agüero, y no esperado, ha sido.
¡Quién consultara en Limira los peces!
Pues puede tanto el yerro de un amante,
Que les da autoridad de ser jueces
En caso al que yo lloro semejante:
¡Quién los sagrados licios revolviere,
Y con ellos profeta un plato hiciera!
Mas visto he, Galofron, una paloma,
Cierta señal que Citherea ayuda;
A la derecha mano el vuelo toma.
Aminta se hablandó; quiere sin duda,
¡Oh poderosa fuerza del encanto,
Que tanto puedes, que has podido tanto!
Vámonos, Galafron, á nuestra aldea,
Que ya las blandas horas traen al día,

Ya lo que nos dió miedo nos recrea,
 Y el sol se ve nadar en agua fria.
 Las plantas con retratos aparentes
 A sí mismas se engendran en las fuentes:
 Libre Pisuerga va del sueño fiero,
 Tan tardo, que parece que le pesa
 De llegar á perder su nombre á Duero:
 Y el silencio mortal en todos cesa.
 Vámonos á la aldea, á ver si acaso
 Por mí se enciende el fuego en que me abraso.

VII.

El Reloj de arena.

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
 En un soplo de vida desdichada
 Que se pasa tan presto?
 En un camino que es una jornada
 Breve y estrecha de este al otro polo,
 Siendo jornada que es un paso solo?
 Que si son mis trabajos y mis penas,
 No alcanzarás allá, si capaz vaso,
 Fueses de las arenas,
 En donde el alto mar detiéné el paso.
 Deja pasar las horas sin sentirlas,
 Que no quiere medirlas,
 Ni que me notifiques de esa suerte
 Los términos forzosos de la muerte.
 No me hagas mas guerra,
 Déjame, y nombre de piadosa cobra,
 Que hartó tiempo me sobra
 Para dormir debajo de la tierra.
 Pero si acaso por oficio tienes

El contarme la vida,
Presto descansarás, que los cuidados
Mal acondicionados
Que alimenta moroso
El corazón cuitado y lastimoso,
Y la llama atrevida
Que amor ¡triste de mí! arde en mis venas
(Menos de sangre que de fuego llenas),
No sólo me apresura
La muerte, pero abréviame el camino:
Pues con pie doloroso,
Misero peregrino,
Doy cercos a la negra sepultura.
Bien sé que soy aliento fugitivo:
Ya sé, ya temo, ya también espero
Que he de ser polvo, como tú, si muero;
Y que soy vidrio, como tú, si vivo.

VIII.

Reloj de campanilla.

El metal animado,
A quien mano atrevida industriosa,
Secretamente ha dado
Vida aparente en máquina preciosa:
Organizando atento
Sonora voz á docto movimiento,
En quien, desconocido
Espíritu secreto brevemente
En un orbe ceñido,
Muestra el camino de la luz ardiente;
Y con rueda importuna,
Los trabajos del sol y de la luna;

Y entre ocasos y auroras,
Las peregrinaciones de las horas.
Máquina en que el artífice, que pudo
Contar pasos al sol, horas al día,
Mostró más providencia que osadía,
Fabricando en metal disimuladas
Advertencias sonoras repetidas,
Pocas veces creidas,
Muchas veces contadas.
Tú, que estás muypreciado
De tener el más cierto, el más limado,
Con diferente oído,
Atiende á su intencion y á su sonido.
La hora irrevocable que dió llora,
Preven la que ha de dar y la que cuentas,
Lógrala bien, que en una misma hora
Te creces y te ausentas.
Si te llevas curioso,
Atiéndele prudente,
Que los blasones de la edad desmiente.
Y en traje de reloj llevas contigo
De el mayor enemigo
Espía desvelada y elegante
Y á tí tan semejante
Que presumiendo de abreviar ligera
La vida al sol, al cielo la carrera.
Fundas toda esta máquina admirada
En una cuerda enferma y delicada;
Que, como la salud en el más sano,
Se gasta con sus ruedas y su mano.
Estima sus recuerdos,
Teme sus desengaños,
Pues ejecuta plazos de los años;
Y en él te dá secreto
A cada sol que pasa, á cada rayo,
La muerte un contador, el tiempo un ayo.

IX.

Al polvo de un amante que en su reloj de vidrio
servía de arena á Floris, que le abrasó.

Este polvo sin sosiego,
A quien tal fatiga dan
Vivo y muerto, amor y fuego,
Hoy derramado, ayer ciego
Y siempre en eterno afán:
Este fué sabio algun dia,
Cuando el incendio queria,
Que en polvo le desató,
Y en el vidro amortajó.
La ceniza nunca fria.
À tal tormento tu amante
Destinas, Floris traidora,
Pues ya polvo caminante
Corre el dia cada hora,
Y la hora cada instante.
Quitóle tu crueldad,
Dándole así monumento,
Mal desmentida en piedad
Con vidro y con movimiento,
Quietud y seguridad.
Reloj es lo que yo vi
Idolstrar tus auroras,
Floris, cuando me perdí:
No cuentes por él las horas,
Sino sus penas por tí.
¡Oh horrible beldad á quien
Te mira, si arde también!
Pues su penar eternizas,
Y despues de las cenizas
Vive aún, Floris, tu desden.

X.

El reloj del sol.

Ves, Floro, que, prestando la aritmética
Números á la docta geométrica,
Los pasos de la luz le cuenta al día?
Ves que aquella línea bien fijada
A su meridiano, y á su altura,
Del sol la velocísima hermosa
Con certeza espiada?
Agradeces curioso
El saber cuanto vives,
Y la luz y las horas que recibes?
Empero, si olvidares estudioso,
Con pensamiento ocioso,
El saber cuanto mueres,
Ingrato á tu vivir, y morir eres:
Pues tu vida, si atiendes su doctrina,
Camina al paso que su luz camina.
No cuentes por sus líneas solamente;
Las horas, sino lógrelas tu mente.
Pues en él recordada
Ves tu muerte en tu vida retratada;
Cuando tú, que eres sombra,
Pues la santa verdad así te nombra,
Como la sombra suya peregrino,
Desde un número en otro tu camino
Corres, y pasajero
Te aguarda sombra el número postrero.

XI.

Execracion contra el inventor de la artilleria.

En cárcel de metal, ¡oh atrevimiento!
Que al cielo, si es posible, da cuidado,
Quieres encarcelar libre elemento,
Aun en las nubes nunca bien atado?
Al fuego que no sabe
Obedecer ni perdonar, te atreves?
Al que en la mano sola de Dios cabe,
Cerrar pretendes en clausura breve?
Cómo, dí, de los rayos del verano
No aprendiste tirano?
Antes quieres solícito imitarle,
Sin ver que, presumiendo de hacerle,
Sólo podrás llegar á merecerle.
No te son escarmiento lastimoso
Tantas cenizas que ciudades fueron?
Tantas torres, que el viento derramó impetuoso
Cuando el troyano muro y Roma ardieron?
De la diestra de Dios omnipotente
Deja sólo tratarse el fuego ardiente,
Ministro de sus iras va delante
De su faz radiante,
Llevando sus castigos
A todos los que son sus enemigos.
No ves que es su grandeza
Tal, que naturaleza
Le dió a Monarca de elementos
Los últimos asientos,
Y que, en su llama entonces justiciera,
El día postrero espera?

Deja, pues, las prisiones que le trazas,
No le desprecies, ignorante y ciego,
Tan duras amenazas;
Jamás se conversó con hombre el fuego,
En él ninguno vive,
Y de él cuanto hay acá vida recibe.
Peregrina la tierra
Con la perpétua servidumbre ufana,
De cuanto el mundo encierra,
Que ella la planta humana
Respeta, por el peso más honroso,
Al alto mar furioso,
Enséñale á sufrir selvas enteras.
Su paciencia ejerciten las galeras,
Y en las horas ardientes,
En venganza del sol bebe las fuentes,
Y el pueblo de los ríos.
Imita en resbalar sus campos fríos,
Y por sendas extrañas,
Servicial á tu vida:
Líquida medicina tus entrañas,
Con sucesiva diligenciá el viento,
La parte más oculta y escondida,
Visite, nuevo alivio, al calor lento.
Estos corteses elementos trata
Blando aire, tierra humilde, mar de plata,
Las soberbias del fuego reverencia,
Y teme su inclemencia.
De hierro fué el primero
Que violentó la llama
En cóncavo metal, máquina inmensa:
Fué más que todos fiero,
Indigno de las voces de la fama.
Este burló á los muros su defensa:
Este á la muerte negra, lisonjero,
La gloria del valiente dió al certero:
Quitó el precio á la diestra y á la espada,
Y á la vista seguro dió la gloria

Que antes ganó la sangre aventurada,
 La pólvora se alzó con la victoria.
 De ella los reyes son y los tiranos;
 Ya matan más los ojos que las manos;
 Y con ser cuantas vidas goza el suelo,
 Merced del fuego, corazon del cielo,
 Después que á su pesar el nombre habita,
 Más vidas que dá quita.
 Deja, no solicites
 Las impaciencias de la llama ardiente;
 Y al potro inobediente,
 Que el ardor disimula, no le incites.
 Derribará la torre y la muralla,
 Vencerá la batalla,
 Y dejará burladas
 Mil confianzas de armas bien templadas.
 Será la gloria suya,
 Suya será también la valentia,
 Y sólo la osadía,
 Y la malicia quedará por tuyo.

XII.

A los huesos de un rey, que se hallaron en un sepulcro ignorándose, y se conocieron por los pedazos de una corona.

Estas que veis aquí pobres y oscuras
 Ruinas desconocidas,
 Pues aún no dan señal de lo que fueron;
 Estas piadosas piedras, más que duras,
 Pues del tiempo vencidas,
 Borrascas de la edad enmudecieron,
 Letras en donde el caminante junto

Leyó y pisó soberbias del difunto;
 Estos huesos, sin órden, derramados,
 Que en polvo hazañas de la muerte escriben;
 Ellos fueron un tiempo venerados
 En todo el cerco que los hombres viven.
 Tuvo cetro temido
 La mano, que aún no muestra haberlo sido;
 Sentidos y potencias habitaron
 La cavidad que ves sola y desierta;
 La cavidad que ves sola y desierta;
 Su seso altos negocios fatigaron;
 ¡Y verla agora abierta!
 Palacio, cuando mucho ciego y vano,
 Para la ociosidad de vil gusano.
 Y si tan bajo huésped no tuviere,
 Horror tendrá que dar al que la viere.
 ¡Oh muerte, cuánto mengua en tu medida
 La gloria mentirosa de la vida!
 Quien no cupo en la tierra al habitalla,
 Se busca en siete piés, y no se halla.
 Hoy al que pisó el oro por perderle,
 Mal agüero es pisarle, miedo verle.
 Tú confiesas severa solamente
 Cuánto los reyes son, cuánto la gente:
 No hay grandeza, hermosura, fuerza ó arte
 Que se atreva á engañarte.
 Mira esta majestad que persuadida
 Tuvo á la eternidad la breve vida,
 Como aquí, en tu presencia,
 Hace en su confesion la penitencia.
 Muere en tí todo cuanto se recibe,
 Y solamente en tí la beldad vive,
 Que el oro lisonjero siempre engaña,
 Alevoso tirano, al que acompaña.
 ¡Cuántos que en este mundo dieron leyes,
 Perdidos de sus altos monumentos,
 Entre surcos, arados de los bueyes.
 Se ven! y aquellas púrpuras ¿qué fueron?
 Mirad aquí el terror á quien sirvieron,

Respetó el mundo necio
Lo que cubre la tierra con desprecio.
Ved el rincón estrecho que vivía
La alma en prision oscura, y de la muerte
La piedad, si se advierte,
Pues es merced la libertad que envia.
Id, pues, hombres mortales;
Id y dejaos llevar de la grandeza,
Y émulos á los tronos celestiales,
Vuestra naturaleza
Desconoced: dad crédito al tesoro,
Fundad vuestras soberbias en el oro.
Cuéstele vuestra gula desvocada
Su pueblo al mar, su habitacion al viento;
Para vuestro contento
No crie el cielo cosa reservada,
Y las armas continuas, por hacerlas
Famosas, y por gloria de vestirlas,
Os maten mas soldados con sufrirlas
Que enemigos despues con padecerlas.
Solicitud los mares,
Para que no os escondan los lugares,
en donde procelosos,
Amparan la inocencia
De vuestra peregrina diligencia,
En parte religiosos.
Tierra que oro posea
Sin mas razon, vuestra enemiga sea.
No sepan los dos polos playa alguna,
Que no os parle por ruegos la fortuna.
Sirva la libertad de las naciones
Al título ambicioso en los blasones,
Que la muerte advertida y veladora,
Y recordada en el mayor olvido,
Traida de la hora,
Presta vendrá con paso enmudecido,
Y herencia de gusanos
Hará la posesion de los tiranos.

Vivo en muerte lo muestra
 Este que frenó el mundo con la diestra;
 Acuérdate de todos su memoria,
 Ni por respeto dejará la gloria
 De los reyes tiranos,
 Ni ménos por desprecio á los villanos.
 ¿Qué no está predicando
 Aquel que tanto fué, y agora apenas
 Defiende la memoria de haber sido,
 Y en nuevas formas va peregrinando
 del alta majestad que tuvo ajenas?
 Reina en tí propio, tú que reinar quieres,
 Pues provincia mayor que el mundo eres.

XIII.

A un ramo que se desgajó con el peso de su fruta.

De tu peso vencido,
 Verde honor del verano,
 Yaces en este llano
 Del tronco antiguo y noble desasido.
 Dando venganza estas de tí á los vientos,
 Cuyas líquidas iras despreciabas,
 Cuando de ellos con ellas murmurabas
 Imitando á mis quejas los acentos.
 Humilde agora entre las hierbas sueñas,
 Cosa que de tu altura
 Nunca temer pudieron las arenas,
 Y ofendida del tiempo tu hermosura,
 Ocupa en la ribera
 El lugar que ocupó tu propia sombra:
 Ménos gastos tendrá la primavera
 En vestir este valle
 Despues que faltas á tu verde alfombra.

¿Qué hará el jilguero dulce cuando halle
 Su patria con tus hojas en el suelo?
 ¿Y la parlera fuente,
 Que aun ignorante de prision de hielo,
 Exenta de la sed, del sol corria?
 Sin duda llorará con su corriente
 La licencia que has dado en ella al dia,
 Tendrá un retrato ménos
 Pisuerga que mostrar al caminante
 En sus cristales puros:
 Cualquier pájaro amante,
 Desiertos dejará tus brazos duros,
 Y vengo á poner duda,
 Si para que te habite en llanto tierno,
 A la tórtola basta el ser viuda.
 Y porque tengo miedo que el invierno
 Pondrá necesidad á algun villano,
 Tal que se atreva con ingrata mano
 A encomendarte al fuego.
 Yo te quiero llevar á mi cabaña,
 Por lo que mi cansancio estando ciego,
 A tu sombra le debe.
 Descansarás el báculo de caña
 Con que mi vida tristes años mueve;
 Y ojalá que yo fuera
 Rey, como soy pastor de la ribera,
 Que ceiro, ántes que báculo cansado,
 No canas sustentaras, sino Estado.

XIV.

Amante que vuelve á ver la fuente de donde se
ausentó.

Aquí la vez postrera
 Vi, fuente clara y pura, á mi señora,
 I e este verde ribera

Reverenciada por Diana y Flora;
Aquí dió á mi partida
Lágrimas de piedad en largo llanto;
Aquí, al dejarla, mi dolor fué tanto,
Que mostró el corazon dudosa vida.
Aqui me aparté de ella,
Con paso divertido y piés inciertos.
~~Heme~~ hurtado á mi estrella,
Vuelvo á la soledad de estos desiertos:
Todos los veo mudados,
Y los troncos, que un tiempo llamé míos,
De sus tiernas niñeces olvidados,
Huyendo de mirarse en estos rios,
Que los figuran viejos,
En el agua aborrecen los espejos.
No ya como solia
Halla en las ramas, al bajar al llano,
Verdes estorbos el calor del dia.
Muy de paso visita aquí el verano.
Los troncos ya desnudos,
Sepultados en ocio, yacen mudos
De este monte á los ecos;
Y á las deidades santas,
La araña sucedió en los robles huecos.
Rocas pisadas de mortales plantas
Fatigan esta arena.
Mucho le debes, fuente, á la verbena,
Que sola te acompaña,
Que, pobre de agua, tu corriente baña
La tierra que dió flores y da abrojos.
Cómo se echa de ver en tus cristales
La falta del tributo de mis ojos,
Que los hizo crecer en rios caudales!
En qué de partes de tu márgen veo
Polvo, donde mi sed halló recreo!
Ya no te queda, fuente, otra esperanza,
Tras prolija tardanza,

De cobrar tu corriente y su grandeza,
Si no la que te doy con mi tristeza,
De aumentarte llorando,
Por no saber de Aminta, mi enemiga.
Dimelo, fuente amiga,
Pues lo vas con tus guijas murmurando:
Que si interés de lágrimas te obliga,
No excusaré el verterlas por hallarla.
Ya me viste gozarla,
Y en medio del amor, con mil temores,
Llorar más que la aurora en estas flores.
No me tengas secreto
Esto que te pregunto, y te prometo
De hurtarte al sol á fuerza de arboleda,
Y de hacer que te ignore
Sed que no fuere de divinos labios:
Y de que bruto y torpe pié no pueda,
Mientras el sol la seca márgen dora,
Hacer á tu cristal turbios agravios.
Darte he por nacimiento,
No cual naturaleza dura roca,
Mas en marfil de un sátiro la boca,
Que muestre estar de tí siempre sediento.
Escribiré en tu frente
Tal ley al caminante:
No llores, si estás triste, ve delante,
Que de los desdichados solamente
Glauro puede llorar en esta fuente;
Y si sed del camino
Te obligare á beber, ¡oh peregrino!
Mira que estas corrientes,
Despues que fueron dignas de los dientes
De Aminta, han despreciado
Cualquier labio mortal. No seas osado
A obligarlas á huir; ¡jay! no lo creas,
Cuando otro nuevo Tantalo te veas:
Tras esto le daré verdes guirnaldas
Al sátiro del robo de estas faldas;

Y á ti mil joyas del tesoro mio
 Con que granjeas las ninfas de tu rio;
 De suerte que, en mis dadas y votos,
 Conozcan mares grandes,
 Cuando escondida entre sus senos andes,
 Que tiene tu deidad acá devotos.

XV.

Himno á las estrellas.

A vosotras, estrellas,
 Alza el vuelo mi pluma temerosa,
 Del piélagó de luz ricas centellas;
 Lumbres que enciende triste y dolorosa
 A las exequias del difunto dia.
 Huérfana de su luz la noche fria:
 Ejército de oro,
 Que, por campañas de zafir marchando,
 Guardais el trono del eterno coro
 Con diversas escuadras militando;
 Argos divino de cristal y fuego,
 Por cuyos ojos vela el mundo ciego;
 Señas esclarecidas
 Que, con llama parlera y elocuente,
 Por el mudo silencio repartidas,
 A la sombra servis de voz ardiente;
 Pompa que da la noche á sus vestidos,
 Letras de luz, misterios encendidos.
 De la tiniebla triste,
 Preciosas joyas, y del sueño helado,
 Galas, que en competencia del sol viste;
 Espias del amante recatado,
 Fuentes de luz para animar el suelo,

Flores lucientes del jardín del cielo.
Vosotras de la luna
Familia relumbrante, ninfas claras,
Cuyos pasos arrastran la fortuna,
Con cuyos movimientos muda caras,
Arbitros de la paz y de la guerra,
Que, en ausencia del sol, regís la tierra ;
Vosotras, de la suerte
Dispensadoras luces tutelares,
Que dais la vida, que acercáis la muerte,
Mudando de semblante, de lugares;
Llamas, que habláis con doctos movimientos,
Cuyos trémulos rayos son acentos.
Vosotras, que enojadas
A la sed de los surcos y sembrados,
La bebida negáis, ó ya abrasadas
Dais en ceniza el pasto á los ganados,
Y si miráis benignas y clementes,
El cielo es labrador para las gentes;
Vosotras, cuyas leyes
Guarda observante el tiempo en toda parte,
Amenazas de principes y reyes,
Si os aborta Saturno, Jove ó Marte:
Ya fijas vais, ó ya lleveis delante
Por lúbricos caminos greña errante:
Si amasteis en la vida,
Y ya en el firmamento estais clavadas,
Pues la pena de amor nunca se olvida,
Y aún suspiráis en signos transformadas,
Con Amarilis, ninfa la más bella,
Estrellas ordenad, que tenga estrella.
Si entre vosotras una
Miró sobre su parto y nacimiento,
Y de ella se encargó desde la cuna,
Dispensando su accion, su movimiento:
Peñidla, estrellas, á cualquier que sea,
Que la incline siquiera á que me vea.
Yo, en tanto desafado

En humo, rico aliento de Pancaya,
 Haré que peregrino y abrasado,
 En busca vuestra por los aires vaya:
 Recataré del sol la lira mía,
 Y empezaré á cantar muriendo el día.
 Las tenebrosas aves,
 Que el silencio embarazan con gemido,
 Volando torpes y cantando graves,
 Más agüeros que tonos al oído,
 Para adular mis ánsias y mis penas,
 Ya mis musas serán, ya mis sirenas.

XVI.

El yelmo de Segura de la Sierra, monte muy alto
 al austro.

O sea que olvidado,
 O incrédulo del caso suce lido,
 O mal escarmentado,
 O peñasco atrevido,
 Llevas á las estrellas frente osada,
 De ceño y de carámbanos armada;
 Debajo de tí truena,
 Que respeta tus cumbres el verano,
 Y allá en tus faldas suena
 Lluvioso invierno cano,
 Y donde eres al cielo cama dura,
 Das á Guadalquivir cuna en Segura.
 Por de más alto vuelo,
 Te codiciara el aguila gloriosa,
 Pues arrimado al cielo,
 Lo que no pudo él osa.
 Sobre Olimpo nos muestras por momentos

Las determinaciones de los vientos;
Escondes á la vista
El yelmo con que Júpiter Tonante,
Armado en la conquista,
Si no te vió triunfante,
Te vió valiente y animoso, y vemos
Que hoy le arriman escalas tus extremos,
Coronado de pinos
El cerco blanco de la luna enramas,
Y en los astros divinos,
Que son etéreas llamas,
Te enciendes por turbar antiguas paces,
Y al cielo vecindad medrosa haces,
Son parto de tus peñas
Mundo y Guadalquivir, famosos rios;
Y luégo los despeñas,
Por altos montes frios,
Dé tan soberbios y ásperos lugares,
Que parece que llueves los que pares.
Baja recien nacido
Guadalquivir, y llega tan cansado,
Que le ve encanecido
En su niñez el prado,
Con la espuma que hace y con la nieve,
Por duros cerros resbalando leve.
Ceñido en breve orilla
Llega á tomar el cetro de los rios,
Y en cercando á Sevilla,
Le coronan navíos;
Por ser tan noble su primera fuente,
Que es de los cielos alto descendiente.
Con pasos perezosos
Al mar camina, como va á la muerte,
Y en senos procelosos
Por tributo se vierte,
Donde yace del golfo respetado
Por lo que en él Belisa se ha mirado.

XVII.

El Escarmiento.

CANCIÓN.

¡Oh, tú que inadvertido peregrinas
De osado monte cumbres desdeñosas,
Que igualmente vecinas
Tienen á las estrellas sospechosas:
O ya confuso vayas
Buscando el cielo, que robustas hayas
Te esconde en las hojas:
O la alma aprisionada de congojas
Alivies y consueles,
O con el vario pensamiento vuelés;
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida,
Envidia de aquel prado la hermosura;
Deten el paso y tu camino óvida.
Y el duro intento, que te arrastra, deja.
Mientras vivo escarmiento te aconseja.
En la que oscura ves, cueva espantosa.
Sepulcro de los tiempos que han pasado.
Mi espíritu reposa
Dentro en mi propio cuerpo sepulta lo:
Pues mis bienes perdidos
Sólo han dejado en mí fuego y gemidos,
Victorias de aquel ceño,
Que, con la muerte, me libró del sueño.
De bienes de la tierra,
Y gozo blanda paz tras dura guerra.
Hurtado para siempre á la grandeza,

Al envidioso polvo cortesano,
Al inicuo poder de la riqueza,
Al lisonjero adulator tirano;
Dichoso yo que fuera de este abismo,
Vivo me soy sepulcro de mí mismo.
Estas mojadas, nunca enjutas ropas,
Estas no escarmentadas y deshechas
Velas, proas y popas,
Estos hierros molestos, estas flechas,
Estos lázos y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Lamentables despojos,
Desprecio del naufragio de mis ojos,
Recuerdos despreciados,
Son para más dolor bienes pasados.
Fué tiempo que me vió quien hoy me llora,
Burlar de la verdad, y escarmiento,
Y ya, quiérelo Dios, llegó la hora
Que debó mi discurso á mi tormento.
Ved cómo y cuán en breve el gusto acaba,
Pues suspira por mí quien me envidiaba.
Aun á la muerte vine por rodeos,
Que se hace de rogar, ó dá sus veces
A mis propios deseos;
Mas ya que son mis desengaños jueces,
Aquí solo conmigo
La angosta senda de los sabios sigo,
Donde gloriosamente
Desprecio la ambicion de lo presente.
No lloro lo pasado,
Ni lo que ha de venir me da cuidado,
Y mi loca esperanza, siempre verde,
Que sobre el pensamiento voló ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca puede estar de puro cana.
Aquí del primer hombre despojado,
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos que han de beber, fresnos ojosos,

La roja sangre de la dura guerra;
Estos olmos hermosos,
A quien esposa vid abraza, y cierra
De la sed de los días,
Guardan con sombras las corrientes frías:
Y en esta dura sierra
Los agradecimientos de la tierra
Con mi labor cansada,
Me entretienen la vida fatigada.
Orfeo del aire el ruiseñor parece,
Y ramillete músico el jilguero:
Cosuelo aquél en su dolor me ofrece,
Este animal se muestra lisonjero;
Duermo por cama en este suelo duro
Si ménos blando sueño, más seguro;
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al turco la ambicion armada:
No en larga centinela
Al sueño inobediente con pagada
Sangre, y salud vendida,
Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
Con la codicia, y la esperanza ciego,
Por acabar diligente
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La fenix en Arabia temerosa,
Ni á ultraje de mis leños apercibe
El mar su inobediencia peligrosa;
Vivo como hombre que viviendo muero,
Por desembarazar el día postrero;
Llenos de paz serena mis sentidos,
Y la córte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Apetitos de ley desordenada.
Por límite á mis penas,
Aguardo que desate de mis venas
La muerte prevenida,

La alma que anudada está en la vida;
Disimulando horrores
A esta prision de miedos y dolores,
A este polvo soberbio y presumido,
Ambiciosa ceniza, sepultura
Portátil, que conmigo la he traído,
Sin dejarme contar hora segura.
Nací muriendo, y he vivido ciego,
Y nunca al cabo de mi muerte llego.
Tú, pues, ¡oh caminante! que me escuchas,
Si pretendes salir con la victoria
Del monstro con quien luchas,
Harás que se adelante tu memoria
A recibir la muerte,
Que obscura y muda viene á deshacerte.
No hagas de otro caso,
Pues se huye la vida paso á paso:
Y en mentidos placeres,
Muriendo naces y viviendo mueres.
Cánsate ya ¡oh mortal! de fatigarte,
En adquirir riquezas y tesoro,
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te dejarán la plata y oro:
Vive para tí sólo, si pudieres,
Pues sólo para tí si mueres, mueres.

XVIII.

Muere infeliz y ausente Joylio.

Voy me por altos montes paso á paso
Llorando mis verdades,
Que el fuego ardiente y dulce en que me abraso,
Sólo le fio de estas soledades:

De donde nace á cada pié que nuevo,
 De antiguo amor un pensamiento nuevo.
 Deja de mormurar ¡oh clara fuente!
 Y tú, famoso rio,
 Castigada la soberbia de Mimante;
 Tú, Etna, que en incendios desatado
 Das magnífico túmulo al gigante.
 Todos con tantas llamas como penas,
 Mirad vuestros volcanes en mis venas.
 O vosotrós, que en puntas desiguales
 Ceño del mundo sois, Alpes sombríos,
 Que amenazais soberbios los umbrales
 De la córte del fuego siempre frios:
 O Cáucaso vestido de cristales,
 Y Pirineos, padres de los ríos,
 Todos con vuestra nieve y estatura,
 Medid mi mal, su yelo y desventura.
 Tú, que del agua yaces desdeñado,
 Con ser burlado en fuente sumergido.
 Tú, que á sólo bajar subes cargado,
 Y tú, por los peñascos extendido,
 Para eterno alimento condenado,
 Del hambriento martirio, cebo y nido;
 Todos venid ¡oh pueblos macilentos!
 Vereisme remedar vuestros tormentos.

XIX.

Ausía de amante porflado.

¡Oh Floris! ¿quién pudiera
 Mudar su pena, trasladar su llanto,
 Del sacro Guadalen á la ribera;
 Donde una vez los ojos, otra el canto,

Pararon y crecieron ese río,
Méno de las montañas, que no mío?
El arroyo más blando
De mi justo dolor reprehendido.
Deja de murmurar, y va llorando,
Y aprende entre las guijas mi gemido,
Y el céfiro jugando entre las hojas,
Contrahe mis quejas y congojas.
El clarín de la aurora,
Lira de las florestas, y armonía,
La voz de Abril y Mayo más sonora,
El contrapunto de la luz del día,
Oyendo las desdichas que pregonó,
Muda la letra, y entristece el tono.
La habla de los huecos,
Y la palabra amante sincopada,
Que responden corteses en los ecos
Estos benignos montes porfiada,
Viendo la sinrazón que me desvela.
De parte de los montes me consuela.
Aquí vivo amarrado
A la memoria de mi bien perdido,
A esperanza sin suelo condenado,
Y al duro remo del temor asido.
Y en estado tan mísero me veo,
Por sólo un sacrilegio del deseo.
Las mentiras del sueño
Aun tiene acobardada mi ventura,
Pues por hacer lisonja á mi dueño,
No se atreve á mentirme su hermosura,
Y por decreto de uno y otro cielo,
Duermo amenazas, y desdichas velo.
Sedienta y desvelada
Tengo la vista, sin poder hartarse
Del llanto mismo en que se ve anegada;
Ni puede arrepentirse, ni quejarse,
Ni yo puedo vivir en mal tan fuerte,
Ni acabo de morir en tanta muerte,

La primer moradora
 Del mundo, sombra ciega, noche avara,
 Del miedo y la traicion madre y autora.
 La que al abismo arrebozó la cara,
 Cumple extendida por el alma mia
 Destierro negro de la luz del dia.
 Aquel hijo bastardo,
 De prudencia cobarde, y mentirosa,
 Consejero de amor caduco y tardo,
 Miedo que ni remedia ni reposa,
 Tiene sin libertad, puesto en cadenas,
 Mi pobre corazon deshecho en penas.
 Creí que no debiera
 Señas cuanto divinas, engañosas,
 Halagos venenosos en una fiera,
 Y en ondas de oro Circes mentirosas.
 ¿Mas qué bárbaro habrá de ley tan fea.
 Que á quien por Diós adora, no le crea?
 Cuando á pesar del hado
 Perezosa traerás ¡oh muerte fria!
 Lo que te ruego más hoy desdichado,
 Y venturoso lo que más temía:
 Y tu brazo, que siempre es riguroso,
 ¿Dará á mi padecer blando reposo?

XX.

Al jabalí á quien dió muerte con una bala la serenísima infanta doña Maria, despues reina de Hungría y emperatriz de Alemania.

Tu blason de los bosques,
 Erizada amenaza de los cerros,
 Temeroso escarmiento de los perros,

Que con las medias lunas espumosas
 De marfil belicoso, y delincuente,
 Más cortó sí, mas no ménos valiente,
 Su latir porfiado despreciabas,
 Cuando las diligencias del olfato,
 Que no pudiste desmentir burlabas,
 Pues nunca del venablo, y del sabueso
 El hierro calentaste,
 El ladrillo mojaste,
 Ni fué el lebrél aplauso tu suceso,
 Y en el cerco de telas
 Al cañamo burlaste las cautelas;
 Guardando desvelado,
 Si no con providencia, con cuidado,
 Tu corazón por víctima del fuego,
 Que al sol tiene envidioso, pobre y ciego,
 Que con desden abrasará la esfera,
 Cuya lumbre desprecia
 Para ceniza á Jove soberano,
 Para centella el rayo de su mano;
 Fué ocupacion tu muerte
 De todos los desvelos:
 De la fortuna y de la buena suerte,
 Pues que se embarazaron tantos cielos
 En acabar tu vida,
 Que nació de la bala y de la herida.
 No blasonó Pithon, monstruo primero,
 De su muertepreciado
 Tan gran autor, ni tanto
 Precio fué en Erimanto
 El trabajo de Alcides,
 Igual á las columnas y á las lides.
 Osó un tiempo Atlanta
 Herir el jabalí, que en Calidonia,
 La venerable antigüedad de aquella
 Selva tan religiosa, como santa,
 Desacreditó fiero;
 Mas el golpe primero

Hizo con Meleagro
Lo que en tí la belleza y el milagro.
Ya que le fué negada
A tu alma la gloria, le fué dada
A tu muerte, pues yaces, ántes gozas
En tu fin más honor y más ventura,
Que á César supo dar su sepultura.
Las niñeces del año
Fabricaron el túmulo de flores,
Encendiéronle luces los amores,
De Tajo te aclamaron las crecientes,
Y mormuró tus dichas con sus fuentes:
Y á falta de otra lumbre más hermosa,
La alteza soberana
Que te logró la vida;
Llamaré sol, pues todo el sol del cielo
Mendiga luz, si quiere introducirse
A ser en su cabeza sólo un pelo.
Llegaste á merecer que te mirase,
Con suspension, la majestad más bella,
Que aún no merece el mundo por señora,
Y que solicitase
Acierto para tí, que divertido
En mirar el peligro más hermoso,
Atendiendo cortés y generoso,
Que la bala venía
Encaminada por aquellos ojos,
Que pueden alargar la vida al día.
Y alzarse con los términos del sueño,
Y amanecer á la tiniebla el ceño,
Desmintiendo tu nombre y tu fiereza,
Juzgaste que la gracia y la belleza,
Que apuntaba la bala prevenida
A tu glorioso ultraje,
Sólo comunicándola de paso,
Pudiera convertir la muerte en vida.
Y con morir no padeciste engaño,
Pues siendo de las fieras

La más torpe y más bruta,
Escándalo de todas las riberas,
La mano que desata
Tu vida de las venas,
Te da razon para morir ufana,
Y con envidia de la muerte humana,
Eternidad sin penas.
Aunque viste turbado
El gozo de tu muerte,
Pues al poner la mira para verte,
Cerrado el un incendio de su cara,
Asegurando el tiro,
Empobreció de los cielos y tierra,
Y en los últimos trances de esta guerra
Te culpó en el morir de perezoso,
Pues espirar del gozo de apuntada,
Era copiar la muerte á los amores,
Y morir de acertada.
Fué tardanza grosera,
Pues infama tal muerte, quien la espera;
Que morir del amago de la vista,
Fuera, aunque no es de brutos animales,
Morir como las almas racionales.
Desperdiciara tal error tal vida,
Si la bala advertida,
Que un corazon hallaba solamente,
En tu pecho valiente,
Para poder cumplir con las dos luces,
Que en tu fin por tu bien se embarazaron,
No le partiera en dos hallando hechas
Sus alas con las plumas de sus flechas;
Y el toro, que con piel y frente de oro,
Rumia en el campo azul pasto luciente,
Gastando en remolinos un tesoro,
Cuando Mayo es corona de su frente,
Te dió lugar en el eterno coro;
Donde clavado imágen siempre ardiente
Se vea, ni ofendida ni adúlada.

La luna en tus colmillos duplicada.
 Y Vénus, despreciada, y ofendida
 Más de quien te mató, que de tu herida;
 Y en tu recordación, y tu memoria,
 Mayo cediendo al hecho peregrino
 De Abril adoptará nombre latino,
 Que pronuncie tu gloria.
 Y el vulgo de pastores,
 Y el lucido escuadron de cazadores,
 Que Pan gobierna rústico, y Diana
 Ordena soberana,
 Al tronco en que fijada
 Tu testa fuere, honor de monte y prado,
 Dignidad á la puerta del cercado,
 Tal letra escribirán al caminante:
 «No pases adelante,
 Invidia tal fiereza
 Los méritos, mejor diré la dicha,
 De inclinar á su muerte tanta alteza:
 Pues dió atencion benigna la belleza
 Mayor que fabricaron las esferas
 A sus ánsias postreras,
 Y vete, pues, que debes á tus ojos
 Tanto como á fortuna sus despojos.»

XXI.

Describe una recreacion y casa de campo de un va-
 lido de los señores Reyes Católicos don Fernando
 y doña Isabel.

Este de los demás sitios Narciso,
 Que de sí enamorado
 Sustituye á la vista el Paraíso,

Adonde dotó el año culto el prado,
Cuanto elegante el sol produce y cierra,
Parte del cielo que cayó en la tierra:
Adonde, con viviente astrología,
Los ojos de la noche pinta el día,
En quien las flores y las rosas bellas
Dan retrato y envidia á las estrellas,
Pues cada hoja resplandece rayo,
Y cada tronco por Abril es mayo.
Donde para vestir de verde obscuro
Cuatro álamos de Alcides,
Fecundó matrimonio de las vides,
El gasto de esmeralda es de manera
Que se empeña en vestirlos primavera:
Aquí, encendido en hermosura el suelo,
Se pisa valles y le goza cielo,
En quien reina el verano
De las horas tirano,
Y alterando á los tiempos el gobierno,
De traje y condicion muda el invierno,
Pues sus jardines en su cumbre breve
De mosqueta los nieva, no de nieve.
Sus calles, que envejecen azucenas
De fragante vejez se muestran llenas,
Y el jazmin, que de leche perfumado
Es estrella olorosa,
Y en la huerta espaciosa
El oido de sus hojas en el suelo
La via láctea contrahace al cielo,
Que, á ser mayor, sin duda en los verjeles
Despreciara el piropo á los claveles;
Allí se ve el jacinto presumido
Reinar enternecido,
Libro escrito con sangre enamorada,
Que razona con hojas
En hojas de las hojas,
Que canceló el amor con sus arpones,
Adonde los colores son razones:

Aquí la fuente corre bien hallada,
Tal vez canta en las guijas, tal suspira,
Y en traje de corriente suena lira.
Músico ramillete,
Es el jilguero en una flor cantora,
Es el clarín de la pluma de la aurora,
Que por oír al ruiseñor que canta,
Madruga y se desvela,
Y el Orfeo que vuela,
Y cierra en breve espacio de garganta
Cítaras, y vigüelas, y sirenas,
Oyese mucho, y se discierne apénas.
Pues átomo volante,
Pluma con voz, y silva vigilante,
Es órgano de plumas adornado.
Una pluma canora, un canto alado,
El consuelo, que sus voces deja
A Floris, se convida como abeja.
Que la caza en lo ameno de estas faldas,
Se alimenta de flores y guirnaldas,
Desprecia por vulgares los tomillos,
Dejando los olores que presumen
Por pomos, que los vientos los sahumen.
Y la perdiz, que, ensangrentado el aire
Con el purpúreo vuelo,
De sabroso coral matiza el suelo,
Ya pájaro rubí con el reclamo,
Lisonja del ribazo,
Murice volador esmalta el lazo,
Y tal vez por el plomo que la alcanza,
Con nombre de sus hijos disfrazado,
En globos enemigos,
Ya golosina ofrece sus castigos,
Y en la mesa es trofeo,
Quien fué llanto en la mesa de Tereo,
Y lisonjero á Vénus por hermoso.
Y á la muerte de Adonis, religioso,
No admite por memoria de su vida

El bosque al jabalí por homicida,
Que sabe este distrito
Ser fértil como hermoso sin delito;
Consejo tan honesto
Se le dió aquel castillo,
Que batió de bárbaros guerreros;
Es proceso de infames comuneros,
En quien las faltas de su fé traidora
Se cuentan, y se exaltan
En las piedras y almenas que le faltan.
Aquí reconocido
Don Gonzalo Chacon, esclarecido,
Palacio fabricó sublime y claro,
Donde aquel maridaje al mundo raro,
De Isabel y Fernando descansase.
Fernando, aquel monarca cuyo seso
Burló los escuadrones,
Y á todas las naciones
Fué lazo alguna vez, alguna peso.
Isabel, reina, en quien se vieron todos
Heredar y exceder los reyes godos.
Este palacio eterno padron sea,
Que ameno y rico el fin del mundo vea,
A pesar de mudanzas y diluvios;
Y blason del señor de Casarrubios,
Haberle edificado,
Y haber sido privado,
Con tan grande alabanza,
De rey, cuya privanza
La alma califica,
Y hace la vida afortunada y rica;
Pues es cosa constante,
Que busca la aficion su semejante.
Verdad es que á su rey, y á don Gonzalo,
Con gloria y con respeto los igualo.

XXII.

Quéjase del rigor de una hermosura, que no le miró por mirar á un hombre muerto, que tenían en público para que le reconociesen.

Muere porque le mires,
Aminta, un pobre vivo,
Y tú, sordo peñasco, exento, altivo,
En donde la piedad nunca halló puerto,
Miras un pobre muerto.
Pero el Dios que venganzas
Contra el rigor conjura,
Los milagros le niega á tu hermosura,
Y todo su poder desacredita,
Pues ni el favor al muerto resucita,
Ni tus desdenes dan la muerte al vivo.
Poco pudo lo esquivo,
Ménos pudo el agrado,
Pues vemos han quedado,
A pesar de piedad tan homicida,
Uno en la sepultura, otro en la vida.
Si el muerto, Aminta, no murió de verte,
No mereció tus ojos en su muerte;
Y el vivo, que no muere despreciado
Y no compra con muerte el ser mirado,
Pues sólo al muerto das el rostro hermoso,
No merece morir aun de envidioso.
Y sin justicia tu beldad prefiere
El muerto al que se muere,
Si no tiene por gloria su trofeo,
Los muertos del dolor, no del deseo.
Con que está averiguado

De tu condicion dura,
Que para ser lisonja tu hermosura,
Ha de ser uno muerto y condenado.
Mal reparten tu vista tus enojos,
Pues siendo muchos cielos tus dos ojos,
Inclinados á guerra,
Dan al cuerpo en la tierra,
Lo que en triunfos y palmas,
La predestinacion guarda á las almas,
Si ya no quieres, rica de presagios,
Introducir tus ojos en sufragios;
Y ojos, que con la gloria andan en puntos,
Bien presumen premiar á los difuntos.
Pero aunque seas avara de tus bienes,
Disculpa, Aminta, tienes,
Cuando con belicosas luces miras,
Y todo el firmamento en flechas tiras,
Gastando en combatir los corazones,
El sol y el cielo, en hierros y en harpones;
Y aunque la invidia enfurecerme pudo,
Que miras lo que haces no lo dudo;
Pues si con el mirar vidas deshaces,
Y yo de amor lo estaba,
Cuando mirar al otro te miraba,
Imaginar podia,
Que ya de mi victoria
Ninguna gloria tu desden crecia,
Y era mayor hazaña
Que repetir heridas en un muerto,
Reducir á piedad tu esquivada saña.

XXIII.

Al tiempo, enamorada, invocando su valentia contra el rigor de su mal.

Tiempo, que todo lo mudas,
Tú, que con las horas breves,
Lo que nos distes nos quitas,
Lo que llevas te nos vuelves;
Tú, que, con los mismos pasos,
Que cielos y estreilas mueves,
En la casa de la vida,
Pisas umbral de la muerte;
Tú, que de vengar agravios
Te precias como valiente,
Pues castigas hermosuras
Por satisfacer desdenes;
Tú, lastimoso alquimista,
Pues del ébano que tuerces,
Haciendo plata las hebras
A sus dueños empobreces;
Tú, que, con pies desiguales,
Pisas del mundo las leyes,
Cuya sed bebe los rios,
Que su arena no los siente;
Tú, que de monarcas grandes
Llevas en los pies las frentes;
Tú, que das muerte y das vida
A la vida y á la muerte;
Si quieres que yo idolatre
En tu guadaña insolente,
En tus dolorosas canas,
En tus alas y tu sierpe;

Si quisieras que te conozcan,
Si gustas que te confiesen
Con devocion temerosa,
Por tirano omnipotente;
Dá fin á mis desventuras,
Pues á presumir se atreven
Que tus dias y tus años
Pueden ser inobedientes.
Serán ceniza en tus manos,
Cuando en ellas los aprietes,
Los montes y la soberbia,
Que los corona las sienes.
Y será bien que un cuidado
Tan porñado cuan fuerte,
Se ría de tus bazañas,
Y vitorioso se quede.
Por qué dos ojos avaros
De la riqueza que pierden,
Han de tener á los míos
Sin que el sueño los encuentre?
Y por qué mi libertad
Aprisionada ha de verse,
Donde el ladron es la cárcel
Y su juez el delincuente?
Enmendar la ostinacion
De un espíritu inclemente,
Entretener los ardores
De un corazon que arde siempre?
Descansar unos deseos,
Que viven eternamente
Hechos martirio del alma,
Dondé están porque los tiene?
Reprender la memoria,
Que, con los posados bienes,
Como traidora, á mi gusto
A espaldas vueltas me hiere?
Castigar mi entendimiento,
Que en discursos diferentes,

Siendo su patria mi alma,
 La quiere abrasar aleve?
 Estas sí que son hazañas
 Debidas á tus laureles,
 Y no estar pintando flores,
 Y madurando las mieses.
 Poca hazaña es deshojar
 Los árboles por noviembre,
 Pues con desprecio los vientos
 Llevarse los troncos suelen.
 Descuídате con las rosas,
 Que en su parto se envejecen,
 Y la fuerza de tus horas
 En mayor cosa se muestre.
 Tiempo venerable y cano,
 Pues tu edad no lo consiente,
 Déjate de niñerías,
 A grandes hechos atiende.

XXIV.

El pincel.

Tú, si en cuerpo pequeño
 E es, pincel, competidor valiente
 De la naturaleza,
 Hácete la arte dueño
 De cuanto vive y siente
 Tuya es la gala, el precio y la belleza;
 Tú en miendas de la muerte
 La envidia, y restituyes ingenioso
 Cuanto borra cruel. Eres tan fuerte,
 Eres tan poderoso,
 Que en desprecio del tiempo y de sus leyes,
 Y de la antigüedad ciega y obscura

Del seno de la edad más apartada,
Restituyes los príncipes y reyes,
Y la alta majestad y la hermosura,
Que huyó de la memoria sepultada.
Por tí, por tus conciertos,
Comunican los vivos con los muertos.
Y á lo que fué en el día,
A quien para volver niega la hora,
Camino y pasos, eres pies y guía,
Con que la ley del mundo se mejora;
Por tí el breve presente
Que apenas ve la espalda del pasado,
Que huye de la vida arrebatado,
La comunica, y trata frente á frente.
Los césares se fueron
A no volver: los reyes y monarcas
El postrer paso irrevocable dieron;
Y siendo ya desprecio de las parcas,
En manos de Protógenes y Apeles,
En nuevo parto de ingeniosa vida,
Su postrer padre fuistes los pinceles.
Que ciudad tan remota y escondida
Dividen altos mares,
Que por merced cortés de sus dolores,
No la paseen los ojos,
Gozando su hermosura y sus despojos?
Y en todos sus lugares
Son, con solo mirar, habitantes.
Y los golfos temidos,
Que hacen oír al cielo sus gemidos,
Sin estrella navegan,
Y á todas partes sin tormenta llegan.
Tú dispensas las leyes y jornadas,
Pues todas las provincias apartadas
Con blando movimiento,
En sus círculos breves,
Las camina la vista en un momento,
Y tú sólo te atreves

A engañar los mortales de manera,
Que del lienzo y la tabla lisonjera,
Aguardan los sentidos que les quitas,
Cuan lo hermosas cautelas acreditas.
Vióse más de una vez naturaleza
De animar lo pintado codiciosa,
Confesóse invidiosa
De tí, docto pincel, que la enseñaste,
En sutil lienzo estrecho,
Como hiciera mejor lo que había hecho.
Tú solo despreciaste
Los conciertos del año, y el gobierno,
Y las leyes del día,
Pues las flores de abril das al invierno.
Y en mayo, con la nieve blanca y fría,
Los montes encaneces.
Ya se vió muchas veces,
¡Oh pincel poderoso, en docta mano,
Mentir almas los lienzos de Ticiano.
Entre sus dedos vimos
Nacer segunda vez, y más hermosa
Sultana, mujer de un gran turco,
Aquella sin igual lozana rosa,
Que tantas veces á la fama oímos.
Dos le hizo de una,
Doblando lisonjero su cuida io,
Al que fiado en sólo su fortuna
Trae por día luna blanca me lia luna,
Del cielo á quien ofende coronado,
Contigo Urbino y Angel tales fueron,
Que hasta sus pensamientos los criaron.
Pues cuando los pintaron
Vida y alma les dieron.
Y el famoso español, que no hablaba
Por dar su voz al lienzo que pintaba;
Y por tí el gran Velazquez ha podido,
Diestro cuanto ingenioso,
Así animar lo hermoso,

Así dar á lo mórbido sentido
Con las manchas distantes,
Que son verdad en él, no semejantes,
Si los efectos pinta;
Y de la tabla leve
Huye bulto la tinta, desmentido
De la mano el relieve.
Y si en copia aparente
Retrata algun semblante, y ya viviente
No le puede dejar lo colorido,
Que tanto quedó parecido,
Que se niega pintado, y al reflejo
Te atribuye que imita en el espejo.
En un naípe también te ví atrevido,
¡Oh pincel! á criar en los cabellos
De Lísida oro fino,
Y luego estrellas en sus ojos bellos,
En sus mejillas flores,
Primavera y jardín de los amores:
Y en su boca las perlas,
Riendo de quien piensa merecerlas.
Así, que fué contigo docta mano
En trenzas, ojos, dientes y mejillas,
indias, cielo y verano,
Escondiendo más altas maravillas,
U de invidioso de ellas,
U de piedad del que llegase á vellas.
Por tí el lienzo suspira,
Y sin sentidos, mira, habla, escucha,
Y por vencerlos lucha
Tú sabes sacar lágrimas y llanto
De la ruda madera, y pues tanto,
Que cercas de ira negra las entrañas
Vemos por tí en Lucrecia
La desesperacion que el honor precia,
Y de sangre cubierto
El pecho, sin dolor alguno abierto.
Por tí el que ausente de su amor se aleja,

Lleva (¡oh piedad inmensa!) lo que deja.
En ti se deposita
Lo que la ausencia y lo que el tiempo quita.
Ya fué tiempo que hablaste
Y fuiste á los egipcios lengua muda.
Tú tambien enseñaste
En la primera edad, sencilla y ruda,
Alta filosofía
En doctos jeroglíficos oscuros,
Y los que retiró misterios puros
De ti la religion ciega aprendia.
Y tanto osaste (bien fué dichoso
Atrevimiento el tuyo, y religioso)
Que de aquel ser, que sin principio empieza
Todas las cosas, á que presta vida,
Siendo sólo capaz de su grandeza,
Sin que fuera de si tenga medida;
De aquel que siendo padre
De único parto con fecunda mente,
Sin que en substancia division le cuadre;
Espirando igualmente
De amor correspondido
El espíritu ardiente procedido;
De éste, pues, te atreviste
A examinar hurtada semejanza,
Que de la devocion santa aprendiste.
Tú animas la esperanza,
Y con sombras la alientas;
Cuando lo que en ella busca, representas.
Y a la fe lisonjera,
Que ciega mueve las veloces plantas,
La vista la adelantas,
De lo que cree y espera.
Con imágenes santas
La caridad sus actos ejercita,
En la deidad que tu artificio imita.
A ti deben los ojos

Poder gozar mezclados,
 Los que presenten son, y los pasados.
 Tuya la gloria es, y los despojos,
 Pues breve punta crias,
 Cuanto el sol en el suelo,
 Y cuanto en él los días,
 Y cuanto en ellos trae y lleva el cielo.

XXV.

En alabanza de la pintura de algunos pintores
 españoles.

Y el famoso español, que no hablaba
 Por dar su voz al lienzo que pintaba:
 Por tí Juan de la Cruz docto ha podido,
 Por engañar mis males ingenioso,
 Docto cuanto eminente
 En el rostro de Lisida hermoso,
 En un naípe nacido,
 Criar en sus cabellos
 Oro, y estrellas en sus ojos bellos,
 En sus mejillas flores,
 Primavera y jardín de los amores,
 Y en su boca las perlas
 Huyendo de quien piensa merecerlas.
 Así que fué su mano
 Con trenzas, ojos, dientes y mejillas,
 Indias, cielo y verano,
 Escondiendo más altas maravillas,
 O de invidioso de ellas,
 O de piedad del que llegase á vellas.
 Imitando te pudo,
 El único Morante,
 Con pluma sola en él vivificante,

Animar cuantas cosas
En la tierra produce el cielo hermosas,
Reduciendo a dibujo parecido
Los rasgos y los lazos,
Que en otros son borrones y embarazos,
Formando en confusion de laberintos
Los semblantes distintos,
Con atencion tan rara,
Que cuando en las dos manos se dispara,
Tan véloz obra con los dos extremos,
Que vemos hecho lo que hacer no vemos,
Y aquel noble español, aquel mancebo
Pablo de Villafañe,
Que de los dones de Minerva y Febo,
No hay virtud que la suya no acompañe;
Aquel con los puntos de una pluma
Invisibles, visiblemente excede,
Cuanto en dibujo puede,
Secundando de tinta los semblantes,
Que socorridos de colores varios,
No igualaran Apeles ni Timantes,
Cuando en corta vitela,
Que sus lineas recibe,
Nuestra vista percibe
Leguas que peregrina con los léjos,
Sin sombra ni reflejos,
En quien el aire tan sutil se apura,
Que los ojos le ven por conjetura.
Adonde no llegaron los sutiles
Biex, Paser; ni Galo, ni Durero
Con plumas ó buriles:
Pues aún el pensamiento
Muestra cuando le alcanza desaliento.
Por tí honor de Sevilla,
El docto, el erudito, el virtuoso
Pacheco, con el lápiz ingenioso
Guarda aquellos borrones
Que honraron las naciones,

Sin que la semejanza
A los colores deba su alabanza,
Que del carbon y plomo parecida
Reciben semejanza, y alma, y vida.
Segundo padre de escritores claros,
Pues sus dibujos raros
Los dan segundo sér tan verdadero,
Que no teme la muerte del primero,
Por tí el lienzo suspira;
Y sin sentidos mira:
Tú sabes sacar lágrimas, y llanto
De la ruda madera, y puedes tanto,
Que cercas de ira negra las entrañas
De Aquiles, y amenazas con sus manos
De nuevo á los troyanos,
Que sin peligro, y con ingenio engañas,
Vemos por tí en Lucrecia
La desesperacion que el honor precia,
Y de sangre cubierto
El pecho, sin dolor ninguno abierto.
Por tí el que ausente de su amor se aleja,
Lleva ¡oh piedad inmensa! lo que deja;
En tí se deposita
Lo que el ausencia y lo que el tiempo quita.
Ya fué tiempo que hablaste,
Y fuiste á los Egiptos lengua muda:
Tú tambien enseñaste
En la primera edad sencilla y ruda,
Alta filosofia
En doctos geroglíficos oscuros,
Y los misterios puros
De tí la religion pura aprendía.
Y tanto osaste, bien fué dichoso
Atrevimiento el tuyo, y religioso,
Que de aquel sér que sin principio empieza,
Todas las cosas á que presta vida,
Siendo sólo capaz de su grandeza,
Sin que fuera de sí tenga medida,

De que ántes de criar cielo y abismo,
Fué huésped y hospedaje de sí mismo,
De aquel que siendo padre
De único parto con fecunda mente,
Sin que en sustancia division le cuadre,
Esperando igualmente
De amor correspondido
El espíritu ardiente procedido:
De este, pues, te atreviste
A examinar hurtada semejanza,
Que de la devocion sacra aprendiste.
Tú animas la esperanza,
Y con sombra la alientas,
Cuando lo que allá buscas representa,
Y á la fe lisonjera,
Que ciega mueve las veloces plantas,
La vista como puedes la adelantas
De lo que cree y espera
Con imágenes santas,
La caridad sus actos ejercita
En la deidad que tu artificio imita;
A ti deben los ojos
Poder gozar mezclados
Los que presentes son y los pasados.
Tuya la gloria es y los despojos,
Pues breve punta en los colores crias,
Cuanto el sol en el suelo,
Y cuanto en él los días,
Y cuanto en ellos trae y lleva el cielo.

XXVI.

A don Jerónimo de Mata, en el libro de las tristezas de Amarilis.

ESTROPHE.

Sigue la disposicion de las odas de Pindaro.

El instrumento artifice de muros,
Que con acentos puros
Sonoros fabricó con cuerdas nuevas
El miedo al mundo; y á la muralla á Thebas;
El que del ancho mar en los confines,
Primero domador fué de delfines
Jinete de los golfos, y el primero,
Que introdujo en el mar caballeria,
Domando escamas en el Ponto fiero;
Tanto pudo la voz y la armonia
Del mancebo de Tracia,
Que tanto á las corrientes cayó en gracia,
Que el cristal diligente emperezaron,
Y su curso en su lira aprisionaron.
A quien los montes fueron auditorio,
Y séquito y aplauso el territorio,
Cuya lira en el cielo,
Querellosa del suelo,
Sonora resplandece,
Resplandeciente suena, y aparece
Con ardiente armonia
De canoras estrellas fabricada,
Divirtiendo en las sombras regalada
Con acentos de luz la ausencia al día.

ANASTROPHE.

Méenos que la voz hicieron.
 Señas de vuestra mano al mundo dieron:
 Si en vuestra lira, Mata generoso,
 Halla el amor reposo,
 Y sueño los cuidados.
 Siempre en ojos amantes desvelados:
 Olvido los dolores,
 Tregua los invidiosos amadores,
 Y mágico sonoro bien seguro,
 Con fuerza de conjuro
 Las almas, que susj ende en los vivientes,
 Traslada á los peñascos y á las fuentes;
 Y con cuerdas sirenas
 Adorinece las penas.
 Bien con voz dolorosa pudo Orpíico;
 Por divertir su ausencia y su desco,
 Músico suspender, regalar tierno
 Las penas del infierno;
 Mas vos en Amarílis desdichada,
 Con voz más dulce, y cuerda más templada,
 Suspendeis, tanto el cielo honraros quiso,
 El infierno en el propio Paraíso.

EPÍDOS.

El rey de ríos, líquido monarca
 De sus arenas midas cristalino,
 Muro cortés, que la ciudad abarca,
 Y no la ciñe por dejar camino;
 Tajo, que nace fuente,
 De pinos coronada cuna y frente,

Para morir glorioso,
 Ya remedando el piélagos espantoso,
 Dentro del monumento de los rios,
 Mal dulce coronada de navíos;
 Bien al Hebro imitara,
 Y á escucharos volviera y se parara,
 Mas de las aguas súyas generosas,
 Por volveros á oír las que pasaron,
 Dan priesa á las que vienen codiciosas,
 Y éstas á las primeras que llegaron,
 Y ellas á las que os oyen, de manera
 Que á sí misma se estorba la ribera.
 Dichosa tú que fuiste desdichada
 Para ser tan dichosa.
 Ya escrita, ya cantada:
 En verso culta, y elegante en prosa.
 Pues pudiera. Amarilis, tu belleza
 (Tan feliz desventura padeciste
 De no haber sido triste,
 Tener mayor tristeza,
 Y así debes, señora,
 De tu tristeza estar alegre agora.

XXVII.

Cabellos de Aminta, que mandó un médico que se
 los cortasen en un tabardillo, y ella no le obedeció
 Es agradecimiento á Aminta, y reprehende
 al doctor.

Cómo pudiera ser hecho piadoso
 Dar licencia villana al duro acero,
 Para ofender cabello tan hermoso,
 Y quien a tu salud tan lisonjero
 Quiso que el arte suyo se mostrase,

Que por aseguralla la agraviase?
Que si ayudar preten le solamente,
Cuan lo en peligro está naturaleza,
El esparto filósofo prudente,
Como quien su tesoro y su belleza,
Tejido en esas trenzas las cortaba,
Bien que lo prometiese la ayudaba.
Mal puo ser remedio de tu vida
Cortar todo el honor y precio de ella,
Si se pudiera hallar mano atrevida,
Y sin piedad en casa que es tan bella
Pues cortara en los lazos que celebras
Tantas vidas en ellós como hebras.
El bárbaro deseo del romano,
Que las vidas de todos sobre un cuello,
Quiso ver por cortarlas de su mano,
De un golpe; quien cortara tu cabello,
Se cumpliera cruel, pues de mil modos
Tienen las vidas de él colgando todos.
Estratagema fué, y ardid secreto,
El perseguidor la muerte se cortase
Cabello a quien por lástima y respeto
Era fuerza que aun ella perdonase,
Que ofender tal belleza quien la viera,
Hasta en la muerte atrevimiento fuera.
A su propia salud antépusiste
Cuerda temeridad el conservarle,
Todo lo que merece conociste,
Que fuera no lo hacer desestimarle
Que aun por no te obligar a tal locura,
A sí se corrigió la calentura.
Y cuando medicina tan severa
A mal tan riguroso no se hallara,
La enfermedad de lastima se fuera,
Y la salud de invidia se tornara,
Pues estaba sin duda ya celosa
De ver en tí la enfermedad hermosa.
Si en Absalon fué muerte su cabello,

Bien que gentil, tambien dejar cortalle,
Lo fué para Sanson, y en tí es perdello,
Viniera en los sucesos á imitalle.
Pues murieron en él cuantos le vieron,
Como con el jayan los que estuvieron.
Reine honor de la edad desordenado
Tu cabello sin ley, dándolo al cielo,
No le mire ninguno sin cuidado,
Ni libertad esenta goce el suelo,
Invidia sea del sol, desprecio al oro,
Prision al alma, y al amor tesoro;
La muerte que la humana gloria ultraja
Los venere hasta tanto que los vea,
Blancos ya, del color de la mortaja,
Y cuando edad antigua le posea,
Y de la postrer nieve los corone,
Por lo mucho que han sido los perdone.

XXVIII.

Abomina el abuso de la gala en los disciplinantes,
con que alguno ha quedado ya persuadido, y se
azota retirado; y se podria esperar el mismo
efecto en muchos que lean esta.

Deja la procesion, súbete al paso
higo. toma puesto en la coluna.
Pues va azotando a Dios tu propio paso
Las galas que se quitan sol y luna,
Te vistes. y vilísimo gusano
Afrentas las estrellas una á una.
El habito sacrilego y profano
En el rostro de Cristo juntar quieres
Con la infame saliva, y con la mano.

Con tu sangre le escupes y le hieres,
Con el beso de Judas haces liga,
Y por escarnecer su muerte mueres.
No es accion de piedad, sino enemiga,
A sangre y fuego perseguir á Cristo,
Y quieres que tu pompa se lo diga.
No fué de los demonios tan bien quisto
El que le desnudó para azotalle,
Como en tu cuerpo el traje que hemos visto.
Pues menos de cristiano que de talle,
Preciado con tu sangre malhechora,
La saya azotas hoy de calle en calle.
El sayon que de púrpura colora
Sus miembros soberanos, te dejara
El vil oficio, si te viera agora.
El, mas no Jesucristo descansara,
Pues mudara verdugo solamente,
Que más festivamente le azotara.
El bulto del sayon es mas clemente,
El amaga el azote levantado,
Tú le ejecutas, y el Señor le siente.
Menos vienes galan, que condenado,
Pues de la cruz gracejas con desprecio,
Bailarin y Narciso del peccado.
En tu espalda le hieres tú mas recio,
Que el ministro en las sayas, y contigo
Comparado se muestra menos necio.
El es de Dios, mas no de sí enemigo.
Tú de Dios, y de tí, pues te maltratas,
Teniendo todo el cielo por castigo.
Vestido de ademanes y bravatas,
Nueva afrenta te añades á la historia
De la Pasion de Cristo, que dilatas.
No ves que solamente la memoria
De aquella sangre en que la Virgen pura
Hospedó los imperios de la gloria,
El cerco de la Cruz en sombra oscura
Desmaya la viveza de su dama,

Y apaga de la luna la hermosura?
La noche por los cielos se derrama,
Vistiendo largo luto al firmamento,
El fuego llora, el Oceano brama.
Gime y suspira racional el viento,
Y á falta de afligidos corazones,
Los duros montes hacen sentimiento.
Y tú, cuyos delitos y traiciones
Causan este dolor, das parabienes
De su misma maldad á los sayones?
Recelo que á pedir albricias vienes
De esta fiereza al pueblo endurecido,
Preciado de visajes y vaivenes.
Más te valiera nunca haber nacido
Que aplaudir los tormentos del Cordero,
De quien te vemos lobo, no valido.
La habilidad del diablo considero
En hacer que requiebre con la llaga,
Y por bien azotado un caballero.
Y en ver que el alma entera aquél le paga,
Que capirote y túnica le aprueba,
Mientras viene quien más cadera haga.
Y es invencion de condenarse nueva,
Llevar la penitencia del delito
A mismo infierno que el delito lleva.
Desaliñado llaman al contrito,
Picaro al penitente, y al devoto,
Y sólo tiene séquito el maldito.
Dieron crédito al ruido y terremoto
Los muertos, y salieron lastimados,
Y cuando el templo vé su velo roto,
El velo en que nos muestras tus pecados
Transparentes, se borda y atavía
De la insolencia pública preciados.
Considera que llega el postrer dia
En que de este cadáver que engalanas,
Con asco y miedo la alma se desvia.
Y que de las cenizas, que profanas,

Subes al tribunal, que no recibe
En cuenta calidad y excusas vanas.
Allí verás como tu sangre escribe
Proceso criminal contra tu vida,
Donde es fiscal verdad que siempre vive
Hallaras tu conciencia prevenida
Del grito, á que cerraste las orejas,
Cuando en tu pecho predicó escondida.
Los suspiros, las ansias y las quejas
Abrirán contra tí la negra boca
Con qué podrá tu frente loca
Invocar los azotes del Cordero,
Si de ellos grande número te toca?
A los que Cristo recibió primero,
Juntos verás los que despues le diste,
En competencia del ministro fiero.
A su Madre Santísima añadiste
El octavo dolor, y en sus entrañas
Cuchillo cada abrojo tuyo hiciste.
Acusarante abiertas las montañas,
Las piedras rotas, y á tan gran porfía
Atenderán las furias más extrañas.
Y presto sobre tí verás el día
De Dios, y en tu castigo el desengaño
De tan facinorosa hipocresía:
La justicia de Dios reinará un año.
Y en dos casas verás tus disparates
Llorar su pena, ó padecer su daño.
Cristiano y malo irás á los orates,
Al Santo Oficio irás, si no lo fueres,
Porque si no te enmiendas, te recates.
Y cruenta oblacion de las mujeres,
Vivirás sacrificio de unos ojos,
Que te estiman al paso que te hieres
Y te llevan el alma por despojos.

XXIX.

Alaba la calamidad.

¡Oh tú, del cielo para mí venida,
Dura, más ingeniosa
Calamidad, á Dios agradecida.
Sola, desengañada y religiosa
Merced, con este nombre disfamada,
De mí serás cantada,
Por el conocimiento que te debo;
Y si no fuere docto, será nuevo,
Por lo menos mi canto
Para tí, que naciste al luto y llanto,
A quien da la ignorancia injustas quejas!
Tú, que cuando te vas á logro, dejas
En ajeno dolor acreditado
El escarmiento fácil heredado.
De nadie deseado,
Y á su pesar de muchos padecida,
De pocos conocida,
De menos estimada;
Tú, pues, desconsolada.
Calamidad de inadvertidos llantos,
Flacamente mojados,
Risueña sólo en ojos de los santos;
Tú, hermosamente fea,
Averiguaste lo que á Dios debía
En cautiverio la nacion hebrea.
Por tí la vara tuvo valentía,
Que armó contra el tirano
De maravillas á Moisen la mano,
Al pié, que peregrino y doloroso
El desierto pisaba temeroso;
La columna que ardia,
Que contrahizo al sol, que fingió al día;

Las piedras hizo desatar en fuentes,
 Y vestirse de venas las corrientes;
 Halagó con las nubes los ardores,
 Disimuló con sombra los calores,
 Llovió mantenimiento
 Con maravilla y novedad del viento

ROMANCE.

El Cid acredita su valor contra la invidia de
 cobarde. En lenguaje antiguo.

Estando en cuita y en duelo,
 Denostado de zofrir,
 El Cid al rey don Alfonso
 Fabló en esta guisa, oid:

«Como atendeis los chismes,
 De los que fablan de mí,
 Atendiérades mis quejas;
 Mi sandez tuviera fin.

«No supe vencer la invidia,
 Si supe vencer la lid,
 Pues hoy desfacen mis fechos
 Los dichos de algun malsin.

«Mil vanderas vos he dado,
 Esclavos más de cien mil,
 Y esos que de mí mormuran
 Sólo vos dan que reir:

«Yo, que supe daros reinos,
 Yago desterrado aquí,
 Y convusco junta al lado
 Quien los sabe destruir.

«Menguas ponen en mi houra,
 Que las estodian en sí;

Traidor me llaman á voces,
A vos os toca el mentir.

— Cuando fuian de tizona,
Por ser canalla tan vil.
Todo saldrá en la colada,
De colada no hay fuir.

— En mataros tantos moros,
Cuido que los ofendí,
Dejando huérfanos todos
Los que coloñan al Cid.

— Faced que jozgue mi causa
El valiente, no el sutil,
Que entre plumas y tinteros
Aun Christo vino á morir.

SILVA.

El arroyo.

¡Qué alegre què recibes
Con toda tu corriente
Al sol, en cuya luz bulles y vives,
Hija de antiguo bosque, sacra fuente!
¡Ay! como de tus rubios rayos fias
Tu secreto caudal, tus aguas frías!
Blasonas confiada en el verano,
Y haces bravatas al invierno cano:
No le maltrates, porque en tal camino
Ha de volver, aunque se va enojado;
Y mira que un nuevo sol dorado
Tambien se ha de volver, como se vino.
De paso va por tí la primavera,
Y el invierno, ley es de la alta esfera,
Huéspedes son, no son habitadores
En tí los meses que revuelve el cielo:

Seca con el calor á más el hielo,
Y presa con el hielo, los calores
Confieso que su lumbre te desata
De cárcel transparente,
Que es cristal suelto, y pareció de plata:
Pero temo que ardiente
Viene más a beberte que á librarte:
Y más debes quejarte
Del que empobrece tu corriente clara,
Que no del hielo, que piadoso viendo,
Que te fatigas de ir siempre corriendo,
Porque descanses te congela, y para.

URANIA

MUSA NOVENA.

CANTA POESIAS SAGRADAS, MORALES
Y FÚNEBRES.

SONETOS SACROS.

1.

A Jesucristo Nuestro Señor espirando en la Cruz.

La profecía en su verdad quejarse,
La muerte en el desprecio enriquecerse,
El mar sobre sí propio enfurecerse,
Y una tormenta en otra despeñarse.

Pronunciar su dolor, y lamentarse
El viento entre las peñas al romperse,
Desmayarse la luz, y anochecerse,
Es nombrar vuestro Padre, y declararse.

Mas veros en un leño mal pulido,
Rey en sangrienta púrpura bañado,
Sirviendo de martirio á vuestra Madre.

Dejado de un ladron, de otro seguido,
Tan solo, y pobre á no le haber nombrado,
Dularon, gran Señor, si teneis Padre,

- 2.

**Refiere cuán diferentes fueron las acciones de Cristo
Nuestro Señor y de Adán.**

Adán en Paraiso, vos en huerto,
El puesto en honra, vos en agonía,
El duerme, y vela mal su compañía,
La vuestra duerme, vos orais despierto.

El cometi6 el primero desconcierto,
Vos concertastes nuestro primer dia,
Cáliz bebeis, que vuestro Padre envia,
El comé inobediencia, y vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta,
El del vuestro mantiene nuestra gloria,
Suya la culpa fué, vuestra la afrenta.

El dejó error, y vos dejais memoria,
Aquél fué engaño ciego, y ésta venta.
¡Cuán diferente nos dejais la historia!

3.

**En la muerte de Cristo, contra la dureza del cora-
zon del hombre.**

Pues hoy derrama noche el sentimiento
Por todo el cerco de la lumbre pura,
Y amortecido el sol en sombra obscura,
Da lágrimas al fuego, y voz al viento.

Pues de la muerte el negro encerramiento
Descubre con temblor lá sepultura,
Y el monte, que embaraza la llanura
Del mar cercano se divide atento.

De piedra es hombre duro, de diamante
Tu corazon, pues muerte tan severa
No ánega con tus ojos tu semblante.

Mas no es de piedra, no, que si lo fuera,
De lástima de ver á Dios amante,
Entre las otras piedras se rompiera.

4.

Las piedras hablan con Cristo y dan la razon que
tuvieron para romperse.

Si dádivas quebrantan peñas duras,
La de tu sangre nos quebranta y mueve,
Que en larga copia de tus venas llueve,
Fecundo amor en tus entrañas puras.

Aunque sin alma somos criaturas,
A quien por alma tu dolor se debe,
Viendo que el dia pasa oscuro y breve,
Y que el sol mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu Iglesia fabricaste,
Tanto el linaje nuestro ennobleciste,
Que Dios y hombre piedra te llamaste.

Pretension de ser pan nos diferiste,
Y si á la tentacion se lo negaste,
Al Sacramento en tí lo concediste.

5.

Dice que se quebraron las piedras de invidia de la
Cruz, y acuerda cuando le quisieron apedrear
los judios, y se desapareció.

Con sacrílega mano el insolente
Pueblo de los milagros convencido
Alza las piedras más endurecido
Cuanto el Señor atiende más clemente.

Muera quien el vivir eternamente,
Que se negó á Jacob nos ha ofrecido.

Murieron los profetas, y escondido
Yace Moisés, caudillo el más valiente,

Burló las piedras Cristo que miraron,
Después la cruz del mismo Dios vestida,
Y noche vestidas las estrellas.

Donde todas de invidia se quebraron,
De que para instrumento de la vida
Por un madero las dejase á ellas.

6.

Las piedras á Dios, con el lugar cando Moisen
quebró las piedras en que estaba escrita la ley.

Quando escribiste en el Sagrado cerro
Con tu dedo la ley en la dureza,
Que nos comunicó naturaleza,
Y enternece piedad de tu destierro.

Bajó Moisen, y viendo en el becerro
La adoracion debida á tu grandeza,
Celoso nos rompió, y en su fiereza,
Con los castigos advirtió su yerro.

Dividiónos en piezas enojado,
Mas como desde entónces ley tenemos,
Contigo nos preciamos de tenella.

Y así nosotras mismas nos rompemos,
Sin el Profeta, que es dolor doblado,
Ver despreciar la ley, y al dador de ella.

7.

Porque habiendo muchas madres muerto de lásti-
ma de ver muertos sus hijos, amando Nuestra
Señora más á su Hijo que todas, no murió de
lástima.

El ver correr de Dios la sangre clara
En abundante vena por el suelo,
Que borró el sentimiento todo el cielo,
Y al sol desaliñó cabello y cara,

Ver la generacion dura y avara
Hartarse de venganza en su consuelo;
Oír la grande voz que rompió el velo,
Amaneciendo sombras que declara.

No fué bastante, con afan tan fuerte
A desatar un alma combatida,
Que por los ojos en raudal se vierte.

Pues aunque fué mortal la despedida,
Aun no pudo de lástima dar muerte,
Muerte que sólo fué para dar vida.

8.

A la Concepcion de Nuestra Señora, con la comparacion del mar Bermejo.

Hoy por el mar Bermejo del pecado,
Que en los vados cerúleos espumosos
Sepultó sin piedad los poderosos
Ejércitos del principe obstinado.

Pasa Virgen esento y respetado
Vuestro ser de los golfos procelosos:
Así por los decretos misteriosos
En vuestra concepcion fué decretado.

Quien puede y quiere, con razon colijo,
Hará cuanto á su mano se concede,
Y más que hizo el sol con lo que dijo.

Y pues naciendo en vos, de vos procede,
¿Quién dirá que no quiere siendo hijo?
¿Quién negará que siendo Dios no puede?

9.

A la soberbia y la humildad refiérese lo que Dios
hizo con entrambos en lo ménos y lo más, y en sí
como hombre y Dios, efectos de la humildad de la
soberbia, verificados en la vida de Ntro. Redentor

Tus decretos, Señor, altos y eternos,
Supieron fabricar enamorados
De nada tantos cielos, y enojados
Hicieron de los ángeles infiernos
El polvo de que tú quisiste hacernos
Advertidos nos tiene, y castigados,
Y tus años viviste despreciados,
Más solos, y más pobres los más tiernos.

Cuando naciste humilde te llevaron
Mirra lós reyes, mueres rey, y luego
El tributo te vuelven en bebida.

Para morir, Señor, te coronaron,
Hallas muerte en palacio, guerra y fuego
Y en el pesebre reyes, paz y vida.

10.

Reprehende la insolencia de los que se atreven á preguntar á Dios las causas porque obra y deja de obrar, con estas palabras de San Pablo: *Num quid sigmentum dicit ei, qui se finxit, quid me fecisti sic, an non habet potestatem figulus luti, ex eadem massa facere aliud quidem vas in honorem, aliud in contumeliam?*

Si nunca descortés, preguntó vano
El polvo vuelto en barro peligroso,
Por qué me obraste vil, ó generoso?
Al autor, á la rueda, y á la mano.

El todo presumido de tirano,
A nueve lunas peso congojoso,
Que llamarle gusano temeroso,
Es mortificación para el gusano,

De dónde ha derivado la osadía
De pedir la razon de su destino,
Al que con su palabra encendió el día?

¡Oh humo! ¡oh llama! sigue buen camino,
Que el secreto de Dios no admite espía,
Ni mérito desnudo le previno.

11.

A la soberbia, con el ejemplo de la estatua de Nabuco, muestra que estando derecha fué peligrosa, y vuelta de arriba abajo es segura.

Es la soberbia artífice engañoso,
Da su fábrica pompa y no provecho,
Vé Nabuco la estatua que te ha hecho,
Adyerte el edificio cauteloso.

Hizo la frente de metal precioso,
Armó de plata y bronce cuello y pecho,
Y por trocar con el cimientó el techo,
Los piés obró de barro temeroso.

No alcanzó el oro á ver desde la altura
La guija que rompió con ligereza,
El barro que olvidó rica locura.

El que pusiere el barro en la cabeza,
Y á los piés del metal la masa dura,
Tendrá con hermosura fortaleza.

12.

Retrato al demonio, perifrasedo en el rigor que
cabe en el soneto las palabras de Job, con que le
retrata, cap. II, *Ecce Behemoth*.

No ves á Behemoth, cuyas costillas
Son láminas finísimas de acero,
Cuya boca al Jordan presume entero,
Con un sorbo enjugar fondo y orillas?
Por dientes no le ves blandir cuchillas,
Morder hambriento y quebrantar guerrero,
Que tiene por garganta y tragadero
Del infierno las puertas amarillas?

No ves arder la tierra que pasea,
Y que, como á caduco, tiene en ménos
El abismo que en torno le rodea?

Sus fuerzas sobre todos son venenos,
El es el rey que contra Dios pelea,
Rey de los hijos de soberbia llenos.

13.

Pondera con el suceso de Balán cuanto antes es
Dios obedecido de una mala bestia, que de un mal
ministro.

A maldecir el pueblo en un jumento
Parte Balán, profeta acelerado,
Que á maldecir cualquiera vá alentado,
Tal es el natural nuestro violento.

Dios, que mira del pueblo el detrimento,
Rey en guardar su pueblo desvelado,
Clemente opone a su camino armado,
De su milicia espléndido portento.¹

Obedece el jumento Noel, profeta,
Y cuando mereció premio y regalo,
Más obstinado á caminar le aprieta.

Teme la asnilla al ángel, sufre el palo,
Y halló el cielo obediencia más perfecta
En mala bestia, que en ministro malo.

14.

Per los reyes buenos, de quien murmuran malos
vasallos, muestra cuán antiguo es tapar á los
reyes les ojos con el texto de San Marcos, capi-
tulo XIV: *Et cœperunt quidam conspuere eum
— et velare faciem eius, et colaphis eum cœdere,
et dicere ei: prophetiza.*

Señor, si es el reinar ser escupido,
Y en tu cara lo muestran los escribas,
Qué rey se librará de las salivas
Si las padece el hombre, y Dios ungido?

Tán coronado estás como herido,
Pues que tu frente suda venas vivas,
Golpes y afrentas quieren que recibas,
Y que des gloria al pueblo endurecido.

Llamaste rey, y vëndante los ojos,
Hieren tu faz, y dicen que adivines,
Y en tu sangre descansan sus enojos.

Si tal hacen con Dios vasallos ruines,
En cuál corona faltarán abrojos?
Qué cetro habrá seguro de estos fines?

Sobre las propias palabras de San Marcos, aconsejando á los reyes imiten en esta accion á Cristo.

Llamanle rey, y véndanle los ojos,
Y quieren que adivine, y que no vea,
Cetro le dan que el viento le menea,
La corona de juncos, y de abrojos.

Con tales ceremonias y despojos,
Quiere su rey el reino de Judea,
Que mande en caña, que dolor posca,
Y que ciego padezca sus enojos.

Mas el Señor, que en vara bien armada
De hierro su gobierno justo cierra,
Muestra en su amor clemencia coronada.

La paz compra á su pueblo con su guerra,
En si gasta las puntas, y la espada,
Aprended de él los que regís la tierra.

Pide á Dios le dé lo que le conviene, con sospecha
de sus propios deseos.

Un nuevo corazon, un hombre nuevo
Ha menester, Señor, la ánima mía,
Desnúdame de mí, que ser podría
Que á tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos piés por ciega noche llevo,
Que ya he llegado á aborrecer el dia,
Y temo que hallaré la muerte fria
Envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy. tu imágen, Padre, he sido,
Y si no es tu interés en mí no creo,
Que otra cosa defiende mi partido

Haz lo que pide verme cual me veo;
No lo que pido yo, pues de perdido,
Recato mi salud de mi deseo.

Al rey Baltasar cuando profanó en el convite los vasos sagrados del templo, y vió una mano, comiéndole, que escribía en la pared estas palabras: *Mane, Thecel, Phares.*

De los misterios á los brindis llevas,
¡Oh Baltasar! los vasos mas divinos,
Y de los sacrificios á los vinos,
En que injurias de Dios profano bebas.

¡Que á difamar los cálices te atrevas,
Que viniéron del templo peregrinos,
Juntando á ceremonias desatinos
En la vajilla de blasfemias nuevas!

Después de haber sacrílego bebido
Toda la edad á Baco en urna santa,
Mojado el seso, y húmedo el sentido.

Ver una mano en la pared te espanta,
Habiendo tu garganta merecido,
(No que escriba) que corte tu garganta?

A Cain y Abel. San Pedro Chrisólogo: *Ut esset solum cæli labor faceret, quem primum fecerat lex naturæ, Acuerda aquellas palabras del Génesis: Respexit ad Abel.*

Cain, por más bien visto, tu fiereza
Quitó la vida á Abel, porque ofrecía
A Dios el mejor fruto que tenía,
Como tú lo peor de tu riqueza.

A quien hizo mayor naturaleza,
Hizo la envidia sólo alevosía,
Que á la sangre dió voz, y llanto al día,
A tí condenacion, miedo y tristeza.

Temblando vives y el temblor advierte,
Que aunque mereces muerte por tirano,
Que tiene en despreciarte honra la muerte.

La quijada de fiera, que entre mano,
Sangre inocente de tu padre vierte,
La tuya chupará sobre tu hermano.

19.

Jerem., c. I. *Et factum est verbum domini secundo ad me, dicens: Quid tu vides? Ollam succensam ego video, et faciem eius á facie Aquilonis. Et dixit dominus ad me: ab Aquilone pandetur malum super omnes habitatores terræ, quia ecce ego convocabo omnes cognationes regnorum Aquilonis, ait dominus. Sophonias, c. II. ad finem: Et extendet manum suam super Aquilonem, et perdet Assur. Lamentacion sobre la persecucion que padece la cristiandad de los herejes del Aquilon, conducidos por el Rey de Suecia.*

Los ojos, Hieremias, con que leo
Tus altas y sagradas profecias,
El llanto me los vuelve Hieremias,
Pues hoy la olla que miraste veo.
Hierva la llama, y en volúmen feo,
El humo que consume nuestros dias,
Ciega, y del Aquilon las herejias
Nos acerca por aspero rodeo.

Del Aquilon á todos se reparte
El mal, dijolo Dios, así sucede,
No vale contra el cielo fuerza ó arte.
Y si á Dios por nosotros no intercede
Su clemencia, en el llanto acompañarte
Sobre sí propio nuestro siglo puede.

20.

A la horacion del huerto, sobre estas palabras de
Cristo nuestro Señor: *Transeat á me calix iste.*

Si de vos pasa el cáliz de amargura,
Quién le podrá endulzar, para que sea
Bebida alegre, que salud posea,
Contra la enfermedad antigua y dura?

Bebed el cáliz vos, pues os apura
Amor del alma por la culpa fea,
Que en vos le beberá (después que os vea
Líquido Dios en sangre) la criatura.

Pase por vos, y así será triarca,
Mas no pase de vos, pues ofendido
Mi culpa sus castigos os achaca.

Bebiendo sanaréis lo que he comido,
Bebed cáliz, que tanta sed aplaca,
De ser en cáliz inmortal bebido.

21.

A estas palabras: *Nescitis quid petatis*, que dijo
Cristo á San Jacobo y á San Juan, cuando pidieron
las sillas á su lado.

Si mereciendo sillas Juan y Diego,
Dice Cristo, que erraron en pedillas,
Al que sin merecellas pide sillas,
Más le valiera ser mudo que ciego.

En la atencion de Dios humano ruego
No puede por sí solo conseguillas,
Hanse de conquistar con maravillas
De amor nacido de divino fuego.

Sólo se sienta quien el cáliz bebe,
La cruz el trono en la pasion dispensa,
El descanso al tormento se le debe.

Y en la bondad espléndida y inmensa,
La culpa gracia como sangre llueve,
Y la satisfacció está en la ofensa.

22.

Advertencia para los que reciben el Santísimo Sacramento. Con las palabras que dijo Júdas: *Ipsa est, tenete eum*, dice que no se ha de recibir á Cristo, y tenerle por venta, sino por gracia.

Tened á Cristo, son palabras vivas,
Que suenan glorias de temor desnudas;
Mas las propias palabras dijo Judas,
Para que te prendiesen los escribas.

Por la mano de Judas no recibas,
Licino, á Cristo, que á prenderle ayudas,
Prudente quiero que al intento acudas
Del que la luz previno en las alturas.

El sacrilego hipócrita pretende
Que le tengas así sacramentado,
Porque le tengas tú cuando le vende.

Quien le tiene, y comulga con pecado,
Si diez veces comulga, diez le ofende,
Y es con la comunión descomulgado.

23.

A lo propio, con aquellas palabras del mismo Judas:
Quid vultis mihi dare, et ego eum tradam vobis?

No, alma, no, ni la conciencia fies
De que te ofrece á Cristo si le vende,
Quien te pide interés, por él pretende,
Que del Señor que compres te desvies.

Para tus tesoros, Fabio, guies
A Cristo, que tu bien solo pretende,
Dásele al pobre en quien desnudo atiende,
Que por su mano humilde se le envies.

Darle por lo que dan es mercancía,
Júdas dice: «¿Qué quieres darme?»; Cristo
Dice: Quiere, y tendrás la gloria mía.

No todo beso es paz, como lo has visto,
Y advierte que en la propia compañía
De Jesús hay discípulo malquisto.

24.

A Simon Cirineo, considerando que en ayudar á llevar la cruz á Cristo se ayudaba á sí.

Athlante, que en la cruz sustentas cielo,
Hércules que descansas sumo Athlante,
Alivia con tu fuerza el tierno amante,
Que humilde mide con la boca el suelo.

Mas no le des ayuda, que recelo,
Que das priesa á su muerte vigilante,
Mas dásela, Simon, que es importante
Para la redencion de todo el suelo.

Pero si con tus brazos se aligera
La carga con tu culpa del manzano,
Tambien añades peso á su madera.

Llevar parte del leño soberano.
Es á la redencion que las espera,
Llevarte tus pecados con tu mano.

25.

Reconocimiento propio, y ruego piadoso antes de comulgar.

Pues hoy pretendo ser tu monumento,
Porque me resucites del pecado,
Hábítame de gracia, renovado
El hombre antiguo en ciego perdimiento.

Sino retrátaras tu nacimiento
En la nieve de un ánimo obstinado,
Y en corazon pesebre acompañado,
De brutos apetitos que en mí siento.

Hoy te encierras en mí, siervo villano,
Sepulcro á tanto huésped, vil y estrecho,
Indigno de tu cuerpo soberano.

Tierra te cubre en mí de tierra hecho,
La conciencia me sirve de gusano,
Mármol para cubrirte dan mi pecho.

Modo y estilo con que la justicia de Dios procede
 contra los reyes, considerando en las palabras
 que en la pared leyó el rey Baltásar. (*Daniel, V*):
Maue Tecel Phares, según su interpretación.

Contó tu reino Dios; hale cumplido,
 Su Rey sobre el tuyo se ha llegado,
 Cumplirá su justicia en tu pecado,
 Contarán su castigo tu gemido.

Ya fuiste en sus balanzas suspendido,
 Y lo que menos tienes ha pesado,
 Por lo que falta te será quitado
 Lo poco que en horror has detenido,

Tu reino es dividido, y á los medos
 Y persas se da, porque en violenta
 Mesa bebas sacrilego tus miedos.

Dios para castigar primero cuenta,
 Pesa después su mano, y con los dedos
 Escribe división, muerte, y afrenta.

Sobre esta palabra que dijo Jesucristo nuestro
 Señor en la cruz: «*Sitio*», «tengo s' d.»

Dice que tiene sed siendo bebida,
 A voz de amor y de misterios llena,
 Ayer bebida se ofreció en la cena,
 Hoy tiene sed de muerte quien es vida.

La mano á su dolor descomedida,
 No sólo esponja con vinagre ordena,
 Antes con hiel la esponja le envenena,
 En caña ya en el cetro escarnecida.

La paloma sin hiel, que le acompaña,
 A su hijo en la boca vió con ella,
 Y sangre y llanto, al uno y otro baña.

Perlas que llora en una y otra estrella,
 Le ofrece en recompensa de la caña,
 Cuande gustó la hiel, que bebió ella.

28.

A las palabras que en el huerto dijo Cristo Jesus á Judas, quando le entregó: «*Ad quid venisti, amice?*» «¿A qué veniste amigo?»

Dícele á Judas el Pastor Cordero,
Quando le vende: «¿A qué veniste amigo?

«Del regalo de hijo á mi castigo?

Dé oveja humilde, y simple, á lobo fiero?

»De apostol de mi ley á carnicero?

De rico de mis bienes á mendigo?

Del cayado á la horca sin mi abrigo?

De discípulo á ingrato dispenseró?

»Véndeme, y no te vendas, y mi muerte

Sea rescate tambien á tus traiciones,

No siento mi prision, si no perderte.

»El cordel que á tu cuello le dispones,

Judas, ponle á mis pies con lazo fuerte.

Perdónate, y á mí no me perdones.»

29.

Consideracion de la palabra: *Ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*: Perdónalos, que no saben lo que hacen, una dellas, y que dijo Jesucristo en la cruz.

Vinagre y hiel para sus labios pide,
Y perdon para el pueblo que le hiere,
Que como sólo porque viva muere,
Con su inmensa piedad sus culpas mide.

Señor, que al que le deja no despide,
Que al siervo vil que le aborrece quiere,
Que porque su traidor no desespere,
A llamarle su amigo se cómide.

Ya no deja ignorancia al pueblo hebreo
De que es Hijo de Dios, si agonizando
Hace de amor por su dureza empleo.

Quien por sus enemigos espirando
Pide perdon, mejor en tal deseo,
Mostró ser Dios, que el sol, y el mar bramando.

A la limosna, y su efecto y su poder con Dios, sobre estas palabras de S. Pedro Crisólogo, ser. 42: *Da ergo panem, da petum, da vestimentum, da tecum, si Deum debitorem non judicem vis habere.*

Ves que se desprecia Dios de Juez severo,
Que no admite personas, ni semblantes,
Que iguala los tiranos fulminantes
Con la pobreza vil del jornalero.

Ves que desprecia el oro y el dinero,
Y el centellar metido en los diamantes,
Pues como tiene hijos mendicantes,
Se deja cohechar de limosnero.

Si al juez que la soberbia del Oriente
Desprecia los rigores lisonjeas
Con migajas que admite en el doliente:

Da al pobre un jarro de agua, si deseas
Que Dios te sea deudor, no juez ardiente,
Pues por tan poco precio le granjeas.

31.

A una iglesia muy pobre y obscura con una lámpara de barro.

Pura, sediente y mal alimentada
Medrosa luz, que en trémulos ardores
Hace penas visibles los horrores,
En religiosa noche derramada.

Arde ante tí, que un tiempo de la nada
Encendiste á la aurora resplandores,
Y pobre y Dios en templo de Pastores,
Barata y fácil devocion te agrada.

Piadosas almas, no ruego logrero,
Aprecia tu justicia con metales,
Que falta aliento contra tí al dinero.

Crezcan en tu pobreza los raudales,
Que den alegre luz á Dios severo,
Y se verá en tu afecto cuánto vales.

Sobre estas palabras que dijo Jesucristo en la cruz: «*Mulier ceco filius tuus, ecce mater tua,*» Ioan, XIX.

Mujer llama á su Madre cuando espira,
Porque el nombre de madre regalado,
No le añada un puñal viendo clavado
A su hijo, y de Dios por quien suspira.

Crucificado en sus tormentos mira
Su primo, á quien llamó siempre el Amado,
Y el nombre de su madre, que ha guardado,
Se le dice con voz, que el cielo admira.

Eva, siendo mujer que no había sido
Madre, su muerte ocasionó en pecado,
Y en el árbol el leño á que está asido.

Y porque la mujer ha restaurado
Lo que sólo mujer había perdido,
Mujer la llama, y Madre la ha prestado.

A San Lorenzo, glorioso mártir español, que murió asado en parrillas, considerando las palabras que dijo al tirano, convidándole á comer de la parte de su cuerpo que ya estaba asada, y sobre las palabras de San Pedro Crisólogo, sermón 135: *Plus ardebat, quam urebat.*

Arde Lorenzo, y goza en las parrillas:
El tirano en Lorenzo, arde y padece,
Viendo que su valor constante crece,
Cuando crecen las llamas amarillas.

Las brasas multiplica en maravillas,
Y sol entre carbones amenace,
Y en alimento á su verdugo ofrece,
Guisadas del martirio sus costillas,

MUSA NOVELA

A Cristo imita en darse en alimento
A su enemigo, esfuerzo soberano;
Y ardiente imitacion del Sacramento.
Mírale el cielo eternizar lo humano,
Y viendo vitorioso el vencimiento,
Ménos abraza que arde el vil tirano.

34.

Declarando escolásticamente las palabras del Apóstol, 1. Tim. 11, *Deus vult omnes homines salvos fieri*. Con la ocasion de la muerte violenta de un gran caballero de veintiscis años.

La voluntad de Dios quiere eminente
Que nos salvemos todos ¡oh Licino!
No asista sola á tu fatal camino
De Dios la voluntad antecedente.

Merezca á su piedad la subsecuente,
Tu virtud con su auxilio, y el divino
Rayo preceda siempre matutino
A la noche invidiosa y delincuente.

Viste á Bellio caer precipitado
En las verdes promesas de la vida,
Y en horror de suceso desdichado?

Prevenga tu conciencia tu partida,
Que madruga la muerte en el pecado,
Y ántes será pasada, que creida.

35.

Reprehende la ceguedad de los judios en guardar
á Cristo muerto en las clausuras de las piedras,
habiendo visto que se quebraron en su muerte.

Si vistes á las piedras quebrantarse
En la muerte de Cristo con violencia,
En su sepulcro, cómo á su obediencia
Dudais que dejarán de levantarse?

Si supieron las piedras animarse
 Con su muerte en piadosa diligencia,
 En su resurreccion y en su presencia
 Con mas razon podrán vivificarse,
 La piedra le guarda le procura
 Aquella le acompaña, ésta le entierra,
 Aquella de sus triunfos le asegura.
 Esta igualmente racional y dura,
 Será destrozo de gloriosa guerra,
 Aquella será trono y sepultura.

33.

Amenaza á los tiranos, que fiados en los metales
 preciosos en que crecen, pretenden prevalecer
 contra la piedra sobre que fundó Cristo su Igle-
 sia, con la similitud de la estatua de Nabuao.

Las puertas del infierno siempre abiertas
 No prevalecerán contra la nave,
 Y piedra, y quierres tú contra su llave,
 Que prevalezcan tus nefandas puertas.

Tan condenadas, aunque no tan muertas
 Almas, tu seno como el suyo cabe,
 Y como en él no hay voz que á Dios alabe,
 La tuya blasfemar á Dios despiertas.

Estátua de Nabuco, que tirana
 Tan diversos metale atesoras,
 En que estas menos rica que galana.

Advierte que en sus máquinas traidora
 La piedra derribó la estatua vana,
 No la estatua á la piedra vencedora.

37.

Consideracion de lo mucho que el hombre debe á Dios con estas ardientes palabras de San Bernardo: *Si totum me debeo pro me facto, quid addam tam pro me refecto hoc modo non enim tam facile refectus, quam factus in primo opere me mihi dedit, in secundo, et mihi, et mihi se dedit datus; ergo, et reditus, me pro me debeo, et bis debeo sed quid Domino pro se retribuam.* A esto postrero responde el autor con el Santisimo Sacramento de la Eucaristia.

Si á Dios me debo todo porque he sido
A semejanza suya fabricado,
Redimido por el primer pecado,
Que lo podré añadir agradecido.

No fui tan fácilmente redimido,
Como hecho, que en esto bien mirado,
A mí me dió á mí propio, y humanado
A sí, y á mí me dió de amor vencido.
Pues si añadió el morir por darme vida,
En este alcance agotaré el guarismo,
Mas fuéme su piedad tan socorrida,
Que porque satisfaga á tanto abismo
De beneficios, se me dió en comidas,
Y así por mí fué paga de sí mismo.

38.

Dios nuestro Señor cuando truenan las nubes despierta del sueño del pecado al alma adormecida, y con el rayo que hiere los montes solicita el escarmiento de las culpas, que le merecen mejor que los robres.

Con la voz del enojo de Dios suena
Ronca y rota la nube, el viento brama,
Véloz en vengativa luz la llama,
Tempestades sonoras desenfrena.

Con los pecados habla cuando truena
 La penitencia por su nombre llama,
 Cuando la debe el agua que derrama,
 El llanto temeroso de la pena.

Respóndale tronando mi suspiro,
 Respóndanle lloviendo mis dos ojos,
 Pues escrita en su luz mi noche miro.

Ofensas y no robres son despojos
 Del ceño ardiente del mayor zafiro,
 Y sabe el cielo hablar por sus enojos.

39.

Al buen ladrón, sobre las palabras: *Memento me-
 y hodie mecum eris in paradiso, acordando lo
 que dijo: Non rapinam arbitratus.*

¡Oh vista de ladrón bien desvelado,
 Pues estando en castigo tan severo,
 Vió reino en el suplicio, y el madero,
 Y rey en cuerpo herido, y justiciado!
 Pide que de él se acuerde el coronado
 De espinas, luego que Pastor Cordero
 Entre en su Reino, y deja el compañero,
 Por seguir al que robo no ha pensado.

A su memoria se llegó, que infiere
 Con Dios su valimiento, porque via,
 Que por ella perdona á quien le hiere.

Sólo que de él se acuerde le pedia,
 Cuando en su Reino Celestial se viere,
 Y ofrecióselo Cristo el mismo día.

40.

Al Nacimiento, mostrando que la astrología mis-
 teriosa admira á la celeste.

Hoy no sabe de sí la astrología,
 Que en la estrella del mar mira en el suelo,
 Cerrado el sol, epilogado el cielo,
 Y en alta noche amanecer el día.

Las tinieblas pobladas de armonía,
 Temblando el fuego eterno, ardiendo el hielo,
 Alegra la tristeza y el consuelo,
 Que á sus lágrimas hace compañía!

Mira hacer el oficio del Oriente
 Al pesebre, en que son signos de oro
 Una mula y un buey dichosamente.

Ve al sol en el cordero, y no en el toro,
 Vele en la Virgen por Diciembre ardiente,
 A la aurora sin risa, al sol con lloro.

41.

A San Estéban cuando le apedrearon, enseña cuán
 diferente oficio hacen en los mártires del que
 piensan, y acuerdan del sentimiento de las pie-
 dras en la muerte de Cristo, y que se le premió
 en hacer las reliquias con sangre del proto-
 mártir.

De los tiranos hace jornaleros
 El Dios que de su cruz hizo bandera,
 En los gloriosos mártires que espera,
 Para vestir sus llagas de luceros.
 Ves los que sobre Estéban llueven fieros
 Piedras, porque cubierto de ellas muera?
 Pues trilladores son de aquella era,
 Que colma á Dios de fruto los graneros.

Cuando con piedras acabar quisieron
 A Cristo, las negó ser instrumento
 De su muerte, y en ella lo sintieron.

Premia en Estéban hoy su sentimiento,
 Pues las da por la muerte que le dieron,
 Para reliquias del blason cruento.

OVILLEJOS.

A San Pedro cuando negó á Cristo Señor nuestro.

A dónde, Pedro, están tus valentías
 Que los pasados días
 Dijistes al Señor? Dónde los fuertes
 Miembros para sufrir con él mil muertes,
 Pues sola una mujer, una portera,
 Os hace acobardar de esa manera?
 A Dios negastes, luego os cantó el gallo,
 Y otro gallo os cantará á no negallo;
 Pero que el gallo cante
 Por vos, cobarde Pedro, no os espante;
 Que no es cosa muy nueva ó peregrina,
 Ver el gallo cantar por la gallina.

-II.

A Júdas Escariote cuando vendió á Cristo Señor
 nuestro.

Viendo el mísero Júdas, que vendido
 El unguento, que en Cristo fué vertido,
 Si no se derramara,
 A muchos pobres hombres remediara,
 Por salir con su tema y su porfía,
 Vendió al mismo Señor que le tenía;
 Y de aquesta manera
 Dió remedio á más pobres que quisiera.
 No entendais que amistad os hace Júdas,
 Animas fieras, de piedra desnudas,
 Pues lo que á él de balde le fué dado
 Por el mismo Señor, que fué entregado,
 Hoy por treinta dineros
 Lo vende á vuestros príncipes severos.

Mas no es razon que la llamais codicia
 A la que tuvo Júdas, ni avaricia;
 Pues ántes fué largueza
 Dar por poco dinero tal riqueza.

III.

A Cain cuando mató á su hermano.

Más te debe la envidia carcomida,
 Cain, que el mismo Dios que te dió vida,
 Pues le ofreciste á él de tus labores,
 De tus mieses y plantas las peores;
 Y á ella le ofreciste con tu mano
 La tierna vida de tu propio hermano.

IV.

A la soberbia.

Esta que á vuestros ojos hoy se ofrece,
 Haciendo guerra á la divina crisma,
 Es la soberbia, que arrogante crece
 Para despeñadero de sí misma:
 Ocupa tanto su profano vuelo,
 Que, cabiendo ella en ángeles sagrados,
 Ellos de ella ocupados,
 No pudieron caber en todo el cielo:
 Tan ancha piensa que es, tan loca y grave,
 Que ella se acaba de que en Dios no cabe.

A UN PECADOR.

Gusanos de la tierra
 Comen el cuerpo que este mármol cierra:
 Mas los de la conciencia en esta calma,
 Hartos del cuerpo comen ya del alma.

POESIAS MORALES.

PSALMOS.

Lágrimas de un penitente.

¡Que llegue á tanto ya la maldad mia!
(Quién me lo oye decir que no se espante?)
De procurar con los pecados míos
Agotar tu piedad ó tu tormento.
La voz me desampara la garganta;
Agua á mis ojos falta, á mi voz bríos:
Nada me desengaña;
El mundo me ha hechizado.
Dónde podre esconderme de tu saña,
Sin que el rastro que deja mi pecado,
Por donde quiera que mis pasos muevo,
No me descubra á tu rigor de nuevo?

II

¡Cómo sé cuán distante
De tí, Señor, me tienen mis delitos;
Porque puedan llegar al claro techo,
Donde estas radiante,
Esfuerzo los sollozos y los gritos,
Y en lágrimas deshecho
Suspiro de lo hondo de mi pecho:
Mas ¡ay! que si he dejado
De ofenderte, Señor, temo que ha sido
Más de puró cansado
Que no de arrepentido! -
¡Terrible confusion, confuso espanto
Del que á tu sufrimiento debe tanto!

III.

¡Que llegue á tanto ya la maldad mia!
 Aun tú te espantarás, que bien lo sabes,
 Eterno Autor del día,
 En cuya voluntad están las llaves
 Del cielo y de la tierra.
 Como que porque sé por experiencia
 De la mucha clemencia
 Que en tu pecho se encierra,
 Que ayudas á cualquier necesitado.
 Tan ciego estoy en mi mortal enredo,
 Que no te osó llamar, Señor, de miedo
 De que quieras sacarme dê pecado.
 ¡Oh baja servidumbre
 Que quiero que me queme, y no me alumbre
 La luz que la dá á todos!
 ¡Gran cautiverio es este en que me veo!
 ¡Peligrosa batalla
 Mi voluntad me ofrece de mil modos!
 No tengo libertad, ni la deseo
 De miedo de alcanzalla.
 ¡Cual infierno, Señor, mi alma espera
 Mayor que aquesta sujecion tan fiera!

IV.

Dónde pondré, Señor, mis tristes ojos,
 Que no vea tu poder divino y santo?
 Si al cielo los levanto,
 Del sol en los ardientes rayos rojos,
 Te miro hacer asiento;
 Si al monte, de la noche soñoliento,
 Leyes te veo poner á las estrellas;
 Si los bajo á las tiernas plantas bellas,

Te veo pintar las flores;
Si los vuelvo á mirar los pecadores
Que viven tan sin rienda, como vivo,
Con amor excesivo,
Allí hallo tus brazos ocupados,
Más en sufrir, que en perdonar pecados.

V.

Dejadme un rato, bárbaros contentos,
Que al sol de la verdad teneis por sombra
Los arrepentimientos;
Que aún la memoria misma se me asombra,
De que pudiesen tanto mis deseos,
Que unos gustos tan feos
Los pudiesen hacer hermosos tanto.
Dejadme, que me espanto,
Segun soñé, en mi mal adormecido,
Más de haber despertado que dormido;
Contentaos con la parte de los años,
Que deben vuestros lazos á mi vida,
Que yo la quiero dar por bien perdida,
Ya que abracé los santos desengaños,
Que enturbiaron las aguas del abismo,
Donde me enamoraba de mí mismo.

VI.

Trabajos dulces, dulces penas mías,
Pasadas alegrías,
Que atormentais ahora mi memoria,
Dulce en un tiempo, si más breve gloria,
Que llevaron tras sí mis breves días:
Mal derramados llantos,
Con vosotros me alegro y enriquezco,
Porque sé de mí mismo que os merezco

Y me consuelo más que me lastimo;
Mas si regalo sois, más os estimo,
Mirando que en el suelo,
Sin merecerlo me regala el cielo.
Perdí mi libertad, mi bien con ella,
No dejó en todo el cielo alguna estrella,
Que no solicitase
Entre llantos la voz de mi querella,
¡Tanto sentí el mirar que me dejase!
Mas ya me he consolado
De ver mi bien, ¡oh gran Señor! perdido,
Y en parte de perderle me he holgado,
Por interés de haberle conocido.

VII.

Cuando me vuelvo atrás á ver los años,
Que han nevado la edad florida mia;
Cuando miro las redes, los engaños,
Donde me vi algun dia,
Más me alegro de verme fuera de ellos,
Que un tiempo me pesó de padecellos.
Pasa veloz del mundo la figura,
Y la muerte los pasos apresura;
La vida nunca para,
Ni el tiempo vuelve atrás la anciana cara.
Nace el hombre sujeto a la fortuna,
Y en naciendo comienza la jornada,
Desde la tierna cuna
A la tumba enlutada;
Y las más veces suele un breve paso
Distar áqueste Oriente de su ocaso.
Sólo el necio mancebo,
Que corona de flores la cabeza,
Es el que solo empieza
Siempre á vivir de nuevo,
Pues si la vida es tal, si es de esta suerte,
Llamarla vida, agravio es de la muerte.

VIII.

Nací desnudo, y solos mis dos ojos
Cubiertos los saqué, mas fué de llanto.
Volver como nací quiero á la tierra,
El camino sembrado está de abrojos,
Enmudezca mi lira, cese el canto;
Suenen solo clarines de mi guerra,
Y sepan todos, que por bienes sigo
Los que no han de poder morir conmigo;
Pues mi mayor tesoro
Es no envidiar la púrpura ni el oro,
Que en mortajas convierte
La trágica guadaña de la muerte.
Rehusó el gozallo,
Por ahorrar la pena que recibe
El hombre, que lo tiene mientras vive,
Cuando es llegado el tiempo de dejallo,
Que el mayor tropezon de la caída
En el humano ser, es la subida.
De nada hace tesoros, Indias hace,
Quien, como yo, con nada está contento,
Y con fragil sustento
La hambre ayuna, y flaca satisface.
Pretenda el que quisiere,
Para xivir riquezas mientras muere,
Pretendiendo alcanzallas,
Que los más cuando llegan á gozallas
En la cumbre más alta,
Alegre vida que vivir les falta.

IX.

Cómo de entre mis manos te resbalas,
O cómo te deslizas, vida mia?
¡Qué mudos pasos trae la muerte fria
Con pisar vanidad, soberbia y galas!

Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
 Y es su fuerza mayor mi cobardía;
 Por nueva vida tengo cada día,
 Que al cano tiempo nace entre las alas.
 ¡Oh mortal condicion de los humanos!
 Que no pudo querer ver á mañana,
 Sin temor de si quiero ver mi muerte!
 Cualquiera instante de mi vida humana
 Es un nuevo argumento, que me advierte
 Cuán frágil es, cuán mísera y cuán vana.

X.

Hasta cuándo, salud del mundo enfermo,
 Sordo estarás á mis suspiros?
 Cuando mis tristes ojos, vueltos rios,
 A tu mar llegarán desde este yermo?
 Cuando amanecerá tu hermoso día
 La escuridad que el alma me anochece?
 Confieso que mi culpa siempre crece,
 Y que es la culpa de que crezca mía;
 Su fuerza muestra el rayo en lo más fuerte;
 Y en los reyes y principes la muerte,
 Resplandece el poder inaccesible
 En dar facilidad á la imposible;
 Y tu piedad inmensa
 Más se conoce en mi mayor ofensa.

XI.

¡Cuán fuera voy, Señor, de tu rebaño,
 Llevado del antojo y gusto mio!
 Llévame mi esperanza al tiempo frio.
 Y á mi con ella un disfrazado engaño?
 Un año se me va tras otro año,
 Y yo más duro y pertinaz porfio,
 Por mostrarme más verde mi albedrio,
 La torcida raiz do esta mi daño.

Llámasme, gran Señor, nunca respondo,
Sin duda mi respuesta sólo aguardas,
Pues tanto mi remedio sollicitas.

Mas ¡ay! que sólo temo en mar tan hondo,
Que lo que en castigarme agora aguardas
Con doblar los castigos lo desquitas.

XII.

Quién dijera á Cartago,
Que en tan poca ceniza el caminante
Con piés soberbios pisaría sus muros?
Qué presagio pudiera ser bastante
A persuadir á Troya el fiero estrago,
Que fué venganza de los griegos duros?
De qué divina y cierta profecía
La gran Jerusalem no se burlaba?
A qué verdad no amenazó desprecio
Roma, cuando triunfaba,
Segura de llorar el postrer dia
Con tanto César, Marco Bruto, y Decio,
Y ya de tantas vanas confianzas
Apénas se defiende la memoria
De las oscuras manos del olvido?
¡Qué burladas están las esperanzas,
Que á sí se prometieron tanta gloria!
¡Cómo se ha reducido
Toda su fama á un eco!
Adonde fué Sagunto es campo seco:
Contenta está con hierba aquella tierra,
Que al cielo amenazó con ira y guerra.
Descansan Creso y Craso,
Vueltos menudo polvo en frágil vaso,
De Alejandro y Darío
Duermen los blancos huesos,
Que todo, al fin, es juego de fortuna
Cuanto ven en la tierra sol y luna.

Y así abrazando noble desengaño,
 Vengo á juzgar que tengo tantas vidas.
 Como tiene momentos cada un año,
 Y con voces del ánimo nacidas,
 Viendo acabado tanto reino fuerte,
 Agradezco á la muerte,
 Con temor excesivo,
 Todas las horas que en el mundo vivo,
 Si vive alguna de ellas,
 Quien las pasa en temores de perdellas.

XIII.

Un nuevo corazon, un hombre nuevo
 Ha menester, Señor, el alma mía;
 Desnúdame de mí, que ser podia
 A tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos piés por ciega noche llevo,
 Que ya he llegado á aborrecer el día,
 Y temo que he de hallar la muerte fría
 Envuelta en bien, y dulce mortal cebo.

Tu imagen soy, tu hacienda propia he sido,
 Y si no es tu interés en mí, no creo,
 Que defiende otra cosa mi partido.

Haz lo que pide verme cual me veo,
 No lo que pido yo, pues de perdido
 Aun no fio mi salud á mi deseo.

XIV.

La indignacion de Dios, airado tanto,
 Mi espíritu consume,
 Y es tu piedad tan grande, que me llama
 Para que yo me ampare de su fuerza
 Contra su mismo brazo y poder santo;
 Advierta el que presume
 Ofender á mi fama,
 Que si Dios me castiga, que él me esfuerza;

Sus alabanzas canto,
 Y en tanto que su nombre acompañare
 Con mis humildes labios,
 No temeré los fuertes, ni los sabios,
 Que el mundo contra mí de envidia armare:
 Confieso que he ofendido
 Al Dios de los ejércitos de suerte,
 Que en otro que él no hallara la venganza
 Igual la recompensa con mi muerte;
 Pero considerando que he nacido
 Su viva semejanza,
 Espero en su piedad cuando me acuerdo,
 Que pierde Dios su parte si me pierdo.

XV.

Nególe á la razon el apetito
 El debido respeto
 Y es lo peor, que piensa que un delito
 Tan grave puede á Dios estar secreto,
 Cuya sabiduría
 La escuridad del corazon del hombre,
 Desde el cielo mayor la lee más claro.
 Yace esclava del cuerpo el alma mía,
 Tan olvidada ya del primer nombre,
 Que no teme otra cosa
 Sino perder aqueste estado infame,
 Que debiera temer tan solamente,
 Pues la razon más viva y más forzosa
 Que me consuela y fuerza á que la llame
 Aunque no se arrepiente.
 Es que está ya tan fea,
 Que se ha de arrepentir cuando se vea.
 Sólo me da cuidado
 Ver que esta conversion, tan conocida,
 Ha de venir á ser agradecida,
 Más que á mi voluntad, á mi pecado,
 Pues ella no es tan buena

Que desprecie por mala tanta pena;
Y aunque él es vil, y de dolor tan lleno
Que al infierno le igualo,
Sólo tiene de bueno
El dar conocimiento de que es malo.

XVI.

Bien te veo correr tiempo ligero,
Cual por mar ancho despalmada nave,
A más volar como saeta ó ave,
Que pasa sin dejar rastro ó sendero.
Yo dormido en mis daños persevero,
Tinto de manchas y de culpas grave;
Aunque es forzoso que me limpie y lave,
Llanto y dolor aguardo el día postrero.

Esto no sé cuando vendrá, confío
Que ha de tardar, y es ya quizá llegado,
Y ántes será pasado que creído.

Señor, tu soplo aliente mi albedrío,
Y limpie el alma el corazon llegado,
Cure y hable el pecho endurecido.

XVII.

Amor me tuvo alegre el pensamiento,
Y en el tormento lleno de esperanza,
Cargándome con vana confianza
Los ojos claros del entendimiento.

Ya del error pasado me arrepiento,
Pues cuando llegué al puerto con bonanza,
De cuanta gloria y bienaventuranza
El mundo pueda darme, toda es viento.

Corrido estoy de los pasados años,
Que reducir pudiera á mejor uso,
Buscando paz y no siguiendo engaños,

Y así, mi Dios, á tí vuelvo confuso,
 Cierto que has de librarme de estos daños,
 Pues conozco mi culpa, y no la excuso.

REDONDILLA.

Recuerdo y consuelo en lo misero de esta vida.

Si soy pobre en mi vivir,
 Y de mis males cautivo,
 Más pobre nací que vivo,
 Y más pobre he de morir

ROMANCES.

Lamentándose Job: *Pereat dies in qua natus sum.*

Viéndose Job afigido,
 Sin hijos, mujer, ni hacienda
 En lágrimas de los ojos,
 Dijo estas voces envueltas:
 «Perezca el primero día,
 En que yo nací á la tierra,
 Y la noche en que se dijo,
 Que Job concebido era.

»Vuélvase aquel día triste
 En miserables tinieblas,
 No le alumbre más la luz,
 Ni tenga Dios con él cuenta.

»Sombras de la muerte oscura
 En tinieblas le escurezcan,
 Escuridades le ocupen
 Y desventuras le enyuelvan.

»Tenebroso torbellino
Aquella noche posea,
No esté entre los días del año,
Ni entre los meses le tengan.

»Indigna sea de alabanza,
Solitaria siempre sea,
Maldiganla los que el día
Maldicen con voz soberbia.

»Espere la clara luz,
Y nunca claro luz vea,
Ni el nacimiento rosado
De la aurora envuelta en perlas.

»Por qué no cerró del vientre
Que á mí me trujo las puertas,
Ni de aquestos ojos míos
Quitó los males ni penas?

»Por qué no fuí de mi madre
Muerto en las entrañas mismas?
Y por qué mi sepultura
No fué mi cuna primera?

»Y por qué fuí recibido
En las rodillas maternas?
Por qué mamé en mi niñez
Leche dulce en blandas tetas?

»Por qué durmiendo mi sueño,
Descansara de mis quejas,
Y en la fatigada boca
Callara agora mi lengua?

»Con los cónsules y reyes
Del circuito de la tierra,
Que edifican para sí
Tristes soledades yermas.

»O con los principes claros
Que tienen el oro y rentas,
Y de reluciente plata
Sus casas soberbias llenan.

»O cual aborto escondido
Ojalá que no viniera;

O como los que murieron
Antes de ver luz serena.

»Allí los males cesaron
Del tumulto y las grandezas;
Los cansados de trabajos
Allí aliviaron las fuerzas.

»Ya todos en algun tiempo,
Igualmente con molestia,
No oyeron de su verdugo
La voz rigurosa y fiera.

»Los pequeños y los grandes
Allí están de una manera,
Y el oprimido criado
Libre del amo se alegra.

»Por qué le fué dada luz
Al misero y no tiniéblas,
Y vida á los que del alma
Están en largas tristezas?

»Los que la muerte, que hiere,
Contentos llaman y esperan,
Son como aquellos que cavan
Por tesoros y por prendas

»Alégranse despues mucho,
Cuando tras muchas tormentas
Hallan el dulce sepulcro
Y la sepoltura abierta.

»A aquel varon, cuya vida
Es oculta y es secreta,
Y á quien de nieblas oscuras
Cercó Dios por su clemencia.

»Antes de comer suspiro,
Y cual aguas que se aumentan
Son mis lágrimas y voces,
Son mis suspiros y quejas.

»Porque el temor que tenía
Me sucedió con presteza,
Y lo que más recelaba
Me martiriza y molesta.

»No disimulé por dicha?
 También no callé mis penas?
 No sufrí quieto? y con todo
 La indignacion me atormenta.»

11.

A don Alvaro de Luna.

A los pies de la fortuna,
 El que pisó su cabeza,
 Los de un erucifijo santo
 Con tristes lágrimas riega.
 Comenzólos á besar;
 Mas viendo por una puerta
 Entrar su truhan llorando,
 Amortajado en bayeta,
 Detúvose, y afligido,
 Le dijo con voces tiernas,
 Palabras que se ahogaron
 Nadando en llanto las medias
 Mas el joglar que lo mira
 Mudo de pura tristeza,
 Le respondió mesurado
 Pidiendo al llanto licencia:
 «Vengo, hermosísima Luna,
 A decirte cómo empiezas
 Hoy á ser Luna en el mundo,
 Pues que tu noche se llega.
 »Quiero también despedirme
 De tu casa y tu presencia,
 Que soy como golondrina
 Que en el invierno se ausenta.
 »Pues siendo mi oficio gracias,
 La fortuna que hoy ordena

Desgracias sólo á tu casa,
Me despide de tu mesa.

»Cuántas veces, Condestable,
Entre burlas y entre veras,
Te pedí de Dios firmada
La cédula de firmeza?

»Y cuántas te dije á solas,
Que el hombre que en hombre espera
Le hace á Dios su contrario,
Dios á el hombre casi bestia?

»Siempre las cosas más altas
Están al rayo sujetas,
Porque parecen subir
A recibille ellas mismas.

»Un sólo arrepentimiento,
Mira qué caro te cuesta,
Porque de cuanto tuviste,
Con él tan solo te quedas.

»No en que eres Luna te fies,
Cuando traidores te cercan,
Pues otro sol de justicia
No se libró de sus tretas.

»Ve de Luzbel la privanza,
Que cayó por su soberbia,
Que aún los ángeles peligran
En la privanza y alteza.

»Fuiste cohete en el mundo,
Subiste á las nubes mismas,
Subiste resplandeciente,
Bajas ya ceniza á tierra.

»Porque la pólvora misma,
Que te subió tan lijera,
Abrasándote te baja
Vuelto carbones en piezas.

»Condestable, mi señor,
Ya de tus glorias inmensas,
Al mundo que te las dió
Toma el Señor residencia.

»Pues que todo fué prestado,
La vida, el honor, las prendas,
No es mucho que agradecido
Al que te las dió las vuelvas.

»En esta cárcel del mundo,
Sólo de mi diferencias,
En ser mis grillos de hierro,
Los tuyos de plata y perlas.

»Esto te digo llorando,
Solamente porque entiendas,
Que quien fué truan en burlas,
Es predicador en veras.»

Diciendo aquesto se fué,
Llorando al Conde le deja,
Y de ver llorar la Luna
Se enlutaron las estrellas.

III.

A Nuestra Señora en su nacimiento.

Ya la obscura y negra noche,
Llena de tristeza y miedo,
Huye por las altas cumbres,
Y por los riscos soberbios.

Yo, con ser recién nacida,
De este mundo la destierro,
Porque ya en mí reverberan
Los rayos del sol inmenso.

Y aunque me miráis tan niña
Soy más antigua que el tiempo,
Mucho más que las edades
Y que los cuatro elementos.

Del principio fui criada,
Que es el sumo Dios eterno,

Y el primero lugar tuve
Despues del sagrado verbo.
Infinitos siglos ántes
Que criára el firmamento,
Ya él á mí me había criado
En mitad de aquel silencio.

Su primogénita dice
Que soy el santo, y perfecto;
De su propia boca oí
Este divino requiebro.

Adornóme de virtudes,
Ricos tesoros del cielo,
Y en mí se estarán estables
De este siglo al venidero.

Entónces vendré triunfante,
Pues al que es sol verdadero
Le dí mis pechos y entrañas,
Y encendió de amor mi pecho.

Sírvole con grande amor,
Dile el corazon sincero
En la santa habitacion
Del limpio y santo Cordero.

Cubiertos tuve sus rayos,
Y aunque los tuve cubiertos,
El mostró su inmensidad,
Yo mi limpieza y buen celo.

Premió tan bien mis servicios,
Que en el santo monte excelso
Con él quiere que descanse
En el alcázar supremo.

Pisé sus piedras preciosas,
Y hollé sus dorados suelos,
Y á mí sola dieron silla
Como reina de aquel reino.

Recíbeme con aplauso,
Cantándome himnos y versos,
Diciendo que por antigua
Merezco el lugar primero.

Por antigua en la Creacion,
Y en ser de virtud ejemplo,
Por la primera en vencer
Al demonio torpe y feo.

Y porque fuí la primera
Que me vestí el ornamento
De la limpia castidad,
E infinitos me siguieron.

Por mi humildad sacrosanta,
Que a los mas humildes venzo:
Y por aquesta humildad
Fuí de Dios custodia y templo.

Porque fuí el claustro cerrado,
Donde Dios tuvo aposento,
Para que el género humano
Saliese de cautiverio.

Haced fiesta, mis cofrades,
Que el nombre de Antigua quiero:
Estimalde y celebralde,
Que yo os daré el justo premio.

Y al templo antiguo y famoso,
Que alcanza tal epiteto,
Enriquecelde vosotros,
Que vaya siempre en aumento.

Perseverad hasta el fin
En ser mis devotos rectos,
Que yo prometo de daros,
Por uno que me deis, ciento.

PADRE NUESTRO.

Padre nuestro te llamo, no de todos;
Pues aunque eres de todos Padre eterno,
Y cuida tu gobierno
De buenos y de malos,
Ya dispensas castigos, ya regalos.
Sólo los que tu santa ley creemos,
Llamarnos hijos tuyos merecemos;

Y si por el pecado
 Perdemos el ser hijos, tú, sagrado
 Padre, por tu bondad, que es infinita,
 A quien nuestra miseria no limita,
 Ni pierdes el ser padre del gusano,
 Que llama padre al Hijo soberano;
 Atrévome á llamarte.
 Padre, porque tú me lo ordenas
 Con entrañas de amor y piedad llenas.
 Oyeme en tus palabras, pues te pido
 De tu boca enseñado y instruido.

Que estés en los cielos.

Tú, que estás en los cielos, que criaste,
 Y me criaste á mí para poblarlos,
 Si yo sé conquistarlos,
 Tú que lo despoblaste
 De la familia ángelica, que osada,
 Por la soberbia mereció tu espada;
 A mí, que vivo en tierra, y que soy tierra,
 Sombra, ceniza, enfermedad y guerra,
 Miráme con los ojos que miraron
 A Pablo, á quien del suelo
 Arrebataron al tercero cielo,
 Y en vaso le mudaron
 De eleccion, siendo vaso de veneno.
 Aquel mesmo relámpago, aquel trueno
 Me derribe, me ciegue y me dé vista,
 Cuando más obstinado me resista.

Santificado sea el tu nombre.

Para que renovado el primer hombre
 En mí, santificado sea tu nombre
 De padre de las luces,
 Que á el más perdido hijo le reduces
 El nombre de mi Padre,

Que santifico entre tanto,
 Que te sé obedecer tres veces santo,
 Que reinas uno y trino,
 Porque en las alas de tu amor divino.

Venga á nos el tu reino.

Venga tu reino á los que no podemos
 Entrar en él, si tú no nos le envias.
 Y á la entrada nos guias
 Grandes son los tesoros
 De tu magnificencia soberana,
 Pues que permite á la flaqueza humana,
 Esclava del pecado,
 Por más engrandecella,
 Que pida que tu reino venga á ella.
 Pudo el ladron decir que te acordaras
 De él en tu reino, cuando en él te vieras.
 Pues con voces pialosas como claras,
 En las ansias postreras,
 Vió que de tus contrarios
 Te acordabas, pidiéndole á tu padre
 El perdón de tus yerros temerarios,
 Que quien contigo en cruz como tú muere,
 Cuando mueres por él crucificado,
 Por tu gracia, y tu lado
 Tal premio alcanza, y tal corona adquiere.

*Hágase tu voluntad, así en la tierra como
 en el cielo.*

Hágase, pues, Señor, hágase en todo
 Tu voluntad, y en mi ceniza y lodo
 Se haga de la suerte que en el cielo
 Se cumple, y obedece, y en el suelo,
 Que afirmado en el viento,
 Yace firme en el mismo movimiento.

La tierra vivo, la tierra al cielo miro,
 Por merecer tu habitacion suspiro,
 De ellos aprenderé la noche y dia
 A hacer tu voluntad, y no la mia,

El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.

Mas porque el sér humano
 En el bocado del primer manzano.
 Comió desmayo y hambre que se hereda,
 Y la muerte que en vínculo nos queda;
 Cuyos efectos en mis obras nuestro.
 Dadnos hoy el pan nuestro
 De cada dia, pues sin él sería
 Muerte, y noche del alma cada dia.
 No vive solo en pan el hombre humano,
 Mas en tu Pan de vida,
 Sólo puede vivir, pues es comida
 En él, siendo verdad, vida y camino,
 Quien da su carne en pan, su sangre en vino.

Perdónanos nuestras deudas.

Y porque no podemos,
 Siendo viles gusanos,
 Pagar los beneficios de tus manos,
 Como ellas infinitos,
 Te pedimos con lágrimas y gritos,
 Acreedor eterno,
 Que tu corazon tierno
 Nuestras deudas perdone en sus procesos,
 Si no por deudas moriremos presos.

Asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Y por no parecer en la fiereza
 (Ingrata a tu piedad y tu grandeza)
 Al deudor que pidió le perdonases

Las grandes cantidades que debía,
 Y se las perdonó tu mano pia,
 Y encontrando al salir en el camino
 Un misero doliente,
 Que le debía un dinero solamente,
 Porque no le pagaba,
 Sin querer esperarle le ahogaba,
 Por lo cul tu justicia,
 Juntando á su fiereza su avaricia,
 Le condenó á prisiones y rigores,
 Y le arrojó á tinieblas exteriores;
 Nosotros que pedimos
 Que nos perdones lo que á ti debemos,
 Porque en su culpa escarmentar queremos,
 A los deudores nuestros perdonamos,
 Y perdonando el perdon gozamos.

No nos dejes caer en la tentacion.

Y porque es precipicios esta vida,
 Y está en despeñaderos repartida,
 Y nuestro pié resbala
 En la comodidad que le regala,
 Y nuestras penas y castigos veo
 En concedernos tú nuestro deseo.
 No nos dejes, Señor, no nos consientas,
 Caer en tentaciones tan violentas.

Mas libranos de mal, Amén.

Y libranos del mal, no digo sólo
 De aquellas cosas que por mal tenemos,
 Los que pobreza y muerte aborrecemos,
 Desprecios y prisiones, que tú á veces
 Por bienes nos ofreces,
 Si no de las riquezas,
 De la prosperidad y las grandezas,
 De los puestos y cargos,

Que apetecen por bienes los mortales,
 Siendo castigos, siendo nuestros males
 Dulces al apetito, al seso amargos;
 Libranos, pues, de mal, Dios soberano,
 Que libranos de mal tu santa mano,
 En tan ciegos abismos,
 Será libranos de nosotros mismos.

POEMA HEROICO.

A Cristo resucitado

Euséname, cristiana musa mía,
 Si a humana y fragil voz permites tanto,
 De Cristo la triunfante valentía,
 Y del rey sin piedad el negro llanto:
 La majestad con que el autor del día
 Rescató de prision al pueblo santo,
 Apartense de mí mortales brios,
 Que estan llenos de Dios los versos míos.
 Las setenta semanas cumpió el cielo,
 Porque llene la ley el prometido:
 Vistióse el Hijo eterno mortal velo,
 La pequeña Bethlen le vió nacido;
 Guareció de dolencia antigua el suelo,
 Lo figurado se adornó cumplido,
 Vió la paloma, Madre del Cordero,
 En el sepulcro su hijo prisionero.
 El sol anocheció sus rayos puros,
 Y la noche peraió el respeto al día,
 El mar quiso romper grillos y muros,
 Y anegarse en borrascas pretendia;
 La tierra, dividiendo montes duros,
 Los intratables claustros descubria,

Paróse el tiempo á ver con vista aira: la
La suma eternidad tan mal parada.

Los cielos con las lenguas que cantaron
Maravillas de Dios, cuando le vieron
Muerto, piadosamente se quejeron,
Y con llanto su luz humedecieron;
De los funestos tñmulos se alzaron,
Los que largo y mortal sueño durmieron;
Viéronse allí mudados sér y nombres,
Los hombres piedras, y las piedras hombres.

Empero si al remedio del pecado
Dispuso eterno amor yerto camino,
Y la dolencia del primer bocado,
Necesitó de auxilio peregrino;
Consuélese el delito ensangrentado
Con el precio real, alto y divino:
Destile Cristo de sus venas rios,
Y hártense de su sangre los judios.

Era la noche y el comun sosiego
Lòs cuerpos desataba del cuidado,
Y resbalando en luz dormida el fuego,
Mostraba el cielo atento y desvelado:
Y én alto silencio mudo y ciego
Descansaba en los campos el ganado.
Sobre las guardas con nocturno ceño,
Las horas negras derramaron sueño.

Temblaron los umbrales y las puertas,
Donde la majestad negra y obscura
Las frias desangradas sombras muertas
Oprime en ley desesperada y dura:
Las três gárgantas al ladrido abiertas,
Viendo la nueva luz divina y pura,
Enmudeció Cervero, y de repente
Hondos suspiros dió la negra gente.

Gimió debajo de los pies el suelo,
Desiertòs montes de ceniza canos,
Que no merecen ver ojos del cielo;
Y en nuestra amarillez ciegan los llanos.

Acrecentaban miedo y desconsuelo
 Los roncós perros, que en los reinos vanos
 Molestan el silencio y los oídos,
 Confundiendo lamentos y ladridos.

En el primer umbral con ceño airada,
 La guerra estaba en armas escondida:
 La flaca enfermedad desamparada,
 Con la pobreza vil desconocida;
 La hambre perezosa desmayada,
 La vejez corva, cana é impedida,
 El temor amarillo, y los esquivos
 Cuidados veladores, vengativos.

Asiste con el rostro ensangrentado
 La discordia furiosa, y el olvido
 Ingrato, y necio: el sueño descuidado,
 Yace a la muerte helada parecido;
 El llanto con el luto desgredado,
 El engaño traidor apetecido.
 La envidia carcomida de su intento,
 Que del bien por su mal hace alimento.

Mal persuadida y torpe consejera,
 La inobediencia trágica y culpada,
 Conduce á la señal de su bandera
 Gente, en su presunción desesperada:
 La soberbia del elde y comunera,
 De sí propia se teme despeñada,
 Pues cuanto crece más su orgullo fiero,
 Se previene mayor despeñadero.

El pálido esqueleto, que bañado
 De amarillez, como de horror teñido,
 El rostro de sentidos despoblado,
 En cóncavas tinieblas dividido;
 La guadaña sin filos del pecado.
 Lo inexorable del blason vencido,
 Fiera y horrenda en la primera puerta,
 La formidable muerte estaba muerta.

Las almas en el limbo sepultadas,
 Que por confusos senos discurrían,

Después que de los cuerpos desatadas,
En las prestadas sombras se escondían:
Las dulces esperanzas prolongadas,
Esforzaban de nuevo y repetían;
Cuando el ángel que habita fuego y penas,
Ardiendo en los volcanes de sus venas,
Vió de su sangre en púrpura vestido
(De honrosos vituperios coronado)
Venir al Redentor esclarecido,
Que fué en la Cruz, para vencer, clavado:
Vióle venir, y ciego y afligido,
Al arma, dijo, al arma, y demudado
De sí (viéndose) vió ¡gran desventura!
Quien (cuando quiso Dios) tuvo hermosura.
Dadme (mas ¿qué aprovecha?), dadme fuego;
Cerrad la eterna puerta: ¿Quién me escucha?
No me entendéis? ¡estoy perdido y ciego!
El mismo viene que os venció en la lucha.
Al arma, guerra, guerra, luego, luego,
Su fuerza es grande, y su grandeza mucha:
El mismo viene que os venció en la tierra,
Y en los infiernos hace nueva guerra.
Sólo viene quien es tres veces santo;
Si no hay más que perder ¿de qué es el miedo?
Sólo viene; mas solo puedo tanto,
Que en tantos acobarda lo que puedo.
La desesperacion no admite espanto;
Cuando poder inmenso le concedo,
Intentaré vencerle persuadido,
Que si me vence, vencerá al vencido.
Adónde están, adónde aquellos bríos
Que dieron triste fin a nuestro intento?
En dónde vuestros brazos y los míos,
Que el antiguo valor, ni veo, ni siento?
Cuando los siempre alegres señoríos
Perder podimos, hubo atrevimiento,
Y agora embota el miedo nuestra espada,
Cuando no se aventura el perder nada?

Para qué nos preciamos de la gloria
 De hijos del Olimpo generosos?
 Para qué conservamos la memoria
 De los principios nuestros valerosos,
 Si al pretender defensa, en la vitoria
 Estamos tan cobardes y medrosos?
 Nadie es hijo del tiempo en este polo:
 Hijos de nuestras obras somos sólo.

La espada de Miguel, su grave ceño,
 Nos venció en la batalla más violenta;
 Bien las heridas en mi rostro enseñó,
 Que sin consuelo son, como sin cuenta.
 Echónos de su alcázar, como dueño
 Grande el castigo fué: pero la afrenta
 Mayor sera. si a nuestra noche pasa,
 Y saquear intentare nuestra casa.

Viviremos cobardes peregrinos,
 Naufragos, fugitivos, desterrados?
 Baste que de los cielos cristalinos
 Fuimos (á mi pesar) precipitados,
 Sin que intente el horror de estos caminos,
 Y el veneno que inunda nuestros vados,
 Un..., íbalo a decir. pero ya junto
 Muchas memorias tristes en un punto.

Acabó de tronar, y con la mano,
 Remesando la barba yerta y cana,
 Y exhalando la boca del tirano,
 Negro volumen de la niebla insana:
 Dejando el trono horrendo é inhumano,
 Que ocupa fiero, y pertinaz profana,
 Dió licencia á la viva cabellera,
 Que silbe ronca, y que se erice fiera.

Dejó caer el cetro miserable
 En ahumados círculos de fuego:
 De lágrimas el curso lamentable
 Cocito suspen lió; paróse luego
 De alto cerro el golpe formidable
 De triste Fregetonte mudo y ciego.

Ladró Cervero ronco, y diligentes
De entre su saña desnudó los dientes

Pocas les parecieron las culebras,
Y los ardientes pinos a las furias;
Estas vibraron las vivientes hebras,
Y en vano lamentaron sus injurias;
Cuando por ciegos senos y hondas quiebras,
Los ciudadanos de las negras curias,
Con triste són tras palidas banderas,
Vinieron en escuadras, y en hileras,

La desesperacion los aguijaba,
Y alto miedo su páso divertía,
Cual de su compañero se espantaba,
Cuál de sí propio temeroso huía;
La Majestad horrenda los miraba,
¡Oh escuadron valeroso! les decia.
Porque á Dios no temimos, padecemos,
Y padeciendo agora le tememos?

No os acordais del alto, del dorado
Zafir, de quien son ojos las estrellas,
En la noche despierto y desvelado,
Y de las armas del Arcángel bellas?
¡Oh qué escudo! ¡oh qué arnes tan bien grabado,
De minas reparti las en centellas!
Pues todo, si vengais nuestros enojos,
Vuestra vitoria lo verá en despojos.

Guardad los puestos, defended los muros,
La desesperacion vibrará el asta;
Luego cerrojos de diamantes duros;
A la muralla de inviolable pasta,
Pusieron los espíritus oscuros.
Así se pertrechó la infame casta,
Guarneciendo los puestos repartidos,
Y amenazando el cielo con bramidos.

Uno, de ardientes hidras coronado,
Formaba en sus gargantas ruido horrendo:
Cual de sierpes y víboras armado,
Les estaba a la tierra previniendo:

Otro en monte de fuego transformado,
 En las humosas teas viene ardiendo,
 Y cual quita (corriendo á la batalla)
 A Sísipho la peña, por tiralla.

Llegó Cristo, y al punto que le vieron,
 ¡Oh que grita del pecho desataron!
 Los más del muro altísimo cayeron,
 Que los rayos de luz los fulminaron.
 Que de antiguas memorias revolvieron,
 Cuando (un tiempo) la alegre luz miraron.
 Y á pesar de blasfema valentía,
 La eterna noche se llenó de día.

El miedo les quitaba de las manos
 Los palidos funestos estandartes,
 Los pueblos tristes y los reinos vanos,
 Resonaron en llanto por mil partes:
 Aparecieron claros los tiranos
 Muros, y los tremendos baluartes:
 Para esconderse pareció al infierno
 Poca tiniebla la del cáos eterno.

Cuál dijo pronunciando su gemido:
 Nunca esperé suceso afortunado ;
 Otro gritaba: «Siempre fui atrevido.
 Siempre vencido, nunca escarmentado ;
 Mas el tirano, cuanto bien nacido,
 Por soberbios motivos derribados,
 Dijo: «¿Quién presumiera gloria alguna
 del que nació en pesebre en vez de cuna?»

No niego, que advirtiéndolo, que venían
 A adorarle los reyes del Oriente,
 La estrella y los tesoros que traían,
 Conjeturé poder omnipotente;
 Mas cuando ví que de temor huían
 Con él sus padres al Egipto ardiente,
 No solo le juzgué (mal engañado)
 Hombre, más juntamente desdichado.

Si yo entregara á Herodes su terneza,
 Tuviera entre los otros inocentes

Cuchillo antes que pelo su cabeza:
 Padeciera verdugos inclementes:
 Mas ¿quién juzgará tal de tal bajeza,
 Siendo el oprobio y burla de las gentes?
 Vile llorar, y vi sus aflicciones,
 Y espirar en la cruz entre ladrones
 Tarda fué mi malicia y mi recato,
 Perezosa advertencia fué la mía,
 Cuando en un sueño hice que á Pilato
 Su mujer fuese de mi miedo espia:
 Faltóme la mujer en este trato,
 No lo creyó quien la maldad creía;
 Fuí de la mujer la postrer prueba,
 Viendo que la primera logré en Eva.

Veisle que, con abierta mano y pecho,
 Poblar quiere á mi costa los lugares,
 Que desiertos están, y á mi despecho
 Aumentando pesar á los pesares.
 La posesion alego por derecho:
 Contentate, Señor, con tus altares:
 Truena sobre las puertas de tu cielo,
 Y déjame en el llanto sin consuelo.

Dijo, y buscando noche en que envolverse,
 Y viendo que aun la noche le faltaba
 Dentro en si mismo procuró esconderse,
 Y aun así, en sí propio no se hallaba.
 Con las dos manos quiso defenderse
 De la luz que sus ojos castigaba,
 Cuando la voz del Rey omnipotente
 Le derribó las manos de la frente.

A vuestro Rey piadoso, á vuestro dueño
 Almas precitas) oponéis cerradas
 Las puertas duras del eterno sueño,
 Las cárceles sin fin desesperadas?
 Ya conoceis mi belicoso ceño,
 Que milita con señas bien armadas.
 Ripitiólo tres veces de manera
 Que se abrió el grande reino á la tercera.

Como luz tremolante vuela leve,
 Cuando el sol reverbera en agua clara,
 Que en veloz fuga se reparte y mueve,
 Y en vuelo imperceptible se dispara:
 Así-lamente en Luzbel aleve
 (Herida con el rayo de la cara),
 De quien apenas todo el sol es rayo,
 Bajaba entre las iras y el desmayo.
 Alecto con Tesiphone y Meguera,
 Furias, su propio oficio padecieron;
 En ellas se cebó su cabellera,
 Y con sus luces negras se encendieron:
 Perdió Cloto turbada la tijera:
 Las otras dos ni hilaron ni tejieron:
 No osó el viejo Caron, con amarilla
 Barca, arribar á la contraria orilla.

Eaco el tribunal dejó desierto,
 Las rigurosas leyes despreciadas;
 Del temor Radamanto mal despierto.
 Se olvidó de las sombras desangradas:
 Por un peñasco y otro, frio y yerto
 Las almas en olvido sepultadas,
 En vano procuraban sin aliento
 Dar á sus lenguas voz y movimiento.

Entró Cristo glorioso en las señales
 De su pasion, y con invicta mano,
 De majestad vistió los tribunales,
 Donde execrables leyes dió el tirano:
 Estremeció los reyes infernales,
 Halló al príncipe de ellos inhumano,
 Tan fiero con la pena y la luz clara,
 Que era su medio reino ver su cara.

Hay vecino á Cocito á Flegetonte,
 Grande palacio, ciego é ignorante
 Del rayo con que enciende el horizonte
 La luz, peso y honor del viejo Atlante:
 La entrada cierra en vez de puerta un monte
 Con candados de acero y de diamante:

Dentro en noche y silencio adormecido,
ociosa está la vista y el oído.

Aquí divinas almas sepultadas
En ciega noche, donde el sol no alcanza,
Están, si bien ociosas, ocupadas
En aguardar del tiempo la tardanza.
Triunfa de las edades ya pasadas,
No ofendida y robusta la esperanza,
Honrándose de nuevo cada día
Con crédito mayor la profecía.

Tembló el umbral debajo de la planta
Del Vencedor eterno, y al momento
El monte con su peso se levanta.
Obediente al divino mandamiento:
Luégo la clara luz, la lumbre santa,
Recibió el triste y duro encerramiento,
Y con el nuevo sol que la hería,
Hasta la niebla densa se reía.

En oro de los rayos del sol puro
Se enriquecieron redes y prisiones:
Vióse asimismo el gran palacio obscuro,
Vieron los viejos padres sus facciones:
Y abrazando el larguísimo futuro,
Templando á los suspiros las canciones,
De la puerta salieron todos juntos.
Con viva fé en la sombra de difuntos.

En lágrimas los ojos anegados,
El cabello en los hombros divertido,
La venerable frente y rostro arados,
Con la postrera nieve encanecido,
Con sus hijos que en él fueron culpados,
Y fueron para Dios pueblo escogido,
Se mostró el padre Adán, el ciudadano
Del reino verde, que trocó el manzano.

Puso las dos rodillas en el suelo,
Y alzando las dos manos le decía;
¡Oh redentor del mundo! ¡oh luz del cielo!
Llegó, Señor, llegó el alegre día:

Vos nos dais la salud, vos el consuelo:
 Grande é inmensa fué la culpa mia;
 Grande, empero, dichosa si se advierte
 Que costó su disculpa vuestra muerte.

¿Qué llagas son aquellas de las manos
 Que en vuestra desnudez fueron mi abrigo?
 ¿Qué golpes son aquellos inhumanos?
 ¿Quién dió licencia en vos á tal castigo?
 Dió licencia el amor á los humanos,
 De quien, siendo mal padre, fui enemigo:
 Todos mis hijos son, y lo confieso,
 Que lo parecen en tan fiero exceso.

Acuérdome, Señor, ;memoria amarga!
 Despues que por mi mal el limbo piso,
 Que luégo que les di á los hombres carga
 (Así mi culpa y vuestra ley lo quiso)
 Con espada de fuego á prision larga,
 Un ángel me arrojó del Paraiso:
 Queló por guarda de la misma puerta,
 Porque á ningun mortal le fuese abierta.

Ninguno pudo entrar, que, amenazante,
 Les puso á todos miedo reluciente;
 Vos solo, gran Señor, fuistes bastante
 A salir con empresa tan valiente:
 Pues con vestido humano, tierno amante,
 Os opusisteis á su espada ardiente;
 Y se hartó de cortar en vos de modo,
 Qué está seguro de sus filos todo.

Osaré pronunciar el nombre de Eva,
 Pues vuestra siempre vírgen Madre en Ave
 Le califica y muda, y le renueva,
 Con el sí que á Gabriel dijo suave.
 No teme que la sierpe se le streva;
 Que viéndo en vos el prometido, sabe
 Que el pié de vuestra Madre con pureza,
 La deshizo la lengua y la cabeza.

Llebadnos, hombre y Dios, á la morada
 Que yo perdi; pasemos á la vida,

Pues satisfecha en vos la ardiente espada,
Nos asegura de mortal herida.

Dijo; y la vista en llantos anegada,
Y en lágrimas la voz humedecida,
Venerable en sus canas, con severa
Voz, Noé razonó de esta manera:

Yo cuando con licencia rigurosa
Fué el mar abrazo universal del suelo;
Y cuando por la culpa vergonzosa
La tierra con su llanto anegó el cielo,
(¡Tanto lloro!), fui yo quien la piadosa
Máquina fabricó, donde mi celo
Las reliquias del mundo hartó al diluvio,
Hasta que vió los montes el sol rubio.

Yo en república corta y abreviada,
Salvé el mundo con arca de madera:
Mas vos, del Testamento arca sagrada,
De la que sombra fué luz verdadera,
Salvais de pena inmensa y heredada,
Los que osaba anegar culpa primera.
Yo salvé siete en el bajel primero;
Vos sólo todo el mundo en un madero.

Yo paloma envié, que me trujese
Lengua de lo que en tierra se hallase;
Vos, porque vuestro amor se conociese,
Enviasteis paloma que llevase
Lenguas de fuego al mundo, y que las diese,
Porque mejor con ellas se enjugase.
Vos sois más Abrahan que ve en su seno
A Cristo, dijo de misterios lleno:

Ya, grande Dios, ya miro en vos, ya veo
Lo figurado en mi obediente mano,
Cuando el único hijo á mi deseo,
Os quise dar en sacrificio humano.
Ya toda mi esperanza en vos poseo,
Ya entiendo el gran misterio soberano;
El cordero sois vos, manso y sencillo,
Que de la zarza vino á mi cuchillo.

«Esperé entónces contra mi esperanza,
 Pues aguardando que de mí naciese
 Generacion sin fin, mi confianza
 Quiso que mi unigénito muriese:
 Más á tan grande hazaña solo alcanza
 Tu Padre, porque sólo en él se viese
 Quedar el Hijo, en que él se satisfizo:
 Si Abraham lo intentó, sólo Dios lo hizo.»

Más le dijera, si de Isaac el llanto
 No atajára su voz diciendo: «¡Oh hijo
 Del Rey, que pisa el bien dorado manto,
 Y tiene sobre el sol asiento fijo!
 ¿Mi haz en vuestros hombros siempre santo?
 ¿Vos con mi haz? ¿cargado ves?» le dijo,
 Y enmuddció, que á fuerza de pasiones
 El llanto le anegaba las razones.

Tras él Jacob de entre el horror salia
 Defendiendo los ojos con la mano,
 Que la luz clara y nueva le ofendia
 La vista, que enfermó reino tirano.
 «Vos sois la escala, vos, Señor, decia,
 Que yo soñé, y sois el largo llano;
 La cruz es la escalera prometida,
 Los clavos escalones y subida.

«Camino angosto de la tierra al cielo,
 Yo ascenderé por ella peregrino:»
 «Y yo, dijo Josef, tenderé el vuelo
 Por vuestra escala á vos, que sois camino.
 Yo soy aquel humano que en el suelo
 Representó vuestro valor divino;
 Yo soy el que vendieron inhumanos,
 Como á vos vuestros hijos, mis hermanos.»

Voz trémula, delgada y afligida
 Se oyó, diciendo: «Yo, Señor, es; ero,
 Con vuestra claridad, descanso y vida:
 Caudillo fui de vuestro pueblo fiero:
 Moises su Vara en vos mira vencida,
 Con maravillas del Pastor Cordero:
 El maná en el destierro fué promesa

Del manjar consagrado en vuestra mesa.

— Cuando en la zarza os vi, fuego anhelante,
Y en pacífica llama repartido,
Detener el incendio relumbrante.
Y a la zarza ostentáros por vestido:
Igualmente por fuego y por amante,
Os adoré con gozo repetido,
Allí vi los misterios enzarzados,
Y los miro de zarzas coronados.

— La médica serpiente, que en la vara
(Imitada en metal), tan varias gentes
(Con oculta virtud, con fuerza rara,
Mordidas preservó de otras serpientes;
Hoy símbolo y emblema se declara
De vos, Señor, que en una cruz pendientes:
Los miembros, dais remedio en forma humana
A los mordidos de la sierpe anciana.»

Dijo, dando lugar al sentimiento
Del grande José, que llora y calla.
A persuasión del gozo y del contento,
Que en las amanecidas nieblas halla:
Y el sol obedeció mi mandamiento,
Y dió más vida al día en mi batalla,
Cual otro Josué nos ha parado
En vos el sol eterno, y deseado,

Querer decir el número infinito
De los que rescató de las cadenas,
Fuera medir al cielo su distrito
Y contar á los mares las arenas:
La mies que nube y río en el Egipto
La licencia del Nilo riega apenas
Las hojas que, espumoso y destemplado,
Desnuda otoño a la vejez del prado.

Sólo quisiera voz, sólo instrumento,
Que al mérito del canto se igualára,
Para poder decir el sentimiento
Del alma de David ilustre y clara:
Salió juntando al arpa dulce acento,

Y viendo al Redentor la hermosa cara
En sus cuerdas ufano, al mismo punto,
El ocio y el silencio rompió junto.

«Desempeñastes mi palabra dada
Tantas veces al mundo en profecía:
Ya se llegó la hora, ya es llegada:
Eterna reina en vos mi monarquía.
El celoso que, en pública estacada,
Siendo pastor gimió mi valentía:
No le venció mi piedra ni mi saña,
Que en vos, piedra angular, logré la hazaña.

¿En dónde habeis estado detenido,
Prólajo plazo y término tan largo,
Mientras en la garganta del olvido
De la esperanza nos posee el embargo?
La fe con dilaciones ha crecido,
Examinóse en el destierro amargo:
Padre me llama vuestro afecto tierno,
Siendo de Eterno Padre el Hijo Eterno.

Dijo, y en venerable edad nevadas
Mostraron los profetas sus cabezas,
¡Oh cuán ancianas frentes arrugadas!
¡Oh cuán blandos afectos y ternezas!
Juntas las manos santas levantadas,
Quisieron referirle sus grandezas;
Mas Cristo, que los ve llegar con prisa,
Les mostró en el semblante amor y risa.

Llegad á mí, llegad, dulces amigos,
Cuyo saber al tiempo se adelanta:
Llegad á mí, llegad, seréis testigos
De lo que publicó vuestra garganta:
Encarné (por librar mis enemigos)
En virgen siempre pura, siempre santa;
Parióme sin dolores, nací de ella:
Siempre intacta quedó, siempre doncella.

«Con los doce cené: yo fui la cena:
Mi cuerpo les di en pan, mi sangre en vino
Previne mi partida de amor llena,

Y Viático quedó á su camino:

Que me quede en manjar amor ordena,
 Cuando á la cruz me lleva amor divino;
 Encarné por venir, y al despedirme
 En el pan me escondí por no partirme.

»Cenó conmigo, de venderme hambriento,
 Júdas, varon de Carioth, ingrato;
 Mi cuerpo despreció por alimento,
 Que le alcanzaba de mi mismo plato:
 Amigo le llame en el prendimiento,
 Porque ya que me daba tan barato,
 Cuando se pierde á sí, y en mí su amparo,
 No le costase lo barato caro.

»Vivi treinta y tres años peregrino,
 Perseguido de todos los humanos:
 Mostréles mi poder, alto y divino,
 En obras de mi voz y de mis manos:
 Fui verdad, y fui vida, y fui camino,
 Porque fuesen del cielo ciudadanos:
 No digo de la púrpura la afrenta,
 Ni los trabajos que pasé sin cuenta.

»Despues que ennoblecí tantos agravios,
 Que atesora el amor en mi memoria;
 Despues que me escupieron viles labios,
 Ensangrentando en mi pasion su historia:
 A muerte me entregaron necios sabios,
 Sin saber que en mí pena está su gloria:
 Claváronme en la cruz», y aquí fué tanto,
 Que suspendió la voz del coro el llanto.

Entre todos, quien más dolor sentía,
 Y quien de más congójas muestras daba,
 Era el gran Padre Adan, que se hería,
 Y ni rostro, ni canas perdonaba.

«¿No ves, dijo el Señor, que convenia
 Para que la alma no muriese esclava?
 Di el cuerpo entre ladrones al madero,
 Y uno me despreció por compañero.

»Mi cuerpo en el sepulcro está guardado,

De eterna majestad siempre asistido,
 Al sol tercero está determinado,
 Que resucite de esplendor vestido:
 El premio de mi sangre ha rescatado
 Vuestra esperanza del obscuro olvido;
 Seguidme adonde nunca muere el día,
 Pues vuestra vida está en la muerte mía.

La voz que habló del Verbo en el desierto,
 Dulce sonó por la garganta herida,
 De tosca y dura piel salió cubierto,
 El que nació primero que la vida:
 Y el que primero fué por ella muerto,
 Con mano al cielo ingrata y atrevida:
 Que, como el sol divino, fué lucero,
 Primero vino, y se volvió primero.

Éste, cuya cabeza venerada
 Fué precio de los pies de una ramera,
 A cuya diestra vió el Jordan postrada
 La grandeza mayor en su riberá:
 Donde, con voz suave y regalada,
 El gran monarca de la impirea esfera,
 Con palabras de fuego y de amor, dijo:
Este es mi caro, y muy amado Hijo.

Viendo ingratas manos señaláto,
 A quien él con un dedo solamente
 Señaló por corlero sin pecado,
 Libertador del pueblo inobediente,
 Dijo: «Sin serlo parecí culpado;
 Decirlo así tan gran dolor se siente;
 Pues sin temer sus dientes y sus robos,
 Siendo cordero, os enseñé á los lobos.

Viendo yo que yo enseñaba lo que vía,
 Maliciosos osaron preguntarme
 Si era profeta, y ciega pretendía
 Con los profetas su pasión negarme:
 Y mi demostración en profecía
 Quisieron con engaño interpretar:
 Juzgaron por más fácil sus enojos
 El negarme la voz, que no los ojos.

Yo fuí muerto por vos, que coronado
Por todos fuisteis muerto, cuando el día
Vió cadáver la luz del sol dorado.
Vos fuisteis precursor de mi alegría,
Le dijo Cristo á Juan, vos degollado
Del que buscaba la garganta mia:
Tanto más que profeta sois al verme,
Cuando excede el mostrarme al prometerme.

Seguidme, y poblaréis dichas sillas,
Que la soberbia me dejó desiertas:
Dejad estas prisiones amarillas,
Eterna habitacion de sombras muertas:
Sed parte de mis altas maravillas,
Y del cielo estrenad gloriosas puertas.
Dijo, y siguió su voz el coro atento,
Con aplauso de gozo y de contento.

Luégo que el ciego y mudo caós dejaron,
Y alto camino de la luz siguieron,
Desesperados llantos resonaron,
De las escuadras negras que lo vieron:
Las puertas de su reino aún no miraron,
Que medrosos de Dios no se atrevieron:
Pues viéndole partir, aún mal seguros,
Huyeron de los límites oscuros.

Subiéronse á los duros y altos cerros,
Y viendo caminar la escuadra santa,
La invidia les dobló cárcel y hierros,
No pudiendo sufrir grandeza tanta:
Reforzóles la pena y los destierros.
Ver su frente pisar con mortal planta;
Los ojos le cubrió muerte enemiga,
Y el aire se vistió de noche antigua.

Llegó Cristo glorioso en sus banderas,
En tanto que padece el Rey violento
Del siempre verde sitio á las riberas,
Que abrió con su pasion y su tormento:
Riéronse á sus piés las primaveras,
Y en hervores de luz encendió el viento;

Abriéronse las puertas cristalinas,
Y corrió el paraíso las cortinas.

Hay un lugar en brazos de la aurora,
Que el Oriente se ciñe por guirnalda;
Sus jardineros son Céfito y Flora.
El sol engarza en oro su esmeralda:
El cielo de sus plantas enamora,
Jardin Narciso de la varia falda;
Y el comercio de rosas con estrellas,
Enciende en joyas la belleza de ellas.

Por gozar del jardín docta armonía,
Que el pájaro delata en la garganta,
A las tinieblas tiraniza el día
El tiempo, y con sus horas se levanta:
Su luz y no su llama el sol envía,
Y con la sombra de una y otra planta,
Seguro de prisión del hielo frío,
Líquidas primaveras tiembla el río.

El firmamento duplicado en flores,
Se ve en constelaciones olorosas:
Ni mustias envejecen con calores,
Ni caducan con nieves rigurosas:
Naturaleza admira en las labores,
Con respeto anda el aire entre las rosas,
Que sólo toca en ellas manso el viento,
Lo que basta á robarlas el aliento.

Pródiga ya la luz de su tesoro,
Más claros rayos recibió, que daba,
Acrisolaron los semblantes de oro
Las espléndidas luces que miraba
El Redentor: siguió el sagrado coro
Al pié de Cristo, y en su cruz se clava:
Saludó Adán la antigua patria, y todos
Después la saludaron de mil modos.

Luego que la promesa vió cumplida
Dimas, gozando el reino del reposo,
Dijo: «Yo con mi muerte hurté mi vida:
Yo sólo supe ser ladrón famoso;

Fué mi culpa á tu lado ennoblecida:
 Mi postrer hurto llamarán glorioso
 Pues espirando con afecto tierno,
 Hurté el cuerpo á las penas del infierno.

Condenóse un discípulo advertido
 Y salvóse un ladron bien condenado;
 ¡Oh piélago en misterios escondido!
 ¡Oh abismos en tus secretos encerrado!
 ¡Un apóstol precito y suspendido!
 ¡Un ladron en la cruz predestinado!
 Hoy me dijiste que seria contigo
 En tu reino: hoy le gozo, y hoy te sigo.

Teniendo nueva carga blandamente,
 Atlante añadió el hombro, cuello y brazos,
 Que aguarda mayor peso que el presente,
 Despues que Dios cumplió tan largos plazos:
 Dejó en el paraiso refulgente
 A los que desató de ciegos lazos
 Cristo Jesús, y se volvió á la tierra,
 Porque su cuerpo triunfe de la guerra.

Pasaba el cielo al otro mundo el sueño,
 Y en nueva luz las horas se encendian:
 Cedió a la aurora de la noche el ceño,
 Y dudosas las sombras se reian:
 El silencio dormido en el beleño,
 Las guardas con letargo padecian,
 Cuando se vistió la alma soberana
 En cuerpo hermoso la porcion humana.

Cuando la piedra que el sepulcro cierra,
 Cuando la piedra que el sepulcro guarda,
 Aquélla con piedad, ésta con guerra
 Espantosa en la espada y la alabarda;
 Cuando ésta la razon de esotra encierra,
 Cuando aquélla la olvida y se acorbarda,
 En la resurreccion se les previno
 Por la muerte al vivir fácil camino.

Si cuando murió Cristo se rompieron
 Las piedras, que el dolor inmenso advierte

Mal los duros hebreos pretendierón
 Fabricarle con piedras cárcel fuerte,
 Como de sí, del mármol presumieron
 La dureza, sin ver que, pues su muerte
 Le animó con dolor en su partida,
 Mejor le animará con gloria y vida.

Tembló el mármol divino, temerosa
 Gimió la sacra tumba y monumento:
 Vió burladas sus cárceles la losa:
 De duplicado sol se vistió el viento:
 Desatóse la guarda rigurosa
 Del lazo de la noche soño'iento:
 Quiso dar voces, mas la lumbre santa
 Le aňudó con el susto la garganta.

Es tal la obstinacion p rfida hebrea,
 Que el bien que deseaban y esperaron,
 Temen llegado y temen que suceda;
 Buscaron luz y en viéndola cegaron.
 Cuando con ansia inútil, ciega y fea,
 Para sus almas muertas ya guardaron
 Sólo sepulcro, el que sirvió de cuna,
 Al que vistiendo el sol pisa la luna.

Levantáronse en pi  para seguirle,
 Mas los pies de su oficio se olvidaron;
 Las armas empu aron para herirle,
 Y en su propio temor se embarazaron:
 Las manos extendieron para asirle,
 Mas viendo vivo al muerto, se quedaron
 De vivos tan mortales y difuntos,
 Que no osaban mirarle todos juntos.

Apareció la Humanidad sagrada,
 Amaneciendo llagas en rubies,
 En joya centellante la lanzada,
 Los golpes en piropos carmesies:
 La corona, de espigas esmaltada,
 Sobre el coral mostró cielos turquies,
 Explay base Dios por todo cuanto
 Se vió del cuerpo glorioso, y santo.

En torno las seráficas legiones
 Nube ardiente tejieron con las alas;
 Y para recibirle las regiones
 Líquidas estudiaron nuevas galas;
 El hosana glosado en las canciones,
 Se oyó suave en las eternas salas;
 Y el cárdeno palacio del Oriente,
 Con esfuerzo de luz se mostró ardiente.

La cruz lleva en la mano descubierta,
 Con los clavos más rica que rompida;
 La gloria la saluda por su puerta,
 A las dichosas almas prevenida;
 Viendo á la muerte desmayada y muerta,
 Con nuevo aliento respiró la vida,
 Pobláronse los cóncavos del cielo,
 Y guareció de su contagio el suelo.

Fragmentos que se pudieron hallar entre los originales del autor, de la traducción y paráfrasis de los Cantares de la esposa.

SIR HASIRIN LI SELOMO.

CANTAR DE CANTARÉS DE SALOMON.

CONTEXTO.

En un valle de mirtos y de alisos,
 Que el cielo es jardinero de sus calles,
 Donde todas las hierbas son Narcisos,
 Y el valle es el Narciso de los valles,
 En quien el sol con elegentes rayos,
 Todos los meses los encomienda en Mayos:
 Todo el nombre del año es primavera,
 Todas las horas son Oriente y día.

Estudio de la luz y de la esfera,
 Cuantas flores y plantas viste y cria,
 Y para su abundancia y su belleza,
 Docta y pródiga fué naturaleza.

Aquí, pues, cuidadosa y congojada,
 Llorosos pasos daba esposa ausente,
 La vista por los ojos derramada,
 Y la voz por la púrpura doliente:
 Dice su pena, y muestra su semblante,
 Que puede ser amada, y que es amante.

Incendio fué del aire con suspiros,
 Diluvio fué de perlas, con el llanto
 Amarteló del cielo los zafiros,
 Que el sentimiento hermoso pudo tanto,
 Y sin ver al que llama y al que espera,
 Con él habló sin él de esta manera.

ESPOSA.

Béseme con el beso de su boca,
 Pues de panales dulces está llena,
 Cuanta más hiel y más ácibar toca,
 Sus labios son la gloria de mi pena;
 Y en tan inmensa multitud de agravios,
 Sus besos son la vida de mis labios.

Sus pechos santos, que lagares fueron
 Del vino anciano por edad precioso,
 En blanca leche á mis niñeces dieron
 Alimento materno generoso;
 Que para mi sustento y mi camino,
 Mejores son sus pechos, que no el vino.

Bien pueden los aromas de tu aliento
 Aprender á flagrantés si supieren:
 Mas no será capaz algun unguento
 De los olores que de tí salieren:
 Tu nombre es tu perfume derramado,
 Que guardó el óleo y repartió el cuidado.

No de balde te siguen las doncellas,

Que viven del olor que tú derramas;
 Como se visten de oro las estrellas
 Que más cerca al sol beben las llamas;
 Y como de tú olor ricas salieron,
 Por eso enamoradas te siguieron.

Si no me lleva á tí tu propia mano,
 Sin tí no acertaré tan gran camino;
 Sé esposo y guía por el monte llano,
 Y corremos tras tu olor divino;
 Llévame á tí por tu camino asida,
 Siendo esposo, y verdad, camino y vida.

A su mas confidente y retirada
 Cuadra, el Rey me introdujo, y el contento
 Despertó la memoria enamorada
 De sus pechos, que al alma dan sustento,
 Con aquellos solos van á tí derechos,
 Que se apartan del vino por tus pechos.

Aunque negra me veis y anohecida,
 Hijas de la magnífica y gloriosa
 Jerusalem, y en sombras escondida,
 Si bien se considera, soy hermosa:
 Miradme bien, que no porque esté oscura
 Pierde el ser hermosa la hermosura.

Negra soy, mas en todo semejante
 A las tiendas de Noma de Cedreno,
 Que afuera muestran rústico semblante,
 Para que al sol resista y al sereno;
 Y por de dentro, para más decoro,
 Son tejido jardín de plata y oro.

Soy semejante á las feroces pieles
 Que á Salomon le sirven de cortinas,
 Que en lo grosero guardan los doseles,
 Y en lo duro y lo vil las telas finas;
 Pase del exterior la vista, y luego,
 Despues del humo, hermoso vera el fuego.

No hagais caudal de mi color moreno,
 Que el sol tiene la culpa en estos llanos,
 Pues me hicieron guardar el pago ajeno,

A poder de amenazas, mis hermanos,
Que si mi esposo dulce no acudiera,
No guardara mi viña, y la perdiera.

En pago del amor con que te adoro,
Enséñame á tu choza y tu cabaña,
Y dime, cuando el dia hierva en oro,
Y el sol está cociendo en la campaña
Las mieses, donde llevas tu ganado,
Donde pae y descansa descuidado.

Dime tu albergue, ántes que engañada
Con pié dudoso, sola y peregrina,
Por esta confusion ciega y turbada,
Por tantos ganaderos descamina,
Pregunte por tu senda á los perdidos,
Que se dejan llevar de sus sentidos.

No des lugar, que viendo una doncella
Preguntar por pastor entre pastores,
De poca edad, y entre las otras bella,
Sospechan liviandad en mis amores,
Que yo no busco gustos ni placeres,
Y ni saben quién soy, ni ven quién eres.

CONTEXTO.

Como atiende al honor de su querida
El esposo pastor, y siempre amante,
Su queja tantas veces repetida,
Pronunciada de amor tan elegante,
Halló su corazon hecho de cera,
Y dulce respondió de esta manera:

Si no sabes quién eres, y si ignoras
Que el imperio de toda la hermosura
En solas tus facciones le atesoras,
Que sola tu belleza es casta y pura;
Sal de tí propia, y sigue las pisadas
De mis pastores y de tus manadas.

No dejes el camino que te enseñó,
Ni des crédito á los pastos aparentes;

Yo soy pastor y esposo, y padre y dueño,
 Esotros siguen sendas diferentes.

Con mis pastores no temerás robos,
 Guardate de pastores que son lobos.

A mi caballeria, que lozana

Es presuncion del Nilo; y que en el coche
 De Faraon, la envidia la mañana,

Para traer la luz contra la noche.

Por quien trocará el tiro ardiente el dia,
 Comparo tu belleza, esposa mia,

Dos tórtolas parecen tus mejillas,

Que arrullan con las rosas y las flores,

Tu cuello está brillando maravillas,

Como el collar precioso resplandores:

Tan bien sacado, tan perfecto y bello,

Que de sí propio es el collar tu cuello.

Del oro que en Ofir con mejor rayo

Fabrica el sol, te labraré arracadas,

De ellas aprenderá colores Mayo;

Serán con blanca plata variadas,

Guardárate de silbos las orejas,

De la sierpe, que engaña las ovejas.

ESPOSA.

Miéntras el rey estuvo recostado

En mi regazo blando tierno amante,

El aire en suavidad dejó bañado

Mi nardo, que mi rey hizo flagranté,

Y el trascender de olor un haz tan breve,

Al reclinarse el rey en mí lo debe.

Ranillete de mirra es mi querido

Para mí amarga al gusto, y provechosa

A la verdad del alma, y del sentido,

Austera, y desabrida, y olorosa;

Conozco en su amargor mi medicina;

Por eso entre mis pechos se recliná.

Paréceme mi esposo á los racimos

De los frutos del cipro, que oloroso
En las viñas de Engadi están opimos,
Igualmente flagrantes y preciosos,
Cuyo fruto, que aroma eterno exhala,
Más tiene de remedio que de gala.

CONTEXTO.

Aunque á tan buen pastor se debe todo,
Y es interés de quien le quiere amarle,
Viendo como la esposa de este modo
Atiende á obedecerle y obligarle,
Viéndola padecer enamorada,
La acarició con voz tan regalada.

ESPOSO.

Con sólo desearme, amiga mía,
¿No ves cómo eres ya blanca y hermosa?
Mas hermosa que el sol que alumbra el día
Eres, por ser mi amante y ser mi esposa:
Más me enamoras, cuanto más suspiras,
Porque con ojos de paloma miras.

CONTEXTO.

La esposa, que se vió favorecida,
Le dijo (esposo) tuya es sólo la hermosura,
Que á la belleza das la gracia y vida:
En tí sólo se ve perfeccion pura,
Y ya que sólo remediarme puedes,
Cama florida tengo en que te quedas.
No salgas de mi casa, ni de paso
Vayas, mi bien; alójate en mi pecho,
Ya que en tu puro y santo amor me abraso,
De ciprés son las vigas de mi techo,
De cedro lo demás: entra contento,
Que es todo incorruptible el aposento.

En los floridos valles de Sion,
Junto con el otero,
Do el hijo de Jesé, zagal chapado,
Por tirar con la honda muy certero,
La su gentil corona
Ganando, fué entre todos señalado.
Alli en un verde prado,
Vi debajo de una sombra, una pastora,
Graciosa y bella, aunque algo tostadilla.
Paréme por oilla,
Y á ver qué cosa fuese causadora
Del ánsia gastadora,
Que dentro en sí tenía,
Porque con los suspiros que enviaba
(Tales que el aire ardia)
Encendida en deseos se mostraba.
En su cantar, senti que amor la fuerza,
Y no le da reposo,
Haciendo al delicado pecho guerra,
Sólo por el deseo de un su esposo.
Al cual llamar se esfuerza,
Tanto que mueve á compasion la tierra,
No mucho se destierra
Su esposo, porque está tambien herido
De una otra flecha tanto más pujante,
Y no poder apacentar sus ojos;
Y jamás no pudiendo
Sus ánsias refrenar, que no rompiesen
Este cantar diciendo
Lugar daba á sus quejas que saliesen.

CAPITULO PRIMERO.

ESPOSA.

Theolampo mio, ¿qué tardanza es ésta?
 ¡Ay! ¿quién te me detiene?
 ¿Dónde estás? ¿No respondes? ¿Qué te has hecho?
 Cómo no quieres que en tu ausencia pene
 Aquella á quien le cuesta
 Tu amor, el corazon que está en su pecho?
 Bien sientes qué despecho
 Tendré conmigo misma no te viendo,
 Porque tengo temor que no me quieras.
 Si tú mi amante fueras,
 Vinieras, la mi pena no sufriendo:
 Yo juro que en te viendo
 Sería yo guarida,
 Y aunque la muerte ya de mí triunfase,
 Tornaría á la vida,
 Si un beso de tu boca yo alcanzase.
 No hay en el mun lo más sabroso vino,
 Que al bebedor contente,
 Y quite sus cuidados y dolores
 Y lo haga á gran bien estar presente.
 Que aquel dulzor divino
 Se pueda comparar de tus amores.
 Pues solos los olores
 Que de tí salen, tanto acá trascienden,
 Y en tanto amor encienden,
 Como olio que derrama
 Algalia, que en bujetas se reparte.
 Asi huele tu fama,
 Que á todas las doncellas hace amarte.
 Pluguiese á Dios del cielo que me asieses
 Theolampo de la mano.

Y me llevases una vez contigo,
Seguirte ya con correr liviano
Por doquiera que fueses;
Que sin tí estando, no estaría conmigo.
Este mi rey que digo,
Me dará entrada en su palacio eterno,
Donde veremos todas sus riquezas,
Y si á esto me avezas,
En mí aposentarás un gozo lierno.
Y todo mi gobierno
Será siempre decir
Que no hay vino que iguale con tu amor;
Y tú podrás sentir
Cuánto te hace amable este dulzor.

Aunque parezco en mi color morena,
Solimitanas dueñas,
En todo el resto soy graciosa y bella,
Como los pabellones, que en las breñas,
Y por la ardiente arena
Estan tendidos, que el alarbe huella,
Tan linda como aquella
Cortina, que en su templo Salomone
Tendió, que dentro gran riqueza muestra,
Y fuera de otra muestra,
Porque el color moreno espanto os pone.
¡Ay! Dios te lo perdone,
Los hijos de mi madre me forzaron,
Que guardando sus viñas me tostase,
Y nunca me dejaron,
Que la mi viña propia bien guardase.

Hazme saber ¡oh amor de la mi alma!
Do el tu ganado paze.
Y hacia dondo hallas tu rebaño;
O cuando el sol en la mañana nace,
O cuando el aire en calma,
Do lo defiendes del calor extraño.
Porque si yo me engaño
En tu buscar, sin ir do estás muy cierta,

andando por los montes y las fuentes,
 mor no paras mientes,
 me andaré fatigada y casi muerta.
 si por caso acierta
 verme quien no conozca,
 el punto pensará de mí mil males,
 me ando de choza en choza,
 discando sin vergüenza los zagales.
 Al dulce lamentar de aqueste amante,
 allaba el campo todo,
 ovido á compasion de una tal queja,
 no es tan malo el lastimero modo,
 me el alma no quebrante
 su esposo, que de ella no se aleja.
 nor ya no le deja,
 su alma tierna pue le ya sufrillo
 tormentar su amada con silencio,
 me le es amargo asencio
 ver el mal de su esposa, y no guarillo:
 con un son que oillo
 en pueda, le responde
 cantando, porque máo pecho mueva,
 desde las breñas, donde
 ver gran requiebro su presencia encueva.

ESPOSO.

Eumenia, para mí dulce y graciosa,
 más que mujer de quantas hoy se arrean;
 tú no sabes, mi querida esposa,
 hallar las mis ovejas do sestean,
 balla tu ganado presurosa,
 sus cabritos, que parecer desean,
 huella ven siguien lo á los pastores,
 me entre ellos hallaras á tus amores.
 Más linda, más ligera y mas lozana
 es á los mis ojos, mi querida,
 me la yegua de Egipto muy galana,

Que en el mi carro suele andar uncida,
 Tus mejillas, Eumenia, muy de gana,
 Entre sus joyas tienen mi alma asida;
 Dos tórtolas te tengo muy labradas
 De oro, en blanca plata rematadas.

ESPOSA.

Cuan dulce es tu presencia, esposo amado,
 Mis cosas sienten todas su alegría,
 Mira en sertirte donde estas sentado,
 Que olor esparce la bujeta mia:
 Un manojito de mirra muy preciado,
 Que siendo amargo un suave olor envía,
 Manojito es para mí mi esposo bello,
 Entre mis pechos quiero yo traerlo.

De canfora un racimo muy suave
 Donde suele el licor, que siempre dura,
 Que junto al mar, que no sustenta nave,
 En la viñas de Engadi es su pastura,
 Tal es, quien de mi pecho tiene llave,
 Y sólo cierra y abre su clausura:
 Y aun poca suavidad es la que digo,
 Mayor espira de mi dulce amigo.

ESPOSO.

La beldad tola en ti hace aposento,
 En ti, mi amiga, á mí, de la lindeza,
 Tus ojos que me dan tan gran contento
 En su mirar honesto y su clareza,
 Sus rayos, su color, su movimiento,
 Su redondez extraña y su grandeza,
 Remedan mucho á los de la paloma,
 Cuando por la mañana rayo asoma.

ESPOSA.

Tu gracia y tu beldad es la que abrasa
 Mi corazón contino en viva llama;
 He flores que cogí, cuando mas rasa
 El alba estaba, es hecha nuestra cama;
 De cedro es la madera, nuestrá casa
 Que grande suavidad de sí derrama;
 El corredor cipreses lo sustentan,
 Porque del tiempo injuria nunca sientan.

Béseme con el beso
 Mi esposo de su boca sacrosanta,
 Que sin medida y peso
 Al vino se adelanta
 El dulzor de su pecho y leche santa.
 Tu olor es más que unguentos,
 Y tu nombre es aceite derramado,
 Por tanto con intentos
 De gozar sin cuidado
 Tal bien, sin fin doncellas te han amado.

Si voluntad faltare,
 Como sabes, me esfuerza esposo mio,
 Que mientras nos durare
 La vida, aliento y brío,
 Borreremos tras tí por fuego y frío.

Metiόμε en su aposento
 El rey, en tí será nuestra alegría
 Del vino tumultento,
 La memoria se enfria,
 Que en tus pechos la muestra está, y se eria
 Los que copiosamente
 Con justa rectitud son ilustrados,
 Entre toda la gente,
 Con dardos herbalados
 Oh esposa! de tu amor están llegados.
 Aunque me veis morena,
 O hijas de la suerte, y populosa,

Jerusalen, soy llena
De belleza espantosa;
En hermosura no me iguala cosa
Porque soy semejante
A las tiendas del monte Cedreno,
Que el exterior semblante
Está del sol moreno,
Mas lo inferior de mil riquezas lleno.
Y á las pieles ferinas
De Salomon, de fuera mal curadas,
De que son tus cortinas,
Mas dentro están bordadas,
Y de varios colores matizadas.
No esteis considerando
De mi rostro el calor vazo y tostado
Que como estoy guardando
Con el sol mi ganado,
Sus rayos y calor tal me han parado.
Contra mí pelearon
Los que han del vientre do naci salido.
Las viñas me encargaron,
Pero ya no he tenido
Cuenta en guardar el cargo recibido.
¡Oh, tú, esposo divino!
De cuyo amor forzada el alma mía
Sale fuera de tino,
A tu choza me guia.
Do apacientas, do estás al me lo lia.
Porque no ande con pena
Tras el rastro que dejas señalado,
Impreso en el arena
Por do acaso ha pasado
De compañeros tuyos el ganado.
Si aún no te has conocido,
¡Oh, tú, de las mujeres mas hermosa!
Sal fuera de tu nido,
Y sigue cuidadosa
A tu ganado sin forcer en cosa.

Y despues apacienta
Tus tiernos cabritillos regalados
Y en llevarlos ten cuenta,
Adonde estén guardados
De los otros pastores los ganados
A mi caballeria
En los egipcios carros comparada
Te tengo amiga mia,
Desde cuando anegada
Quedó en el mar de Faraon la armada.

Hermosas son por cierto,
Cual de tórtola casta tus mejillas,
Tu cuello agudo y yerto,
Cual collar con presillas,
O pendiente joyel con cadenillas.

Harémoste á manera
De lampreitas unas arracadas,
Vistosas por de fuera,
Con pintas plateadas
Sobre el oro, del cual serán labradas.

Cuando el Rey poderoso
En su tálamo estaba descansando,
Dió mi nardo oloroso
Fragancia, y derramando
Su olor iba el olfato recreando.

Aquel olor que cabe
Sólo en mi esposa, me es de más contento
Que la mirra suave
En espigas ó unguento,
Mi esposo entre mis pechos tiene asiento.

Mi amado, mi querido,
Es cual racimo de uvas regalado,
Desde Chipre traído,
Cual racimo criado
En las viñas más fértiles de Engado.

Cuán apacible y bella,
Que eres, amiga mia, y cuán graciosa,
Cuán hermosa doucella,

No hay semejante cosa.
 Y son tus ojos de paloma hermosa.
 ¡Oh mi dulce querido!
 ¡Oh qué hermosura tienes! ¡qué belleza!
 Nuestro lecho es florido,
 Y en nuestras casas por mayor grandeza,
 La madera del techo,
 Y el mismo es de ciprés y cedro hecho.

POESÍAS FÚNEBRES.

Epitafio á una señora en su sepulero.

Aqueste es el poniente, y el nublado,
 Donde el tiempo, Neron, tiene escondido
 El claro sol, que en su carrera ha sido
 Por el divino Josué parado.

Estos leones, cuyo aspecto airado
 Se muestran por su dueño enternecido,
 A una águila real guardan el nido
 De un cordero en el templo venerado.

Estas las urnas son en piedra dura
 De las cenizas, donde nace al vuelo
 La fenix Catalina, hermosa y pura.

Aquestos son los siete pies del suelo,
 Que al mundo miden la mayor altura,
 Marca que á vuestras glorias pone el cielo.

Otro epitafio á la misma señora.

Yace debajo de esta piedra fria
 La que la vuelve de piedad en cera,
 Cuya belleza fué de tal manera,
 Que respetada de la edad vivia.

Aquí yace el valor y gallardía,
 En quien hermosa fué la muerte fiera,
 Y los despojos y la gloria entera,
 En quien más se mostró su tiranía.
 Yace quien tuvo imperio en ser prudente
 Sobre la rue la de fortuna avara,
 La nobleza mayor que mármol cierra,
 Que el cielo, que soberbia no consiente,
 Castigó en derribar cosa tan rara,
 La que de hacerla tal tomó la tierra.

El pésame á su marido.

La que de vuestros ojos lumbre ha sido
 Convierta en agua el sentimiento agora,
 Ilustre Duque, cuyo llanto llora
 To lo mortal, que goza de sentido.

Vuestra Paloma huyó de vuestro nido,
 Y ya le hace en brazos de la aurora,
 Estrellas pisa, estrellas enamora
 Del nuevo sol con el galan vestido.

Llorad, que está en llorar vuestro consuelo,
 No cesen los suspiros, que por ella
 Con sacrificios acompaña el suelo.

Llorad, Señor, hasta á tornar á vela,
 Y así, pues la llevó de envidia el cielo,
 Le obligareis de lástima á volvella

CANCION FUNEBRE.

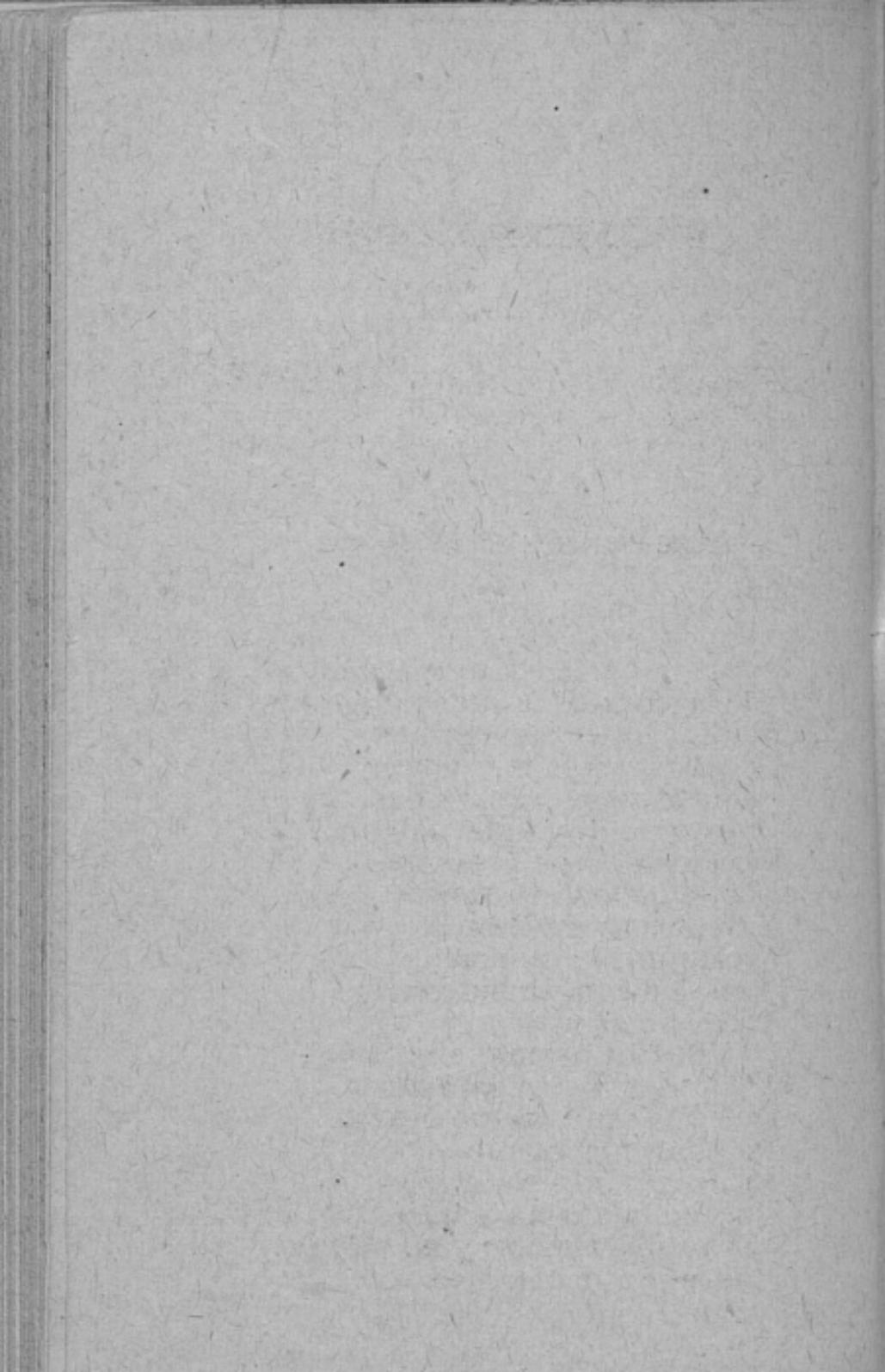
Estando solo un dia
 Que los tristes lo están entre la gente,
 Por la ventana mía,
 Que sale á los balcones del Oriente,
 Me pareció que via
 Salir de entre unos árboles copados,

Con piés apresurados,
Una gallarda y apacible fiera,
A quien perros villanos
La hirieron de manera,
Con dientes y con manos.
Que en tiempo muy pequeño,
Llegó á una peña, con infausta suerte,
La pusieron en brazos de la muerte,
Y en silencio mortal y en largo sueño,
Cubrió negra tiniebla su hermosura:
Lloré su mal, lloré su desventura.
Después miré una nave,
Que con alas de lienzo en presto vuelo,
Por el aire suave,
Iba segura del rigor del cielo,
Y de tormenta grave;
La mar hecha un espejo se mostraba
Del sol que retrataba;
Y ella carga la de riquezas sumas,
Rompiéron sus cristales,
Iba por sus espumas:
Cuando en furor iguales
Los vientos de repente la hirieron,
Dando en un peñasco,
Con la máquina inmensa de su casco,
En menudos pedazos la rompieron,
Escondiéndose al fin riquezas tales.
En montes de agua, y campos de cristales.
En un hermoso prado
Estaba un laurel verde y florido,
De pájaros poblado,
Que cantando robaban el sentido:
Del argos del cuidado
De verse con sus hojas tan galana,
La tierra estaba ufana,
Y yo de ver sus ramas muy contento,
Cuando una nube fría
Hurtó en breve momento

A mis ojos el día,
Y arrojando furiosa un duro rayo,
Hirió la planta bella,
Y juntamente derribó con ella
Toda la gala, primavera y Mayo.
Cayó abrasada encima de una roca,
Y en mucha llama fué ceniza poca.
Con clara y fértil vena
De líquido cristal un arroyuelo,
Jugando con la arena,
Enamoraba con su risa el cielo;
Y á la margen amena,
Una vez murmurando, otra riendo,
Estaba entreteniendo.
Espejo guarnecido de esmeralda,
Me pareció al miralle,
El prado su guirnalda;
Mas abrióse en el valle
Una espantosa cueva de repente;
Enmudeció el arroyo,
Creció la escuridad del negro hoyo,
Y en sus tinieblas escondió la fuente,
La fuente y el lugar, con cuya historia
Me atormentan de nuevo la memoria.
Un pintado jilguero,
Mas ramillete que ave parecía,
En vuelo muy ligero,
Himnos cantando al inventor del día
Con pico lisonjero
Su libertad alegre celebraba,
Y la paz que gozaba;
Cuando en un verde y apacible ramo,
Sentándose á la sombra,
Que sobre verde alfombra
Le prometió un reclamo,
Manchadas con la liga vió sus galas,
Y de enemigos brazos
En largas redes y en trabados lazos

esa la ligereza de sus alas,
poderse escapar; mas ¿quién se escapa
de estas prisiones desde el pobre al Papa?
Una ninfa hermosa
como el sol, por entre ramos bellos,
modesta y vergonzosa;
vestida estaba de oro en sus cabellos,
su vista amorosa
seco florecía, y lo florido
dejaba enriquecido;
por primavera el campo la tenía,
el sol por clara aurora,
la tierra por señora,
la noche por día:
mas pisando unas hierbas por el prado,
en un áspid fiero y duro,
que en la sombra escondido y en lo obscuro
estaba, la picó del pié nevado:
¡ayó, que hay poco trecho, si se advierte,
del bien al mal, y de la vida á la muerte.
Cancion, antes imagen, pues tan viva,
en tus ejemplos muestras la memoria
del que con frente altiva
pasó á mejor vida con más gloria:
¡dile á quien le llora luégo,
y si con la pasion le hallares ciego,
con alegre semblante y rostro enjuto,
dile que arrastre el luto
por si, que está en la tierra sin consuelo,
que el alma de don Juan ya está en el cielo.

FIN DE LAS NUEVE MUSAS.



FOESIAS

ATRIBUIDAS A

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

El padre nuestro glosado.

DÉCIMAS.

Filipo que el mundo aclama
Rey del infiel tan temido:
Despierta, que por dormido
Nadie te teme ni te ama:
Despierta, Rey, que la fama,
Por todo el orbe pregona,
Que es de leon tu corona,
Y tu dormir de liron,
Mira, que la adulacion
Te llama con fin siniestro
Padre nuestro.

Carlos tu hermano murió,
Y con él nuestra esperanza,
Que una lanceta fué lanza,
De Longinos que le hirió:
En cruz verde padeció,
Que así lo afirma y lo siente
La voz del pueblo, y no miente,
Mas en fin lo cierto es,

Carlos, pues premia los ves
 Tus impedidos desvelos,
Que estás en los cielos.

Si ignoras, Rey, esta muerte
 Que a nadie le ha sido oculta,
 Quién su muerte dificulta
 Del que tu vida divierte?
 ¡Oh cetro! ¡oh mísera suerte
 Del reinar! si en la privanza
 Libra; tu peso y balanza,
 Pues a su ambicion cruel
 No hay igualdad en el fiel,
 Mientras no fuese el privado
Santificado.

Oye, Rey, nuestros gemidos,
 Qué no es bien así nos trates:
 Pues los más fieles acates
 Suelen volverse vellidos:
 Mira que por sus validos
 Ofreció el reino; Leandro,
 Pues puede ser de Alejandro
 Tu nombre, por generoso,
 No quieras que por odioso
 De Rodrigo, aquel mal hombre,
Sea el tu nombre.

Mira el holandés pirata,
 Por ver tu; reino sin ley,
 Que pierde el miedo a su Rey
 Y te roba el oro y plata,
 Y por baldon te retrata
 Como mendigo pidiendo,
 Y que publica, sabiendo
 Del mal que tu reino muere
 Que el español que quisiere
 Vivir sin ley y sin Dios,
Venga á nos.

Mira excelsa Majestad,
 Que amaga tu negligencia

Privado de un rey tirano,
Lo pidió el pueblo inhumano,
Conjurado contra él:
A ti, que eres Rey fiel,
No pedimos un profeta,
Sino un Barrabás, que inquieta,
Tiempo es ya que nos le des:
Si nos le has de dar despues:
Yo la voz del pueblo soy,
Dánosle hoy.

Mira que son tus corderos
Pasto de esta fiera y robos;
Mira que visten los lobos
Zamarras de ganaderos
Que para tus milloueros
Es todo cuanto vendimos:
Atento a lo cual pedimos,
Que en tanto pedir te enmiendes;
Y si cual pobre pretendes
Pedir por amor de Dios,
Perdónanos.

La plata al cielo encumbraron,
Y el vellon bajó al abismo,
Millones, un parasismo
Dieron, pero no espiraron
Qué fue lo que remediaron
En tus mares y en tus tierras
Tanto número de guerras?
Tan pobre estás como estabas,
Y aún más, pues no sólo agravas
Las tuyas sino que adeudas
Nuestras deudas.

En Navarra y Aragon
No hay quien tribute ya un real;
Cataluña y Portugal
Son de la misma opinton;
Sólo Castilla y Leon,
Y el noble reino andaluz

Llevan á cuestas la cruz.
Católica Majestad
Ten de nosotros piedad,
Pues no te sirven los otros
Asi como nosotros.

A una cruz de tanto peso,
Con que á tu reino lastimas,
En vez de Simon, le arrimas
Otro madero mas grueso:
Alivia tan grande exceso
De donativos millones,
Y otras mil imposiciones,
A quien posible no iguala,
Que la sisa y la alcabala,
Que á tus abuelos pagamos
Perdonamos.

Todo tu reino adeudado
Por pagar lo que no debe
No halla excusa que no apruebe
Tanto subsidio excusado;
Diras que estás empeñado
Con tanta guerra y presidio,
Y es fuerza que este subsidio
Al cobrador alimento,
Pero lo que mas se siente
Es pongas por cobradores
A nuestros deudores.

Acuérdate, Rey Felipe,
Que entraste cortando olivas,
Corta el ramo en quien estribas,
No quieras que él se anticipe;
Quiera Dios que no disipe
En tí rebelde la paz
Que miente hipócrita faz,
Pues su hoja candi ta y blanda,
Es toda pieza de holanda,
Y que en posesion de herejes
No nos dejes.

Ea, Filipino, repara
 Tu reino que va perdido,
 Y ha de dar un estallido
 Si tu brazo no le ampara,
 Vuelve ya á empuñar la vara,
 Desnuda el cuchillo, muera
 La ambicion más lisonjera.
 Mira que á ignorancia excede
 Imaginar que no puede
 Tu cetro, vara y poder
Caer.

La iglesia segunda vez
 Te da en este memorial
 Aviso de estarte mal
 El ser tú su intruso juez:
 Ya pides uno por diez
 Sin ser Dios ni sacerdote,
 Ni á tila de Dios azote.
 No es bien que la Iglesia agraves
 Que tiene Pedro las llaves,
 Y no hallarás proteccion
En la tentacion.

Sabe Dios que más no puede
 Tu reino y fiel vasalló,
 Mira que es fuerza aliviallo
 Antes que otro rey lo herede;
 Cuanto pides te concede:
 Cuanto das, tanto le quitas,
 Mira, Rey, que solicitas
 Mal nombre entre reyes buenos,
 Y si nos quitares ménos,
 Ten por cierto que serás
Más.

Ea ya, Felipe Cuarto,
 Que en el mundo eres famoso,
 Abre el pecho generoso,
 Danos de tu sangre un parto,
 De quien nunca se vió harto

Del pan que le quita al pobre,
 De quien ha bajado el cobre,
 De quien la plata ha subido
 De quien tu reino ha vendido
 Y venderá al mismo Dios,
Líbranos.

Los reinos más absolutos
 A tu obediencia vendrán,
 Y los tuyos estarán
 Más altivos sin tributos,
 Verás los ojos enjutos
 Del pueblo que gime y llora;
 Si tu gobierno mejora
 Te alzaremos en las palmas,
 Y seras de hacienda y almas,
 Por imperio y por amor,
Señor.

Si culpares de atrevido
 Este memorial, perdona,
 Que celo de tu corona
 Más que atrevimiento ha sido.
 Celoso y compadecido
 De tu bien y de tu daño,
 Te advierto en el desengaño,
 Que no es bien un Rey ignore,
 Para que así te mejore,
 Felipe, este memorial,
De todo mal.

Guarda ¡oh rey! más que cristiano
 Tu persona y casa: Dios,
 Que porque goces de dos
 Te dió un mundo en cada mano:
 Al hereje y al pagano,
 A tus piés rendido veas,
 Tan prosperado en tus glorias,
 Que cantemos tus victorias
 En la gran Jerusalen,
Amen.

El infierno.

SÁTIRA.

El que quisiere saber
De algunos amigos muertos,
Yo daré razon de algunos,
Yorque vengo del infierno.

Allá queda barajando,
El que supo allá mas cierto
A cuantos venía su carta,
Como si fuera el correo.

Al bajar un par de lindos
Quedaron los diablos ciegos,
Porque los lindos son tales,
Que el diablo no puede vellos.

Por sacar a su mujer
Dicen que lloraba Orfeo;
Y él me dijo como amigo
Que entró por verla allá dentro.

Un mal casado pedía
Que su mujer fuese al cielo,
Por estar allá seguro
De que no le pida celos.

Un letrado y su mujer
Penan contrarios efetos,
Él por su mal parecer
Y ella por tenerle bueno.

Por engaños en los dotes
Penan allá muchos suegros,
Porque al casar de las hijas
Daban forzados los nietos.

Casadas hay porque dejan
Los hijos por herederos
De la hacienda del marido,
Que no es padre, sino dendo.

No sólo los corcovados
 Sirven de soplar el fuego,
 Sino sus padres tambien
 Por lo que hicieron mal hecho.

Los trajes que acá se quitan
 Sirven allá de usos nuevos,
 Y así traen todos los diablos
 Azul, guedejas y peto.

Hay doncellas camarines
 Por el barro que comieron,
 Que como otras por obras
 Se condenan por deseos.

De sólo los escribanos
 No traigo conocimiento,
 Porque cuando van de acá
 Bajan demonios profesos.

Los médicos pasi-cortos
 Bajan allá tan corriendo,
 Que parece que póstean
 La vida de sus enfermos.

Quien tuviere conocidos
 Escribirles puede luego,
 Que un sastre que está espirando
 Será mensajero cierto.

Retrato de Quevedo.

ROMANCE.

Dicen que yo soy Quevedo,
 Y á fe que tienen razon,
 Si soy hijo de la madre
 Que mi padre me otorgó.
 Si mi madre fué Susana,
 Quevedo debo ser yo,

Porque Quevedo llamaron
Al padre que me engendró.
Salióle corta la vista,
Y á poco mas me dejó
Como el topo, que á la luz
En su vida saludó.
Y fué en caudal tan escaso
El buenisimo señor,
Que no le faltó un cornado
Para sacarme raton.
De narices no me quejo,
Que buen pedazo me dió,
Para que caballo fueran
Del espejo de Arion.
La boca tampoco es rana,
Que si me rio, por Dios,
Que del puente toledano
Larece el ojo mayor.
En las ojeras parezco
Presidente de oidor,
Caballo de galeote,
O borrico garañon.
Cabron soy sin ser casado
En lo barbudo, y estoy,
Entre paréntesis, canas,
Hecho un Cid Campeador.
En un pié tengo una falta,
Resultas de un quid pro quó,
Que el medidor de la tela
En él corta la dejó.
Jóven de sesenta abriles
Tengo por muy cierto yo
Que aun veinte años me faltan
Para llegar á ochenton.
Si asi me quereis, señora,
Que reflexioneis por Dios
Os pido, que ya mi espada
Todo su acero gastó.

Y que si á recio combate
 Me provocais, temo yo
 Que he de quedarme vencido
 En el campo del honor.
 No por falta de deseo
 Ni de arrogancia, eso no,
 Sino porque quiebre el arma
 En la mejor ocasion.
 Y os aconsejo, señora,
 Busqueis otro campeon,
 Que con armas más templadas
 Os de la satisfaccion.

LETRILLAS.

Paciencia, señor marido.

Si en amaneciendo Dios
 Os levantais con soflama,
 Y dejais viva la llama
 Que debeis apagar vos;
 Si ya conoceis mi tos,
 Y mis perpétuos ardores;
 Si yo cogiese las flores
 De la madre de Cupido.....
 Paciencia, señor marido.

Si no dejasteis dinero
 Para acerse la comida,
 Y yo he estado divertida
 En jaroparme primero;
 Si halláredes el puchero
 Y la mesa bien dispuesta,
 Mirando que á vos no os cuesta

Ni un maravedí podrido.....

Paciencia, señor marido.

Si á vos siempre se os olvida

De vestir estos muchachos,

Y sabéis que con gazpachos

No se ha de pasar la vida;

Si jamás pagais partida

De cuantas yo gasto en casa

Y viéredes que no hay tasa

En lo que me habeis reñido.....

Paciencia, señor marido.

Si cuando viene el lencero

Para cortaros camisas,

Os vais á vuestras pesquisas

Y no me dejais dinero:

Si acudiera el caballero

Y pagare á letra vista:

Y os condenare en revista

Por lo que no habeis cumplido.....

Paciencia, señor marido

Si todo el año se os pasa

En la comedia y paseo,

Y hechais de ver el aseo

De mujer, de mesa y casa:

Si sabéis que no se amasa

Ni se viste de aposento,

Y que en todo hay cumplimiento

Con lo que yo he padecido.....

Paciencia, señor marido.

Si decís que á vuestra hija

La he puesto presto chapines,

Y aunque presumais los fines

Demasiado no os affija;

La toca ni la sortija

No se la dais como padre;

Si con ella, como madre,

Traigo mi caudal partido.....

Paciencia, señor marido.

Si cuando venis de afuera
 Ois cantarme una trova,
 No penseis que nadie os roba
 Vuestro blason de Cervera:
 Quien tan fuerte es de mollera
 Segura su fama tiene,
 Y así lo que más conviene
 Es lo que tengo advertido.
 Paciencia, señor marido.
 Dejémonos de debates,
 Que si viene por mí el coche,
 Aunque venga á media noche
 No habeis de decir dislate.
 Si empeñára mis granates,
 Mi cabestrillo y cadena,
 Pues yo ando cual alma en pena
 Por ser vos tan gran perdido.....
 Paciencia, señor marido.

II.

*Niña, si quieres ventura,
 Madura.*

No te cojas en agraz.
 Niña, si ventura quieres,
 Que si despues agraz fueres,
 Jamás viviras en paz.
 Para que tu hermosa faz
 Pueda con tu agrado pico
 Hacer, al hombre más rico,
 Pobre en cualquier coyuntura...
 Madura.
 Si quieres ser envidiada

De fruta que se ha perdido,
Perdido por no haber sido
En tiempo y sazón cortada;
Si de italiana ensalada,
De varias yerbas compuesta,
Quiere comer sobre-apuesta,
Sin tocar á tu verdura...
Madura.

Mientras que la primavera
De tu niñez se te pasa,
Trata en componer tu casa,
Que aquesta es la flor primera
Que vendrá la sementera,
Y si te coge temprana,
De la noche á la mañana
Conocerás tu locura.
Madura.

Ten por guarda al interes
Para golosos la lronés,
Que si en su cerca te pones,
El los cogerá por piés,
Pero para que despues
Que estés sin cercas ni bardas,
Puedas echar mil albardas
Al necio que te procura...
Madura.

III.

*Era de vidrio y quebróse,
Para conmigo acabóse.*

Como Angelica á Medoro
Me adoraba cierta dama,
Y siendo de amor la llama
Pasó con la Europa el toro.

Mas en aplacando el oro
Su ardiente llama aplacose.
Era de vidrio y quebróse;
Para conmigo acabóse.

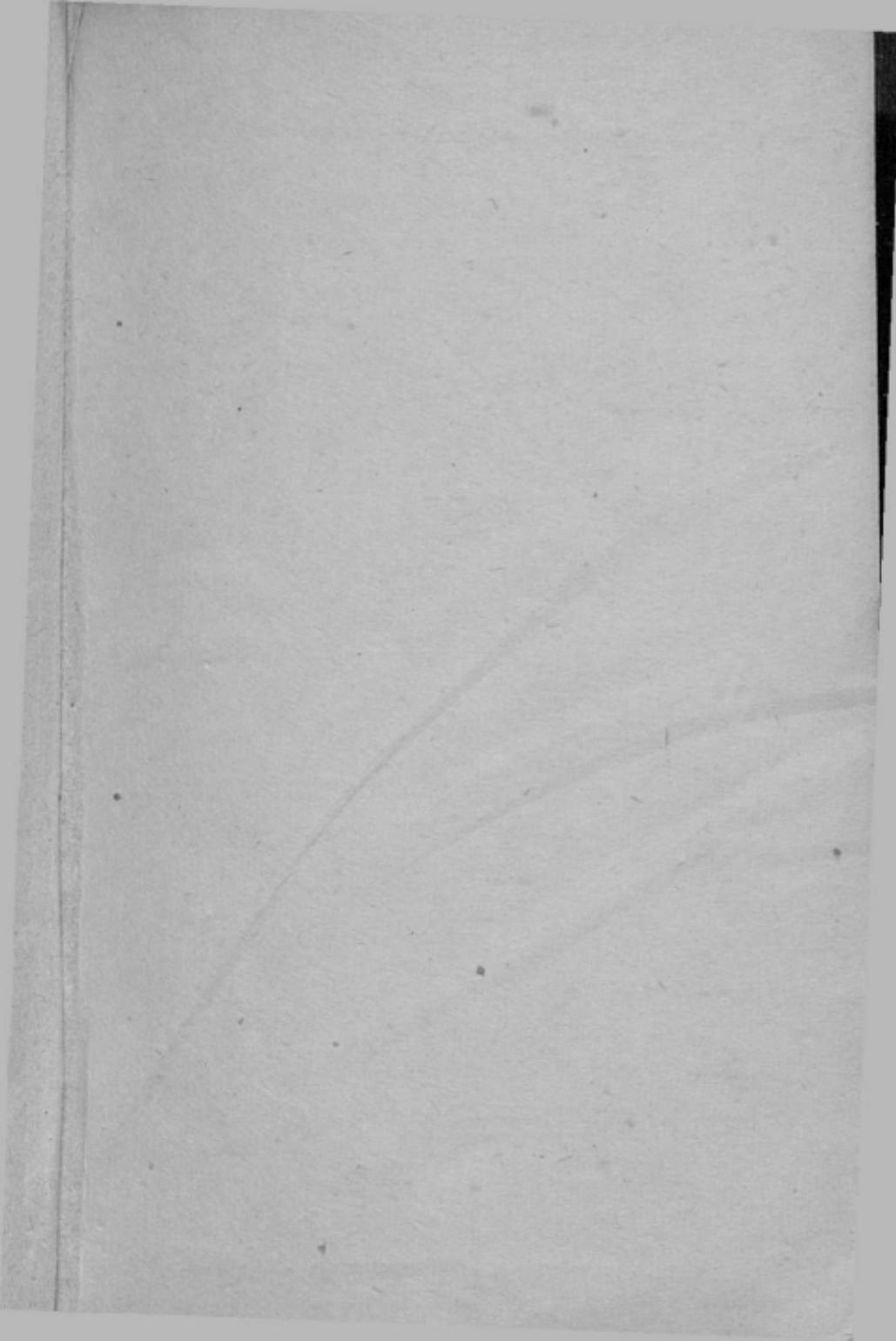
Subí con altivo vuelo
A un remate preciso,
Adonde fuí paraíso
Colocándome en el cielo.
Picó de pobre el anzuelo,
Y en picando arrepintióse.
Era de vidrio y quebróse;
Para conmigo acabóse.

Ya en aqueste mar de amar,
No navega quien es pobre,
Que no hay letra que más obre
Que aquella que llama á dar.
A este modo de cantar
Mi dama de mí agradóse.
Era de vidrio y quebróse;
Para conmigo acabóse.

Llamóme un tiempo su abril,
Que fue su abril mi dinero;
Mas trocáronle en enebro
Ya la toca, ya el monjil.
Era lienzo gasconil,
Y con las lluvias entróse.
Era de vidrio y quebróse;
Para conmigo acabóse.

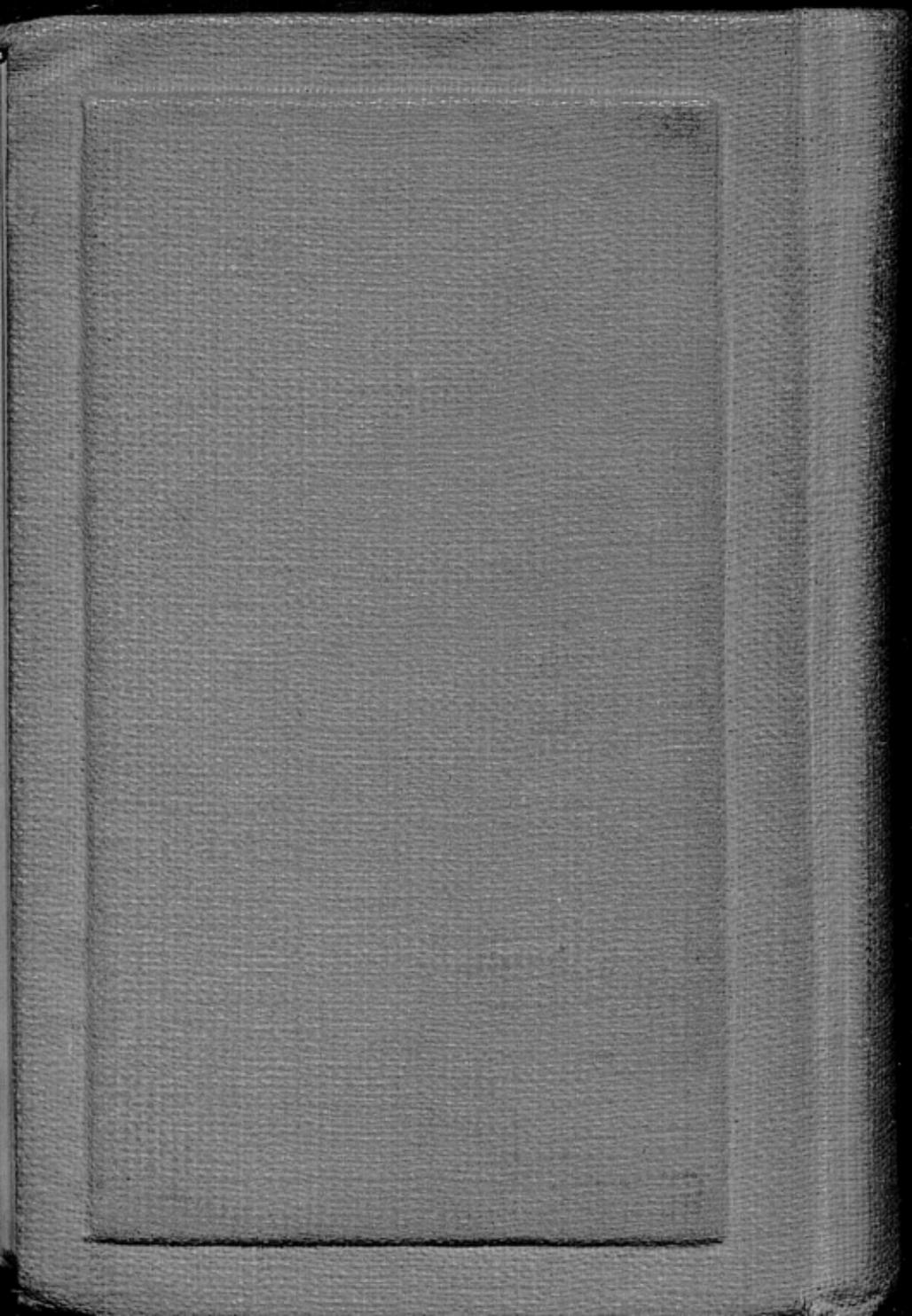
Ya por mi mal vengo a ver
Que fue, si no purgatorio,
Campana de rectorio,
Que sólo toca á comer.
Lamaba por recoger,
Y en recogiendo paróse.
Era de vidrio y quebróse;
Para conmigo acabóse.

Con amorosos cuidados
Cielo y ángel la decía,









QUEVEDO

Los

Nueve Diosas

DS 13766